

POR TIERRAS DEL PROFETA II
TRAICIÓN EN ORIENTE



KARL MAY

El autor, Kara Ben Nemsi, junto a su amigo Hachi Halef Omar, que fue su fiel criado y ahora es jeque de los Haddediynes de la gran tribu de Schammar, deciden seguir recorriendo amplias zonas del tambaleante imperio otomano. Sus viajes, sin embargo, nunca están libres de riesgos, y la traición acecha sus pasos.



Karl May

Traición en Oriente

Por tierras del Profeta II - 6

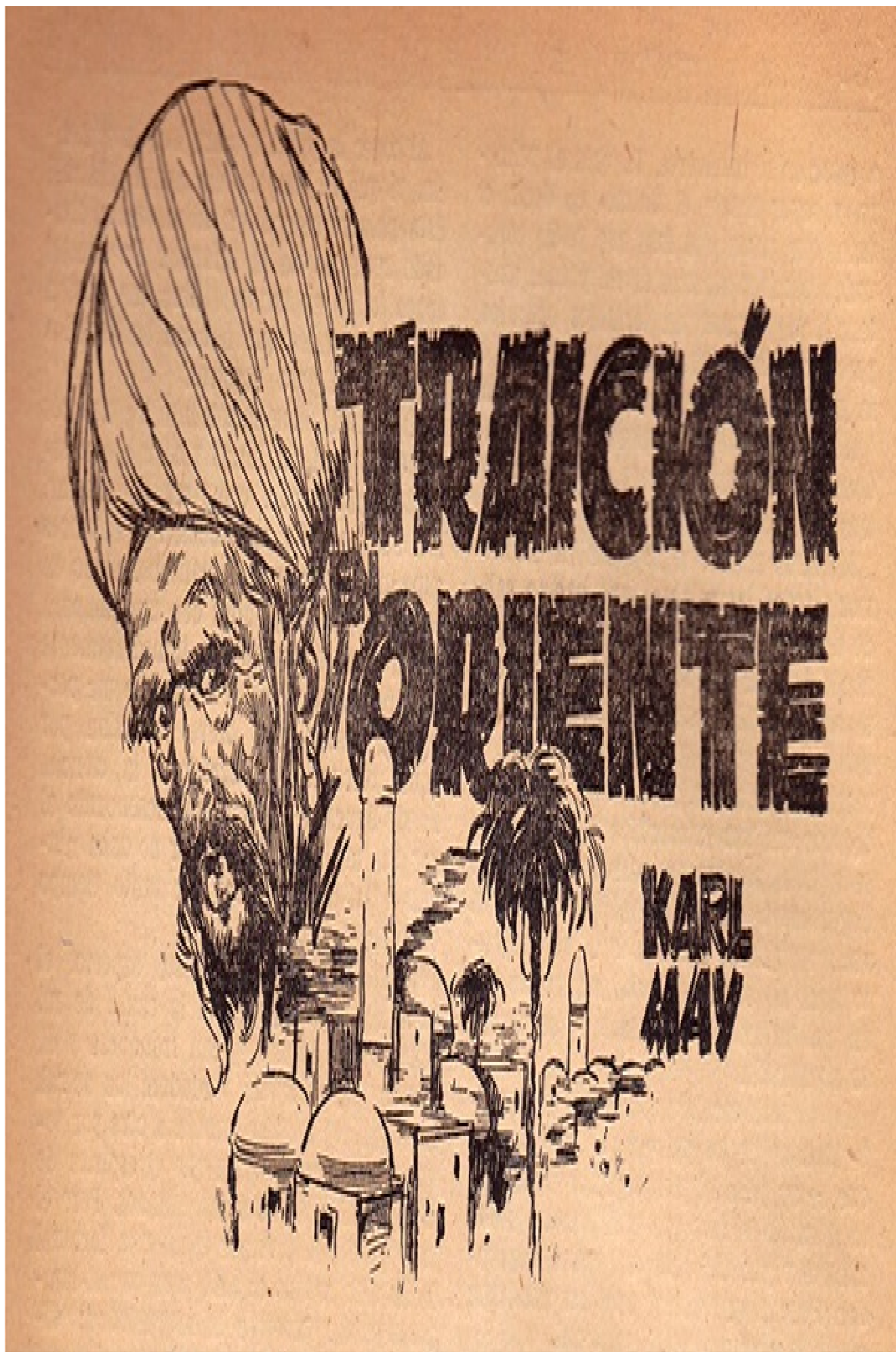
ePub r1.2

Titivillus 22.07.2018

Título original: *Verrat im Orient*
Karl May, 1896
Diseño de cubierta: Piolin
Digitalización: Mameluco1947

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





CAPÍTULO 1

MI NUEVA MORADA

Experimentaba una singular sensación mientras subía con el *Ustad* al domicilio que me habían destinado; no era impaciencia ni tampoco curiosidad. Me parecía que iba a satisfacer un deseo desde largo tiempo atrás sentido, pero que nunca llegué a definir por completo, algo así como si me aguardase una dicha desconocida y para la que me fuera preparando desde hacía ya mucho tiempo, sin darme yo mismo cuenta. ¿Por qué estaba, no obstante, tan serio como si en cada escalón de los que iba subiendo encontrara el espectro de mi pasada vida que, silenciosamente, alzara el brazo señalando a la altura?

Cuando llegamos a la morada del *Ustad*, vi una segunda escalera en cuya curva ardía una luz. Extendiendo el brazo, me dijo:

—Vivirás más arriba que yo y, al mismo tiempo, tan bajo, tan bajo como no quisiera yo volver a habitar.

Lo interrogué con la mirada y él, poniéndome la mano en el hombro, prosiguió:

—*Effendi*, ¿te asustan los fantasmas?

—No —respondí.

—¿Y las tumbas?

—Tampoco.

—Entonces sube y mira a tu alrededor, te dejo solo por un corto rato, después me reuniré contigo. Más propio sería decir baja en lugar de sube, pues, amigo mío, vas a estar entre cadáveres. Tú eres el primero y seguramente el último, es decir, el único que pisará esa fosa que yo he construido para los muertos de mi pasada existencia. Me expreso en términos oscuros, pero esa misma obscuridad te conducirá a la luz y tal es el vivo deseo de mi corazón.

Abrió la puerta de su morada y, saludándome con melancólica sonrisa, desapareció tras ella. Yo seguí avanzando.

Mientras andaba se repetían en mi memoria todas las palabras que habían salido de su boca. ¡Qué profundo era el significado de cada una de ellas! ¡A qué inmensa altura se elevaban los pensamientos de este hombre sobre la vulgar superficie humana! Me había llamado amigo. Aquí, donde todo era tan extraordinario, podía darse a esta palabra la corriente acepción. Seguramente para él no se trataba de una vacía reunión de letras, sino de un conjunto lleno de sentido. Estaba seguro de que en mí mismo debía buscar y encontrar su significado.

La segunda escalera conducía por la parte interior de los peñascos a la altura en que se apoyaba el piso superior de la Casa Alta. No vi más que una puerta, estaba abierta y por ella salía un tenue resplandor. Penetré por ella y ¡qué sorprendente

efecto me ofreció aquel panteón!

Según todas las apariencias, aquello era el estudio de un sabio europeo. Diríase que su dueño acababa de salir del aposento para regresar en breve. ¿Era geógrafo, arqueólogo? El suelo estaba cubierto por pieles de animales feroces que conservaban las cabezas y las zarpas disecadas; de las paredes colgaban armas de distintos países, junto con otros objetos menos bélicos, pero que no carecían de interés. Junto a un comodísimo diván persa vi una mesita india de nácar sobre la que había varios libros abiertos, cual si en ellos se hubiera leído pocos momentos antes.

Me acerqué para examinarlos; uno de ellos era el Nuevo Testamento y estaba subrayado con tinta el versículo que dice: «Dios es un Espíritu y el que lo adora debe hacerlo con el espíritu y la verdad». Junto a éste se hallaba un manuscrito, no compuesto de hojas sueltas, sino encuadernado.

Por último, escrito por el autor antes de interrumpir su trabajo, decía: «Mis pensamientos no son los vuestros y mis caminos no son vuestros caminos. Tal ha dicho el Señor».

Sobre la mesa de despacho ardía una lámpara cuya luz estaba atenuada por una pantalla verde; esta última era de finísima seda sobre la que hábiles manos de mujer bordaron la conocida frase árabe: «El amor no acaba nunca».

Al coger la pantalla para leer la sentencia, vi que la lámpara era astral. ¡Astral! Esta palabra recordó en mi mente un olvidado recuerdo de la infancia. En aquella época leí yo en un viejo libro que existen espíritus astrales que habitan en estrellas desconocidas para nosotros.

Mi infantil imaginación hizo los mayores esfuerzos para dar forma y color a esos espíritus, obteniendo, como era de esperar, los más absurdos resultados. Por entonces supe que al rector lo habían obsequiado en el día de su cumpleaños con una lámpara astral para su despacho; inmediatamente me presenté al profesor rogándole me permitiera hacer una breve excursión por aquel territorio, consagrado a la ciencia. Puede figurarse el lector mi desencanto al ver que mi inspección ocular no daba ninguna satisfacción a mí, por tanto tiempo contenida curiosidad.

Compadecido de mi triste aspecto, el buen rector me preguntó la causa de mi aflicción. Se la expuse con franqueza y él, riendo, me dijo: «La verdadera luz astral, hijo mío, va de una estrella a otra por todo el firmamento, para que el espíritu de Dios ilumine a todos los mundos. Pero el nombre de esta vulgar lamparita terrenal le ha sido robado al cielo para que el lampista pueda convertir la magnificencia divina en un productivo negocio».

Viendo el buen rector que mi capacidad de comprensión era muy inferior a la suya añadió: «Si en el curso de la vida conservas los ojos tan abiertos como los tienes ahora, algún día llegarás a explicarte lo que te digo. Esta lamparita no es el único ser humano que para vivir usurpa el nombre del Señor; existen otros muchos huéspedes que se sientan a la bien servida mesa de los Cielos sin tener ningún derecho a ello. En la luz astral de Dios sólo flotar espíritus venerables, pero la luz de esta lámpara

alumbrará seguramente espíritus mezquinos que, por virtud de cuatro manipulaciones más o menos científicas, se hacen la ilusión de ser ellos los fundadores de todo; y si, por casualidad, llega a sentarse a esa mesa un hombre realmente superior, miles de pigmeos se levantan en el acto y ellos mismos apagan la lámpara».

Este último párrafo fue para mí tan incomprensible como el anterior, pero, después, la vida se ha encargado de hacerme comprender las palabras del experto rector.

Al hallarme aquí, en la Casa Alta y ante la lámpara del *Ustad*, creí verme cercado de una multitud de diminutos espíritus y que cien vocecillas repetían entre sarcásticas risas: «Nosotros somos los que la hemos apagado; toleramos inteligencias, pero rechazamos al genio».

Cogí la lámpara con objeto de examinar los dos aposentos situados a derecha e izquierda de la estancia. El uno estaba destinado a dormitorio, como se colegía por el blanco lecho. Palpé las sábanas y me convencí de que éstas estaban en todo conforme con el gusto europeo.

Las paredes no tenían más adorno que un cuadro de reducidas dimensiones, colgado frente a la ventana. Al levantar la luz para poder verlo bien, me encontré con que era un dibujo a pluma primorosamente hecho y que representaba una modesta iglesia de aldea. Según la apariencia, aquello no era una obra de la fantasía; sin duda alguna existía aquella humilde casa de Dios. Debajo del dibujo distinguí unos renglones escritos que decían así:

«¡Iglesita mía, iglesita pequeña!

¡Si yo pudiera ser tan piadoso como tú!

Quisiera alcanzar tu altura

E igualarme a ti en humildad.

Iglesita mía, iglesita pequeña,

Yo quisiera ser en todo igual a ti».

¿Quién había escrito aquello y para quién había sido escrito? Si el autor era poeta, la presente muestra no lo autorizaba a envanecerse de sus dotes literarias. ¿Qué hombre es el que no se siente pequeño frente a la morada de Dios? Hasta el más grande de los poetas debe reconocer que el espléndido ropaje de la poesía nada vale a menos de que lo anime el espíritu de la Iglesia. El que realmente es más grande es el que aquí se siente más pequeño.

El aposento que ahora contemplaba era la biblioteca. Su existencia no me sorprendió, aun cuando no era admisible que Pehala (que fue quien me habló de los libros del *Ustad*) tuviera entrada franca en estas regiones.

Las cuatro paredes estaban ocupadas por estantes que sostenían libros, mapas y

paquetes muy bien atados. Estos últimos estaban ordenados por años y meses; por sus letreros pude ver que contenían cartas.

También había por el suelo algunos cajones abiertos llenos hasta los bordes de cartas y periódicos. El centro de la habitación estaba ocupado por una mesa de desusado tamaño sobre la que también se hallaban libros, mapas y manuscritos, hábilmente dispuestos para el erudito que gusta de entregarse al estudio con comodidad.

Las ventanas de las tres piezas eran altas y anchas, a fin de dar amplio paso a la claridad; el aposento de en medio, que fue el primero en que entré, tenía una puerta que daba al exterior. La abrí para reconocer el terreno.

¡Qué alegre sorpresa me proporcionó ver que me hallaba sobre una terraza plana que, indudablemente, era la que servía de techo a la habitación del *Ustad*! Aquí arriba no había más que los tres cuartos ya descritos. Estaban contruidos tan retirados de la fachada de la casa, que dejaban delante aquella hermosa terraza que me ofrecía espléndidas vistas por el norte, oriente y sur, mientras que, al poniente, se hallaba la senda que daba acceso al hueco de las campanas.

Una de las peculiaridades de mi carácter es la de gustarme trabajar siempre que puedo al aire libre, aun cuando sea de noche. Puedo afirmar que he pasado los más felices momentos de mi vida sobre las terrazas orientales, y que allí es donde he concebido y madurado los mejores frutos de mi ingenio.

Quien, de noche, sin más luz que la del cielo tachonado de brillantes estrellas, ha recorrido las cercanías de Jerusalén y, desde las alturas del Líbano, ha visto brillar las luces del huerto de Beirut, no olvida esas horas en todo el curso de su vida.

Tampoco se borrará de mi memoria esta noche oriental pasada en las alturas de la Casa Alta y que en nada se parecen a nuestras noches occidentales. Éstas no son más que el intermedio entre la tarde y la mañana y aquí nos llevan de un paraíso a otro.

Oí ruido de pasos y me volví para divisar al *Ustad* que se acercaba. Éste, encontrando vacíos los aposentos, comprendió que debía estar yo en la terraza y a ella vino a buscarme. Me encontraba reclinado en la balaustrada. Él, silenciosamente, apoyó la mano sobre la piedra y dirigió la vista hacia el lago que teníamos en frente.

A mis oídos llegaba su tranquila respiración. Después de una larga pausa, se volvió a medias hacia mí y dijo, señalando hacia abajo:

—El lago sumido en profunda meditación. Recuerda lo que habló el Señor con el sol. En el rayo de éste iba la mirada de Aquél que penetró hasta su fondo. Vio que su clara linfa reflejaba la inmensidad de los Cielos. También el rayo de sus ojos penetró en mi corazón y lo halló lleno de gratitud y alabanzas.

¡Caso extraordinario! Justamente los mismos pensamientos se agitaban en mi cerebro; nada dije, sin embargo; no encontraba palabras que me pareciesen dignas de ser pronunciadas. En el presente momento aquella poesía flotaba en el ambiente y me pareció lo más natural que la recogiese el *Ustad* y que, en el acto, pudiese expresarla con palabras.

Los verdaderos poetas acostumbran a hacerlo así. Volvió a mirar de frente y, pasado un instante, me dijo, aludiendo a sus últimas palabras:

—Sí, hoy ha sido un día de gratitud y de alabanzas; aún subsiste en mí y subsistirá largamente la impresión que me ha causado. Has estado próximo a la muerte terrenal, pero ha vuelto a recuperarte la vida. Por eso hemos ido todos a la casa de Nuestro Dios.

—Permite que, a mi vez, dé las gracias de que tú hayas vuelto a vivir.

—¿Yo? —preguntó vivamente.

—Sí, yo he estado cerca de la muerte, pero tú has llegado a morir.

—¿Quién te lo ha dicho...?, ¿quién te ha dicho eso...?

—Pehala. ¿No debió hacerlo?

—Todos saben que no tengo secretos para ti, pero se ha expresado mal.

—¿No les has dicho que era el aniversario de tu muerte? ¿No me has hablado tú mismo del sepulcro?

—En efecto, pero ambos me habéis comprendido mal. Mi panteón no es mi tumba. Sólo está enterrado en él lo que ha muerto en mí y el día de mi muerte es el que murió esta parte de mí mismo.

—Te compadezco de todo corazón. Muy triste es cuando sentimos morir en nosotros el Amor, pero debe ser espantoso seguir viviendo después de tener muerta y enterrada la individualidad intelectual.

Me dirigió una larga y penetrante mirada y después de pasarse la mano por la frente, cual si quisiera alejar un pensamiento importuno, dijo:

—En efecto, no puede darse cosa más horrible que ésa, pero, a pesar de todo lo que ha muerto en mí, aun siento que está llena de vida esa que tú llamas mi individualidad intelectual.

—¡Dios lo quiera!

El tono con que pronuncié estas tres palabras hizo que el *Ustad* fijara sus ojos en mi rostro. La expresión de éste debía ser la de un ligero asombro. Entonces me preguntó:

—¿Acaso te parece posible la completa muerte de una notable y hasta importante personalidad intelectual?

—Sí.

—Y ¿de qué ha de morir?

—Por una repentina razón, al parecer bien fundada, o por una lenta descomposición, cuya culpa recae sobre el mismo individuo. Ambos casos pueden calificarse de suicidio, siempre que el entendimiento estuviera antes sano.

—*Effendi!* ¿Mides la dureza de lo que dices?

—Hablamos del espíritu y por eso éste puede hablar al espíritu; y el espíritu es duro, quizá más duro que todo lo que está comprendido en esa palabra. Querías saber mi opinión sobre la muerte, pero no has interrogado a mi corazón. En cuanto te dirijas a él, te contestará, lo está deseando.

Mi interlocutor cruzó las manos sobre el pecho, alzó los ojos al Cielo y dijo:

—¿Seré, después de todo, un suicida...? ¡Dios mío... te lo suplico... guárdame de tal cosa!

—Dios es Todopoderoso, pero su misma omnipotencia no llega a guardarte de lo que ya ha sucedido anteriormente.

—Me someteré a pruebas. Quiero saber lo que he hecho y si hubiera podido o debido obrar de manera distinta.

—¿Te juzgas como juez imparcial para fallar en tu propia causa?

—No, tú eres el que me juzgarás.

—¿Yo? El cariño que te profeso me impedirá ser justo.

—Uniremos nuestros esfuerzos y nos vigilaremos mutuamente para que la sentencia sea imparcial. Empezaré por desempeñar el papel de testigo declarando ante ti y ante mí la verdad entera para que sepas cómo la mano de la muerte hizo presa en mi interior. Te diré con franqueza que te he traído aquí para darte una prueba de mi afecto. Quizá seas tú el que tenga ocasión de demostrarme el suyo. Creí que, después de haberte salvado de un género de muerte, debía tratar de salvarte de otro y ahora me pregunto sí, por el contrario, no serás tú sobre el que haya recaído la tarea de demostrarme que un muerto no puede preservar de la muerte a quien vive todavía.

CAPÍTULO 2

UN RECUERDO DEL PASADO

En este punto fue interrumpida nuestra conversación por voces humanas y lentos pasos de camello que provenían de la explanada. Los que hablaban eran dos hombres, Tifli y un desconocido. Poco después se reunió a ellos el *Padar*, quien debió de hacer varias preguntas que no llegaron a nuestros oídos y exclamó, por fin, en alta voz:

—Deja tu camello y sé bienvenido. Expondré tus deseos al *Ustad*.

Este último se inclinó sobre la balaustrada, preguntando:

—¿Con quién hablas, *Padar*?

—Con Aghá Sibil y su nieto. Vienen de Ispahan, han encontrado a los vengadores y nos traen una importante noticia.

—Bienvenidos sean los nuevos huéspedes. En seguida bajo.

Y se dispuso a marchar, no sin darme antes sus excusas y prometerme volver pronto.

—Permite que te detenga un instante —dije yo—. ¿Quién es el recién llegado?

—Un mercader de Ispahan que sostiene importante tráfico con el interior del imperio. Él provee de cuanto necesitan a varias tribus independientes y es también el principal comprador de nuestros frutos. Su gente recorre los caminos llevando y trayendo géneros, pero acostumbra a venir personalmente cuando hay que ajustar cuentas.

Después de darme estos informes, me dejó solo. El *Ustad* atribuyó mi pregunta a la natural curiosidad por tratarse de noticias del malhadado *Multasim*, pero, en realidad, otra era la causa que me movió a hacerlo. Quiero decir que mi huésped en Bagdad, el oficial polaco a quien Halef designaba como «el antiguo *Bimbaschi* y reciente *Mir Alai*» al hablarme de su familia, me dijo Que su suegro se llamaba Mirza Sibil, o lo que es lo mismo Aghá Sibil, y que era persa y comerciante; el recién llegado, mercader de Ispahan, tenía el mismo nombre.

Al oír éste, como es natural, acudieron a mi memoria los supuestos muertos que, por espacio de tantos años, lloraba mi desgraciado amigo. Estaba lejos de admitir su certeza, pero ese Aghá Sibil decía que tenía un nieto y no un hijo y esa circunstancia daba nueva fuerza al pensamiento de que en esta milagrosa Casa Alta pudiera tener lugar una tercera resurrección, es decir, una inesperada vuelta a la vida desde el mundo de los muertos.

Pero, ante todo, mi tiempo estaba consagrado al *Ustad*, de cuyo pasado esperaba oír un amplio informe que, por el momento, no pude ni siquiera sospechar la gran importancia que tendría para mí.

¡Qué ciegos e inconscientes caminamos los hombres por la senda de la vida sin descubrir las grandes verdades que pudiéramos aprender unos de otros! Observando la Humanidad en total hallaríamos en ella no sólo notables semejanzas físicas, sino muchas personas que un superficial examen nos presentaba como muy diferentes de nosotros, observados con atención los móviles que habían dirigido el curso de su vida, nos encontraríamos con asombrosos parecidos de orden moral que forzosamente nos conducirían al conocimiento de nosotros mismos, a no ser por la fatal propensión que tenemos a conceder más atención a los hombres malos que a los buenos y no ver más que el propio capricho o interés en nuestras relaciones con la Humanidad.

Así como la circulación de la sangre sigue el mismo curso en millones de cuerpos, esos mismos millones de individuos están animados por un espíritu análogo y si éste circulara por venas visibles nuestros ojos, al descubrir éstas sobre la mesa de disección, entre mil no habría uno que el profesor pudiera distinguir de los demás por su vitalidad y que fuera digno de sobresalir de entre el resto, por lo que antes he llamado los móviles que dirigen el curso de la vida.

¿Quién tiene hoy el deseo o, mejor dicho, la temeridad de intentar medir los espíritus? Mientras que uno logra distinguirse a los ochenta años, mediante la paciente y prolongada labor de toda una existencia, otro, por medio de una rápida multiplicación del genio, consigue la celebridad a los veinte años, pero aquel que con fidelidad y conciencia ordena las cifras de su espíritu y las presenta al examen del más alto y justo de los Espíritus, ése es el que obtendrá los más saneados productos.

El espíritu más pequeño puede llegar a ser grande a pesar de su pequeñez, así como el grande puede llegar a ser pequeño a pesar de su grandeza. Entre los espíritus que antes me molestaron y que me pareció distinguir a la luz de la lámpara del *Ustad*, seguramente habría alguno que, en algún tiempo, fuese calificado de genio y ahora, estuviese olvidado desde larga fecha. Esos que un día contaron entre los grandes de la tierra, tenían ahora que vagar tristemente entre los ámbitos de la Casa Alta, porque la lámpara no sería de nuevo encendida.

Hasta el presente no se me había ocurrido expresar que yo no creo en la grandeza del espíritu, es decir, en el genio; siempre los ha habido, los hay y los habrá, pero sólo los reconocen los hombres y no Aquél que ve hasta el fondo de todas las cosas. Él envía los siglos en que demuestran su grandeza y, cuando han transcurrido, no tienen más importancia que un día ya pasado.

Con relación a la eternidad, el nombre más célebre que haya podido llevar un ser humano es cual si no hubiera vivido más que un solo día. Pero la bendición que un hombre concede a otro, ésa se desprende del nombre, y dejando que éste, despojado de su mundana celebridad, caiga en el olvido, ella asciende, acompañando siempre al alma anónima.

¿De dónde procedían estos pensamientos? ¿Era la intelectual atmósfera que salía del panteón la que me envolvía en aquella terraza al aire libre, inspirándome tales ideas? ¿Acudían a mi mente limpias de polvo terrenal para emprender, desde la

blanca tienda de alabastro, su ascensión a las celestes alturas?

No pude seguir ocupándome en mis reflexiones por impedírmelo la vuelta del *Ustad*; me rogó que lo acompañara a la biblioteca y, cogiendo la lámpara a fin de transportarla, como observara que mis ojos se fijaban en la inscripción de la pantalla, dijo:

—«El Amor nunca acaba». Sí, el divino, pero éste que dice aquí terminó para mí o, mejor dicho, ¿existió alguna vez? ¿Esta hermosa frase fue dictada por el corazón o solamente bordada con las manos? Por aquellas manecitas tan blancas y suaves que fueran garras para mí, a pesar de la frecuencia con que las oprimía contra mis fieles labios.

Diciendo estas palabras se volvió hacia la mesita de nácar y añadió:

—¡Dios es un espíritu! Y yo busqué ese espíritu. Yo creí que Él, que había animado todas las cosas, habría también dotado de alma al cuerpo, por eso yo buscaba al primero en el segundo. Lo observé dormido, despierto y mientras oraba. Despierto era su propio Dios; dormido sólo soñaba consigo mismo y, al orar, se arrodillaba ante si propio. El espíritu del Señor encarnó en Oriente y, como pastor que busca su rebaño, fue de comarca en comarca, de pueblo en pueblo, de corazón en corazón.

»Dondequiera que fue lo recibieron con palmas, pero después lo prendieron y crucificaron, y en todas partes, en cada Gólgota, pudo verse el cuerpo del Señor pendiente de la cruz, pero ¿en dónde quedó el espíritu? Ese espíritu que debería ser nuestro guía, ¿en dónde podía realmente adorarse?

»Eso pregunté aquí y allá, por todos los ámbitos de la tierra. Encontré ciertamente alguna cuadra y algún pesebre ante el cual los ángeles habían cantado alabanzas y oraron reyes y pastores; aun aspiré el aroma del incienso y de la mirra quemados en honor del Espíritu de paz y amor, pero este mismo no estaba, había huido para esquivar el odio y la venganza. “¿Adónde ha ido?”, pregunté, y me contestaron: “A Egipto”.

Rozó con su mano el manuscrito, pero la retiro enseguida, cual si hubiera tocado algo hostil y prosiguió diciendo:

—Aquí yace el cadáver del espíritu con el que fui en busca de ese mismo espíritu. Murió y fue enterrado, dejó de existir cuando yo escribí esta última frase, donde digo que los pensamientos de los hombres no son los pensamientos de Dios. ¿Por qué he de fatigar mi espíritu buscando verdades que nunca podré descubrir, porque el espíritu de Dios es completamente distinto del mío?

Hizo una pausa y me miró de frente, como esperando una señal de asentimiento por mi parte, pero yo sacudí levemente la cabeza diciendo:

—Con esas palabras debieras haber empezado en lugar de terminar. Ellas te habrían indicado que esas profundas investigaciones no deben hacerse con la seca sagacidad del espíritu, sino con la confianza que da la fe. Si ella te hubiese acompañado en las peregrinaciones que hiciste sobre la Tierra, no habrías encontrado

vacíos pesebres que el Señor hubo de abandonar para sustraerse a las iras de Herodes, sino apacibles lugares llenos aún de recuerdos, en donde Él estuvo antes y después de la Crucifixión compartiendo su pan con los suyos. ¿Crees tú que por no haber encontrado el espíritu del Señor no ha habido nadie que lo encuentre?

—¡Sí que lo he encontrado! Abre ese cadáver y lee la primera frase.

Volví al manuscrito, y en la primera línea encontré la siguiente máxima, escrita en caracteres grandes y distintos: «La Fe es la que triunfa del mundo».

—¿Y bien? —preguntó él—. ¿Acaso no he hecho ya lo que tú dices? ¿No ha sido la fe la compañera de mis trabajos? ¿No es el Alpha de ese libro? ¿Por qué no he llegado por ese camino al Omega y he tenido que tomar otro?

—El camino de tu Alpha fue el de los Hosannas. Acompañado por la fe, persiste en busca del Señor, pero en ti se infiltró ese espíritu que un día se atrevió a tentar al Mesías y creció en ti llegando a dominarte. Ese espíritu no era el de Dios, sino el tuyo propio que sólo perseguía su propia celebridad, y su falso oropel te deslumbró. A su paso el vulgo gritaba: «¡Hosanna!» aun cuando sólo era un asno montado sobre el cual tú hendías la multitud; él mismo pisoteó con sus cascos las palmas de tu fama. Tampoco merecían más. Entonces empezaste a oír voces que decían: «¡Crucifícalo!».

—*Effendi!* —me interrumpió asombrado—. ¿Tú sabes lo que pasó? ¿Cómo puedes saberlo?

—¿Cómo lo sé, dices? ¡Si lo sabe todo el mundo! El que se dedica a profundizar los grandes misterios, sube a su Gólgota entre las alabanzas y el júbilo de los llamados amigos, mas una vez abandonado por éstos, sus enemigos le obligan a sacrificar su espíritu.

—¡Sacrificar... su... espíritu! —repitió muy despacio—. ¡Qué verdad, qué verdad es eso! Dime: ¿hay que hacerlo así? ¿Es absolutamente necesario?

—¿Por qué se lo preguntas a un simple mortal? Pregúntaselo a nuestro Redentor, al que nos dio ejemplo con su sublime muerte. «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu». Tales fueron sus palabras al despedirse de sus dolores. Ahora bien, *Ustad*, ¿has seguido tú ese ejemplo? Cuando fuiste martirizado por tu espíritu, ¿lo encomendaste, como hizo Él, en manos del Señor? Aquí, según me dices, tenemos el cadáver, ¿y su espíritu dónde ha ido? Si al verte obligado al sacrificio lo hubieras encomendado en manos del Señor, podría volver a animar su cuerpo y resucitar como sucedió a Isa Ben Marryam.

El dueño de la Casa Alta volvió muy lentamente a dejar la lámpara sobre la mesa, diciéndome:

—¡Aguarda, *Effendi!*

Y, paso a paso, cual si repentinamente se viera abrumado por una pesada carga, salió a la terraza, pero, antes, se volvió desde la puerta preguntándome:

—¿Tú crees en la resurrección de semejantes muertos?

—Sí —le contesté.

—¿De veras?

—No sólo creo en ellas, sino que las he presenciado.

—¡Tú!

—Yo, sí, yo.

—Quisiera poder decir lo mismo.

—Lo podrás en cuanto quieras, no se necesita más que tu voluntad.

—*Effendi, Effendi!* ¿Para quién se ha vuelto a encender aquí esta lámpara? ¿Para ti, para mí, para ambos? «Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni mis caminos son vuestros caminos». Eso ha dicho el Señor. Espera, concédeme algún tiempo.

Apenas hubo desaparecido tras de la puerta, cogí el manuscrito que tenía delante con intento de hojearlo. Ante todo me llamó la atención el título: «Espíritu y Verdad» —decía—. Me senté de nuevo sin soltar el libro.

De pronto se apoderó de mí una inexplicable sensación de cansancio; lo que sentía ¿era realmente debilidad física o era la voluntad intelectual encerrada en aquellas dos palabras la que me obligaba a sentarme? ¿Quién es el hombre que, olvidando las humanas deficiencias, se atreve a acometer tamaña empresa?

Aquel libro seguramente estaría empezado en la juventud, cuando el territorio de la posibilidad casi no tiene límites. Con la edad madura cambian los sentimientos, pero, en lugar de destruir como innecesario cuanto traspasa la línea de lo posible, cosa que se hace muy raras veces, se reforman los puntos principales de la obra, infiltrando en toda ella un inefable pesimismo, como prueba de que todo es vanidad y nada más que vanidad en la tierra.

Comprendía la necesidad de tener aquel manuscrito y ninguna gana tenía de empezar aquel trabajo, pues, desde luego, estaba seguro de que no estaría conforme con él. Así, seguí por espacio de largo rato sumido en pensamientos relativamente tristes hasta que el *Ustad* volvió a entrar y me rogó que lo acompañase a la biblioteca.

Me levanté y, casi inconscientemente, lancé una investigadora mirada sobre el semblante de mi interlocutor. ¿Se había éste vuelto otro? Ni en su rostro ni figura se notaba cambio alguno y, sin embargo, para mí, ya no era el mismo a quien conocí a la cabecera de mi lecho.

Sentí cierta vergüenza por lo que en mi interior calificaba yo de ingratitud, pero me dominaba una poderosa sensación que me impulsaba a obrar con Justicia y energía diciéndome: «No trates de evitarte un disgusto con pretexto de no dárselo a él. La sonda que has de aplicarle ha de dolerte tanto a ti como a él». Observando mi mirada fija en su semblante, me dijo:

—Me miras con atención y veo mi obra en tus manos. ¿Has leído algo de ella?

—Nada más que el título.

—¿Y ésa es la causa de tu mirada?

—Sí.

—Ya te comprendo. «Espíritu y Verdad». Quizá hubiera hecho mejor en llamarla ¿Espíritu o Verdad?

—Tampoco me gusta.

—¿Es decir que ni uno ni otro?

—¿Te juzgas con capacidad bastante para tratar del Espíritu y la Verdad por medio de conjunciones o de casuales conjeturas? Al escribir el título has escrito toda la obra. No necesitabas haberla empezado porque, forzosamente, ha de quedar incompleta, pero el espíritu que has empleado en esta obra no debieras haberlo sacrificado, a pesar de los Caifás y Pilatos. Yo estoy seguro de que hubiera sido capaz de llevar a cabo cosas mucho mejores, más elevadas y nobles que todo cuanto hay escrito en esas páginas. ¿Y si en lugar de muerto sólo estuviera dormido y pudiera despertar de nuevo?

—Si está muerto o solamente dormido, eso es lo que me propongo averiguar ahora con tu ayuda. Te voy a contar cómo fue que yo llegara a prescindir de él. La narración no será alegre.

—¡Narración! No me parece acertado el calificativo. Si realmente ha muerto será una oración fúnebre; si, por el contrario, sólo duerme y se levanta como Lázaro al oír la voz de Cristo, entonces será un glorioso despertar. Nos hallamos a la puerta del aposento en que quieres contarme tu historia y ya siento en mi interior una voz bastante poderosa para vencer a la muerte, que está pronta a pronunciar las palabras «¡Lázaro, levántate y anda!».

Puso la mano izquierda sobre mi hombro atrayéndome hacia sí; yo le estreché con mi brazo derecho y, juntos, penetramos en la estancia, unidos cual si no formáramos más que un solo ser, y una vez acomodados el uno frente al otro, hube de escucharle, pacientemente, una serie de disquisiciones filosóficas, cristianas unas, heréticas otras, sin ilación, que a mí se me antojaron elucubraciones de mente enferma.

Luego comenzó a hablarme de la naturaleza intelectual del mundo de la Prensa, sentando tales ideas que mi imaginación advertíame ausente de aquel interminable soliloquio.

CAPÍTULO 3

REGRESA EL VENGADOR

hubo una pausa bastante prolongada. Por unos momentos reinó el silencio entre ambos. El *Ustad* meditaba profundamente y yo no me atrevía a interrumpirlo. Pasado algún tiempo, se volvió hacia mí preguntándome:

—¿Has terminado con la naturaleza intelectual del reino de la Prensa. *Effendi*?

—No —contesté.

—También aquí empiezas por abajo y vas subiendo gradualmente. Según parece, aplicas en todo este sistema. ¿Nos acercamos a los seres humanos?

—Sí, entre los animales iba en aumento el deseo de liberarse de la materia y cada vez se acentuaban más sus esfuerzos hacia la individualidad, pero, a pesar de éstos, ninguno de aquéllos llegó a ser hombre.

—¿Ninguno?

—No; debieron haberlo conseguido; pero desgraciadamente no fue así. A muchos se le impidió consideraciones de orden material que los sujetaban a la fiera; otros cedieron a extrañas influencias y ninguno llegó a la completa independencia intelectual que lo convierte en un ser que obra y se mueve por su propia voluntad.

»Entra en las redacciones y pregunta a los que allí están qué consideraciones se ven obligados a guardar y qué trabas son las que sujetan su espíritu. Pero también he encontrado personas de completa independencia intelectual allí donde menos lo esperaba. ¡Qué inmensa ha sido mi alegría en estos casos y con qué sinceridad les he demostrado mi respeto! Un espíritu semejante desconoce los lazos maternos, ha roto todas las trabas, arrojando a sus pies el humano egoísmo, y la cortedad de vista intelectual no acepta intereses ni convencionalismos sociales. Por eso nunca dará una sentencia basada sobre mezquinas consideraciones perceptibles a los ojos del cuerpo.

»Tampoco le ocurrirá nunca condenar a un solo hombre, pues sabe que ese mismo individuo, considerado espiritualmente, es muy distinto de cómo aparece a los ojos de la fama, que apoya sus decisiones en el fango terrenal. Él conoce las corrientes y contracorrientes de las atmósferas abstractas, libres de las pestíferas emanaciones que se desprenden de la materia y, antes de observar a ninguno de sus semejantes, lo eleva a esas puras y limpias alturas inaccesibles a las miserias y mezquindades.

—¿Y si precisamente él fuese el juzgado, el atropellado y el calumniado? —preguntó el *Ustad*.

—Haría lo que acabo de decirte, elevar a sus perseguidores desde el abismo hasta su misma altura antes de mirarlos; entonces desprendiéndose de ellos toda la balumba de sus impurezas y suciedades, se volverían tan ligeros y pequeños que no tardarían en desaparecer a sus ojos. Todo su ser no es más que un montón de basura, sin pizca

de espíritu, y así se comprende que, al despojarse de su capa de inmundicias, no quede nada de su existencia.

—Pero él tenía que contestar, que defenderse, ¿no te parece así?

—¡Vaya una pregunta! Ya te he dicho que desaparecerían de su vista. ¿A quién iba a contestar? ¿Al vacío? Sería tarea inútil. ¿Al montón de basuras? Nada tenía de común con él. El hombre superior sólo debe contestar al espíritu y ellos carecen de él en absoluto. No comprendo tu pregunta. ¿Hubieras contestado tú en semejantes circunstancias?

Acercándose con pasos rápidos, me contestó:

—*Effendi!* Así lo he hecho... por desgracia... por desgracia.

—¿A la basura?

—Sí.

—¿A la nada?

—No. Me coloqué, según ahora veo, en el mismo terreno que mis enemigos y éstos no pudieron desaparecer de mis ojos. Reconozco que yo tampoco estaba libre de impurezas ni mi conducta ha sido en un todo semejante a la del elevado e independiente espíritu que describes. Me parece que he cometido faltas que hasta este momento no las juzgué como tales. Allá en frente, en nuestra Casa de Dios, has confesado hoy tus culpas ante el *Padar* y tu valor y sinceridad me han admirado y conmovido profundamente. Por ese medio has quedado limpio y libre de cuanto te oprimía. Yo no pensaba que tenía nada de qué purificarme, pero ahora me parece lo contrario; tendré tanto ánimo como tú has tenido y me confesaré contigo como has hecho con el *Padar*, y si oigo de tu boca que mis culpas pueden ser perdonadas, aceptaré ese perdón cual si ya fuera un hecho consumado.

»Yo había salvado ya el escalón que tú designas con el nombre de primera vida. Me hallaba en la segunda y tuve la sensación de que mi individualidad espiritual empezaba a formarse, pero no pude conseguir llegar al tercer escalón. ¿Por qué? Busquemos juntos la causa fundamental y creo adivinar que en esa causa hallaremos las faltas de que hasta ahora no me había dado cuenta.

En este momento oímos que alguien, desde la explanada, llamaba dando tres palmadas.

—Me llaman —dijo mi interlocutor—. El *Padar* sabe dónde estoy y que he prohibido que nadie venga a interrumpirme. Para el caso de que me necesitaran, convine con él esta señal.

Pasando a la estancia contigua, salió a la terraza y oí que hablaba con alguien. Un instante después volvió diciendo:

—El *Padar* me llama y dice que vengas conmigo. Al parecer, se trata de algo grave.

—¿No te ha dicho de qué?

—No, se lo he preguntado, pero el *Padar* ha respondido que no puede decirlo a gritos. Ven.

Bajamos. El *Padar* estaba en la gran sala que me sirvió de dormitorio y vi también en el mismo lugar a Tifli y a otro *dschamikum*. En este último reconocí al jinete que, salvando trancos y barrancos, llegó al templo para anunciar la proximidad de los persas. Halef seguía profundamente dormido, su hijo estaba junto a él y Hanneh se había retirado a descansar.

Apenas entramos, el jeque de los *dschamikum*, bajando la voz en atención al enfermo, nos dio la siguiente e importantísima noticia:

—¡El Vengador está de nuevo aquí!

—¿Dónde? —preguntó el *Ustad* en tono de sorpresa.

—No lo sabemos aún.

—¿Quién lo ha visto?

—Mi hijo —contestó el guardián de la puerta.

—¿No será quizá víctima de un error?

—No, lo conoce bien; él le sirvió de guía a través de todo el pueblo hasta nuestro templo, así es que ha podido examinarle despacio.

—¿Dónde está tu hijo?

—Ha venido conmigo, está esperando al pie de la escalinata.

—Ve a buscarle.

Naturalmente, en seguida adiviné la existencia de alguna trama infernal y, con el mayor interés, esperé a ver si lográbamos descubrir de qué especie era.

Ya se comprenderá que, estando presentes las dos primeras autoridades de la tribu, ni por un momento se me ocurrió tomar la dirección de las pesquisas. El hijo del guarda tenía cara de listo y aun pudiera decirse que de astuto. Acompañado por su padre se adelantó hacia el *Ustad*.

—¿Has visto al Vengador? —le preguntó aquél.

—Sí —contestó el muchacho.

—¿Estaba solo?

—No, lo acompañaban otros dos.

—¿De dónde han venido?

—Del exterior.

—¿Dónde están ahora?

—Eso no lo sé.

—Pero ¿sin duda muy cerca?

—Probablemente.

—¿Venían a caballo?

—No, se habían apeado.

El *Ustad* miró al *Padar* y éste a mí diciendo:

—La noticia es tan inesperada como sospechosa y rodeada de misterio. ¿Qué dices tú a esto, *Effendi*?

—¿Me autorizas para que haga algunas preguntas?

—¡Naturalmente!

—He oído que ha llegado un mercader de Ispahan trayendo un mensaje del Vengador. ¿Dónde está ese hombre?

—Supongo que durmiendo. ¿Quieres que se le llame?

—Sólo será necesario en el caso de que vosotros no podáis decirme lo que yo quiero saber acerca de él. ¿De dónde ha venido?

—De los dschamikum del norte; se encontró con los persas en el desfiladero.

—¿Cómo se portaron con él?

—Ni como amigos ni como adversarios. Lo conocen y le preguntaron de dónde venía y adónde iba. La respuesta fue que hacia el sur, hacia el territorio kalhuran y, entonces, le dijeron que viniera aquí para hacer un buen negocio. Le anunciaron que iban a verificarse unas importantísimas carreras de caballos que atraerían numerosa concurrencia, entre la que hallarla muchos compradores por poco que forzara su celo comercial. El mercader le agradeció mucho la indicación y afirmó que seguiría su consejo cambiando de ruta. Al oír esto, el *Multasim* le dio para nosotros la comisión que ya ha desempeñado.

—¿Y en qué consiste esa comisión?

—Es muy singular y ninguno la hemos entendido. Se reduce a dos versos de la canción que hoy se ha cantado: «Rompe mi corazón como la rosa en que se encierra toda la fragancia». Y ha añadido verbalmente: «Di en el aduar que hoy mismo se romperá la rosa». ¿No te parece esto muy extraño, *Effendi*?

—Efectivamente, pero sólo en el sentido de que las imprudencias siempre parecen extrañas.

—¿Imprudencias dices? —me preguntó, sorprendido.

—Sí.

—No te comprendo. Nosotros sólo hemos visto en esas palabras una última burla y nos ha tranquilizado esta idea.

—Quisiera que me hubierais dicho antes todo esto. Probablemente está a punto de cometerse un asesinato.

—¡Dios mío! —exclamó el *Padar*; y los demás también dieron muestras de alarma al oír mis palabras—. ¿Contra quién?

—Contra mí.

—¡Imposible!

—He dicho probablemente y tengo por costumbre saber lo que digo. En la poesía se compara la rosa con el corazón y con ese corazón se alude al mío. Al mío, estoy seguro, y se proponen romperlo con la punta de un afilado puñal.

—Pero ¿qué fundamento tienes para aferrarte a esa idea?

—Más tarde hablaremos de eso, por el momento conviene informarse y obrar. El Vengador nos ha juzgado demasiado tontos para descifrar su pensamiento. Ese hombre está poseído por el odio y éste es hermano de la imprudencia y de la presunción; quiere poder envanecerse más tarde de haber realizado su crimen a pesar de habernos advertido.

Y volviéndome al joven dschamikum, le pregunté.

—¿Dónde estabas cuando viste al *Multasim*?

—Fuera de la aldea —contestó—. Había sacado a pacer los corderos y me eché tras de un peñasco mirando a la tienda de alabastro; desde el camino era imposible verme. Por oriente llegaron cuatro jinetes, se detuvieron cerca de mí, echando pie a tierra.

—Antes han dicho que eran tres.

—Los tres que he dicho se encaminaron hacia el aduar, el cuarto quedó al cuidado de los caballos.

—¿Y reconociste al *Multasim*?

—Sin duda alguna; era uno de los tres que vinieron al pueblo.

—¿Qué armas llevan éstos?

—Antes de separarse entregaron sus fusiles al que quedaba, pero conservaron todas las demás armas.

—¿Te han visto?

—No.

—¿Qué hiciste?

—Me arrastré por el suelo siguiendo a los tres. Dejaron el camino y, metiéndose a campo traviesa, tomaron la dirección de la parte atrás del pueblo. Yo no podía seguirlo tan de prisa, pues, si me hubiese puesto en pie, me habrían descubierto, así es que los perdí de vista.

—¿Y no los seguiste más?

—No. Fui en busca de mi padre y le conté lo ocurrido e inmediatamente ambos nos pusimos en camino para dar aviso en la Casa Alta.

—¿Qué espacio de tiempo habrá transcurrido desde que los viste bajar de los caballos?

—Una media hora escasa.

Le di una palmadita en el hombro, diciendo:

—Te has portado como un hombre y mereces sinceros elogios.

Y, dirigiéndome a los otros, añadí:

—Tenemos tiempo. El *Multasim* está detrás del pueblo esperando a que se apaguen aquí todas las luces. Para mí no hay duda de que no se atreverá a venir antes y de que sus prepósitos son criminales, tan criminales que no puedo menos que sentir lástima hacia él. ¿Es este hombre un ser tan avezado a criminales empresas que pueda justificar la pretensión de entrar en la Casa Alta y sin ser descubierto, traspasar con su puñal mi corazón?

—¡Tu corazón! —exclamó el *Ustad*—. Lo que dices me parece imposible.

—Y, sin embargo, es verdad.

—Debes estar equivocado.

—No, hubiera preferido guardar silencio sobre esta cuestión, pero ya que el Vengador no espera hasta que yo me haya separado de ti e intenta hacer tu casa teatro

de un asesinato, creo cumplir mi deber participándote lo que entre nosotros ha ocurrido y las palabras que han mediado.

Les referí con la posible concisión cuanto había pasado, pero sin omitir ningún detalle y tan convencidos los dejé que, al terminar yo, exclamó el *Padar* con desconsuelo:

—Tienes razón, *Effendi*. Se trata de un asesinato y tú eres la víctima escogida. Voy inmediatamente a hacer que las campanas den la señal de alarma, que se reúnan todos los habitantes del pueblo...

—¡Alto! —interrumpí—. No harás nada de eso.

—¡Es necesario!

—No.

—¿Por qué no?

—¿Ha de quedar el Vengador impune?

—¡No por cierto! ¡De ningún modo!

—Pues así sería. Tan pronto como éste oyera todo ese ruido, comprendería que estaba descubierto y apelaría a la fuga, riéndose luego de nosotros, que por nuestra falta de reflexión, ni siquiera podríamos probar la tentativa de asesinato.

—Es verdad y tienes razón, *Effendi*. Pero ¿qué otra cosa podemos hacer?

—Cogerlos...

—*Maschallah!*

—... Con las armas en la mano.

—Según eso, ¿debemos dejarlos venir?

—Sí.

—¡Eso es muy peligroso!

—¿No hemos hecho lo mismo con los soldados capturándolos después? Entonces se trataba de muchos y ahora no son más que tres.

—También eso es verdad.

—Y seguramente penetrará aquí él solo, los demás quedarán guardándole la espalda.

—¿Penetrar? ¿Crees tú que llegará hasta aquí?

—Sí.

—¿Qué te lo hace creer?

—El más sencillo razonamiento. Él quiere matarme. ¿Cuándo? Esta noche. ¿Qué hago yo por la noche? Dormir. ¿Dónde? Allá arriba, en mi nuevo domicilio, pero esto no lo sabe él, pues ignora la mudanza que hoy se ha hecho. Se figura que yo tengo aún mi lecho en esta sala abierta en la que tan fácil es entrar protegido por las tinieblas de la noche.

—¿Y cómo sabe él qué aposento ocupas en esta casa?

—De fijo no lo ignora. Esta tarde habló en la montaña con varios *dschamikum* que seguramente no comprendieron el alcance de sus preguntas. Tifli acompañó a los persas y no dudo de que podrá darme una amplia información de cuanto ocurrió en el

camino.

—Sí que puedo, sí que puedo —se apresuró a contestar el aludido.

—Di lo que sepas.

—Me coloqué a la cabeza del pelotón, pues me había propuesto no hablar con aquella gente y así lo hice; los que me acompañaban cerraban la marcha y a ellos se reunió Ahriman Mirza entablando conversación. Primero habló del pueblo, después de la Casa Blanca y, por último, de los huéspedes que en ella moran. Cuando más tarde me enteré de todo, me incomodé mucho al saber que se le habían dado Informes.

—¿Qué logró averiguar?

—Dónde está el Hachi Halef y dónde duermes tú, a qué hora te acuestas y quién vigila por la parte exterior de la sala. Los que respondieron ignoraban que serías trasladado antes de la noche a las habitaciones particulares del *Ustad*, así es que dijeron a Ahriman Mirza que tú duermes en la sala, en el ángulo que está a mano derecha según se entra.

—¿Y qué más preguntó?

—Si cuando te acuestas tienes armas al alcance de la mano.

—¡Ah! ¿Y qué respondieron?

—Que están colgadas a los pies de tu lecho.

—¿Dónde están ahora? No las he visto en mi nuevo aposento.

—Permite que responda después de esa pregunta —dijo el *Ustad*.

Hice una señal de asentimiento y, dirigiéndome a Tifli, pregunté:

—¿Tienes algo más que decir?

—No —me contestó.

—Ya tengo reunido el material suficiente para convencerme de que no me equivoco. ¿Quién ha de disponer lo que ha de hacerse?

—Tú —respondieron simultáneamente el *Ustad* y el *Padar*.

—Pues mi designio es el siguiente: coger al Vengador empleando un medio que ofrezca el menor peligro posible para nosotros. ¿Están vigilados los soldados prisioneros?

—Sí —contestó el *Padar*.

—¿Cuántos guardianes tienen?

—Dos, que permanecen de centinelas tras de las cerradas puertas. Basta con ellos.

—Por hoy no bastan.

—¿Por qué?

—Porque, indudablemente, el *Multasim* abriga el propósito de libertar a los prisioneros; él y sus dos acompañantes pueden con facilidad sorprender y desarmar a los dos centinelas, así es que pongamos más gente para que no puedan realizar sus planes por ese lado y tenga que encaminarse sin tardanza hacía la sala de juntas. Se pondrá un lecho en el mismo sitio en que estaba el mío y, naturalmente, permanecerá sin estar ocupado. Aun cuando alguien fuese lo bastante temerario para querer

desempeñar el papel de durmiente, no lo consentiría yo, pues un puñal esgrimido en las tinieblas puede ser fatal hasta para el hombre más aguerrido.

Kara Ben Halef, que se había acercado para oír lo que se hablaba, al terminar yo la última frase, replicó:

—Pero si tú no estuvieras tan debilitado por la reciente enfermedad, ya sé yo lo que harías, *Effendi*.

—¿Qué haría?

—Acostarte con toda tranquilidad, y, cuando el asesino quisiera descargar el golpe, cogerle la mano e inutilizarle por completo.

—¡Psé! Quizá lo hubiera hecho así, pero no hay que hablar de eso por ahora. El Vengador debe ignorar que está descubierto; hemos de cuidar de que nada le haga concebir sospechas de que sabemos que está ahí y preparados para recibirle. Esto quiere decir que sólo confiaremos el secreto a las personas que nos sean indispensables; los demás no sabrán una palabra del asunto. ¿Cuántos caminos conducen desde aquí al exterior?

—Sólo el que lleva a la puerta.

—¿No hay sendas más o menos ocultas?

—Ninguna y nadie puede trepar sobre las gigantescas murallas.

—¿De modo que tampoco será posible huir más que por la puerta?

—Tampoco, y ésta estará cerrada.

—Pues hoy quedará abierta para que el *Multasim* no necesite trepar. En nuestro interés está facilitar la venida del Vengador y sus compañeros para que éstos no den la vuelta sin nuestro consentimiento. Parto del principio de que los tres se deslizan por la puerta; los dos satélites se esconderán en un sitio a propósito, dispuestos, si fuera necesario, a socorrer a su jefe y éste continuará solo su camino. En la puerta ha de haber gente de buenos puños que dejen entrar a las personas, pero que les impidan la salida y sobre todo que guarden absoluto silencio para no impedir el que nosotros podamos coger aquí al *Multasim*. Para eso nos bastan cinco o seis hombres que se esconderán en la oscuridad de la sala para capturar al *Multasim* tan luego como éste se deslice en la estancia, encaminándose hacia el vacío lecho. Como, por consideración a Hachi Halef, convendría evitar el alboroto, mi deseo sería que se cogiera al criminal lo más silenciosamente posible. Yo estaré presente, aunque sin tomar parte activa; si vosotros queréis también permanecer aquí, lo celebraré, pues vuestra presencia aumentará el celo de esta buena gente. Será conveniente que detrás de la puerta que da al interior haya unos cuantos dschamikum con luces encendidas para que, en el momento oportuno, la sala pueda iluminarse con rapidez. Esto es lo que por ahora tengo que decir. ¿Hay alguien que se oponga a lo dicho?

—No —respondió el *Padar*—. ¿Te parece que el Vengador nos hará esperar mucho?

—No lo creo; los que le acompañaban hoy conocerán seguramente su intento y esperarán con ansiedad su regreso; tampoco dejará esperar largo tiempo al hombre

que guarda los caballos y cuya presencia puede ser a cada momento descubierta, malogrando la empresa. Confirmo lo que antes dije: en cuanto se apaguen las luces, el *Multasim* supondrá que estamos entregados al sueño y, sin perder tiempo, pondrá manos a la obra.

—Entonces démonos prisa, en diez minutos estará todo dispuesto para recibirle. ¿Quieres subir mientras tanto a tu habitación, *Effendi*?

—No, me quedo aquí.

—Pues permite que me aleje para preparar lo necesario.

Y, dichas estas palabras, el *Padar* se alejó.

CAPÍTULO 4

ATAQUE NOCTURNO

El *Ustad* mandó traer dos cojines y nos sentamos sobre ellos en el fondo de la sala, de modo que yo tenía de frente las tres arcadas que daban acceso al edificio pudiendo, por consiguiente, ver al criminal tan pronto como penetrara en la sala.

Kara había vuelto a sentarse junto al lecho de su padre y el guardián y su hijo se acurrucaron cerca de nosotros dispuestos a obedecer mis órdenes. No tardó en volver el *Padar* con otros cuatro robustos mozos que se ocultaron en el rincón más lejano. Al otro lado de la puerta varios hombres sostenían luces encendidas.

Di orden de que se apagaran todas las que pudieran verse desde el exterior y recordé entonces la lámpara de mi habitación que seguía ardiendo y cuyo reflejo debía de verse desde el aduar. Se lo dije al *Ustad*, quien, en el acto, se puso en pie para subir a extinguirla él mismo.

Cuando volvió a bajar, ya estaba todo preparado, pues mientras tanto dispuso el *Padar* que todo estuviera oscuro, incluso la cocina. Al parecer, los moradores de la Casa Alta dormían profundamente y nada impedía el avance del Vengador.

¿Me atreveré a decir, por muy extraño que parezca, que en el fondo de mi corazón estaba deseando que llegara? Nunca debe uno alegrarse con la proximidad de un crimen. Sin embargo, hay que tener en cuenta que no sólo los pensamientos, sino también las sensaciones, tienen su lógica, aun cuando no pueden seguirse con tanta precisión sus consecuencias y si yo tenía la sensación de que me alegraba la venida del *Multasim*, alguna poderosa razón tendría para ello.

El Vengador existía y estaba próximo; traía malos propósitos contra mí, pero sólo podían ser peligrosos si yo no evitaba el ataque, es decir, que el temible no era él, sino la rapidez del atropello. Por hoy estaba prevenido y, si él no ejecutaba el supuesto plan, todas las precauciones que habíamos tomado resultarían inútiles, sufriendo por consecuencia nuestra autoridad un serio quebranto. Por eso deseaba que mi enemigo persistiera en su primitivo designio.

El silencio reinaba en la gran sala y la oscuridad era tan densa que no podíamos vernos unos a otros, aun cuando estábamos muy próximos. La tenue claridad de las estrellas se reflejaba sobre la escalinata exterior y no podía llegar hasta las columnas por interponerse la ancha cornisa. Así es que la abertura de los tres arcos se destacaba con precisión, pero el suelo permanecía envuelto en *Sombras*.

Esta circunstancia seguramente hubiese permitido al persa entrar sin ser visto, a no estar nosotros prevenidos de antemano. Debo observar que ningún motivo tenía yo para suponer que el *Multasim* poseía la habilidad de andar a rastras, habilidad que, si bien no era desconocida para algunos beduinos, estaban éstas muy lejos de poder

competir con la maestría peculiar de los indios y cazadores del lejano Oeste de Norteamérica.

No debía tardar mucho en reconocer mi error; había olvidado que el odio es siempre maestro y su astucia y paciencia son insuperables.

El *Ustad*, que estaba sentado junto a mí, me cogió la mano y, estrechándola afectuosamente, dijo en voz muy baja:

—¡Cuánta es la estimación que siento por ti, *Effendi*! Hasta ahora no me había dado cuenta de ello, pero, al oír que un inminente peligro amenazaba tu vida, he tenido la sensación de que estamos tan identificados en cuerpo y espíritu que nuestros pensamientos y sensaciones forman una indivisible unidad.

—¿Y eso no ha sido más que una sensación o quizá algo más importante? —pregunté yo—. Cuando dos espíritus gemelos se encuentran y saludan, los corazones de sus respectivos cuerpos aceleran igualmente los latidos. Las palabras amor espiritual, aunque parece que suenan a cosa de ultratumba, expresan el más poderoso y elevado lazo que une el aquí con el allá. El uno al elevar al otro le concede la bienaventuranza.

Quizá hubiera añadido algo más, pues estos pensamientos constituían mi tema predilecto, pero renuncié a ello por parecerme que un leve roce llegaba a mis oídos, al mismo tiempo que mis ojos divisaban una *Sombra*. No era nada distinto; nada que los ojos o los oídos pudieran precisar; se reducía a un levísimo rumor semejante al roce de una ligera túnica vestida por un ser fantástico e incorpóreo.

—¿Ves algo? ¿Oyes alguna cosa? —pregunté al *Ustad*.

—No... ¿y tú? —Fue la respuesta.

—Me ha parecido que un pensamiento apenas visible había atravesado la sala.

—¿Hacia dónde?

—Hacia el sitio en que suponemos se dirigirá el *Multasim*.

—Pero si éste tiene que venir de fuera, no está escondido en la estancia. Habrá sido, como dices, nada más que un pensamiento.

Estas razones me parecieren tan lógicas que reconocí el error. Era realmente imposible que el supuesto asesino viniera desde el ángulo en que descansaba Halef. Debíamos concentrar nuestra atención en el exterior y así lo hicimos con tanto celo que era imposible se nos escapara el Vengador; por macha habilidad que tuviera lo descubriríamos en seguida.

Así pasó tiempo y tiempo, los minutos se sucedieron unos a otros sin que observáramos nada. De pronto... habría transcurrido poco más de una hora... oímos un tenue y confuso rumor seguido de una angustiosa respiración que por momentos degeneraba en estertor sin que pudiéramos precisar de dónde provenía.

Pensé que alguno de los ocultos dschamikum, por alguna causa desconocida, dejaba oír aquella respiración ruidosa, que fácilmente podría comprometernos, pero, sin darme tiempo a decidir nada, interrumpió mis ideas, la clara voz de Kara Ben Halef, exclamando:

—*Sidi!* ¡Manda traer luces!

Ya se comprenderá mi extraordinaria sorpresa cuando diga que esta voz sonaba al lado opuesto del que estaba el lecho de su padre, junto al que debiera encontrarse el muchacho.

—¿Dónde estás? —pregunté también en voz alta.

—¡Aquí! ¡En tu lecho!

—¡Qué imprudencia!

—Di más bien qué precaución, pues si yo no hubiera sido en este caso más previsor que vosotros, se nos escapa, pero aquí lo tengo.

—*Maschallah!* ¿Es cierto lo que dices?

—¿Lo diría yo si no fuera así? ¡Traed luces!

Nos levantamos de un salto, se abrió la puerta que daba al corredor penetrando en la sala cuantos allí había, con hachas y lámparas de aceite encendidas y un singular espectáculo se presentó a nuestros ojos.

Inmediato al lecho aparentemente destinado para mí yacía un hombre boca abajo y completamente inmóvil; no llevaba puestos más que unos calzones y los brazos y medio cuerpo superior estaban untados con aceite o grasa. Ésta es una precaución usada por los beduinos y destinada a facilitar la fuga en caso de ser descubiertos, pues la grasa o aceite pone tan resbaladizo el cuerpo, que se escurre de las manos que intentan asirlo.

Kara estaba arrodillado junto al caído y sus dos manos apretaban con tal fuerza la garganta del último, que le imposibilitaba todo medio de defensa.

—¡Aprisa! ¡Atadlo! —dije yo dejando las preguntas para más tarde—. Llévesle y apagad esas luces para que no denuncien a sus compañeros el fracaso del plan.

Pero antes de que pudieran cumplirse estas órdenes llegaron a la sala las consecuencias de la rápida iluminación. En el exterior oímos ruido de pasos precipitados y algunos gritos ahogados, quedando después todo otra vez en silencio. Uno de los dschamikum que vigilaban afuera, subió corriendo los escalones y anunció:

—¡Ya son nuestros! ¡Al ver las luces quisieren huir y les cogimos!

—¡Traedlos! —dispuse yo—. Nos encontrareis en el corredor que hay detrás de esa puerta.

—¿No permaneceremos aquí ahora que están todos en nuestro poder? —preguntó el jeque.

—No —contesté yo—. La repentina iluminación de esta estancia no podría menos de llamar la atención del persa que guarda los caballos. Envía inmediatamente gente para cogerlo también; el hijo del guarda podrá servir de guía.

En tanto que el *Padar* salió para disponer lo necesario, el prisionero fue llevado al vecino corredor, se cerró la puerta y la sala volvió a quedar en tinieblas. Sólo entonces tuve tiempo de examinar el rostro del vencido.

No me había equivocado: era Ghulam el *Multasim*. Yacía con los ojos cerrados. ¿Estaba desmayado o lo aparentaba? Hay cierta clase de hombres que tienen el valor de atacar porque su inteligencia es demasiado corta para prever las consecuencias y, cuando éstas llegan, cierran los ojos como si esto bastara para escapar al merecido e inevitable castigo. En la derrota se desvanece su aparente valor y sólo queda visible su positiva cobardía.

A la sazón trajeron a sus dos compañeros también atados, que habían guardado las ropas y las dos pistolas del Vengador. Éste no llevaba más arma que el cuchillo que se le cayó de la mano cuando Kara lo cogió por el cuello. El *Padar* le levantó del suelo y, enseñándomelo, dijo:

—He aquí la hoja encargada de romper la rosa. ¿Qué se ha de hacer con estos tres hombres, *Effendi*?

—¿A quién corresponde disponerlo? —pregunté.

—A ti, naturalmente; el ataque iba dirigido contra ti.

—¿Se hará realmente lo que yo diga?

—Claro está.

Interrogué al *Ustad* con una mirada y éste, confirmando lo dicho por su jeque, declaró:

—Tenemos el derecho de disponer de cuantos penetren aquí con armas sin nuestro permiso; pero no acostumbramos a aplicar la pena de muerte. Se ha convenido entre el *Multasim* y nosotros que la cuestión de la venganza se someterla al resultado de las carreras. Si, después de esto, has hecho tú algún convenio secreto con él, nada tenemos que ver en eso. Recibirá las consecuencias por tu mano. Yo podría castigarlo por haberse deslizado en mi casa con propósitos criminales, pero yo te cedo ese derecho. *Effendi*, puedes hacer con él lo que quieras, así como con sus compañeros; los tres están en tus manos.

—Pues llevad a esos hombres tal como están al sitio que ocupan los otros prisioneros y dejadlos allí bien vigilados, y mañana, cuando sea de día, sabrán lo que sobre ellos he determinado. Han venido de noche y yo espero el día, porque al ataque nocturno deseo responder a plena luz.

CAPÍTULO 5

EL MISTERIOSO MENSAJE DEL VENGADOR

Nadie se opuso a la determinación que yo tomé acerca de los prisioneros. Cuando se llevaron a los persas, quedaron en el suelo las ropas del *Multasim*, y el *Padar* mandó a Tifli que registrara los bolsillos.

Éstos, al parecer, no contenían más que los acostumbrados objetos de uso diario, pero antes de soltar las prendas, encontró el «Niño» un bolsillo secreto en el que había una carterita de cuero y dentro de ella unas cuantas hojas de papel escritas.

Entregó la carterita al *Padar*, quien, después de mirarla atentamente, se la alargó al *Ustad*, diciendo:

—¡Es muy singular! No contiene que letras sueltas sin formar una palabra. Míralo tú.

La cogió el *Ustad* y después de echar una ojeada, dijo:

—Éste es un alfabeto Talig con repeticiones; lo tomaría por un cartel de los destinados a los principiantes de lectura, si no fuese porque, en la primera hoja, veo escrito con la misma letra, grande y redonda y un tanto inclinada a la izquierda: «Para Ghulam el Dschellad»^[1]. Es decir, que estos papeles están especialmente dedicados a Ghulam. Se le da el título de verdugo, ¿por qué? ¿Se trata de una broma? Si así fuera no lo guardaría con tanto cuidado. ¿Lo ha escrito él mismo? ¿Qué dices a esto, *Effendi*?

—Nada puedo decirte hasta haberlo visto —le contesté—. ¿No tiene más que el alfabeto?

—Ése y la dedicatoria que acabo de leer, pues el par de letras que están bajo el primero nada pueden significar; se reducen a las sílabas *Sa* y *Lam*.

—¿Nada más? —pregunté con viveza.

—Nada más que un signo de multiplicar encima, míralo tú mismo.

Y me entregó la cartera. Sí, allí estaba la para mí tan conocida seña del *Sillan*. En el acto comprendí que el en apariencia insignificante alfabeto debía de ser pieza de suma importancia. ¿Pero qué clase de importancia era la suya? Ésa era la cuestión. Contenía, repetidas, todas las letras del alfabeto persa. Pero las letras iguales no estaban colocadas las unas debajo de las otras. Reemplazando aquellas letras por las del alfabeto alemán su colocación era la siguiente:

abcdefghijklmnopqrstuvwxyz

tuvwxyzabcdefghijklmnopqrs

En conciencia podía aceptarse que esta singular reunión de letras debía tener

importancia para la asociación del *Sillan* en general, pero muy especialmente para el *Multasim*.

Mucho interés tenía en esclarecer este punto, pero ¿cómo conseguirlo? Nada podía ayudarme más que la propia reflexión y ahora me faltaba el tiempo para entregarme a ella por lo tanto metiéndome la carterita en el bolsillo, dije:

—Puede que después de todo estas letras no sean más que una tontería de unos ignorantes y, en este caso, el asno sería sin duda el mismo Ghulam. Sólo me sorprende el que se le dé el título de verdugo. ¿Habéis oído vosotros que se le aplique éste o algún otro semejante a su persona?

—No, jamás —contestó el *Padar*—, pero como su puesto de *Multasim* le autoriza para suplantar a nuestro bondadoso soberano y dar rienda suelta a su insaciable avaricia, en realidad ha sido verdugo de innumerables infelices.

—Se me ocurre una semejanza —dijo volviéndose hacia mí el *Ustad*—. Arrendador de contribuciones del *Sha* y arrendador del Paraíso. Aquí se martiriza el cuerpo y allí se martirizan las almas. ¡Cuántos verdugos espirituales hay que, en lugar del hermoso y claro alfabeto que Dios nos ha concedido, presentarán uno falsificado! ¿Qué haremos con las ropas del prisionero?

—Dejadlas aquí hasta que se las vuelva a poner mañana, pero eso no será hasta que yo haya dejado en su sitio la carterita. Deseo que su dueño ignore que la hemos descubierto. Más tarde, cuando traigáis al hombre que se quedó con los caballos, encerradlo en otro sitio para que el *Multasim* no sepa que está en nuestro poder. Y ahora escuchad, antes de que nos separemos, tengo algo que deciros y que enseñaros. El objeto de que se trata se halla en la bolsa de mi silla de montar. ¿Dónde están mis monturas y mis armas?

—En mi habitación —dijo el *Ustad*.

—¿Tú me las guardas? Te lo agradezco mucho, eso me demuestra el valor que das a los bienes de tus huéspedes.

Una indefinible sonrisa resbaló por los labios del Maestro y, rechazando mis palabras con un ademán, repuso:

—Otra ha sido la causa. Si lo permites te la expondré allá arriba. ¿Podrá venir también el *Padar*?

—Por mí, sí.

Este último hizo algunas advertencias a Tifli respecto al cuarto persa y los tres juntos nos encaminamos a las habitaciones del *Ustad*. No nos condujo al aposento del balcón, sino a un cuarto oscuro, al parecer destinado a guardar en él objetos inservibles o fuera de uso.

Allí se hallaba todo cuanto me pertenecía y fuera de esto sólo vi unos cajones muy viejos que parecían datar del tiempo de los tatarabuelos de nuestros tatarabuelos. Señalando a este montón de cajas me dijo el *Ustad* las siguientes palabras que, al pronto, me parecieron incomprensibles, pero cuyo significado no tardé en averiguar:

—¡Si supieran los hombres lo perniciosas que son todas esas heredadas

antiguallas que les hacen recorrer la vida envueltos en una atmósfera de falsa devoción! Para tan molesta carga aún es demasiado bueno este rincón. Entre estos objetos vegeta todo un ejército de polillas, larvas y gusanos que, si abriéramos las cajas se precipitarían arrastrándose o volando sobre todo lo que tiene algún valor en la vida, para convertirlo en montón de carcomidos restos e informes pingajos.

»Para esas polillas espirituales no hay nada sagrado ni altura a la que no puedan ascender; destrozan la púrpura de los mantos reales con la misma seguridad con que hacen trizas el armiño de la ciencia; atacan el ropaje espiritual del jefe de los creyentes lo mismo que se posan sobre la gorra de fieltro del alucinado derviche; agujerean el caftán del Profeta, el turbante del legislador y las zapatillas de todos los que viven a la *Sombra* de falsas doctrinas.

»Pero lo que tiene atractivo especial para ellas es el papel, sobre todo el fabricado con andrajos. Suele decirse que el olor de la tinta de imprenta las destruye, pero yo he tenido en la mano algunos impresos que, al intentar leerlos, me he visto envuelto en una nube de tales insectos.

—Hablas enigmáticamente —observó el *Padar*.

—Dichoso tú que lo juzgas enigmático por carecer de experiencia en tales asuntos. Por fortuna para ti, sólo has tenido que luchar con dificultades materiales y nunca con esos destructores espirituales que, a pesar de no ser más que miserables polillas, se abrogan el derecho de calificar de insectos a todos los espíritus elevados e independientes. Y esta tergiversación de las respectivas situaciones las anima toda la piel sobre la que se posan las polillas.

Y dirigiéndome la palabra, prosiguió:

—En estas cajas estaba el cubierto y la vajilla con que has comido allá en el bosque. Quizá has visto tú en eso un honor especial, pero otro ha sido el motivo. Era el cubierto de un cadáver y yo quise que lo utilizaras en tu banquete fúnebre. Al menos tal era mi opinión, pero puede que se haya convertido, por el contrario, en mi comida de resurrección, a la que, sin sospecharlo te había invitado. Mira esas paredes. De ellas penden tus armas y cuanto te pertenece. ¿Por qué? Te juzgué igual a mí, pensé encontrar en tu espíritu el duplicado del mío. Creí que habías recorrido el mismo camino por el que yo pasé y que había llegado el tiempo en que serías arrastrado al Gólgota, donde se repartirían tus armas y tus ropas. Por eso traje aquí todos los objetos de tu pertenencia, para que libremente renunciaras a ellos.

Es lástima emplear armas contra tales enemigos. Preséntate a ellos desarmado. La coraza espiritual es invisible, pero no hay polilla que se atreva con ella. Esos insectos sólo se ceban en lo deleznable, en lo que tampoco duraría aun cuando ellos no existieran. Así pensaba yo, pero cuando te llevé al panteón para que pudieras convencerme, tu boca pronunció palabras que me hicieron pensar en ese mundo ideal en el que quisiera encontrarme contigo. ¿Quizá has estado ya en él? ¿Has encontrado sin mí, el difícilísimo camino que a él conduce? ¿No has conocido la cobarde sensación de terror al hombre que yo experimenté y que me obligó a separarme de la

humanidad? Tú hablas con tanta firmeza y seguridad como si, desde mucho tiempo atrás, hubieras alcanzado lo que yo quise alcanzar sin poderlo conseguir. Dime ahora también una palabra firme y segura. Puede que apenas entiendas mi pregunta, pero si realmente eres mi doble yo, sus garras se clavarán en ti hasta causarte el más vivo dolor.

Irguiendo su elevada estatura, se colocó frente a mí con la lámpara en la mano y los ojos fijos en los míos. Parecida a ésta debe ser la mirada del Juez Supremo cuando pregunte a un mortal por su vida anterior.

—Formula tu pregunta —dije yo.

—¡Te vas a asustar!

—¡Pruébalo!

Allí estábamos frente a frente, hombre contra hombre o, mejor dicho, espíritu contra espíritu, alma contra alma.

—¿Eres tú Old Shatterhand? —me preguntó—. He oído pronunciar ese nombre a mi amigo Dschafar.

—Lo fui —contesté con voz firme y segura.

Al oír que yo cambiaba el presente en pretérito perfecto, hizo un ademán de sorpresa, continuando después:

—¿Eres Kara Ben Nemsí *Effendi*?

—Lo fui —dije de nuevo.

—¿Ya no lo eres? ¿Ninguno de los dos?

Al hacer esta pregunta se reflejó en su mirada la más viva ansiedad.

—Ninguno de los dos —repetí con un ademán negativo.

—¿Desde cuándo? ¡Dímelo!

—Desde que esos dos nombres ya han dado cuanto podían y debían dar de sí. Con esos dos nombres he intentado dar la solución de un enigma por cuya puerta pueda penetrar el yo humano como un ser regenerado y libre de sus trabas fisiológicas. Ese «yo» tan despreciado y con tanto ensañamiento odiado, a cuantos han querido conceder atención a mis labios, ha descubierto un nuevo mundo en el que el alma, espíritu y cuerpo no están encajonados juntos, sino que marchan a la par y prestándose mutua ayuda.

»Ese yo del que con tanta frecuencia y tan despiadadamente se han burlado no ha sido el glorioso descubrimiento de un vanidoso y ególatra literario que cuenta inverosímiles aventuras de indios y beduinos para que los ignorantes quemen ésa su honor el incienso de la adulación. Parece increíble, completamente increíble la ofuscación de los que puedan admitir semejante insensatez, porque parten del supino error de que mis obras sólo sirven de mero entretenimiento a la adolescencia y no saben que, muy al contrario, han sido escritas para que en ellas se fije la serena e imparcial mirada del pensador.

»A este yo tan poderoso y consciente no se le ha ocurrido nunca recorrer las callejuelas donde moran los pobres de espíritu, llamando de puerta en puerta, pues

sabe de sobra que de esta pobreza espiritual viven los “yo” que tienen por qué temer a la solución de mi enigma. Mi yo evita las calles y las filas de casas de las ciudades populosas, y se lanza al mundo...

Me interrumpió el *Ustad* y, cogiéndome del brazo, me dijo en tono de la mayor sorpresa:

—¿Al mundo, para decir a todo el mundo que ha perdido su yo? ¡Oh, *Effendi*, *Effendi*! ¿Qué acabas de decir? ¿Quién se lo hubiera figurado? También he sido un narrador del yo, también lancé mis pensamientos al mundo... pero basta. Yo no te conocía, te adivinaba tan sólo, me parecía obedecer a una voz interior. Ahora veo que somos semejantes, extraordinariamente semejantes. ¿Lo somos, en efecto? Me parece que en algo nos diferenciamos. Pero no he terminado aún de interrogarte. Reúne tus fuerzas, pues voy a hacerte la principal pregunta; es casi incomprensible. ¿He de hacerla realmente?

—Sí.

—En esta estancia se encierra cuanto posee Kara Ben Nemsi. ¿Quieres regalármelo todo para que pueda conservarlo y que, en adelante, sea mío y no tuyo? Tus manos no volverán a tocar ninguno de esos objetos mientras te dure la vida y quedarán por siempre en esta obscuridad sin que vuelvan a verlos ojos humanos.

¡Qué mirada fijó en mi rostro! Involuntariamente recordé a Ahriman Mirza. ¿Me miraba ese tentador a través de los relampagueantes ojos del *Ustad*? ¿Qué infernal impaciencia se leía en ellos? En efecto, era pregunta tremenda la que acababa de escuchar. Comprendí al *Ustad*, todo el Infierno contra el cual durante largo tiempo había combatido, se encerraba ahora en su mirada. Pero nada alteraba mi calma, a mí no me impediría seguir la senda que con anterioridad me había trazado. No me fue difícil la decisión. Miré sonriendo al *Ustad* y, alargándole mi diestra, le dije:

—¡Venga esa mano!

—¿Qué dices? —preguntó vivamente al tiempo que me la estrechaba—. ¿Qué has resuelto?

—Complacerte y con mucho gusto. Puedes quedarte con todo, te cedo la propiedad.

—¿Todo? ¿Todo...? —preguntó con indescriptible asombro.

—Todo.

—Pero ¿sabes lo qué haces? Dejas de ser el que eres. No podrás volver a escribir libros como los que hasta ahora has escrito. ¡Esto es morir! ¡Tendrás que empezar una nueva existencia! ¿Sostienes la palabra a pesar de todo?

—La sostengo.

—Me parece imposible. Permíteme, *Effendi*, que te recuerde las consecuencias, tienes un nombre célebre...

—¡Bah! Cierto es que se habla de mí, pero, mientras no se me comprenda, debe serme indiferente lo que de mí se diga. Puesto que se me juzga falsamente, se juzga a otro que no soy yo.

—Lo que dices me parece verdad, pero ¡qué frío suena! Casi puedo decir amargo. Reflexiona, *Effendi*. Si no escribes más del modo que hasta ahora lo has hecho, nadie hablará más de ti y estarás muerto, muerto...

—¡Pobre *Ustad*! ¡Qué falso concepto tienes de esta clase de vida y muerte! Te hago el regalo de mí mismo igual que si yo estuviera pendiente de ese clavo. Esos emblemas de mi pasada existencia son yo mismo. El «yo» que fui, pero ¿estoy muerto por eso?

—¡Sí!

—Te equivocas. En este instante paso a otra vida que será más noble, elevada y que valdrá muchísimo más que la anterior. Yo escribí numerosas obras en las que dejé hablar libremente a mi yo, pero no fui comprendido. Serví lo más precioso que existe en la tierra en cántaro de barro, llené estos envases con un enigma y se los ofrecí a las Humanidad; y cientos de miles de criaturas bebieron en ellas, pero todas juzgaron que su contenido no era más que agua. ¡Las engañé con el envase! Me cuidé demasiado de la comodidad de los hombres y éstos bebieron sin fijarse y se burlaron después. Ésta es la grave falta de que debo acusarme, nada más que esto. Los mortales prefieren beber agua estancada en áurea copa, que néctar divino en vaso de barro. En mi alma sentí una ola de fuego y mi corazón se llenó de una cólera sorda pero violenta. No creas que la desahugué destruyendo los cántaros de barro, no por cierto, pero me propuse servir el mismo líquido que tomaron por agua en ánforas de oro. En esta expedición que me ha conducido hasta el jefe espiritual de los Dschamikum me he procurado el precioso metal que necesito. Seguramente no adivinarás dónde lo he buscado y encontrado. Desde hoy en adelante escribiré en la Casa Alta... y con estilo muy diferente del anterior. Cuando los hombres se convenzan de lo insensatos que fueron, volverán a coger las vasijas de barro que tenían olvidadas, y mi antigua obra vivirá de nuevo. Entonces se me leerá con otros ojos que ahora y el alma podrá apreciar toda la profundidad que en ella se encierra y, cuando se den cuenta del espíritu que ha inspirado mi pluma, ese espíritu se difundirá en todas las moradas donde jamás fue conocido... y, ahora, dime, *Ustad*, si debo tenerme por muerto^[2].

Éste me tendió ambas manos y, con los ojos humedecidos por la emoción, me dijo:

—*Sidi*, no es este sitio sino en tu aposento donde puedo contestarte. Pero, antes, enséñanos la carta que venías a buscar.

—Es tuya.

—¿Mía? —preguntó sorprendido.

—Sí, puesto que está en la bolsa de tu montura.

—¿De... mi... mi montura? —repitió sonriendo—. ¿Luego debo mirar este regalo como hecho con toda formalidad?

—Sí, con toda formalidad. No soy yo el que hace el regalo; tú me has librado de estos objetos. ¿Quieres que busque la carta?

—Búscala y después iremos a mi aposento.

No tardé en encontrar el pliego que, según creo, no habrá olvidado el lector. Se lo entregué al *Ustad* y salí sin echar ni una sola mirada a los objetos que me pertenecieron. Mientras me seguían mis dos compañeros, dijo el *Ustad*:

—*Effendi*, dejas detrás de ti tu pasada celebridad. ¿Vas a separarte de ella sin despedirte siquiera con una mirada?

—Sí —contesté—. ¡Celebridad! ¿Sabes tú qué clase de celebridad es ésa? Es de naturaleza demoníaca. Si se hace tu amiga tienes que renunciar a ti mismo y entregarte a ella en cuerpo y alma.

—¡Qué verdad, qué verdad es lo que dices! —confirmó mi interlocutor—. Yo también la conozco y no sólo fue mi amiga, sino más, mucho más para mí. ¡Qué exigencias las tuyas y cuántos sacrificios he hecho por ella! Tuve que arrojarme a los pies de cada fatuo e inclinar la cabeza ante los imbéciles. Debí ponerme al servicio de los insensatos para no perjudicarla y soportar todas las insolencias que hubieran podido lastimarla. Mi bolsa tenía que estar constantemente abierta para todas las locuras y, cuando la ignorancia me martirizaba con sus mil estupideces, yo debía sufrirla siempre con paciencia, siempre por causa de ella.

»La envidia estaba día y noche ante mí, devorándome con sus cien ojos de Argos; la calumnia seguía mis pasos para apartarme de los sitios en que intentaba descansar. Al hablar no podía decir lo que quería, y lo que escribía era falsamente interpretado por mis enemigos. Mucho ha sido lo que he perdido, pero como al fin también perdí por la que luché con un encarnizamiento que me condujo hasta el pecado, esta pérdida fue para mí una positiva ganancia que me hizo soportar con gusto las demás pérdidas. Pero dejemos esto por ahora. Ven a mi habitación.

CAPÍTULO 6

LAS SOMBRAS DEL MAL

Al entrar en la habitación del *Ustad*, el abierto balcón nos permitió oír pisadas de caballos. Esto quería decir que se había efectuado la captura del cuarto persa. El *Ustad* colocó la lámpara sobre la mesa y, mirando la carta, dijo:

—No tiene señas, nada más que la señal que antes vimos en el alfabeto. ¿A quién va dirigida esta carta?

—A Ghulam el *Multasim* —contesté.

—¿Cómo lo sabes?

—Ahora te lo contaré.

Nos sentamos y con la posible brevedad les informé del singular modo como habíamos penetrado varios secretos del *Sillan* desde nuestro encuentro en el Tigris hasta mi entrevista con el dueño del café en Basora. Añadí lo que ya en territorio Dschamikum había podido averiguar sobre la misteriosa asociación.

Mis dos oyentes siguieron el relato con la mayor atención. Cuando lo terminé, el *Ustad* permaneció algún tiempo sumido en sus reflexiones. Levantando después su cabeza, me dijo:

—*Effendi*, ¿sabes lo que nos has contado?

—¿Qué?

—Aventuras de un país fabuloso.

—¿Las tomas por fruto de mi fantasía?

—No tal, aquí tenemos la carta que es una irrefutable prueba, la tengo en la mano como objeto perteneciente al mundo de la materia. Nos has relatado hechos reales, sin añadir nada, muy al contrario, estoy seguro de que has dejado no poco por contar y, sin embargo, has hablado de un país fabuloso. ¿Sabes por qué?

Hizo una ligera pausa, prosiguiendo luego:

—¡Fábulas y cuentos fantásticos! No pregunto lo que otra gente entiende por estas palabras, diré solamente el concepto que yo tengo de ellas. Lo que la suprema inteligencia de Dios y su infinita sabiduría callan porque no sería creído, deja que se le cuente a los niños y menores de edad, porque la Inocencia e incipiente juicio de éstos los hace más aptos para comprender lo sobrenatural.

»Las grandes y eternas verdades flotan entre la Tierra y el Cielo porque la duda, producto de los agitados días, las impide bajar hasta la Humanidad; pero en la callada noche, cuando duerme la duda, esas verdades bajan en el brillante resplandor de las estrellas y toman visibles formas en cuanto rozan esta tierra prohibida, para ellas, esperando pasar así inadvertidas para sus enemigos.

»Al llegar se separan; una de las verdades transformada en animal como los que

aparecen en las fábulas, recorre bosques y campos llegando quizá hasta las casas y corrales de los hombres para participarles de esa forma lo que dicho de otro modo sería una temeridad.

»Otra más atrevida toma la forma de ese conocido cuerpo que tan famoso se ha hecho bajo el nombre de imagen de Dios y se presenta en ciudades y aldeas haciéndose pasar por inofensivo cuento fantástico del que nadie desconfía. Aparentemente nada importante tiene que decir y se le escucha por mero entretenimiento. Mientras habla, sus palabras no hacen pensar, pero, una vez que se ha alejado involuntariamente, se recuerda lo que ha dicho y, por fin, llega el día en que se dan cuenta de que lo que se tomó como cuento es una verdad divina, pero que ya ha desaparecido cuando se hace el descubrimiento. Pero antes ha hablado y lo que ha dicho, dicho queda. ¿Te sonríes, *Effendi*? ¿Por qué?

—Porque demuestras ser un amigo incondicional de estas celestes y puras verdades que, a veces, no carecen de astucia —contesté yo—. También soy muy aficionado a ellas. Prosigue.

—¿Conoces —me preguntó— el cuento del rayo de sol que fue rey en la tierra y gobernó tan bien y con tanta dulzura que todos sus súbditos, en cuanto morían, subían al Cielo convirtiéndose en claros y brillantes rayos de sol?

—Lo conozco.

—Y ¿el otro cuento de la *Sombra* del rayo?

—No.

—La *Sombra* quería igualar a la luz; bajó a un profundo valle y allí imitó la forma del otro soberano que regía en las alturas. También ella tomó el título de rey y copió todo cuanto dijo e hizo su ilustre colega, pero, por desgracia suya, nunca logró ser más que la *Sombra* del otro. ¿Sabes, *Effendi*, lo que es una *Sombra*?

—Es la imagen oblicua del ser terrenal que se halla expuesta a la luz del Cielo.

Desde luego esta definición no era físicamente exacta, pero tampoco intentaba serlo. Adivinando yo lo que quería decir el *Ustad*, le di la explicación que a ello correspondía.

—Eso es, muy bien —asintió él—. La *Sombra* marcha en pos de la luz y procura imitar la forma que aquélla ilumina, pero la copia es oscura, por muy exacta que sea en sus contornos. Los contrastes del color de la divina luz son desconocidos para la *Sombra*, ésta no es más que el inconsciente, despiadado y sombrío otro yo de todos los seres terrenales. ¿Hay también *Sombras* en el mundo del espíritu y del alma como las que vemos en la tierra? ¿Qué opinas tú, *Effendi*?

—Naturalmente que las hay.

—¿Cómo te las figuras tú?

—Expón a la luz algo de orden espiritual o moral e inmediatamente se proyectará la *Sombra*. Detrás de cada virtud está un pecado que es la exacta pero oblicua espía de todas sus excelencias. Detrás de la loable economía aparece la avaricia; la generosidad va seguida por la prodigalidad; detrás de la sinceridad marcha la

grosería; detrás del noble instinto del comercio va la pecaminosa estafa y el latrocinio; detrás de la prudencia, la cobardía; detrás del valor, la temeridad; detrás de la elocuencia la charlatanería, y detrás de la firmeza la terquedad.

»Pero también descubro otras *Sombras*; la despiadada tiranía detrás del poder noble y justo; la baja adulación detrás de la obediencia; la rebeldía detrás de la libertad; el asesinato detrás de la propia defensa; la hipocresía detrás de la devoción; la bajeza detrás de la humildad; la vanidad detrás de la propia estimación; la glotonería detrás del hambre; la embriaguez detrás de la sed; el vagabundo detrás del caminante y el calumniador detrás del juez. ¿Quieres que continúe, *Ustad*?

—No, basta —me contestó—. Esa enumeración ha despertado en mí vivo interés, probablemente sin que tú aciertes a saber por qué. Has reunido las virtudes y los pecados, las condiciones y las cualidades, pero ¿cómo es que también has hablado de personas? ¿Lo has hecho deliberadamente? ¿Has pasado del terreno espiritual al de los espíritus? ¿Has pensando en ese mundo invisible a cuya puerta la terrenal ignorancia exclama: «Desde aquí no se vuelve»? ¿Tenías ante los ojos ese reino que la superstición puebla de fantasmas cuando es ella el único fantasma que existe?

—Me he limitado a poner ejemplos —repuse— y no ha sido mi intención clasificarlos.

—Está bien. No miremos, pues, tan lejos y sigamos entre los hombres. Todo el que está al sol, si se ladea un poco, puede ser su propia *Sombra*. Esto se dice la Física, pero, además de ésta, hay otras *Sombras* cuya diversidad de clases no enumeraré, pero quiero llamar tu atención sobre una a la que daré el nombre de mitológica; fueron descubiertas en la antigua Grecia y designadas bajo el nombre de Erinias o Furias. ¿Conoces, *Effendi*, esos espectros más infernales que el mismo infierno?

—Sólo en la Mitología.

—Te engañas; también los has encontrado en la vida real. Están en todas partes, pero no te has fijado en ellas y no las has definido. Cuando el sol está en el mismo cénit no tienes *Sombra*, pues la que proyectas está bajo tus mismos pies y no puedes verla, pero tan pronto como pasa del punto culminante aparece la *Sombra* arrastrándose detrás de ti; a medida que se aleja, aumenta su tamaño y, en el momento en que muere el día y el sol parece que va a dejarte para siempre, tu *Sombra* toma proporciones sobrehumanas, cubriendo con su mancha negra toda la superficie que haya detrás de ti, como si la luz no debiera volver a iluminar tu vida. Lo que digo puedes verlo en cada puesta del sol. ¿Quieres que te describa una? ¿La mía con las gigantescas *Sombras* que se tendieron a mi espalda?

Miró primero a la brillante y movediza llamita de la encendida lámpara y, cerrando los ojos después, cual si tratara de sustraerse a aquel débil resplandor, prosiguió como sigue:

—Mi mañana había pasado, me hallaba en el mediodía de mi existencia; el sol brillaba sobre mi cabeza y todo era luz a mi alrededor. El estar directamente expuesto

al sol me hizo sentir demasiado calor y dirigí una mirada en torno mío. Todo mi mundo irradiaba paz y felicidad, en todos los ojos había miradas afables para mí, todas las manos pugnaban por estrechar amistosamente la mía y sólo palabras afectuosas llegaban a mis oídos.

»Pero, a pesar de tan radiante claridad, no me sentía interiormente feliz, recordaba la doctrina de ese envidioso dios terrenal que no puede tolerar el que un mortal sea completamente dichoso. Muy preocupado, levanté la vista para mirar al dispensador de tan intensa luz. Me dirigió éste una radiante sonrisa de inefable dicha, pero al mismo tiempo pude ver que su posición había cambiado respecto a mí. La línea de él a mí se había hecho oblicua y el dios terrenal empezaba a extenderse detrás de mí.

»Durante el mediodía se unió tan directamente a mi persona que paredón haber renunciado a su color sombrío. Su reaparición coincidió con que las afectuosas miradas dejaron de fijarse en mí clavándose en el suelo. Miré hacia atrás y ¿qué es lo que vi junto a mis pies? ¿Una cabeza que se arrastraba por tierra, copiando los movimientos de la mía? ¿Se trataba de una burla o tan privadas de seso están las cabezas de las *Sombras* que sólo pueden existir siendo la copia servil de los hombres iluminados por el sol? Ellas, las que carecen de juicio y pensamiento, ¿han de reproducir todos los ademanes intelectuales y formas espirituales de los hombres para arrastrarlos por el fango y adquirir así cierta importancia?

»La cabeza seguía arrastrándose y haciéndose cada vez más distinta; se esforzaba por ser en todo semejante a la arfa, llegando hasta intentar copiar lis facciones de mi rostro, pero cuantas veces volví la cabeza hacia ella pude ver que no lo conseguía. Esos fantasmas han renunciado de una vez para siempre a tener rostro humano. Cuanto más se alejaba el sol de mí, más aumentaban las proporciones del espectro, apareciendo sucesivamente los hombres, el cuerpo, los brazos y hasta las piernas, pero no como forma viva y tangible, sino como engañosa ilusión que sólo permanece quieta mientras no se mueve el cuerpo que la proyecta, pero cada vez que éste trata de acercarse o extiende la mano para tocarla, retrocede inmediatamente.

»Haré observar, al mismo tiempo, que a medida que aumenta el tamaño de la caricatura, se va borrando la primitiva semejanza. No sólo se esfumaron con rapidez aquellos contornos por los que se hubiera podido reconocer una figura, sino que la mancha se hizo informe llegando a los límites de lo monstruoso hasta el punto de que a mí me pareció una insensatez tomar como punto de origen el sitio que yo ocupaba.

»Cierto que sus pies se encontraban en el mismo sitio que los míos, pero fuera de esa circunstancia, no había ninguna otra que me uniera a aquella ultramonstruosa creación. Yo me mantenía erguido en mi puesto, con la firme energía del hombre consciente, pero ¿y la *Sombra*?

»Ésta se ensanchaba sobre el barro en que yo apoyaba los pies, se había arrastrado sobre el primero para llegar a los segundos y, desde allí, intentó trepar hacia mí, interceptando con sus obscuras velas los rayos del sol, pero no hay *Sombra* que no se desvanezca ante la luz y eso le sucedió también a la mía, a pesar de ser tan

monstruosa. No pudo menos que caer... caer... porque tal es el horrible destino de las *Sombras*... de las tinieblas y de todo lo que es oscuro.

»¿Y respecto al entendimiento? ¿Podía contener algo la cabeza de mi *Sombra*? ¿Sí? Seguramente no sería una idea propia, sino la caricatura grotesca de las mías. A causa de esa misma desfiguración, las tomaba yo como tuyas, creyéndose superior a mí, olvidando que no era, es y será más que una *Sombra*.

»Supo crear intereses a los que debieron su existencia muchos seres humanos; entre ellos no hubo ninguno que la arrojara como se deben arrojar las *Sombras* que no son más que un impalpable espectro, es decir nada. ¿Y el hombre vivo, enérgico e independiente? Cada *Sombra* acusa falta de luz. Cuando un hombre se dedica a ser la *Sombra* de otro, preciso es que, antes, haya renunciado a su espíritu y vida propia para convertirse en un ser oscuro y dependiente que en todas las ocasiones tiene que huir de la luz ocultándose entre las tinieblas y, desde allí, acecha a su presa y la sigue paso a paso para morderla.

Después de esta larga exposición de ideas el *Ustad* guardó silencio. Se comprendía que no esperaba ninguna observación por parte nuestra. Claro está que algo tenía yo que objetar, pero ninguna razón me obligaba a dar inmediata respuesta.

Se necesita mucha delicadeza y circunspección para atacar semejantes convicciones y puntos de vista. Hay opiniones que no pueden cambiarse en un momento y, para modificarlas, se necesita la ayuda del tiempo y justamente en este caso me pareció que el tiempo sería el auxiliar más poderoso para suavizar tan amargos pensamientos. Transcurridos unos instantes, prosiguió:

—¿Has conocido tú, *Effendi*, a un hombre que se llama Hachi Halef Omar y era el jefe de los Haddedihnes de la tribu de Schammar? Según dicen, estaba dispuesto a compartir con su *Sidi* germano todos los tormentos del Cielo y de la Tierra y a sacrificar su vida mil veces por él.

Contesté con una señal afirmativa.

—¡Dichoso él! Yo no he hallado ningún Halef en mi camino. Ninguno de mis amigos ha tenido ni aun una leve semejanza con tu Hachi, y, sin embargo, fueron muchos, muchísimos los que se llamaron amigos míos mientras estuve en el glorioso cénit de mi existencia. Nada pedían, nada solicitaban y me querían con afecto tan íntimo y profundo como desinteresado. Sólo una cosa exigían, nada más que una: sacrificios, más sacrificios y siempre sacrificios. ¡Con qué gusto los hice y cuánto los quería yo a todos!

»Creí que eran dignos de mi afecto. Ignoraba yo entonces que el individuo no se debe amar más que a la Humanidad. Mis amigos correspondían a mi afecto con redoblado cariño. Pero llegó el momento en que los rayos del sol cayeron oblicuamente sobre mi cabeza.

»¡Qué inesperadas fueron las consecuencias de esto! Mis amigos y hasta los simples conocidos empezaron a temerse también. Sus pensamientos y palabras eran torcidos para mí porque me veía torcido. El sol se apartaba cada vez más de mí,

crecía la *Sombra* y mis amigos estaban cada vez más distantes.

»Hacia él anochecer, el sol precipitó su marcha hacia el ocaso, la *Sombra* invadió todo el terreno que me separaba del horizonte, y mis amigos se torcieron más y más hasta que no pudiendo sostenerse perdieron el equilibrio y fueron cayendo unos detrás de otros. ¿Dónde cayeron? Naturalmente, detrás de mí, como mis *Sombras*...

»Yo los echaba a mi espalda sobre el monstruo a quien he designado con el nombre de dios terrenal y éste los devoraba con la ferocidad de un verdadero ogro. Todas estas adiciones aumentaron tan colosalmente las proporciones del monstruo que ya hasta me costaba trabajo reconocerlo.

»Separé por fin los ojos de aquella silenciosa e incorpórea catástrofe y miré hacia arriba. En aquel momento desapareció el sol y sucedió lo mismo que todos los días, pero que nunca hasta entonces me había llamado la atención. Todo el occidente se cubrió de un dorado resplandor que lanzaba al cielo sus flamígeros relámpagos.

»Hundí la mirada en el encendido rescoldo y vi que éste salpicaba de chispas la montaña. Al serme descubierto este misterio, tuvieron que desaparecer los fantasmas terrenales; volvieron a hundirse en la nada, el mío entre ellos, y yo pude avanzar a plena luz, sin encontrar *Sombras*.

CAPÍTULO 7

LOS SELLOS DE LA CARTA

El *Ustad* se había levantado y terminó su última frase puesto en pie. Se encaminó al balcón para tranquilizar los recuerdos que se habían levantado en su memoria y cuando recobró la calma se situó frente a mí, preguntándome:

—¿Has comprendido lo que he querido indicar al hablarte de las *Sombras*?

—Sí —contesté.

—Quizá mi ejemplo te servirá para ver la tuya.

Seguí sentado con la mayor tranquilidad y no le contesté limitándome a sonreír.

—¿Por qué te callas?

—¿Acaso las *Sombras* valen la pena de que se hable de ellas?

Me miró sorprendido, casi asombrado, y yo proseguí:

—¿A qué tantas palabras sobre lo que tú mismo dices que no es nada? A la nada le corresponde nada, pero, según parece, para ti han sido algo más que eso.

—Fue antes, ahora ya pasó.

—¿Pasó? ¿De veras?

—Sí.

—Y, sin embargo, su nombre te excita de tal manera que necesitas orear tu frente con el fresco de la noche para tranquilizarte. *Ustad*, dices tú: «Pude avanzar a plena luz sin encontrar *Sombras*. ¿La has encontrado?

—¿Y tú, *Effendi*?

—No se trata ahora de mí, sino de ti.

—Al contrario, hablemos de ti y de tus *Sombras*. Seguramente no te has dado cuenta de que las tenías.

A mi vez me puse en pie, exclamando:

—¡Pobre amigo mío! Me parece que tu vida ha sido un continuo error, creíste en la nada y no en la fecunda realidad, quisiste dominar esta realidad y, por desgracia, fuiste tú el que te dejaste gobernar por vanas *Sombras*. Al empezar el torneo con la vida te presentaste desarmado en la palestra y nada de particular tiene que aquélla te hiciera morder el polvo. Es muy probable que tú mismo la provocaras, te juzgabas con espíritu fuerte y querías combatir con otros de igual temple y ¿sabes lo que hizo la vida, esa poderosísima al par que compasiva vida?

Mi interlocutor me miró con expresión interrogadora, pero nada dijo. Yo proseguí:

—Te conocí. ¿Qué hubiese sucedido si hubiera tomado en serio tu provocación? No creyó necesario revestir el arnés por tu causa y te envió algunas de sus *Sombras* que tú calificas de fantasmas. ¿Qué hiciste tú? Arrojarles tu vida, tu espíritu y todas

las armas y emprendiste la fuga refugiándote en esta montaña para esconder en este panteón y bajo un nombre falso todos los ímpetus y anhelos de la juventud. ¿Y por quién? ¿Por la vida que ningún daño te había hecho? No, por algunos de sus satélites, a los que tan pronto llamas dioses terrenales como fantasmas de la nada.

Había hablado en tono severo. El *Ustad* se oprimió la frente con las manos y, dejando caer unas y otra, me dijo después de lanzar un profundo suspiro:

—*Effendi*, muy duro eres conmigo, pero, al mismo tiempo veo y siento que eres un verdadero y leal amigo. Nunca encontré quien me hablara con tanta claridad. ¿Quieres destrozarme para formar con mis restos un ser nuevo? ¡Sea! No me opongo, pero permite que permanezca cerca de tu claridad. ¡Ha caído tan repentinamente sobre mí! Fantasmas de la nada y dioses terrenales. Sí, cierto es que les he dado esos nombres; ¿crees tú que puedan ser ambas cosas a la vez?

—Sí, pueden serlo, Pero te ruego que no pienses nunca en seres concretos, sino abstractos. El campesino arranca la planta venenosa y la arroja al estercolero, pero el químico sabe extraer de ella jugos beneficiosos para la salud. Yo también conozco algunos de esos dioses terrenales. No quiero eludir con esto a los espíritus realmente superiores sino a los dioses que venera la insensatez y la falta de juicio. Para mí son lo mismo que las mencionadas plantas; paso sus almas por el alambique para que la púa se fortalezca con esa bebida. No sé que su existencia pueda tener otro objeto; no prosperan en terreno bañado por la luz del sol, sino en los dominios del reino de las *Sombras*, allí son dueñas y señoras.

»Allí no hay personalidades, ni voluntades, ni deberes. Las pobres *Sombras* tienen que soportarlo todo del cuerpo que las proyecta y arrastrarse hasta donde él quiera arrastrarlas. Y cuando alguna vez abren la boca por haberla abierto una de las reales existencias que están a plena luz, lo que en ésta es el hálito del genio, en aquélla sólo es la emanación del húmedo y oscuro suelo en que se arrastran las *Sombras*.

»Hablo en términos generales, pues no creo en el genio de los mortales. Respecto a las *Sombras*, de igual modo que yo planto mis pies sobre los de los demás autorizo a todos para que pisen tranquilamente a la mía, con esto no se hace daño a nadie. Pero el que intenta castigarlas con puntapiés demuestra ser un insensato, puesto que semejantes espectros son incorpóreos.

»Desde que existe la Tierra, esas caricaturas se han arrastrado siempre bajo los pies del entendimiento y del juicio humano, pero jamás he oído que las *Sombras* por mucho que se las pisotee, dejen de ser *Sombras* y se conviertan en hombres. Por eso no comprendo, ¡oh, *Ustad*!, porque has concedido tanta importancia a las tuyas, que, según parece, conservan todavía.

—*Effendi*! ¡Se trataba de las *Sombras* mitológicas! —exclamó—. ¡De las furias!

—Aun cuando lo fueran cien o mil veces. ¿Quiénes son las furias? ¿Existen realmente o sólo viven en nuestra fantasía? En este último caso no son más que hijos de mi imaginación, que puedo destruir donde y cuando quiera y, en el primer caso,

pregunto: ¿quién está más alto, ellas o yo? ¿Ellas, que viven de mis faltas y pecados, o yo, que se los arrojo para quedar limpio y puro? ¿Qué furia puede atreverse conmigo a causa de una falta que yo no tengo, puesto que ella la sujeta entre sus garras para devorarla? Sólo vive de lo que a mí me estorba. Está tan infinitamente por debajo de mí, que ni siquiera la veo ni oigo como crujen los huesos bajo sus carniceras mandíbulas.

—Pero lo oyen otros —observó el *Ustad*.

—¿Quiénes? —pregunté con viveza—. Sólo pueden ser los que vivan tan bajo como ellas. Éstos, indudablemente, tendrán un regocijo extraordinario al ver a sus semejantes saciar su voracidad con un festín de pecados, pero todo hombre honrado, que tenga conocimiento de ello, reconocerá que tú te has desprendido de tus faltas; y esto lo probarás al no tratar de defenderlas, sino abandonándolas en silencio a las garras de las furias. Y ahora dime: ¿cuál ha sido tu conducta?

Se sentó, dejando caer la cabeza y, cruzando las manos, dijo:

—*Effendi*, me he defendido contra las furias. Defendido hasta casi agotar el último resto de mis fuerzas.

—Entonces no te sorprendas si hoy mismo conservan todavía su poder sobre ti. No les has permitido llevar a cabo en paz su purificador trabajo. Te diré que ellas no descansan nunca; no sin causa se las pinta con garras por uñas y siempre abierta la insaciable boca de la que pende la lengua. Su boca no se cerrará ni tendrán reposo las garras mientras conserves en el cuerpo o en el alma un solo vestigio de lo que no pertenece a ambos.

Al oír esto se levantó de nuevo con rapidez y asiéndome del brazo, dijo:

—¿Qué razón tienes, *Effendi*! ¡Oh, ya se ve que las conoces bien! ¿Sabes lo que hizo una de estas furias? No, no puedes saberlo ni aun adivinarlo. Te parecerá imposible pero es la pura verdad, puedes creerme. Después de que hubo devorado públicamente mis llamadas culpas públicas no se dio por satisfecha y empezó a rebuscar pecados secretos. Cometió la imprudencia de escribir cartas preguntando si sabían algo que pudiera perjudicarme. Algunas de estas cartas cayeron en mis manos, si no las hubiera visto y leído por mis propios ojos, creería que no existían las furias, pero ya ves como éstas no son ficciones mitológicas, sino seres reales, *Sombras* que se arrastran silenciosamente tras de mi espalda, para sorprender el más oculto movimiento de mi vida a fin de que, a pesar de su negrura, se les tenga por seres puros y luminosos. ¿Crees lo que te cuento, *Effendi*?

Sin esperar mi respuesta, prosiguió:

—Antes te sonreías y ahora te ríes con una expresión extraña. ¿Por qué? Me haces recapacitar. Acaso también tú... tú... Pero, no. Es imposible. En tu piadosa tierra no pueden existir semejantes furias. Si se descubriera una, toda la cristiandad se alzaría contra ella, pues una religión basada en el amor, la clemencia y el perdón no tolera a las furias. Perdóname en nombre de tus doctrinas el mal pensamiento que he tenido. Ya veo con dolorosa sorpresa que sigo proyectando *Sombras* y esta vez ha

caído sobre tu querido occidente.

—Tranquilízate —le dije—. El rey de las tinieblas de que habla tu fantástico cuento tiene súbditos en todas partes, incluso entre nosotros. Pero si una *Sombra* se convierte en furia se la trata de un modo muy diferente del que tú has empleado. Las dejamos que lleven a cabo con tranquilidad su triste tarea sin molestarlas. Bastante castigo es para ellas el tener que obrar así. Hasta les damos gracias y eso públicamente, aun cuando su labor sea secreta. Ya ves que tenemos cierto afecto y gratitud a las furias. Nosotros sabemos que llegará un tiempo en que desaparecerán las *Sombras*; dónde irán es cosa que no sabemos con certeza, pero las Sagradas Escrituras dicen: «Sus obras las seguirán». Y yo no quiero tener nada de común con semejantes obras. Prefiero guardar consideraciones a los hombres y hasta a las furias, para que el día en que Dios me llame para ajustarme las cuentas sea también misericordioso conmigo.

Cambiando repentinamente de tono, dijo mi interlocutor:

—Has dicho nosotros. ¿Lo has hecho deliberadamente? ¿Estamos representando una comedia, *Effendi*? ¿Estás seguro de que todos los cristianos piensan y obran como ese «nosotros» quiere hacerme creer?

—¡Comedia! —repetí yo—. ¿Quién ha empezado a representarla, tú o yo?

—¿Supones que yo?

Esta vez fue él quien sonrió al pronunciar estas tres palabras. Su sonrisa me descubrió que le agradaba el que yo le hubiese comprendido y lo arrastré aún más lejos diciendo:

—¿Cómo debo interpretar tus súplicas en demanda de perdón, *Ustad*?

—Como quieras y según sea la entonación que les des. Con las mismas palabras se puede expresar fe y duda, confianza y sospecha, elogios y reproches, todo depende del tono en que se pronuncian y de la voluntad del que las escucha. Tú no eres ningún chiquillo y ya sé que contigo no necesito ocuparme del tono en que pronuncie las palabras que haya escogido para expresar mi idea. Podía proporcionarte una indecible sorpresa si te dijera quiénes fueron mis *Sombras* y mis furias. Mientras tanto, no pienses en un país determinado, haz lo que me aconsejabas antes. Más tarde volveré a hablarte de esto. Pero una comunicación, una sola quiero hacerte, aunque se trata... pero, no; tampoco estás todavía preparado para ella. Todo ha de venir por sus pasos contados y, al parecer, sin violencia. Cada adelanto que se hace a saltos tiene un vicio de origen. Volvamos, por fin, si lo tienes a bien, a la carta del *Multasim*.

Habiendo dejado antes ésta sobre la mesa, la volvió a coger y, mirándola por detrás, dijo:

—No tiene ningún sello especial, ha sido cerrada apretando contra el lacre un turnan de oro^[3]. Esto puede hacerlo todo el que posea una moneda de ese metal, de modo que es indiferente para nosotros.

—No —repliqué yo—, en semejantes asuntos la más pequeña circunstancia puede tener su valor, por eso tengo por costumbre fijarme hasta en lo que parece más

insignificante.

—¿Piensas que la impresión de ese turnan pueda inspirarte alguna idea?

—No sólo puede, sino que ya lo ha hecho.

—¿A ti?

—Sí, acuérdate de las sortijas de oro y plata. Cuanto más precioso sea el metal, supone un rango más elevado y ¿no es justo suponer que se observe la misma graduación respecto a los sellos de las cartas?

—Bien puede ser, no había pensado en ello.

—Cuanta más alta sea la categoría del que escribe, más valiosa será la moneda de que se sirva. Adelante. ¿Por qué emplea moneda en lugar de sello?

—Porque un sello, en determinadas circunstancias puede llegar a comprometer y una moneda no significa nada.

—Muy bien, y de ahí podemos sacar la conclusión de que esta clase de cartas, según las manos en que caigan, pueden llegar a ser peligrosas para el que las ha escrito. El turnan es la moneda más valiosa, luego el autor de la carta ocupa un elevado puesto. Además, esta moneda es persa y la carta me fue entregada allá abajo, en Irak Arabi, donde circula moneda turca. ¿Qué hemos de deducir de esto?

—Que el escritor es un persa y lleva consigo esa moneda para emplearla como sello. ¿No te parece?

—Eso mismo. Ya ves como se enlazan las ideas y eso que, al principio, te parecía insignificante el turnan que después le ha revelado tantas cosas.

—Pero sin consecuencia. Un turnan es un turnan y no todos los que poseen esta cantidad pueden ser los autores de esta carta.

—Desde luego, pero justamente las que llevan este sello cabe suponer que han sido expedidas por la más alta de las *Sombras*.

—No lo niego, pero ¿quién nos podría decir si es siempre el mismo turnan y no varios?

—El mismo turnan.

—¿Qué dices?

—Mira ese sello con atención y no lo confundirás con otro.

Así lo hizo, pero, al parecer, sin éxito.

—Nada veo aquí digno de llamar la atención —dijo al cabo de un instante.

—Sigue con la vista el círculo de la moneda —le indiqué—. ¿Qué ves?

—El lacre estaba muy espeso, de modo que la impresión es profunda, en el borde se ven algunas pequeñas desigualdades que deben ser casuales.

—No, no son casuales, fíjate más en ellas. La moneda pende de una delgada cadenita en cuyos eslabones están grabadas las sílabas *Sa* y *Lam* y como el lacre estaba tan espeso, algunos de estos eslabones han quedado también impresos. Ahora que te lo he dicho, verás qué fácilmente encuentras las letras.

—¡Es cierto, es cierto! —confirmó él—. Ahora que lo sé los veo distintamente. El turnan cuelga de una cadenita, es decir, que su dueño la lleva siempre para tenerla a

mano, pero ¿dónde?

—Busca, la respuesta te está esperando.

—¿Dónde?

—Sobre esa misma carta.

—No la veo.

—Te lo diré para que también la veas. La, moneda cuelga del cierre de un portamonedas al que está sujeto el otro extremo de la cadenita. La pieza de otro está dentro del portamonedas y, cuando éste se abre, separándose las dos mitades del cierre, esto hace que salga el turnan, evitando así que haya de buscarlo entre las otras monedas y que pueda confundirse y extraviarse, a menos que no se pierda el portamonedas mismo.

—*Effendi*, ¿eres omnisciente? Nada veo de cuanto dices.

—¡Pero si se ve en seguida! ¿Cuántos sellos tiene la carta?

—Cinco.

—Ha sido sellada empezando por la derecha de abajo, hacia la izquierda de arriba. El lacre es de buena calidad, muy blando, ha tardado en secarse y la cadenita no tiene la anchura de la carta. Por consiguiente, cuando el expedidor llegó al último sello, el portamonedas quedó sobre los otros tres y, al mismo tiempo que oprimió el lacre, oprimió también, claro está que sin darse cuenta de ello, el portamonedas con la palma de la mano, y los sellos, que aún no se habían endurecido por completo, conservaron vestigio de las mallas y del cierre del portamonedas y bastante visible por cierto. No te limites a observar la profunda impresión que ha dejado la moneda, mira también los más elevados bordes del lacre y podrás hacer la misma observación que yo.

Miró la carta con profunda atención y, alargándosela después al *Padar*, dijo:

—Mírala tú también. ¿Habrías encontrado algo de no oír antes las palabras que acaba de pronunciar el *Effendi*? En efecto, se ven trazas de las mallas y del cierre. ¡Y yo que creía tener buena vista!

—La tienes, pero no has reflexionado al mismo tiempo —dije yo para aclarar sus dudas—. No es tan fácil como se te figura encontrar esas trazas con los ojos del cuerpo; en cambio, los del espíritu descubren inmediatamente la cadenita, las mallas y el cierre. Después de haber hecho yo el descubrimiento, no es difícil para vosotros marchar sobre mis huellas para asegurarme de que no me he equivocado. Y, ahora, *Ustad*, tu deseo está satisfecho, ya sabes de dónde pende el turnan.

—Sí —me contestó riendo—. Si encuentro un hombre en cuyo portamonedas se halle un turnan persa colgando de una cadenita en la que estén grabadas repetidamente las sílabas *Sa* y *Lam*, no dudaré de que estoy delante del autor de esta carta. Querido *Effendi*, ten la bondad de traérmelo con la misma rapidez y seguridad con que nos has enseñado a descifrar esos sellos. ¿Eres mago?

—No, y no existe la magia, pero el que sabe buscar con oportunidad y acierto, consigue triunfos que deja admirados a cuantos los presencien. El que ha escrito esta

carta es un persa y estamos en Persia, luego no es ninguna imposibilidad que nos tropecemos con él. Tan pronto como lo veamos y estemos seguros de su persona, nos apoderaremos rápidamente de él, eso es lo que hemos de hacer; ¿no os parece?

—Estamos conformes —respondió el *Ustad* volviendo a coger el pliego de manos del *Padar*—. Pero la carta permanece aún cerrada; ¿por qué?

—Porque no soy yo la persona a quien va dirigida y las cartas cerradas son sagradas para mí.

—¿Qué hombre tan extraordinario eres! ¿Quizá fueron las *Sombras* también sagradas para ti? Has estado a punto de ser asesinado por ellos y ¿no te atreves ni aun a abrir esa miserable carta sabiendo que puede contener cosas importantes que probablemente perjudicarán a hombres honrados? Verás que pronto la abro yo.

Diciendo esto se dispuso a romper los sellos.

—¡Detente! —exclamé—. No la abras así.

—Pues ¿cómo?

—Sin estropear los sellos.

—¿Quieres decir que debo cortarlos?

—Tampoco.

—¿Qué he de hacer, pues? ¿A qué tanta objeción?

—Porque tenemos sobradas razones para obrar con prudencia. Es muy posible que podamos utilizar esa carta contra el que la ha escrito o contra el Ghulam a quien va dirigida y aun puede que contra los dos.

—Justamente debemos abrirla para enterarnos de lo que dice.

—Pero con cuidado. ¿Qué dirías si, después de leída, hallaras motivos de peso para hacer creer a las *Sombras* que había permanecido cerrada?

—*Maschallah!* ¿Lo crees posible?

—Claro está. Es preciso abrirla de un modo que podamos después cerrarla quedando, al parecer, intacta.

—¿Quién podría hacerlo? Yo no tengo la menor habilidad para esas cosas.

Y, diciendo estas palabras, el *Ustad* me alargó la carta, la cual examiné detenidamente como ya había hecho antes.

CAPÍTULO 8

DEDUCCIONES ACERCA DE LAS «SOMBRAS»

En un principio fui del parecer de que la carta dirigida a Ghulam no se componía más que de una sola pieza, es decir, de una hoja doblada; pero al mirar la carta al trasluz, pude convencerme de que constaba de dos piezas: la envoltura y la verdadera carta que estaba en su interior.

La cubierta no era ningún sobre del corte especial de los nuestros, sino sencillamente un popel doblado poco más, o menos en la forma que acostumbran a hacerlo los boticarios para, vender sus polvos medicinales. Es decir, que, por la parte de atrás, un solo borde cruzaba todo el ancho de la carta, estando sujeto en el centro por el sello de lacre. Los otros cuatro sellos resultaban, al parecer, superfluos, aun cuando era de suponer que no sin alguna razón habrían sido puestos.

Se trataba, por consiguiente, de abrir el sello de en medio sin que se conociera más tarde. Al manifestar esta opinión a mis dos compañeros, el *Padar* me rogó le entregara la carta. Una vez que la tuvo en su poder, la expuso también a la luz y con el índice empujó la cubierta primero hacia la derecha y luego en sentido contrario, enciéndonos al mismo tiempo con expresión sonriente.

—Allí donde los sabios se rompen inútilmente la caben, el hombre ignorante y práctico suele hallar prontamente la solución. La abriré sin tocar ningún sello.

Sacó con cuidado la parte doblada por uno de los lados, metió dos dedos y extrajo la carta. El *Ustad* se echó a reír y yo imité su ejemplo, pero el *Padar*, con tono grave, nos dijo:

—Aquí se demuestra una vez más, lo poco que pueden fiar los malvados en sus malas artes, y aun cuando la injusticia esconda sus propósitos bajo cinco sellos, siempre se descubren a causa de su propia ligereza e imprudencia.

Desdoblamos el pliego; no ocultaré que estábamos impacientes por leerlo y nos propusimos hacerlo a la vez, poniendo yo mi cabeza inmediata a la del *Ustad*, pero apenas transcurrió un instante ambos la levantamos mirándonos con asombro.

—¿Entiendes algo? —me preguntó el *Ustad*.

—No —le contesté.

—Yo tampoco. ¿Conoces este idioma?

—No.

—Me sucede lo mismo. En este bárbaro lenguaje sólo pueden hablar criaturas completamente salvajes, pero ésas no escriben.

—Está escrito en caracteres persas —observé.

—Ya lo veo, los caracteres son iguales a los que hace poco...

Se detuvo en medio de la frase, haciendo un ademán de sorpresa y prosiguió,

exclamando:

—¡Qué idea se me ocurre, *Effendi*! ¡Oh, si acertara!

—Explícate.

—Esta carta ha sido escrita por una *Sombra*, y está dirigida al *Multasim* que, según dices, pertenece a la misma asociación. Hemos encontrado en poder de éste un extraño alfabeto. ¿No será una clave para descifrar esta correspondencia?

La idea era atrevida, pero no le faltaba base. Sacamos la carterita y la abrimos para cerciorarnos. ¡Qué alegría nos causó ver desde las primeras letras que la suposición del *Ustad* era exacta! El alfabeto nos indicaba con claridad cómo habíamos de leer la carta; para ello no teníamos más que emplear las letras como aparecían escritas en el renglón inferior y cuya disposición he conservado en la traducción que de las letras he hecho antes. Es decir, que la T substituía a la A, la U a la B, la V a la C y así sucesivamente.

El *Ustad* cogió dos hojas de papel, me dio una y conservó la otra y los dos nos sentamos para sustituir las letras cambiadas por las verdaderas. Cuando concluimos; cotejamos los dos pliegos sin hallar la menor diferencia en su contenido.

Al hacer la mencionada substitución, los dos nos enteramos simultáneamente de las palabras escritas en la carta. Para quien no estuviera en antecedentes, su contenido seguía siendo un enigma; pero a nosotros nos bastó pasar la vista sobre sus líneas para comprender el sentido de sus palabras.

La carta decía así:

»A *Ghulam el Multasim*, el *Verdugo*.

»Ha llegado el tiempo de que la *Gul i Schiraz* florezca sobre el pecho de *Rafadsch Azrim* y esto sucederá en el quinto día del mes *Sohamon*, a la hora de la oración de la tarde, ni una hora antes ni después. No necesitas buscarlo, ya se te hará saber su paradero. No ignoras que, aunque invisible, soy todopoderoso e irresistible. Si no florece en él, florecerá en ti.

El Aemir i Sillan»

—¡Importantísimo descubrimiento hemos hecho! —exclamó el *Ustad*: después de leer en voz alta las precedentes líneas—. ¡Si supiéramos quién es ese *Aemir i Sillan*!

—No empieces por el fin —le advertí.

—¿Qué quieres decir?

—Antes de hacer preguntas estudiemos esa carta con los ojos del entendimiento. Conocemos lo que dice, pero no el alcance de sus consecuencias. Esto tendremos que buscarlo por el camino de lo retrospectivo y, al final, tropezaremos con el jefe supremo de las *Sombras*. Pero tú quieres encontrarlo en seguida, salvando de un brinco todo ese camino y eso te conducirá a meterte de un salto mortal en lo

desconocido. ¡Juvenil impremeditación!

El *Ustad* soltó una franca carcajada, lo que, dada su avanzadísima edad, resultaba altamente conmovedor. Y repuso alegremente:

—Pues dame la mano y condúceme poco a poco por ese camino, cual conviene a débiles ancianos como nosotros.

—Sí, apóyate en mí y busquemos juntos a ese poderoso ser para quien el aroma de la rosa y el asesinato significan lo mismo, porque en él, ya de lejos, todo trasciende a podredumbre espiritual. Ha encarnado todas las rebeldías hacia lo más sagrado que hay en la vida.

—Pero ¿estás seguro de que lo encontraremos?

—Si no es hoy, será probablemente mañana. No necesitamos fijar fecha porque tenemos tiempo de sobra. Ninguna prisa nos corre. Empecemos, pues, y hagámoslo desde el principio; remontándonos a nuestro primer encuentro con las *Sombras*.

—Fue en un bosquecillo junto al Tigris donde éste tuvo lugar.

—Sí. ¿A qué nacionalidad pertenecían?

—Persas.

—Bueno, tenlo en cuenta. ¿Qué título daban a su jefe?

—*Padar i Baharat*, padre de las especias, pero él se quejó de que actualmente sólo era en realidad *Sill i Safaran*, *Sombra* del azafrán. Es decir, que también éste era un título.

—Te ruego que tampoco eches en olvido esa circunstancia hasta que volvamos a tratar de ella. ¿Qué sortija llevaba?

—Una de oro, lo que demuestra la importancia de su cargo.

—¿Qué *Sombra* fue la que encontrasteis después?

—El mendigo que, con su esposa, nos pidió permiso para subir a la balsa.

—¿Era persa?

—No, y llevaba anillo de plata; era por consiguiente una *Sill* vulgar.

—Muy bien, adelante.

—El *Safir*, éste es persa y lleva sortija de oro.

—Te ruego que prosigas.

—Ghulam el *Multasim*, poseedor también de una sortija de oro, y Ahriman Mirza, que ostentaba una insignia aún más elevada, ambos persas.

—Olvidas los contrabandistas que capturamos en Birs Nimrud. ¿Los tienes por persas?

—No, tú me has dicho que fueron indultados y que entraron a formar parte del Cuerpo de Aduanas turco, lo que no habría podido suceder si hubieran sido súbditos persas. Pero ¿a qué vienen esas preguntas respecto a las nacionalidades?

—Porque éste es el camino por donde nos hemos de pasear juntos. Quedamos en que las *Sombras* de importancia son persas y las subalternas. Tú buscabas al Aemir i Sillan. Si todas las figuras principales proceden de Persia, lo que parece casi indudable, ¿dónde hay más probabilidades de encontrar al jefe supremo?

—Naturalmente en Persia, y mi convencimiento sería indestructible sobre este punto si no fuera por una circunstancia que habla en contra.

—Adivino a lo que aludes.

—¿Sí? Veamos.

—A que la carta fue dada en Korna, en territorio turco y muy lejos de la frontera.

—Así es, en efecto, *Effendi*. Y la consecuencia es que la persona que ha escrito la carta habita allá abajo, en la musulmana Irak Arabi o, por lo menos, se hallaba accidentalmente en ella cuando fue escrito el pliego. Ya ves que también sé ir de paseo con mis pensamientos.

—No lo dudo, pero no se debe ir con los ojos cerrados.

—Me parece que los llevo bien abiertos. ¿No opinas tú así?

—No, si los llevaras abiertos ya habrías visto al *Safir*.

—¿Al *Safir*? Yo lo veo, y muy distintamente por cierto. Está en las ruinas de Babilonia y nada tiene que ver con Esara el Awar, que fue quien le entregó la carta en Korna.

—Y, sin embargo, es de suma importancia para aclarar la cuestión que nos ocupa. Dime, *Ustad*, ¿qué se entiende bajo el título de *Safir*?

—Un embajador, una persona de confianza a quien se envía para resolver un asunto delicado.

—Perfectamente. ¿Quién ha enviado este *Safir*?

—Naturalmente, el Aemir i *Sillan*.

—¿Adónde?

—Allá abajo, hacia Babilonia.

—Es decir, hacia el territorio en que está situada Korna y en donde fue escrita la carta. Esta última me fue entregada en Basora, pero sabe Dios cuánto tiempo permaneció en poder del cafetero y también puede que no saliera en seguida de Korna y ahora te invito a que reflexiones. Pregúntate a ti mismo, ya conoces nuestras aventuras. ¿Cuándo se presentó el *Safir* en Babilonia? Compara, esa fecha con aquélla en que la carta fue dada en Korna y dime qué decides de ello.

—Que concuerdan en absoluto, que deben ser la misma. *Effendi*, me parece que tienes los ojos más abiertos que yo.

—Aguarda un poco, aún no he terminado, mi vista tiene mayor alcance. ¿Cuándo mencioné al *Safir* por primera vez?

—En ocasión de la captura del viejo *Bimbaschi* polaco en las ruinas. También entonces estaba allí.

—Así es y esto prueba que, desde hace años, recorre con frecuencia el Irak, conoce a las *Sombras* que en él se encuentran y seguramente también conoce a Esara el Awar, a quien fue entregada la carta. Y ahora vamos al punto más importante. ¿Se envía un embajador al sitio en que uno está?

—No, nunca se hace eso.

—¿Puede admitirse que el Aemir i *Sillan* estuviera en el Irak al mismo tiempo

que se hallaba su representante en dicho territorio?

—Muy difícilmente.

—A esto hay que añadir que se trataba de asuntos muy importantes. La destrucción de la caravana del noble palatino, el intento de sobornar al *Sandschaki* de Hilleh y otros varios acontecimientos se presentan a mis ojos desde un aspecto muy distinto del que tenían antes. Ya hablaremos de esto más tarde. Todas estas empresas reunían bastante importancia para que las mandara personalmente el Aemir si se hubiera encontrado cerca, así es que, por estas y otras razones, estoy completamente convencido de que no fue él quien escribió la carta en Korna, mucho más admisible me parece suponer que fue el *Safir*.

—Explicadas las cosas de esa manera, no pueden menos de darte la razón. Pero Ghulam, el Verdugo, a quien iba dirigida la carta, se hallaba en Persia. ¿Por qué no se la enviaron directamente y a qué venía ese largo rodeo por tierra extranjera? No me lo explico, y ¿tú?

—Sí, me parece que adivino la razón. —Mucha curiosidad tengo por saberla—. No es otra que la precaución. El Aemir i *Sillan* tiene que obrar con cautela y se envuelve en el más profundo misterio para garantizar su seguridad personal. Ya has visto que el *Padar i Baharat* deja entrever instintos de rebeldía y que otros compartían sus ideas, es decir, que el jefe supremo de las *Sombras*, no sólo tiene que guardarse de las leyes del Imperio, sino también de sus propios secuaces. Nadie debe sospechar quién es y ya sabemos que no se aventura a presentarse, en la reunión de los *Padars* sin revestir antes una cota de malla. Cuanto más poder conceder a alguno de sus vasallos, tanto más tiene que temer de él. ¿De quién debe guardarse en primer término?

—No lo sé.

—¿No? ¡Pero si es sencillísimo averiguarlo! El poder no consiste en riquezas, sino en la aplicación de la violencia. El derecho de vida y muerte es el más alto grado, de la violencia. ¿No conoces alguno que se abroge el derecho de disponer de las vidas y haciendas de sus semejantes?

—*Maschallah!* ¡Ya comprendo, Ghulam el *Multasim*! El llamado Verdugo. ¿No aludías a ése, *Effendi*?

—A ese mismo. De nadie tiene tanto que temer el Aemir i *Sillan* como de su verdugo, que no es más que la sanguinaria *Sombra* de sus crímenes. Debe ocultarse tan cuidadosamente de él que éste no tenga la menor sospecha de quién es, ni dónde se encuentra su Príncipe y, al mismo tiempo, no puede perderlo de vista ni dejar de estar enterado de los hechos y propósitos del verdugo. Por eso le escribe en la carta: «Ya sabes que, aunque invisible, soy todopoderoso e irresistible». Por eso se mantendrá casi siempre en las inmediaciones de su poderoso secuaz, parte por precaución y también para asegurarse por sus propios ojos del cumplimiento que se da a sus órdenes. Quien quiera saber dónde está el Príncipe de las *Sombras* debe empezar por ponerse en busca de Ghulam el *Multasim*.

El *Padar* dio una palmada, exclamando:

—*Effendi*, hasta ahora no he despegado los labios, pero también voy paseando con vosotros. Es asombroso lo que tú llegas a ver y lo que se aprende yendo contigo. Y lo más notable es que presentas las cosas con tal claridad, que se necesitaría ser ciego para no comprenderlas. Pero ahora se me han ocurrido ciertos pensamientos que quisiera comunicarte. ¿Me lo permites?

—Para nada necesitas mi permiso, pero te ruego que hables.

—Habéis olvidado mencionar algunas *Sombras*. Me refiero a los dos hombres de Iskanderijeh donde disteis de beber a los caballos y por los que supisteis la próxima llegada de la caravana del Gentilhombre. Estas *Sombras* no eran persas y llevaban anillos de plata. Ésta es una prueba más de que los *Sillan* de importancia sólo se encuentran en Persia, pero aún existe otra prueba mucho más importante. El *Padar i Baharat* mencionó una Sinagoga en donde debían reunirse los jefes en el famoso lunes de pago. Si esa Sinagoga estuviera situada en donde se hablara árabe o turco, habría dicho seguramente Sinawon, Chawra o Gahudi Chavrasy, pero, como la designó con el nombre de Majnia i Gahudi, debe admitirse que se halla en Persia y yo, por mi parte, supongo que el *Padarahn* no debe tener el local de sus juntas muy lejos de su residencia, porque, en caso contrario, no podría asistir con regularidad a sus reuniones. ¿No es verdad?

—Sí, precisamente, y por razones especiales, pensaba después llamaros la atención sobre este punto.

—Y vamos ahora con las especias —prosiguió el *Padar*—. Se ha hablado de un Padre de las Especias, de una *Sombra* del Azafrán y también se ha hecho mención del alazor. El *Padar i Baharat* dijo: «¿Por qué, después de encargarme de todas las especias, sólo tengo de hecho el azafrán? ¿He de sufrirlo con paciencia?». A mi entender los deberes y obligaciones de cada *Padar* se designan mediante el perfume de una especia y al *Padar i Baharat* corresponde vigilar el cumplimiento de eso deberes, estando por consiguiente su cargo mejor pagado que los demás. Si me lo permites, *Effendi*, por esta escala de gratos olores subiré hasta el aroma de la rosa.

—Muy bien, hazlo así —exclamé vivamente—. Veo que estás en buen camino.

CAPÍTULO 9

PLANES QUE ESCANDALIZAN A MIS AMIGOS

hubo una pausa en el rostro del Padar se reflejó la satisfacción que sentía al darse cuenta de que sus últimas palabras habían despertado interés y admiración, tanto en mí como en el *Ustad*. Transcurridos unos minutos, prosiguió:

—La obra del *Sillan* es nefanda y criminal. Empiezan por el contrabando, que es una acción punible, y llegan hasta el asesinato, el más atroz de todos los delitos y, entre uno, y otro, media una serie de crímenes designados cada uno de ellos con el nombre de un olor especial. ¿No es así?

—Muy cierto —contesté con un signo afirmativo—. Puede decirse que no existe una *Sombra* que no esté afiliada a uno u otro olor. Prosigue.

—El aroma de la rosa significa el asesinato, esto lo sabemos desde hoy por las frases en que se aludía a tu asesinato, y el del azafrán, al parecer, se aplica al contrabando. ¿Estaré en lo cierto si supongo que la carta dirigida al *Multasim* contiene la orden de asesinar a un hombre?

—Sí.

—Pues no deja de ser extraordinario que en ella no se hable de la rosa en general, sino de la preciosa Gul i Schiraz.

—A mí no me sorprende. No hay más que una diferencia de graduación.

—¡Graduación en el asesinato! Al matar a una persona, ¿cómo pueden tenerse en cuenta los grados?

—El sentido es otro. El aroma de las rosas vulgares supone el asesinato de una persona igualmente vulgar. ¿De qué sujeto tan elevado debe tratarse aquí cuando se menciona a la más espléndida de todas las rosas?

—¡Ah! Dices bien, ésa es la solución. No se quiere asesinar a un cualquiera, sino a un elevadísimo personaje.

—En efecto, así lo creo. Pero tus manifestaciones acerca de las especias han interrumpido nuestro espiritual paseo. Habíamos llegado a convencernos de que el *Príncipe de las Sombras* no puede estar lejos del *Multasim*; aquél desconfía de éste y quiere hallarse lo bastante cerca para que, en un caso dado, su propia mano pueda exterminarlo, pero, al mismo tiempo, desea que su peligroso súbdito lo crea lejos, si es posible, del lado de allá de la frontera persa. Por eso ha entregado una carta al *Safir* para que éste la envíe desde Irak Arabi y, desde allí, vuelva, a Persia y llegue a manos del *Multasim*.

El *Ustad* observó vivamente:

—Todo eso está muy bien razonado, pero se me ocurre una duda.

—¿Cuál? —pregunté yo.

—¿No la adivinas?

—Creo que sí. En el caso de que mis suposiciones fueran justas, debería hacerse saber al *Multasim* el sitio en donde venía la carta.

—Eso es, así me lo parece y en la carta no dice nada.

—Examinémosla despacio, quizá encontraremos algo aun cuando no sea más que una señal. Desde luego que no pondría un nombre propio pues podría ser peligroso.

Miramos el pliego por ambos lados, pero nada descubrimos a pesar de haberlo examinado también al trasluz. En vista del éxito negativo, cogimos la cubierta. Hasta entonces sólo la habíamos mirado por la parte exterior. Al hacerlo por el lado contrario, descubrimos, muy cerca del borde exterior, unas cuantas palabras en letra muy menuda y escritas con una pluma muy fina. Decían así: «Del Aemir, por conducto del Dartschin, en Korna». *Dartschin*, en persa, significa canela.

—¿Eh? ¿Qué dices a esto? —pregunté lleno de júbilo por el descubrimiento.

—Que parece confirmar cuanto suponías —respondió el *Ustad*—. Nunca pensé que, paseando por un lugar al parecer desierto y árido, pudiera reunirse tal ramillete de hermosas flores. Seguramente la tenebrosa sociedad tiene establecidas algunas reglas especiales para sus medios de comunicación. Pero, volviendo al punto más importante. ¿Quién debe ser asesinado?

—Espero que también lo averiguaremos.

—A mí me parece imposible.

—A mí, no. Desde luego se trata de un personaje elevado. Tú has estado en la corte persa y sin duda, conocerás los nombres de los principales magnates.

—Sí, los conozco, pero jamás he oído el de Rafadsch Azrim. Ese nombre es árabe y persa, pero no he conocido a nadie que lo llevase.

—Tal vez no sea su verdadero nombre, sino uno supuesto —observó el *Padar*—. También en la cubierta dice Dartschin en vez de Esara el Awar.

—Pero... ¡Rafadsch Azrim no es ninguna especie! —replicó el *Ustad*.

—¿No podría ayudarnos el alfabeto?

Acudimos a él, pero nuestros esfuerzos fueron vanos. De pronto, el *Ustad*, iluminado por una idea, cogió la carta con ambas manos y, después de pasar unos instantes en muda contemplación, exclamo:

—¡Ya lo tengo! ¡Qué fácil y al mismo tiempo, qué horrible descubrimiento!

—¿De quién se trata? —pregunte con ansiedad.

—Míralo tú mismo. Lee al revés ¡Que cosa tan sencilla! ¿Cómo no se me ha ocurrido antes?

Quiso darme la carta, pero no la cogí pues no necesitaba tener ante los ojos las palabras para saber que Rafadsch Arreen, leído al revés, daba por resultado Dschafar Mirza. Los tres nos miramos no sólo sorprendidos, sino consternados.

—¿No se tratará del Mirza Dschafar a quien yo conocí? —pregunté.

—Del mismo, precisamente —afirmó el *Ustad*.

—¡Pero si el que yo digo no era príncipe!

—Lo era, pero durante los años que ha viajado y consagrado al estudio, ha puesto el Mirza delante de su nombre en Basar de ponerlo detrás. Tenía fundadas razones para desear que nadie se fijara, en él Viajaba en nombre del *Sha* y esto debía permanecer secreto para todos.

—¿Qué puesto ocupa en la corte?

—No desempeña ningún cargo fijo. Ha renunciado a todos los honores y dignidades. No quiere contarse entre el número de los que, aparentemente, son los adictos servidores del soberano y en realidad, sus peores enemigos. Pero ha consagrado sus esfuerzos y su vida entera al servicio de su señor y aprovecha todas las ocasiones de convencer al pueblo de la bondad y la justicia de aquél.

—¿Cuánto lo debe odiar Ahriman Mirza si lo conoce!

—¿Que si lo conoce? ¡Ambos son tan opuestos como el fuego y el hielo, luz y las tinieblas, el amor y el odio, la virtud y el crimen!

—¿Dónde se encuentra ahora Dschafar Mirza?

—No lo sé, hace poco estaba en Teherán, junto al *Sha*, que actualmente se encuentra en Ispahan; es posible que también haya ido con él. Pero sólo te diré una cosa: es amigo mío. Me parece que es bastante. Debo avisarlo sin perder un minuto.

Poniendo la mano sobre su brazo, le dije:

—No, no lo avisarás.

—¿Me engañan mis oídos? ¡Pídeme lo que quieras menos eso!

—Pues eso es, justamente, lo que quiero.

Retrocedió unos pasos y, mirándome casi con expresión de cólera, me dijo:

—¿Te has propuesto volverme loco, *Effendi*?

—Vuélvete loco si quieres, pero no obres precipitadamente.

—¿Precipitadamente? Aquí no hay más que una sola cosa que hacer y un deber que cumplir: salvar a mi amigo.

—Estoy de acuerdo.

—¿Y no debo avisarlo?

—Si le adviertes de ese peligro, tal vez lo salves hoy, pero más tarde se perderá inevitablemente.

—¡Dame alguna prueba!

Dejé caer la cabeza con expresión de desaliento y dije:

—No ha mucho, tus propios labios me aseguraron que me querías y que tu espíritu estaba identificado con el mío. Esto fue cuando me hallaba amenazado de un mortal peligro y yo añadí que si dos espíritus se abrazan los corazones latén al unísono. ¿Y bien? ¿Y ahora? ¿A eso se reduce el verdadero cariño? ¿Apenas hace una hora que se han abrazado nuestros espíritus y ya se interpone entre ambos un tercero para separarlos? La unidad desaparece y la vida, se divide separándonos. ¿Quieres pruebas? ¿No me concedes tu confianza? Hace, un instante paseabas cogido de mi mano y yo te demostraba que mi vista es más penetrante y de superior alcance que la

tuya, pero en tu mente surge una imagen de los pasados días y desde tu panteón, se alza hasta nosotros. Es la sombra que antes te dominó. ¿Puedes desecharla? Inténtalo.

Permaneció ante mí con la cabeza, inclinada y sin decir ni una sola palabra. El *Padar* dejó oír su conciliadora voz, diciendo:

—No te enfades, *Effendi*. Confiamos en ti. Si a tu juicio no se debe prevenir a Dschafar Mirza, no lo avisaremos. Tus razones tendrás para ello.

—Las tengo, en efecto, y os las comunicaré. ¿Cuándo es el día de las carreras, *Padar*?

—El cinco del Schaban —me contestó.

—El cinco del Scha...

No terminé la frase, porque el *Ustad* me interrumpió diciendo con gran viveza:

—*Maschallah!* ¡Es... el... mismo día!

—¿No te indica eso algo, *Ustad*?

—No —confesó él.

—¿No? Pues yo te digo que se intenta derramar su sangre aquí mismo, en vuestra presencia.

—*Effendi!* —exclamó el *Ustad*.

—*Effendi!* —repitió con espanto el *Padar*.

—Os ruego que no os asustéis —repliqué yo—. Estaba acordado así previamente. Cuando el Aemir i *Sillan* fijó la fecha del cinco del Schaban para el asesinato de Dschafar Mirza, ignoraba él entonces que pasaría ese día entre vosotros.

—¿Entre nosotros? ¿Aquí, entre nosotros?, preguntaron ambos.

—Sí, en el aduar de los Dschamikum.

—¿El Aemir i *Sillan*? —preguntaron simultáneamente el *Ustad* y el *Padar*.

—El mismo —confirmé yo—. Vendrá con el Verdugo.

—¡Ya es nuestro! ¡Ya lo tenemos aquí! ¿Has olvidado que el Verdugo y el *Multasim* son la misma persona? —exclamó el *Ustad*—. Es nuestro prisionero o, mejor dicho, tu prisionero, y supongo que le quitarás las ganas de volver por acá.

—Ésa sería la mayor falta que yo podría cometer siendo amigo vuestro. Si yo, hoy o mañana, levantara a mano contra él, quizá pasado mañana caerla todo un ejército de *Sombras* sobre vosotros. Bien está que inutilicemos a nuestros enemigos, pero sin crearnos otros.

—¿Acaso te propones dejarlo libre? —preguntó el *Padar* sorprendido.

—Sí —afirmé yo.

—¡Imposible!

—Pues así es.

—¿Devolver la libertad al Verdugo que es el designado para asesinar a Dschafar Mirza? ¡Piénsalo bien, *Effendi!* —exclamó.

—Ya lo he decidido.

El *Ustad* dijo al *Padar* para tranquilizarlo:

—Olvidas que el *Multasim* no ha recibido la carta, no sabe que ha sido designado

por el Aemir i *Sillan* para matar a nuestro amigo y, por consiguiente, nada intentará contra él.

—Te equivocas —repuse yo—. Recibirá la carta.

—¿Quién se la entregará?

—Nosotros, aunque indirectamente.

El *Ustad* y el jeque permanecieron mudos de estupor y yo, amenazando amistosamente con un dedo al último, le dije:

—*Padar*, hace poco te erigías en mi defensor y ya parece que has dado al olvido tu propia frase: «Tus razones tendrás para ello». Juntos hemos leído la carta y aún tenéis los ojos cerrados. El anuncio de la próxima visita del Aemir os ha asustado. ¿A qué ese sobresalto? No es la primera vez que pisa este suelo.

—¿Cuándo? —preguntó el *Ustad* incrédulo.

—Varias veces en secreto y hoy públicamente.

—¿Hoy? ¿Cómo? ¿Cuándo?

—Con los persas, puesto que es persa.

—*Effendi*! No sé qué contestar a eso.

—No contestes y busca.

—¿Dónde?

—En esta carta y en los discursos que no ha mucho hemos oído. Hay que aprender a ver y a oír no sólo con los órganos corporales, sino con los del espíritu.

—Nada veo ni oigo.

—Y, sin embargo, no pueden ser más idénticos el tono en que está escrita esta carta y el de los discursos a que me refiero. Escuchad con atención y estoy seguro de que en seguida me nombraréis al Aemir i *Sillan*.

Cogí el pliego con la mano izquierda y, accionando con la derecha, leí la carta, imitando el imperioso tono y los altaneros ademanes que tan grabados quedaron en mi memoria. Apenas pronuncié la última palabra el *Padar* exclamó:

—¡El Mirza! ¡El Mirza de los pies a la cabeza!

El *Ustad* sólo respondió con un profundo suspiro. Sus ojos, que parecían haberse dilatado, dirigieron una indefinible mirada al espacio oscuro de la noche, igual a la que fijó en la invisible lontananza mientras, bajo los árboles, deliberaba el tribunal.

—¡Ahri... man... Mir... za! —balbuceó—. ¿Cuál de nosotros dos es el más clarividente, *Effendi*? Cuando hoy me encontraba entre vosotros y oí esa voz que con tanta perfección acabas de imitar, se alzaron en torno mío viejas y casi borradas imágenes del pasado. Mi sombra se extendió hasta mucho más allá de mis queridas montañas y en cuanto llegó al oeste, se levantó del suelo tomando la forma, el color y la vida de una figura humana.

»Reconocí la figura y las facciones de aquel rostro: era yo mismo. Pero pronto empezó a transformarse, alteráronse las facciones y el cuerpo tomó otros contornos y, terminada la transformación, ¿en quién me había convertido yo? ¡En Ahriman Mirza! Sí, en Ahriman Mirza que, en aquel mismo instante, hablaba delante de mi tribunal.

Ha tomado aquí la forma humana esa sombra de mi pasado para que al fin se disipe la ofuscación que ha sido causa del error fundamental de mi vida. ¿Por quién fui vencido? ¿Quién me inspiró la idea de la fuga? Según tu opinión, *Effendi*, no fue la vida, sino mi propia sombra. ¡Cuántas, cuantísimas veces la he visto, sin llegar a reconocerla nunca! Pero hoy, por fin, me ha enseñado su rostro, hoy ha encarnado en Ahriman, el espíritu transformador del mundo que se apoya en las bajas pasiones de la ciega muchedumbre para destruir cuanto aborrece.

—Veo que lo conoces bien —dije yo— y que lo has visto tal cual es en la realidad.

—¿Que si lo conozco, dices? ¿Al Mirza de los falsos oropeles? ¿Al espíritu adornado; de artificial pedrería cuyos reflejos dominan a las masas? El públicamente abnegado altruista y que sólo lucha por defender sus propios intereses. El siempre dispuesto a compadecer y prestar ayuda al pueblo y que envenena el alma de ese mismo pueblo con pensamientos bajos y egoístas. El que, proclamándose enemigo y juez de todas las imposturas, no vacila en sacar de ellas el partido que puede para su propia causa. ¡Oh, sí, *Effendi*! Lo conozco desde hace mucho tiempo y te ruego que te fijas en él.

CAPÍTULO 10

LOS FAMILIARES DEL BIMBASCHI

hubo unos momentos de silencio durante los cuales cada uno de nosotros estuvo sumido en sus propias reflexiones. Sin responder a las últimas palabras del *Ustad*, hice un ademán involuntario que fue causa de que mi interlocutor me preguntara:

—¿Qué quieres darme a entender? ¿Qué significa ese ademán? Pensé que lo habías visto hoy aquí por primera vez, pero como has viajado tanto por Oriente, quizá lo aprendiste antes.

—¿En Oriente? —repuse riendo—. No, no, pero también lo conozco; es cuanto tengo que decir sobre esto. Lo has retratado con rara perfección y al oírte, no es posible equivocarse. Pero debo hacerte una pregunta. ¿Qué razón has tenido hoy para perdonarlo?

—¿Perdonarlo yo? ¿Qué quieres decir?

—Me refiero al cuento de «Los mil y un días», en que hasta el demonio se salva. ¿Qué fundamentó tienes para suponer que los habitantes del infierno subirán al Cielo antes de que termine la vida de la Humanidad sobre la Tierra?

—El perdón es más noble que la venganza. ¿No es esa tu opinión, *Effendi*?

—Ya lo sé, pero el perdón debe ir precedido del arrepentimiento, tal es el orden de cosas establecido por el mismo Dios. Yo también he pecado, y mucho, pero me he arrepentido y he hecho penitencia. No era más que un hombre y, por lo tanto, merecedor de excusa. Me gusta mucho perdonar, muchísimo, porque también necesito que me perdonen, pero no soy Dios y por lo tanto, no puedo alterar el orden impuesto por Él. ¿He de arrepentirme yo solo y no ha de arrepentirse mi sombra? Te diré que yo te hubiera contado otro cuento, no tomado de «Los mil y un días», sino de la maravillosa narración «Los mil y un locos», en la que el Sultán acaba por encerrarlos a todos dentro de los fanáticos y alucinados derviches.

Permaneció el *Ustad* largo rato con la vista baja y sumido en sus reflexiones. Por fin levantó la cabeza y dijo, en tono de disculpa.

—¿Y el amor, *Effendi*, el amor cristiano?

—¡Cállate, *Ustad*! No pretendas resguardarte tras de mi religión para defender la tuya. El verdadero amor cristiano no se compone de debilidad y ridícula sensiblería. No abre los brazos como lo haría una vieja demente a todas las indignidades y locuras, no se pasa el día repartiendo saludos y sonrisas. Es una criatura divina y seria, encargada de cumplir las resoluciones de Dios y que sabe perfectamente lo que quiere y lo que debe hacer.

»En una mano lleva el libro de la clemencia y en la otra el del castigo; a los

hombres les toca escoger. El arrepentimiento le regocija y el diablo se estremece. Mas para los locos no tiene recompensa ni castigo, los deja hablar sin darles respuesta y aprueba la conducta del Sultán, que, según la fantástica narración, los envía por el mundo gimiendo y bailando.

—¡Ah! ¿Es ése el amor que profesas? Yo creía que Dios dejaba que el sol calentara a justos y a pecadores.

—El sol, es decir, el cuerpo celeste, sí, hasta llega a conceder a los malos cuanto necesitan para esta vida terrenal. Pero si su bondad llega hasta ese punto, su justicia no le permite hacer lo mismo con cuanto se refiere a la otra vida. Si así lo hiciera, los malos llenarían el Cielo y no dejarían sitio a los buenos. Según tus teorías, el Cielo no tardaría en convertirse en infierno y no el infierno en Cielo, y sus lógicas consecuencias serían que la bondad desaparecería y Dios tendría que convertirse en demonio.

»No sin razón habla nuestra Biblia de los gusanos que no mueren, del fuego que no se apaga y del lugar donde constantemente se oyen aullidos y rechinar de dientes... Tú, en cambio, según tu cuento, concedes la bienaventuranza al infierno y dejas todas esas torturas para los infelices seducidos por él. ¿Es éste, quizá, el espíritu de los libros que has escrito? ¿Dónde has aprendido un amor divino o cristiano que deja impunes todas las culpas sólo para que Dios no tenga el Cielo vacío? ¿Has sido tú el propagador de esa impremeditada misericordia que protege a los malos para que éstos puedan tratar despiadadamente a los buenos? ¿Has predicado esa pseudomagnanimidad divina que deja crecer libremente la cizaña hasta que ahoga el trigo? Si contestas con una afirmación a estas preguntas, te diré que has cometido la grave culpa de dar pábulo a los pecados de la hipocresía y de la soberbia y no debes sorprenderte si, por fin, tus sombras han acabado por dominarte. Has defendido la cristiana debilidad, pero no el amor cristiano. Has llevado esta habilidad a la práctica por espacio de toda tu vida y, por medio de ella, te has convertido en un tubo que se rompe cuando ya no puede inclinarse más. Te creías llamado a...

—¡Basta, *Effendi*, basta! —exclamó extendiendo hacia mí los brazos con ademán suplicante—. Tienes razón, mucha razón. Más de la que te figuras. Has hablado antes de ridícula sensiblería y ése es precisamente mi caso; aun hoy mismo me veo aquejado de ella. Cuando hace poco hablaste de dejar libre al *Multasim* para capturarlo después con todos los suyos, yo me opuse, abogando por un castigo inmediato, pero suave y considerado. Al parecer me conformé con tu opinión, pero decidido a oponerme a ella por cuantos medios estuvieran a mi alcance, en el caso de que quisieras anularlo o destruirlo por completo.

—¿De veras? No lo hubiese sospechado.

—Como lo oyes: Ya ves que obro lealmente. Me has curado en los últimos cinco minutos. ¡Sensiblería! Eso es... eso es. A ella he consagrado las fuerzas de mi cuerpo y de mi espíritu. Pero desde hoy en adelante cambiaré de conducta. Soy ya muy viejo, pero aún tengo huesos y músculos, no sólo en el cuerpo, sino también en el espíritu.

Permíteme que me apoye en ti. Sí, me regeneraré, llegaré hasta ti. Sea tu mano la que me comunique fortaleza. Sé mi guía desde este instante. Mañana saldré de aquí y permaneceré alejado durante una semana; te ruego que, mientras tanto, ocupes mi puesto, quiero que seas el señor de la Casa Alta y sé que en tus manos mi pequeño reino estará bien guardado. En cuanto a ti, *Padar*, escucha con atención mis palabras: ejecuta las órdenes del *Effendi* como si fuera yo quien las diese.

—¿Vas a emprender un viaje?

—Sí.

—¿Puedo saber adónde?

—Naturalmente; desde este momento eres aquí el dueño y señor. Voy a Ispahan a ver al *Sha* a causa de lo que hemos sabido de nuestros enemigos.

—Magnífica idea —afirmé.

—Mucho me complace que opines lo mismo. Ya les dije lealmente que pensaba pedir ayuda a quien podía dármela. Se burlaron de mí; quien sólo confía en su *Sha* y se atreve a decirlo libremente suele convertirse en objeto de risas y burlas, pero, por fin, llega al momento.

Diciendo estas palabras, había estrechado mi mano y dirigía al exterior una mirada tan llena de confianza que hubiera impuesto silencio a los burlones.

—¿Piensas hablar tú mismo al soberano?

—Sólo a él. Entre su persona y yo no existen intermediarios. Se lo diré todo, todo, con la confianza de un niño que habla a su padre. Nuestro diálogo será como una oración en la que una tercera persona sólo puede estorbar.

—¿Y qué vas a pedirle?

—Yo nada. Le diré lo que tengo que decirle y él hará lo que juzgue más conveniente. Ante él estoy tan erguido como ante Dios. Jamás acudo a los ardides y bajas adulaciones de los que, arrastrándose sobre las rodillas, llegan hasta el trono para defender sus intereses particulares y, una vez satisfecho su deseo, desprecian y critican a quien los protegió. Por consiguiente no tengo la menor idea de lo que resolverá, pero estoy convencido de que sobrepujará a los deseos que en tu corazón puedas abrigar en nuestro favor.

—Pero ¿no te asusta recorrer una distancia tan larga?

—¿Asustarme el camino que me lleva hasta mi soberano? ¡Qué lejos está el Cielo de la Tierra y todos los días hacemos el camino para hablar con Dios! Para la fe y la confianza no hay distancia que sea larga ni soberano que esté lejos. Además, no viajaré solo, me acompañarán algunos de mis *Dschamikum*, sin contar al mercader que duerme aquí esta noche.

—¿Aghá Sibil?

—Sí.

—Sibil quiere decir bigote. ¿Es ése su verdadero nombre o un apodo debido quizá al corte de su barba?

—Tal vez sea esto último, pues jamás he visto una barba como la suya. Pero estoy

alejado de estos asuntos, que gustoso confío en manos del *Padar*, y él podrá informarte si lo deseas.

No trataré de ocultar que, en efecto, deseaba vivamente saber a qué atenerme, con respecto al comerciante. Así es que pregunté al jeque:

—¿Sabes algo acerca de ese Aghá Sibil?

—No tengo la costumbre de negociar con gente desconocida. Es rico, extremadamente rico, pero honrado y muy serio.

—¿Tiene hijos?

—Una hija y dos nietos.

—¿Son estos últimos hijos de la primera?

—Así es.

—¿Si pudieras decirme sus nombres!

—Nada más fácil, porque acostumbro ser su huésped cuantas veces voy a Ispahan. La hija se llama Aelmas y es viuda de un oficial turco que fue fusilado en Damasco. El muchacho que ha poco llegó con su abuelo se llama Ikbál y la hija Sefa.

—¿Está casada esta última?

—No, quiere permanecer en casa de su abuelo.

—¿Cómo es que la hija de un comerciante persa, establecido en Ispahan, es la viuda de un oficial turco muerto en Damasco? Seguramente sería él sunita y ella sehitá.

—Creo haber oído contar, en el seno de la familia, que el difunto fue cristiano antes de convertirse al mahometismo. Si no me equivoco, procedía de ese país que nosotros llamamos Lehistan^[4]. Conoció al mercader en Palestina, en donde éste residía a la sazón y, siendo ya marido de su hija, fue destinado a Damasco. Aghá Sibil, no queriendo separarse de los suyos, los siguió. Las grandes matanzas de cristianos que tuvieron lugar después, fueron causa de la desgracia de esta familia. El oficial, por falta de obediencia a sus superiores, fue fusilado, y Aghá Sibil, despojado de toda su fortuna, tuvo que huir para salvar la vida. Acompañado de su hija y de sus nietos, pudo alcanzar la frontera persa, emprendió de nuevo los negocios y, a fuerza de laboriosidad y honradez, ha llegado a reunir la saneada fortuna de que hoy disfruta. Pero veo que tus ojos brillan, *Effendi*. ¿Conocías acaso de antemano la historia que te cuento?

—Sí —contesté paseando por la habitación y sin poder dominar mi alegría.

—Pero ¿qué o, mejor dicho, a quién conocías?

—¿A quién? Al oficial.

—¿Lo conociste antes de que fuera fusilado?

—No, sino después de haber sido fusilado.

—¡Ah! ¿Es decir que viste su cadáver?

—¿Cadáver? ¡Hum! Sí, pues, en realidad, era un cadáver. Pero no sólo he visto al fusilado, sino que también he hablado con él.

—*Maschallah!* ¡Los muertos no hablan!

—No lo dudo, pero aquí se trata de un fusilado a quien no le acertó ninguna bala.

—¿Ninguna... bala? *Effendi!* ¡Seguramente estás bromeando!

—Hablo con la mayor seriedad. Repito que he conversado con el supuesto muerto y vosotros podréis hacerlo todavía.

—¿Nosotros, dices? ¿Cómo puede ser eso?

—¿Recordáis que os he hablado de un *Bimbaschi* en Bagdad que hace poco ha ascendido a Mir Alai?

—Perfectamente. Tú te hospedaste en su casa y él había sido capturado por el Safir.

—El mismo. Para vosotros es doblemente conocido. En primer lugar lo conocéis por mi conducto, y, en segundo, por medio del mercader Aghá Sibil; estoy seguro, además, de, que llegaréis a conocerlo personalmente. En una palabra, es el mismo oficial al que fusilaron en Damasco.

El *Padar* saltó sobre su asiento como si hubiera sido impulsado por un potente e invisible resorte, exclamando:

—¡El antiguo cristiano por quien tantas lágrimas se han derramado! ¡El sunita a quien los sehitas han permanecido fieles hasta después de su muerte! ¡El hombre que tan adorado fue por su esposa! ¡El padre a quien tanto veneran sus hijos, aun cuando apenas pueden recordar sus facciones! ¿Dices que no ha muerto? ¿Que vive todavía? Todos, todos permanecieron fieles a su recuerdo, aun creyéndole en el otro mundo. *Effendi.* ¿Puedo dar crédito a tus palabras? Bien sé que no mientes nunca, pero te ruego que nos expliques cómo ha sucedido todo esto.

—Sí, debo y quiero aclarar este misterio para que os convenzáis de que, cuando Dios quiere, hasta la muerte es una palabra vana. Acercaos a mí y escuchad, lo que voy a deciros.

CAPÍTULO 11

¿QUIÉN ES EL AEMIR I SILLAM?

En los semblantes del *Ustad* y del *Padar* se reflejaba la más viva alegría, al mismo tiempo que curiosidad por saber los detalles de la supuesta muerte de mi amigo el *Bimbaschi* de Bagdad. Como ya estaban enterados de las aventuras del oficial polaco, me limité a ponerlos en antecedentes de sus relaciones de familia. Describí su desesperación por la supuesta pérdida de los suyos y el trabajo que me costó infundirle alguna esperanza de que quizá aún estuvieran vivos. Levantóse el *Ustad* y, después de dilatar su pecho con un profundo suspiro, abrió los brazos con lenta solemnidad diciendo:

—Tú hablaste a tu amigo de la probable resurrección de los supuestos difuntos y nosotros estamos llamados a presenciar esa resurrección. Yo también conozco otro supuesto muerto. Muchos, muchísimos son los que lo tienen por difunto y creen que ya está en el otro mundo. ¿Qué piensas tú de él, *Effendi*? Ya sabes de quién te hablo.

Sentí que una luz singular hacia brillar mis ojos. Un calor desconocido me subió desde el corazón a la cabeza, le eché les brazos al cuello y, dejando caer mi mejilla sobre su hombro, le dije:

—¿Deseas que resucite de esa muerte forzada?

La emoción le impidió desplegar los labios, pero hizo un signo de asentimiento y me estrechó con más fuerza entre sus brazos.

—Bien —proseguí yo—. Pues que vamos a cuidar de la resurrección de los supuestos muertos, aprovecharemos la ocasión para que éste resucite también.

Sus ojos, a la sazón tan cerca de los míos, me dirigieron una mirada de inefable gratitud.

—¿Podrás y querrás hacerlo? —me preguntó.

—Tratándose de ti, con toda el alma —contesté.

—¿Crees que podrá realizarse?

—Queriendo nosotros, muy fácilmente.

—Pero ¿cómo podrás llevarlo a cabo?

—Te ruego que dejes eso a mi cuidado. Pon tu mano confiadamente en la mía y escucha lo que voy a decirte. ¿Sientes en ti el ánimo, el ánimo heroico de entregarme tu alma y tu espíritu? Si es así, celebraremos aquí mismo la resurrección.

Volvió a abrazarme más estrechamente aún que antes y contestó:

—Tengo ese ánimo, toma cuanto quieras de mí.

Inesperadamente se apagó la luz por haberse consumido el aceite. Cogió el *Padar* la lámpara y salió con ella para renovar el combustible. Cuando volvió, estábamos ambos en la azotea y el *Ustad*, con el brazo extendido, me señalaba aquel rincón del

mundo que se ofrecía ante nosotros iluminado por la luz de las estrellas, diciendo:

—Parece que todo estaba preparado de antemano a fin de que las almas de mis dschamikum pudieran ser entregadas al espíritu fuerte, a ese espíritu de amor y fortaleza que me ha abierto a mí los ojos y que tanto necesitamos en este mundo de sombras. Hoy me has duplicado y, al mismo tiempo, también mis esperanzas en el éxito. Somos dos en uno solo. Pon dos velas una al lado de la otra, ¿despiden dos llamas? No, brillan confundidas, formando un doble resplandor.

En este momento se acercó el *Padar*, diciéndonos desde la puerta:

—Ya podéis entrar, luce mejor que antes.

Obedecimos la indicación y, al aproximarnos a la mesita, vimos sobre ella dos velas en lugar de la lámpara. El *Ustad* sonrió y me dijo en tono jovial:

—¿Lo ves? Apenas hemos formulado un pensamiento, este incomparable *Padar* de los dschamikum se apresura a llevarlo a la práctica. Sea siempre así y pronto reinará una vida alegre y animada en nuestro aduar.

Gustaba de expresarse en sentido figurado y, para comprenderlo, era preciso reflexionar. Esto sucedía ahora. ¿Qué quería decir al hablar de los dschamikum a quienes pertenecía todo su corazón? ¿Dónde estaba situado el aduar a que aludía? ¿En Persia? No quiero delatarlo, las consecuencias nos lo dirán.

Aún no habíamos terminado nuestra conversación, pero el *Padar* la interrumpió, diciendo:

—Ya es más de medianoche. ¿No quieres descansar unas horas antes de emprender el viaje, *Ustad*? Y el *Effendi* está aún convaleciente. Las noches pasadas en vela son siempre perjudiciales.

El primero respondió:

—No tengo tiempo ni ganas de descansar. La vida que en mí siento no reconoce medias noches.

Y yo añadí:

—Mi cuerpo está acostumbrado a obedecer a mi voluntad; hasta ahora no siento el menor cansancio. El alma tiene el poder de comunicar su fortaleza a la parte más débil y yo me sostendré hasta que lleguemos al fin.

El *Ustad* me cogió por la muñeca, y, tomándose el pulso, exclamó asombrado:

—¡Regular y fuerte! ¡Exactamente igual que el mío! Sí; me parece que podemos seguir hablando. ¿En dónde habíamos quedado? ¡Ah, ya recuerdo!, en Ahriman Mirza. El resucitado oficial polaco nos alejó de él. ¿Quieres continuar, *Effendi*?

—Sí —contesté yo—. Voy a escribir una carta al Mir Alai y se la enviaremos a Bagdad por medio de algunos dschamikum encargados de acompañarlo hasta aquí en unión de su obeso e inseparable Kepek. Podrán llegar aquí antes del día de las carreras. Para esa fecha has de autorizar al mercader para que abra aquí una sucursal de su establecimiento; yo le hablaré antes de que te marches con él, para indicarle que no deje de venir con su hija y nietos. ¡Qué inmensa alegría me proporciona la idea de este próximo encuentro! ¿Merece tu aprobación mi proyecto?

—Todo lo que tú decidas lo doy por bien hecho. ¿Se ha de dar la sorpresa a Aghá Sibil el día de las carreras o quieres decírselo todo antes?

—¡Ahora mismo! Es una crueldad retardar una buena noticia que puede darse en seguida. Acontecimientos tan felices como los que aquí esperamos necesitan cierta preparación.

—Tienes razón. ¿Podamos dar por terminado este asunto?

—Sí, volvamos a Ahriman Mirza. Estábamos en que yo debía dar la prueba de que éste es el Aemir i *Sillan*.

—No es necesario. Al menos para mí es como si ya estuviera probado.

—¿Por qué medio?

—Por el tono con que tú nos leíste su carta. Ése era el suyo peculiar. Así no habla ni escribe nadie más que él. Sin contar con que ostenta el más alto distintivo que conocemos del *Sillan*.

—¿Estamos seguros de que no existirá otro más elevado todavía?

—Creo que no, aun cuando no es imposible que exista.

—No tan sólo no es imposible, sino que puede darse como seguro

—*Effendi!* ¡Te estás contradiciendo!

—No.

—¡Te digo que sí! Si existe un distintivo más elevado, habría otra *Sombra* más elevada aún, que estaría por encima del Mirza.

—Esa conclusión, sin carecer de lógica, puede resultar falsa en la práctica. La misma persona puede poseer las dos.

—¿Las dos? ¡Lo dices con una seguridad! ¿Cómo lo sabes?

—Te ruego que recapacites. Como jefe supremo le pertenecen todos los distintivos. También será suyo el turnan de la cadenita. No tengo la menor duda de que, siempre que juzgue conveniente hacerse pasar por una *Sombra* vulgar, se pondrá la sortija de plata, pero, cuando se presente como Aemir, en las sesiones, ostentará las más altas insignias. Pero ya has oído que tiene motivos para temer y seguramente presidirá esas sesiones con el rostro cubierto. Fuera de estas ocasiones, en la vida corriente, no puede ocultarlo. ¿Crees que iba a delatarse llevando públicamente la insignia suprema?

—No, tienes razón y al mismo tiempo, no puede prescindir de llevar algún distintivo, pero ¿por qué no se pone un anillo vulgar?

—¡Muy sencillo! —exclamé interrumpiéndolo—. ¿No sabes que el pecado es más presuntuoso que la virtud y la fealdad más vanidosa que la belleza? Justamente ese hombre tiene un afán de brillar superior al de los demás nacidos. Ya has visto su ropaje y los arreos de su caballo. Todo en él es ostentación, oropel y fanfarronería. Un anillo vulgar sólo se lo pondrá como ardid. Cuando la soberbia se apodera de cierta gente, casi sobrepuja a la propia maldad. Su orgullo y desmedida presunción le impiden hacerse pasar por un simple *Padar*. Esta presunción lo lleva hasta los límites de la imprudencia y le hace bordear el peligro. No pudiendo presentarse en todas

partes como Príncipe de las *Sombras*, procura que lo tomen como personaje de importancia. ¿No has oído decir que los criminales se esfuerzan por aumentar sus delitos a fin de imponer su superioridad entre sus iguales? La conservación de su vida y su seguridad personal le aconsejan ser cauto, pero su orgullo se opone a descender varios escalones en la escala de los mandos. Probablemente no baja más que uno solo. Se adorna con un distintivo que aparentemente no es el supremo, pero estoy convencido de que ningún otro jefe tiene un cinturón como el suyo. Los que lo vean lo tomarán por un personaje de alta categoría, aun cuando no por el jefe supremo, compaginando así la precaución y la vanidad. Un punto me queda por esclarecer. Al presentarse ante el tribunal, dijo: «Hoy me veis por primera vez, mi nombre os era desconocido hasta ahora, así es que no sabéis quién ni qué soy». ¿Cómo pudo expresarse de ese modo? ¿Eran su nombre y figura tan realmente desconocidos como él suponía?

—No —respondió el *Ustad*—. Ni tampoco podía suponerlo. Demasiado sabía él que yo lo conocía, pues lo he encontrado con frecuencia y hablado no pocas veces.

—Eso es lo que yo quería saber. El orgullo le ha impulsado a decir más de lo que se proponía. Vosotros conocéis su nombre y persona, esto lo sabe él y, sin embargo, afirma que no sabéis quién ni qué es, luego debe de ser alguien más y algo más de lo que indica el nombre de Ahriman Mirza. Y esto ¿qué puede ser? ¿Algo vulgar o de importancia? Me inclino a juzgar lo último, deduciéndolo de sus palabras: «Mi amistad podrá haceros felices y mi enemistad causará vuestra perdición». Quien esto dice, muy seguro debe de estar de que es el primero de toda la serie, pero ¿en qué sentido hemos de tomar sus palabras? ¿En el bueno o en el malo? En el bueno, en el terreno legal, debiera ser el *Sha*. No nos queda más que el opuesto al bueno, es decir, el malo. Quién dice: «Mi enemistad causará vuestra ruina» no puede ser hombre de buenos sentimientos. Agreguemos a esto que su poder se ejerce ocultamente y no tendremos duda de que se trata de algo prohibido e ilegal. Tales son las cifras, ahora haced la suma.

—Déjamela hacer —exclamó el *Padar*—. También quiero tomar parte en la conversación.

—Bien está, hazla tú —respondí muy complacido de los esfuerzos que hacía para seguir con atención el curso de mis deducciones.

—El suceso es sorprendente —empezó—. Según parece en el Imperio hay dos poderes, uno bueno y otro malo. El bueno descansa en las augustas manos del *Sha*; el malo en las de Ahriman Mirza y como sabemos previamente que este poder pertenece al Aemir i *Sillan*, resulta que el Príncipe de las *Sombras* y Ahriman Mirza tienen que ser la misma persona. ¿Voy bien, *Effendi*?

—No vas desencaminado. Y tú, *Ustad* ¿estás conforme con esa suma?

—Conforme en un todo. Es exacta —afirmó.

—Entonces renunciaré a presentaros más pruebas, aun cuando todavía tengo varias. Quedamos en que el Aemir y Ahriman son la misma persona. También

confirma esta suposición su proximidad con el Verdugo, a quien no quiere perder de vista. Resuelta esta cuestión, pasaremos a otra. Pregunto yo: ¿qué ha venido a hacer el Mirza en territorio de los Dschamikum? ¿Qué secreto designio le ha guiado hasta nosotros? Esto me da mucho que pensar y hasta creo que va a darme muchos quebraderos de cabeza.

—¿Por qué? —preguntó el *Ustad*— ¿Tan oscuro lo ves?

—Di más bien que veo en lo oscuro. No hay que negar que él quería venir aquí directamente y, si ha pasado antes por las tierras de los Kalhuran, ha sido por complacer al *Multasim*. Y repito yo, ¿qué busca aquí?

—La satisfacción de la venganza —exclamó el *Ustad*.

—Ésa corresponde, al Verdugo y no a él. Además, ya había emprendido el camino antes de que hubiera motivo para esa venganza.

—Pues sería para pronunciar el discurso que de sus labios hemos oído.

—Veo que te aproximas, aunque no sea ésa la principal razón. Él venía aquí para daros otro *Sha* —dije yo—. ¿Sabéis lo que esto supone? Venía para destruir la benéfica y saludable influencia de vuestro *Ustad*. ¿Qué medio le pareció el más rápido para conseguirlo? Ante todo quitar de en medio al *Padar*, que pone por obra las sabias disposiciones del Maestro y substituirlo por un Tifli cualquiera, que cifre su dicha en un plato de sopa de perifollo y que sólo sea capaz de defender unas cuantas ciruelas; pero el Mirza no tuvo en cuenta que ese mismo hombre es un insuperable jinete que sabe mantenerse firme en la silla, por muy falso y tozudo que sea el penco en que monte. Se figuró el persa que bastaría hacerle montar en el viejo rocín de sus descabelladas proposiciones para convertir a los sabios dschamikum en miserables *massaban*.

—Ya recordarás como rechazamos esas proposiciones —observó el *Padar*—, así es que, sobre ese punto, son superfluas nuestras preocupaciones.

—Eso creerás tú, pero él no se ha desanimado por eso, sino que insistirá el día de las carreras, procurando, por cuantos medios tenga a su alcance, dar más fuerza a sus palabras.

—Pues obtendrá igual fracaso. No necesitas preocuparte por ello.

—Ciertamente que no. Cuando hablé de la principal razón que tú no habías acertado, flotaba cierta idea en mi cabeza y ya la dejé entrever al aceptar la suposición de que el Aemir, probablemente, había estado ya aquí, aunque de incógnito.

—¿Y no podrá ser que, por esta vez, te equivoques?

—Es posible, ninguna prueba tengo y no es más que suposición, pero hay suposiciones que se confirman por medio de las circunstancias y debo llamaros la atención sobre una la de que nuestro aduar no es tan desconocido para el *Sillan* como vosotros os figuráis.

—¡Eso sí que es nuevo para nosotros!

—Para mí, no. ¿Qué ha hecho hoy el *Multasim*? En vez de dejar los caballos a

larga distancia del aduar, como suele hacerse cuando se desconoce el terreno, ha llegado hasta sus inmediaciones sin echar pie a tierra.

—Conoce el terreno, porque ha pasado hoy dos veces por el mismo camino.

—Eso es lo que me parece más sospechoso. La primera vez tropezó con un guarda que, precipitadamente, vino a avisarnos, y podía suponer que, justamente de noche, no faltaría guardián en la puerta. Sin embargo, a no ser por el muchacho que fue a apacentar sus corderos, no hubiera sido descubierta la presencia del *Multasim*. Éste, trazando una línea diagonal, fue a parar a la puerta trasera del pueblo. Es decir, que conocía con exactitud la situación de éste. Las casas y tiendas forman una doble fila que conduce al camino de la Casa Alta, la noche era oscura ¿puede aventurarse por allí uno que no sabe el terreno que pisa y encontrar su camino en medio de las tinieblas, salvando las muchas irregularidades y obstáculos de que está erizado? Yo lo conozco bien y no me engaño al calcular que un indio de los más hábiles en arrastrarse necesitaría al menos dos horas enteras para llegar desde allí a la puerta, y no medió ni la mitad de este tiempo en apagar nosotros las luces y la aparición del *Multasim*. Esto demuestra que él camino no le era desconocido.

—Ha dado pruebas de poseer excepcionales facultades para avanzar arrastrándose.

—Eso no altera en nada lo que he dicho, pues las facultades de los indios no son inferiores y, además, el Verdugo no venía solo, traía dos acompañantes, cuya pronta captura demuestra su falta de pericia en esconderse. No, no, esta nocturna visita no puede ser la primera. Interrogaré al *Multasim* antes de dejarlo libre. Puede ser que logre averiguar algo.

CAPÍTULO 12

LA MÁSCARA DEL AEMIR

hicimos una pausa y hubo unos momentos de silencio entre nosotros aprovechándolos para coordinar nuestras ideas y reunir nuestros pensamientos. Las anteriores observaciones me habían sido hechas por el *Padar*, y el *Ustad*, a su vez, pareció concebir una sospecha y, dirigiéndose al Jeque, le preguntó:

—¿A qué vino aquel desconocido persa que tuvimos aquí y a quien curamos la dislocación de un pie? ¿A qué causa atribuyó el haber trepado a las murallas?

—A su deseo de encontrar vestigios de la antigüedad —contestó el interpelado—. Era de Teherán y tenía una tienda en la que se vendían cosas raras. Fue un martes por la mañana cuando lo encontramos.

—Y ahora recuerdo también aquel médico de Hamadan a quien encontramos un lunes y quien tanto se resistió a quedarse con nosotros.

—Se había extraviado. Lo encontraron cuando empezaba a obscurecer y lo condujeron hasta nosotros. Se obstinaba en no detenerse, aunque no pudo dar ninguna razón para justificar su prisa. Pero nada tienen que ver aquí estos dos sujetos; ambos eran hombres honrados y no pertenecían al *Sillan*. En cambio, se despierta un recuerdo en mi memoria. ¿Te acuerdas del látigo que encontró Tifli sobre la muralla cuando subió hasta allí buscando «*kekik otu*»^[5] para la cocina?

—Claro está que lo recuerdo, no ha pasado mucho tiempo y aún está el látigo entre mis libros. Por cierto que tengo escrita la fecha en que se encontró por si dábamos con el dueño, pues no pertenece a ninguno de los nuestros. Entonces no me llamó la atención, pero ahora empieza a parecerme sospechoso. ¿Se te ocurre algo más?

—No.

—A mí tampoco.

De pronto exclamé yo:

—¡Es bastante! ¡No necesitamos más! ¡Qué grande es vuestra buena fe y vuestro amor al prójimo y qué escasa vuestra malicia!

—¿Encuentras algún justificado motivo de desconfianza? —preguntó el *Ustad*.

—¿Uno solo? Diez, veinte, no se pueden contar. Ante todo hazme el favor de enseñarme el látigo.

Lo encontró en seguida. Era un látigo de jinete de cuyo mango pendía un papelito en el que podían leerse estas palabras: «Martes. 9 de Isafar». El mango era de un esmalte negro. En un sitio en que éste había saltado, dejaba al descubierto hojalata blanca. Esto indicaba que era hueco; remataba en una bola pasada como si estuviera llena de plomo. Intenté hacerla girar, consiguiéndolo al fin, y, una vez que la hube

desatornillado, quedó visible el orificio del tubo hueco.

Algo oscuro se encerraba en él; tiré hacia afuera y extraje un trozo de seda negra cuidadosamente arrollado y que me apresuré a desdoblar. Tenía tres agujeros, evidentemente: destinados a los ojos y a la boca y estaba provista de cordones para poder sujetarla a las orejas y garganta.

—¿Qué es esto? —pregunté poniéndome la tela ante el rostro.

—¡Una careta! —exclamó el *Padar*.

—Sí, una careta —corroboró el *Ustad*.

—¿Y quién he supuesto yo que, se presenta enmascarado en las juntas del *Sillan*?

—¡El Aemir i *Sillan*! —respondió el último.

—Y se encontró el martes. ¿Cuándo es el día de pago a que se refería el *Padar i Baharat*?

—El lunes.

—¿Y en qué día de la semana el médico de Hamadan no quiso quedarse aquí?

—Un lunes por la noche.

—¿Y cuándo interrogasteis al mercader de antigüedades con un pie, desarticulado?

—Un martes por la mañana.

—*Ustad! Padar!* ¿Estáis todavía ciegos?

Nada respondieron, mirándome con el más profundo asombro retratado en el semblante.

—¿Seguís creyendo que no ha habido ninguna *Sombra* entre vosotros? —dije—. ¡Oh, la cosa es mucho más grave de lo que me figuraba!

—¿Mucho más grave? —preguntó el *Ustad* repitiendo mis palabras.

—Sí, por desgracia. Tres lunes, tres lunes, fijaos bien.

—Explícate mejor —me rogaron.

—¿Más aún? ¿Habéis olvidado que el lunes es el día en que se reúne el *Sillan*?

—*Chodih!* —exclamó el *Ustad* casi gritando—. ¿Qué idea intentas hacer germinar en mi mente? Es imposible concebirla y sería demencia intentar expresarla.

—Y, sin embargo, es preciso, indispensable, expresarla con toda claridad. Si no os atrevéis vosotros, me atreveré yo. No solamente el *Sillan* conoce vuestro territorio, sino que lo frecuenta con regularidad. Sí, los jefes del *Sillan* celebran sus juntas de los lunes sobre vuestro propio suelo, probablemente en las ruinas en las que se ha encontrado el látigo.

La impresión que causaron mis palabras fue realmente indescriptible. Diríase que mis dos interlocutores habían quedado petrificados.

—Y a esas juntas —proseguí yo— concurre personalmente el Príncipe de las *Sombras*. No permite que nadie vea su rostro y por eso lleva la careta. Ese látigo es suyo y si lo ha perdido u olvidado es igual para nosotros. En el primer caso no habría podido encontrarlo a obscuras y tampoco podía quedarse hasta el amanecer por temor a ser descubierto. ¿Podéis decirme si ese médico de Hamadan llegó hasta aquí a

caballo?

—No, cuando lo encontraron iba a pie —contestó a media voz el *Padar*.

—Pero no puede haber recorrido andando toda la distancia que hay desde aquí a Hamadan.

—Claro está que no. Tenía un caballo.

—¿Dónde?

—Lo dejó atado fuera del lugar, junto al lago.

—Supongo que tampoco le faltaría al anticuario.

—Así era, en efecto.

—¿Dónde estaba?

—En el mismo sitio.

—¿Lo sospechaba! ¿Y eso no os llamó la atención?

—¿Por qué no habíamos de atribuirlo a pura casualidad?

—¿Casualidad! En principio no existe la casualidad. Todo lo que se atribuye sucede por determinadas causas u obedece a ciertas influencias. Causas e influencias anulan la casualidad. Ya es hora de que esto se admita; pero suponiendo que tú creas en la existencia de la casualidad, en términos generales, no sería posible aceptarla como explicación de esta coincidencia. Los caballos no se quedaron allí por casualidad, sino para esconderlos a fin de que no fueran vistos por vosotros. Los miembros del *Sillan*, al llegar al término de su expedición, es natural que den de beber a sus caballos; por eso se apean junto al lago y, probablemente, siempre en el mismo sitio. Haré que me lo enseñen.

—¿Querrás que te sirva yo de guía? —me preguntó.

—Sí, pero no digas nada a nadie.

—¿No? ¿Por qué?

Podría llegar a oídos de las *Sombras* que viven en el aduar.

—*Effendi!* ¡Acabaré por creer que estás loco! Supones algo imposible.

El *Padar* pronunció estas palabras con suma agitación. Yo le contesté con la mayor calma:

—Estoy persuadido de que las cosas no estarían como están si los testigos no contaran con aliados dentro de la plaza.

—Si fuera verdad lo que supones, éstos se habrían encargado de la *Sombra* que se torció el pie y de la que se extravió durante la noche.

—¿Estás seguro de que esta última se extravió realmente? Al ser encontrado dio esa excusa. Quien tan cerca del lugar echa pie a tierra y conduce a su caballo a beber en el lago, no puede extraviarse, teniendo las casas y tiendas del pueblo a un palmo de las narices, y quien trepa por las murallas en busca de antigüedades, no ha de hacer noche y después de dejar bien escondido su caballo; más natural era que se hubiese presentado de día y, como hace todo forastero bien nacido, solicitar licencia, informes y un guía. Habéis obrado con una candidez verdaderamente infantil. Según tu opinión, las *Sombras* de aquí debieron recoger al lesionado y yo supongo que no se

enteraron a tiempo del accidente.

—Pero yo no admito que tus sospechas recaigan sobre ninguno de los míos. No hay entre nosotros ni un solo hombre qué tenga la sortija del *Sillan*.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Claro está que no me atrevería a jurarlo; mas lo que sí puedo afirmar es que aquí no he visto nunca un anillo con semejantes signos.

—Eso no me parece una prueba concluyente. Doy por seguro que no todas las *Sombras* llevan anillos. Tampoco en un ejército tienen condecoraciones todos los soldados, sin que dejen de ser soldados por ello.

—¡Ésa es una nueva idea! ¿Es decir que tú no conceptúas la sortija como una señal para reconocer las *Sombras* sino como una recompensa?

—Sí. El Príncipe de las *Sombras* se guardará muy bien de entregar anillos a los secuaces que no se hayan distinguido ya en algo. Cuando veas esta alhaja en la mano de un hombre, puedes admitir como cosa cierta que no es ningún novicio en la carrera del crimen. El que no brille en los dedos de ninguno de los tuyos, no basta para afirmar que aquí no haya *Sombras*. Por la cautela y doblez con que procede el Aemir, me parece que no tiene mucha confianza en las *Sombras* de por acá. No juzgues a los demás por ti mismo, pues nunca has estado expuesto a la tentación. Ya ves que no quiero acusar directamente a ninguno de los tuyos, pero te preguntaré, confidencialmente: ¿Crees que el suelo de tu pequeño reino está absolutamente limpio de *Sombras*?

—Desgraciadamente, no es ése el caso. Toda la comarca ha estado ocupada por los *Massaban* y cada uno de esos infelices, para mantenerse, apelaba a los medios más ilegales y reprobados; sin el menor escrúpulo se apropiaban de cuanto les caía en las manos y hasta privaban de su miserable mercancía al pobre traperero con quien se cruzaban en el camino y que tenía que continuarlo con las manos yacías.

Aquí llegaba el *Padar* cuando el *Ustad* que permaneció silencioso hasta entonces, tomó la palabra con renovada viveza, diciendo:

—Ha sido la época de más espantoso latrocinio que puede existir entre seres humanos Nadie podía contar con lo que tenía; entre aquella gentuza no se guardaban consideraciones, no se establecían diferencias. Hoy se saqueaban los bienes de un rico y mañana se arrancaba a un pobre hasta su último pedazo de pan. Creo que ni aun la propiedad intelectual estaba segura. El refugio favorito de los *Massaban* era allá enfrente, entre los viejos muros que levantó la devoción de pueblos ya desaparecidos. Allí se encontraban seguros, y ya podrás ver cómo se instalaron cuando recorras aquellos lugares buscando reliquias del pasado. Sólo encontrarás los vestigios de la devastación, que asoló cuanto ten un tiempo fue sagrado.

Se detuvo y, lanzándome una escudriñadora mirada, me preguntó:

—¿Comprendes a quiénes me refiero, *Effendi*?

—Sí —contesté—. No necesito esforzarme para comprender quiénes son esos *Massaban*, también me han robado hasta las botas. Confié en ellos al principio,

tomándolos por honrados Dinorum, pero no tardé en darme cuenta de que sólo querían asegurarse de mis armas y persona para emplearlas contra gente pacífica y buena. Entonces los acompañé hasta meterlos en su propia ratonera, saltando sin temor el abismo que me separaba de vuestro territorio. ¿Te convences de que he comprendido de quién me hablabas? Llevaron su imbecilidad hasta el extremo de querer impedirme saltar, pero yo no les hice caso y me libré de ellos, dejándolos metidos en el Valle del Saco.

—Yendo a parar, precisamente, a la comarca en que antes habían ejercido su tenebroso dominio —observó el *Ustad*—. ¿Puedes calcular su odio hacia mí cuando, por mi influencia, fueron arrojados de estos lugares? Ellos, que jamás han estado unidos y que mutuamente desconfían y se enseñan los dientes, se convierten en los mejores amigos tan pronto como se trata de ir contra mí. Ya estás enterado de la última expedición proyectada para arruinarnos. Los preparativos fueron prontamente hechos y nadie faltó a la cita, hasta las mujeres acudieron a ella y junto con los bueyes, burros y demás impedimenta, fueron traídas para tomar su correspondiente parte en el supuesto fácil triunfo. Tal es el sistema que emplea esa gente, a la que yo designo con el nombre de *Massaban*, porque hasta en el enemigo veo al semejante, pero esto no quiete decir que no merezcan otros nombres menos compasivos...

»No resultó fácil expulsarlos de nuestro territorio. Muchos se resistieron a salir de él y tuvimos que sostener empeñados combates. Cuando les faltó la fuerza, intentaron sostenerse apelando a la astucia. No puedo desechar la idea de que entre esas ruinas dejaron alguna guarida oculta, algo así como la que encontraste en Birs Nimrud.

»Mucho tiempo después de su expulsión, aun encontramos huellas de desconocidos pasos entre los escombros del viejo edificio, y hasta en la actualidad hemos descubierto, de vez en cuando, individuos que intentaban pernoctar en las ruinas y a los que he dejado marchar después de un ligero interrogatorio. No omitiré decirte que estos desconocidos contaban con el amparo de algunos dschamikum que, al parecer, no aprobaban que yo hubiese sacudido el yugo extranjero.

Después de oír las anteriores declaraciones, dije yo, siguiendo el curso de mis pensamientos.

—Lo que dices me hace insistir en mi idea. ¿Qué busca aquí el Mirza? ¿Por qué tiene tan excepcional importancia para él este territorio que incluso descuida todas sus precauciones para reconquistar sobre él la primitiva influencia?

—No lo sé. ¿Puedes adivinarlo tú? Algo voy sospechando, pero aún no veo nada claro.

—Repasa en tu memoria sus palabras. En ellas desarrolla atrevidamente el programa que ha ejecutado en secreto. Mucho debe ofuscarlo el afán del triunfo para que, a pesar de su astucia, haya cometido tamaña tontería. Es mortal enemigo de toda cultura moral o intelectual e incansable propagandista de la ignominia que nada ve u oye, que siempre está descontento y constantemente clama por ajena ayuda, ya que ella es demasiado perezosa y tonta para ayudarse a sí misma. Por eso trata de

exterminar la verdadera confianza en Dios, lo que da fortaleza para vencer en los combates de la vida, y, en cambio, protege la hipocresía y falsa devoción, a la que acaricia como si fuera un ángel de su propio cielo.

»Según él, no debiera haber primavera en el mundo y todos los campos habrían de ser arrasados; espesas capas de polvo se extenderían sobre campiñas y ciudades, y allí donde corrieran las aguas, éstas deberían ser turbias y fangosas. Entonces acudirían los nocturnos fantasmas que no son espíritus y, agitando sus alas de vampiro, volarían por todas partes, vaciando las venas de los desgraciados pueblos sobre los que se dejaran caer y ya no tendríamos delante una sana y alegre humanidad que, confiada en su Dios, vive y disfruta a la luz del sol.

»Nuestras minadas sólo caerían sobre intelectuales momias y a nuestro alrededor se extendería la ciudad de las sombras...

—¡Así era antes! ¡Tal como dices! —me interrumpió el *Ustad*—. Era un desierto espiritual, semejante al paraíso de que te he hablado antes, una árida y estéril llanura poblada de fantasmas. La estupidez se arrastraba por el polvoriento suelo. Detrás de ella, y rechinando los dientes, marchaba la crueldad; ésta era seguida por el ocio, mientras la laboriosidad, extenuada, yacía sobre la arena. Estas y otras mil sombras, que acertadamente has calificado de vampiros, movían en todas direcciones sus silenciosas y oscuras alas, llevando por doquier la devastación y la ruina.

»Tal era el estado de los habitantes de esta comarca y, por consiguiente, también de mis *dschamikum*, cuando yo llegué a ella. Mucho había oído hablar de las miserias de, este mundo y no pocos sufrimientos había visto y experimentado, pero jamás pude figurarme un estado de abyección y dolor como el causado por aquellos voraces plumíferos. Horrorizado me pregunté si aún sería tiempo de prestar ayuda y, al ver las incalculables bandadas de las funestas aves, por un instante me dominó el desaliento, pero no tardé en reanimarme y reflexioné.

»No había uno solo entre aquellos miles de hombres que fuera capaz del menor esfuerzo. Los nocturnos pajarracos estaban protegidos no sólo por la debilidad humana, sino por algo más poderoso aun que ella, la obscuridad, pero ésta nada puede contra la luz. Si conseguía yo hacerla penetrar en el inmenso edificio del que muchos años atrás fue desterrada, las inmensas aves tendrían que volar a la claridad del día, pudiendo todos así reconocerlas y evitarlas.

CAPÍTULO 13

SYRR

El *Ustad*, se calló y el jeque de los Dschamikum tomó la palabra y, dirigiéndose a mí, me dijo:

—Lo ha hecho todo tal como dice. —Y añadió luego—: No te conocíamos, ninguna ayuda encontraste en nosotros, *Ustad*, y, solo, te aventuraste en las ruinas, pero justamente esa temeridad fue la que te ganó nuestros corazones:

—Fue mucho más fácil de lo que vosotros supisteis —contestó el *Ustad* sonriendo—. Yo no penetré recatadamente, me presenté en pleno día y con franqueza dije quién era y lo que me proponía. Al principio me tomaron por una *Sombra* del país de la luz que bajaba al de las tinieblas, pero no quise aprovecharme de ésta superchería y, tomando la luz que llevaba preparada, la encendí. No se opusieron; al contrario, la llamita pareció causarles regocijo; en vez de disipar las tinieblas, sólo podía hacerlas más intensas por el contraste y, en cuanto a la gente que estaba fuera, serviría para demostrar que en las ruinas no se temía a la luz.

El *Padar* exclamó:

—¡Nosotros vimos la luz! Nos atrajo y fuimos acercándonos al edificio, al principio sólo unos cuantos y, después, en numerosos grupos. Entramos por fin en él y se hizo la claridad en su interior, pues cada uno llevaba su correspondiente luz. Por todos los ámbitos resonaron penetrantes chillidos y agitado batir de alas. Nosotros llevamos la claridad a todos los rincones, espantando a las aves nocturnas, que se apresuraron a huir por todas las aberturas. Aquellos de los nuestros que habían quedado fuera las vieron salir alocadas y desaparecer rápidamente, como falsos pensamientos que se desvanecen. Si ves que han quedado algunas escondidas en lo más tenebroso de esos subterráneos, es cosa que no nos importa. No tenemos intención de utilizarlos, nosotros siempre construimos a la luz del sol y, hasta la fecha, no tenemos motivos para arrepentimos.

—Ni los tendréis jamás —repuse yo—. Pero, por el momento, me parece digno de ser tomado en cuenta que tú no sepas con seguridad si ha quedado oculto alguno de los *Massaban*. ¿No examinasteis detenidamente las ruinas?

—Sí, es decir, en cuanto fue posible. Hay muchas galerías medio o totalmente destruidas en las que no nos aventuramos por no tener ningún motivo imperioso que nos obligara a ello. La construcción de la aldea nos tenía tan ocupados que no nos quedaba tiempo para registrar rincones viejos.

—Bueno, dejemos eso aparte y ocupémonos del Aemir i *Sillan* que protege descaradamente a los *Massaban*. Según ha dicho, en su poder está requerir el auxilio de la fuerza armada para privaros del dominio de este territorio, pero no llegará a ese

extremo si vosotros le permitís que goce aquí de cierta influencia y pueda moverse con libertad dentro de este territorio. ¿Qué motivos tiene para esto? ¿Estarán relacionados con la parte inexplorada de las ruinas? Proseguiremos estas investigaciones tan pronto como tengamos tiempo para ello. Desde luego, tiene una poderosa razón, a la que ya ha aludido, para querer molestaros. El Príncipe aborrece la cultura que lo priva de su poder y le interesa destruirla y cuidar de que no renazca. Éste es el mismo espíritu que, piso por piso, ha ido desviando vuestra pétrea pirámide de su primitivo objeto y, por último, la ha poblado con seres culpables y criminales. Y, justamente cuando parecía estar a punto de realizar sus deseos y dar comienzo a su nefasta obra, se presenta el *Ustad* y, con la ayuda de sus dschamikum, pone en fuga a toda esta gentuza...

—Pero ¿adónde vas a parar? —preguntó el *Ustad*.

—Espera un poco —respondí—. Para el curso actual de mis pensamientos, basta la observación de que el Aemir de las *Sombras* no sólo considera vuestro territorio como la base de sus operaciones, sino que sigue considerándolo así. Hasta es posible que vuestras ruinas tengan más importancia para él que las de Birs Nimrud. Según parece, se acerca el momento de poner por obra sus planes, de lo contrario no hubiera venido él en persona para hacer públicamente las proposiciones que todos hemos oído ya.

—Quizá concedas a esas circunstancias más valor de lo que realmente tienen —observó el *Ustad*.

—No lo creo; reflexiona con calma. Ya Mirza ha dicho hoy cosas que no se expresan con tanta claridad a menos de que esté próxima a entablarse la partida decisiva. Por ejemplo, ¿a qué ese intempestivo afán de tomar parte en las carreras? ¿Qué objeto puede perseguir con esto? ¿El ganarnos unos cuantos caballos o camellos? ¿Tiene esto viso alguno de verosimilitud? ¿No será más bien un pretexto para poder permanecer aquí por algún tiempo sin llamar la atención? Estaremos prevenidos y espero que lograremos conocer sus propósitos. Te inclinas a creer que exagero, *Ustad*; reflexiona de qué clase de hombre se trata. Hay una inmensa distancia entre los ocultos designios que pueda abrigar un soldado raso y los planes de un poderoso general.

»Cuando un príncipe de la importancia de Ahriman Mirza viene hasta aquí y, a espaldas del *Sha*, se envanece de su poder, amenaza con destruirlos y os hace descabelladas proposiciones que ningún hombre de juicio sano puede escuchar en serio, no indica la vulgar insubordinación de un soldado contra su cabo, sino un premeditado e importantísimo plan, cuyas consecuencias puede que no sólo alcancen a ti y a los dschamikum.

—¿Quieres asustarme, *Effendi*? —preguntó el *Ustad* muy preocupado.

—No, pero si convencerte de que debemos obrar con cautela. El que Ahriman se haya dejado llevar por su charlatanería, no es motivo para asustarse, basta con ser prudente y no darle a entender que hemos descubierto sus intenciones y por eso no

podemos intervenir en el atentado contra Dschafar Mirza hasta que llegue el momento oportuno, así es que cerremos la carta del Verdugo, pues es preciso que llegue a manos de éste.

—Pero ¿cómo?

—De algún modo que lo deje en duda acerca del mensajero.

—Eso me será fácil en cuanto llegue a Ispahan, allí tiene él su residencia.

—Bueno, hazlo así; pero antes copiaré la carta y el alfabeto. Pueden sernos útiles en alguna ocasión.

Terminadas ambas copias en mi libro de memorias, me dijo el *Ustad*:

—Es probable que encuentre a Dschafar Mirza en Ispahan; ¿no he de decirle nada?

—No, es preferible que esté libre de preocupaciones para que no sospeche de Ahriman. Éste, con uno u otro pretexto, no dejará de hacer que venga aquí la presunta víctima, a fin de que el asesinato recaiga sobre nosotros, pues seguramente el Mirza tratará de eludir la responsabilidad. Límitate a decir a Dschafar que estoy yo aquí, al oírlo no dejará de venir y, entonces, probablemente, estaremos mejor enterados y podremos comunicarle algo positivo, mientras que ahora sólo podría oír suposiciones.

—Al decir tú que intentarán hacerlo venir durante las próximas carreras, me has hecho recordar que mi amigo posee el mejor caballo de toda Persia.

—Mucho decir es eso —observé.

—Pues es cierto.

—En todo caso no lo habrá amaestrado él mismo.

—No, es un regalo del *Sha*.

—Se habrá viciado en las cuadras de Dschafar: éste no es buen jinete ni lo será nunca. Tuve ocasión de observarlo cuando lo conocí.

—Eres un experto conocedor, pero en esta ocasión te equivocas. Ese caballo ha no ha sido viciado por Dschafar ni por nadie, por la sencilla razón de que no ha sido montado todavía.

—¿Por qué?

—El motivo es poderoso aunque algo inverosímil. Ese soberbio animal, ese admirable ejemplar de pura sangre, se niega en redondo a que nadie se siente sobre sus lomos.

—¡Es imposible! —exclamé en tono de incredulidad—. En Persia no faltan buenos jinetes.

—Verdad es que no faltan, pero los más expertos, los más atrevidos y los más pacientes han sufrido igual fracaso.

—¿No los deja subir o los arroja al suelo?

—Ninguna de las dos cosas. Deja subir a todo el que quiere y no arroja a nadie, permanece manso como un cordero, pero no da un paso, ni uno solo. No hay látigo ni caricias que le hagan cambiar de sitio.

—Pero, si se le lleva de la brida, mientras alguien está montando...

—Da tantos pasos como le lleven, ni uno más. Muchas veces me he preguntado si esa terquedad sería obra de la Naturaleza o efecto de un adiestramiento especial.

—No hay doma que pueda obligar a lo que prohíbe la Naturaleza. Lo que llamamos adiestramiento sólo puede constreñir un poco los límites impuestos por la voluntad y las facultades, nada más que eso. Si el animal, por cariño a su amo, hace algo que repugna a su llamada naturaleza o, poco a poco, se aficiona a procedimientos que no son de su primitivo instinto, esto ya no se puede llamar adiestramiento. Hay mucha diferencia entre éste, que se impone con el látigo, y lo que el animal aprende primero y ejecuta después por su propia voluntad. El caballo de Dschafar no tiene nadie a su lado que, a las buenas o las malas, lo obligue a hacer lo que no le guste. Ese animal piensa y tiene voluntad. Ha tomado una resolución y la sostiene con una firmeza y energía de la que podrían tomar ejemplo muchos seres humanos. No bastan caricias, amenazas o malos tratos para hacerle desviar ni un ápice de la línea de conducta que se ha trazado. Esto prueba la noble raza a que pertenece el caballo. Un rocín vulgar hubiera cedido por miedo tan sólo con ver el látigo. Ese hermoso animal, regalado por el soberano, desdeña las costumbres establecidas y la obediencia obligada y ciega. Estoy seguro de que fue una mano muy experta y cariñosa quien, impuso a ese Syrr tan extraña disciplina y sólo a ella le será dado el hacerse obedecer.

—¿Has dicho Syrr? ¡Qué case más singular!

—¿Por qué? —pregunte yo.

—Porque es el nombre del caballo. ¿Hablas ya oído hablar de él o sólo por casualidad has empleado la palabra?

—¿Casualidad? Tú sabes que para mí, no existe esa palabra, por lo demás nunca he oído nada de ese animal.

—Pero no intentarás afirmar que has pronunciado ese nombre a consecuencia de un presentimiento o corazonada. Sería ridículo. Perdona la crudeza de la palabra.

—No lo intento ni tampoco afirmo nada; sólo digo que para mí no existe la casualidad, esa amiga de los seres superficiales. También se acostumbra a darle el nombre de «destino ciego», que no es ciego ni destino. Quien tiene calma y los ojos bien abiertos no tarda en descubrir los hilos secretos.

—¿Hilos secretos entre tu persona y ese Syrr? *Effendi!* —exclamó sonriendo el *Ustad*—. ¿Qué maravillas nos estás contando?

—¿Quieres saber quién ha unido esos hilos? Tú mismo —contesté con acento jovial—. Y espero demostrártelo más tarde. ¿No sabes si Dschafar ha mencionado alguna vez esta particularidad al *Sha*?

—Sí, por cierto. En una ocasión le preguntó el soberano qué tal seguía el caballo y mi amigo le expuso, respetuosamente, los infructuosos ensayos que se habían hecho para montar sobre él. Sonrió el *Sha* muy satisfecho al parecer y dijo: «Cuando se presente el que debe ser, el animal obedecerá inmediatamente, pero sólo a él. Es mi Syrr y nadie debe penetrarlo». Dschafar no entendió estas palabras y para nosotros

tampoco son claras. ¿Qué dices tú. *Effendi*?

—Nada. *Syrr* quiere decir secreto o, mejor dicho, misterio. Respetémoslo, puesto que tal es la voluntad del soberano.

—Con esto demos por terminada la conferencia. Te ruego me permitas acompañarte a tu aposento.

Y, volviéndose hacia el *Padar*, le dijo:

—Dispón unos cuantos hombres que puedan marchar a Bagdad tan pronto como esté escrita la carta para el oficial y que acompañen a éste y a su criado hasta aquí. Sin leer la carta no se determinaría a ponerse en camino. Teniendo en cuenta la obesidad de Kepek, manda que lleven un camello con litera, pues cualquier otro medio de transporte supondría un tormento para él.

El jeque se separó de nosotros bajando al piso inferior, y el *Ustad* cogió una de las dos velas para subir conmigo.

CAPÍTULO 14

LAS SOMBRAS DEL PASADO

Cuando una vez fuera de la estancia, pasamos por delante de la puerta del cuarto de los trastos, mi compañero la abrió, con gran sorpresa mía, y entró en el aposento, diciéndome:

—Ven, *Effendi*; entra también.

—¿Para qué?

—Me has regalado estos objetos, pero bien sabes que todo lo que es mío te pertenece. Sin derecho quizá para hacerlo, no pude resistir al impulso de someterte a una prueba. La has aguantado con firmeza, mucho mejor de lo que yo podía suponer. Al cederme todo esto te has apartado de algo. ¿Qué es? Reflexiona y lo sabrás, y, mientras vuelva a ponerlo todo a tu disposición, voy a hacer algo que te causará inmensa alegría. ¿El qué? Reflexiona también acerca de eso. ¿Llegas a mí desde un mundo en el que no hay caminos? ¿Quieres extender tu vuelo desde aquí para llegar al fin que te proponías? Ya sé que, para ti, el miedo es una sensación desconocida, pero no levantes aún los pies del suelo, todavía no estamos tan adelantados y no puedes prescindir de las armas. No olvides mis observaciones; después de haberte probado, tengo el derecho y el deber de hablarte en el tono en que lo hago.

Y, levantando la mano, me amenazó cariñosamente con un dedo. En aquel instante sentí una repentina e intensa felicidad, pero no una sensación confusa e incomprensible, sino muy clara y precisa. Cogí a mi interlocutor por la mano que aún tenía levantada y, arrastrándolo con suavidad hacia la puerta, le dije:

—Salgamos de esta cámara y vamos pronto a mi estancia. Tengo algo que decirte.

—¿Qué es ello? —me preguntó.

—Una confesión. Ven. ¡Me causa tanta alegría!

—¿Una confesión? ¿Y dices que te causa alegría?

—Sí, se trata de una victoria, de una victoria íntima que has conseguido sobre ti y sobre mí, es decir, sobre ambos.

Me siguió con tanta ligereza como yo le precedía. Llegados qua fuimos a mis habitaciones, empecé por coger la luz que él llevaba, encendiendo con ella la lámpara que apagamos poco antes de la llegada de los persas. Rogué a mi interlocutor que se colocara erguido delante de mí y, mirándolo de frente, dije:

—Me ha pasado contigo lo que a muchos humanos les sucede con su valor; no saben que lo tienen hasta que se lo demuestran sus enemigos. Jamás había oído hablar de ti hasta que los *Massaban* encontraron unas huellas y allí oí pronunciar por primera vez el nombre de *Ustad*. Hablaban de ti llamándote el misterioso y añadiendo que nada malo se podía decir de ti. Me pareció que no sólo te respetaban sino que te

temían, sin perjuicio de sentir marcada hostilidad hacia ti, pero es natural que siendo ellos desgraciados y culpables, te odiaran. Entonces me encontré al *Padar*, a quien, al principio, no inspiré confianza; quiso huir de mí, pero lo alcancé por ser mi caballo más ligero que el suyo. Fue una carrera fantástica, algo parecido a lo de la leyenda de Dangseh, en la que el nivel corcel Alma vence al veloz potro Pensamiento. Cuando entablé conversación con el capturado, oí tu nombre por segunda vez y, en mi fantasía empezó a dibujarse tu imagen. Por entonces me venció la enfermedad que aquí me trajo sin conocimiento y que me tuvo, por espacio de muchos días, en estado de completa inconsciencia. Cuando empecé a recobrar los sentidos, se posó una mano sobre mi frente y sentí como si ésta me comunicara una saludable fuerza, pura e inmaterial, que se extendía por todo mi ser, al mismo tiempo que una voz grave y sonora decía: «Dios te proteja desde la entrada a la salida de este mundo. Amén».

—Era yo —dijo el *Ustad*.

—Sí, tú eras. Entonces tuve un sueño o visión. Me hallaba en Haine Mamre, junto a la encina de Abraham, y se me apareció la gigantesca figura del gran Patriarca que, fijando en mí sus brillantes ojos, me saludó diciendo: «La paz sea contigo». Y, cuando ya me disponía a contestar, me di cuenta de que estabas junto a mí y, extendiendo las manos como para bendecir, repetiste las mismas palabras. La consecuencia de éstas fue que en mis calenturientos sueños, y más tarde en la convalecencia, te agrandaste en mi concepto, llegando a ser la imagen del insigne caldeo a quien el propio Dios dijo: «Serás padre de un pueblo numeroso».

»Al avanzar en mi restablecimiento lo bastante para poder respirar al aire libre, viniste a hacerme compañía y tus palabras estaban impregnadas en el espíritu del Antiguo Testamento, que tiene su explicación en el Nuevo. Y llegó el día de hoy, el de la fiesta de la gratitud, y lo que vi en vuestra Casa de Dios, si fuera posible, aún te hizo crecer en mi concepto. Allí no sólo llegaste a la altura de Ahriman, sino que lo sobrepujaste en mucho. Confieso que te miraba con asombro y en mi corazón sentí el anhelo de llegar a ser tan grande y tan puro como tú. Ésta fue la causa de que, casi inconscientemente hiciese la confesión que me aliviaba del peso de mis culpas, porque, en lo más profundo de mi ser, tenía el deseo de hacerme digno de ti.

—¡Amigo mío! ¡Mi querido y buen amigo! —exclamó él muy conmovido.

—¡Espera y sigue escuchando! —le rogué—. Llegó la noche y las sombras envolvieron la tierra. Hablaste del pasado y ése, por desgracia, amenguó en mi concepto tu actual importancia. La luz que te iluminaba desapareció y tu figura quedó casi oscura. Dejaste que creciera tu sombra y ésta llegó a tomar gigantescas proporciones, pero tú fuiste disminuyendo cada vez más a mis ojos. Traté de rechazar esta sensación, pero inútilmente. Quería que siguieras siendo el superhombre, y tú manifestabas los conceptos más a propósito para empequeñecerte. Y ya no eras más para mí el Abraham de bronce inaccesible a las sombras e impasible ante los espectros. Repentinamente te habías transformado en una miedosa liebre que, espantada al ver que la sombra de un árbol se refleja sobre su guarida, huye

temblando a esconder su terror en la espesura.

—*Maschallah!* ¿Es ésa la impresión que te he causado? ¿Sólo ésa?

—Sí.

—Pero ¿cómo es posible?

—¿Posible? Di más bien que era inevitable. Hace un momento convenías en que no conozco el miedo; en efecto, lo desprecio y ni aun acierto a comprenderlo. De pronto veo la excelsa imagen que yo tomé por genuina representación del Genio y cuya planta debía asentarse firmemente sobre las graníticas cumbres del saber humano, bajar de un solo salto desde su altura y emprender una insensata fuga. ¿De quién huía? De sus propias sombras. ¿Comprendes lo que yo he sentido? ¿No adivinas mi derrumbamiento moral? ¡Qué desconsoladora ha sido para mí la excursión a través de tu imaginario paraíso!

»Y no lo dijo por los imbéciles que en él se consumían, sino por la verdadera simpleza que inspiró tu conducta y te hizo tomar en cuenta hasta el árbol de la charlatanería. ¿Qué fue de aquel genio de la infalibilidad cuando, ciego de terror, emprendió vergonzosa fuga, azuzado por los fantasmas que aun hoy siguen persiguiéndolo?

El *Ustad* dejó caer la cabeza y, por espacio de unos instantes, permaneció en silencio. Después la echó hacia atrás, con enérgico ademán, diciendo:

—La lección ha sido dura, muy dura, *Effendi*, pero te la agradezco. Siento que la luz se hace en mi interior. ¿No ves las sombras que de mí se alejan y que, agolpándose hacia la puerta, emprenden la fuga? ¿No? Yo tampoco, pero tengo la sensación de que es así y de que las sombras empujadas por ti se ven obligadas a abandonarme. Tus labios sólo han dicho la pura verdad. Pero responde a esta pregunta: ¿te parece que tengo en mí la fuerza bastante para volver a ser para ti lo que he sido?

—Sí, ya casi lo eres. Al subir aquí te hable de una confesión que me causaba mucha alegría; la primera ya la he hecho y la segunda vas a compartirla ahora conmigo.

—¿Alegría? ¿Por qué?

—Por tu causa. ¿Recuerdas las severas palabras que hace poco pronunciaste abajo? Aquél era el hombre de bronce y no el fugitivo de los fantasmas. De repente volviste a crecer y otra vez tus pies se posaron sobre el granito. Yo te lo ruego, vuelve a ocupar tu primitivo y excelso puesto. Te doy mi palabra de honor, no hay una sombra, por gigantesca que sea, que valga la pena de que por ella volvamos una sola vez la cabeza para mirar hacia atrás.

—¿Mirar hacia atrás? —repitió—. ¡Mirar hacia atrás! ¡Al pasado! Pues justamente a ti, que jamás te has tomado el trabajo de volver la cabeza, a ti quiero enseñarte todas mis sombras. Ven conmigo. Te diré dónde están escondidas. Veo por tu semblante que comprendes lo que quiero decir y que eso te alegra. Tus ojos brillan. Hablaste de un triunfo que yo había conseguido sobre ambos, pero el que tú acabas

de alcanzar es infinitamente mayor. De nuevo te digo, ven conmigo, Cogiendo la lámpara, me condujo a su biblioteca y, dejando la luz sobre la mesa, dijo:

—Aquí me gustaría hablar contigo por espacio de horas enteras. Si por mí fuera, tal vez nos sorprendería la mañana hablando todavía. Pero seré breve, todo lo breve que merecen las sombras.

Y, señalando a una serie de libros uniformemente encuadernados, prosiguió:

—Aquí está mi pensamiento, dividido y numerado según es costumbre entre los hombres. Ojea su contenido y dime si, a tu juicio, también está encerrada un alma entre sus páginas.

Extendí la mano para coger un tomo, pero él me detuvo diciendo:

—¡Ahora, no! Tendrás tiempo sobrado cuando yo esté de viaje y nadie vendrá a estorbarte. Aún tengo que enseñarte algo más. Ante todo querría decirte el móvil que me impulsó a escribir esta obra, pero no lo hago, porque, en el transcurso de una hora, he cambiado de opinión. Ya los leerás y, tratándose de ti, esto equivale a decir que los comprenderás y me entenderás. Son esbozos, preliminares, estudios al vuelo para prepararme y preparar al lector. Qué objeto tiene esa preparación es cosa que me callo y, dejo que la digan los hechos. ¿Crees tú que puede, haber seres tan ignorantes que tomen por cuadros terminados los incompletos bocetos de un pintor? ¿No lo crees? ¿Te parece imposible? Pues éstos fueron los que me proclamaron artista de primer orden, porque, entre todos los críticos, no hubo uno solo que calificara mis trabajos de ligeras y movedizas golondrinas que sirven para anunciar a mi amiga la primavera, como dice el poeta.

—¡Artista de primer orden! —dije sonriendo—. ¿A qué viene esa ironía, que conceptúo superflua? Los píos de tus golondrinas no han sido comprendidos, porque aún estaba la Humanidad entumecida por los hielos del invierno y quizá porque las notas de su canto no se ajustaban a las que están escritas en cinco líneas paralelas. ¿Eso te molestó?

Me miró fijamente, primero asombrado y después pensativo. Acabó por sonreír, diciendo:

—¡Ah! ¡Si me fuera dado poseer ese tesoro de apacible calma que brilla en tus ojos! —Y, señalando las paredes, prosiguió—: ¡Mira las cartas! ¡Cajones llenos! Todo eso me escribieron y sólo para hablar de amor. Estas otras cajas están repletas de periódicos y sus hojas destilan el odio que pretendía destruirme. Tuve que retroceder ante ese odio, cuya intensidad me daba vértigos, pero no lo sufrí en silencio y supe adivinar su causa; así, pues, me defendí cuanto pude.

—¿Y cuál fue el resultado? —preguntó.

—Me obligaron a ceder terreno. Mi última palabra a los que me derrotaron fue la siguiente:

Se encaminó a uno de los cajones, cogió el periódico que estaba encima y, después de desdoblarlo, leyó la siguiente poesía:

*«Yo soy un hombre, no queréis creerlo.
Porque ya os juzgáis sobrehumanos.
Si me arrastran al tribunal de estos dioses,
llevaré en silencio la derrota.
Subiré con firmeza a la hoguera
que me han preparado vuestras manos.
Dejándome bautizar por el espíritu del fuego,
al que ya habéis proporcionado tantas víctimas.
Pero si no me seguís adonde yo voy,
nada tendré que ver con vuestro endiosamiento.
Pues mientras yo me consumo en el fuego,
miro con orgullo el laurel de mi fama.
Pues mi metal sólo puede purificarse en el fuego.
Sin resistencia me dejo acariciar por las llamas,
pero debo decir a mis verdugos:
¡No quisiera estar en vuestro puesto!».*

Después de dejar el periódico en su sitio, me preguntó:

—¿Sabes en quién he pensado involuntariamente al leer las últimas líneas? En Ghulam el *Multasim*, el Verdugo del Mirra. Tan desnudos como él me parecen ahora los míos ante los ojos de mi espíritu. También estaban untados con la mágica pomada que nos hace tomar por serpientes a las anguilas. Podrás enterarte de todo, las pruebas están aquí y no te faltará tiempo.

—¿Yo? ¿Que he de leer, dices? ¿Qué es lo que tengo que leer?

—Los artículos que publicaron los periódicos sobre mí.

No pude contener una carcajada tan ruidosa y prolongada que el *Ustad*, visiblemente turbado preguntó:

—¿A qué obedece esa repentina hilaridad?

—¿A qué? ¿Y tú me lo preguntas? Al figurarme el cuadro que acabas de trazarme involuntariamente, he pensado en varias hojas satíricas que ridiculizan los defectos morales, y si en una de ellas tuviera yo que representar la escena, me limitaría a trazar una humanitaria caricatura de ese lodazal lleno de menudos anfibios con las bocazas muy abiertas; un hombre se aleja del pestífero pantano y, debajo, pondría la inscripción; «Debemos vadear el fango de la vida y, si nos salpican sus turbias aguas, clamarán contra nuestras fechorías las ranas que se posan sobre el cieno». Y ahora

dime en conciencia, amigo: ¿pretendes en serio que yo vuelva a escuchar ese desagradable canto que tanto conozco? Cuando, tiempo atrás, me alejé del lodazal, volví la cabeza para reírme a carcajadas de los inmundos animales que croaban con todas sus fuerzas para demostrarme quiénes eran y dónde estaban. Y este conocido espectáculo era el que bailaba ante mis ojos mientras tú me aconsejabas que leyera esas diatribas. ¿Me comprendes ahora?

—Sí, más de lo que supones.

—Veamos si estás en lo cierto, voy a pedirte un favor.

—Pide lo que quieras.

—Regálame esos periódicos.

—¿Qué quieres hacer con ellos?

—Quemarlos. No acostumbro guardar semejantes cosas ni mucho menos leerlas; tan pronto como caen en mi mano, las arrojo al fuego; así ni hay sombra que, pueda conmigo y estoy dispuesto a librarte de las tuyas. ¿Quieres satisfacer mi deseo?

El *Ustad* fue dando con el pie a los cajones, al mismo tiempo que decía:

—Aquí están las Furias de que te he hablado; aquí están impresas sus mentiras y calumnias. Aquí los falsos amigos llenos de hipócrita compasión que ponían a Dios por testigo de su inocencia, pues nada habían inventado, limitándose a repetir lo que otros imprimieron, y aquí los que se proclamaban incondicionales admiradores y cuya desacertada defensa fue más perjudicial que las acusaciones. Te los regalo todos, dispón de ellos y quémalos. Tienes razón, hora es ya de hacer aquí una limpieza.

—Te advierto que los quemaré de veras —le dije—. No confíes en que te los devuelva.

—Ya lo sé, pero yo también hablo en serio. Por fin, por fin, podré verme libre.

—Te lo agradezco. ¿Deseas ser, pues, un espíritu libre? ¿Conoces el verdadero alcance de tus palabras? El espíritu jamás carece de libertad. Lo que puede dejarse aprisionar es la inteligencia, pero no el espíritu. Tú no te contentas con ser un pensador que acata las reglas establecidas por los hombres, sino que pretendes ser un espíritu, es decir, un genio para el que sólo existen esas reglas mientras coinciden con su voluntad. Tú quieres ser un espíritu independiente que, según has dicho antes, pertenece ya a la tercera vida. Ésta es una tremenda resolución que sólo podrás llevar a cabo si el cuerpo que hasta ahora fue tu amo lo transformas en obediente servidor, elevando al rango de íntima amiga al alma, que por tantos años tuviste esclavizada. Porque, fíjate bien en eso, sin ella el espíritu no podrá elevarse. Así, pues, supongamos que eres un genio y... búscate el alma.

CAPÍTULO 15

EL FINAL DE UN LIBRO

El *Ustad* permanecía silencioso. Ambos estábamos frente a frente, yo clavando en su rostro una mirada de ansiedad para leer en sus facciones si me había comprendido, y él mirando, fijamente sus libros, como si éstos le hubieran de dictar la respuesta que yo esperaba.

—¡Mi alma! —dijo al fin—. Ya te he rogado que leas mis obras a ver si allí la encuentras. En ellas hay alma, de eso estoy seguro.

—¿Nada más que eso? Pues es lo mismo que nada, mejor dicho, es lo mismo que tener espíritu. No basta que tengas genio y que tengas alma, es preciso que seas genio y alma a la vez, una completa personalidad en el terreno de los genios y una completa personalidad también en el reino de las almas, ambas tan íntimamente unidas como la luz y el calor que encierra la llama. ¡El cuerpo es la mecha!

—¡La mecha! —repitió pensativo—. Luz y calor como en la llama. Y el cuerpo humano, verdaderamente, no es más que la mecha. ¿Y el aceite, *Effendi*? Quizá también podrás hablarme de él. ¡Tantas cosas me has explicado ya! Muchas hay entre ellas que aún no he podido penetrar del todo, tal vez por lo sencillas que parecen. ¿Por qué? ¿Quién ha imbuido en el pensamiento humano que sólo es digno de su laboriosidad y esfuerzo aquello que se presenta revestido con la confusa terminología de la pseudoerudición? Aún queda en mí un resto de ese orgullo que pretende expresarse en un idioma propio, pero también tengo aquí el sagrado Libro de los libros en el que se describen los hechos del gran espíritu que creó Cielos y Tierra con un lenguaje tan sencillo que puede entenderlo un niño. ¿Se ha presentado ante mí repentinamente esa infantil sencillez, esa diáfana claridad encarnadas en tu persona? Te veo ante mí y me parece que eres la mejor parte de mí mismo, la que no se deja extraviar por los artificios de la dialéctica, porque habla, el puro y sencillo idioma de la verdad que desdeña las ambigüedades. Cuando te oigo hablar así, me parece oírme a mí mismo, a otro yo más joven, más profundo, en apariencia más duro y, en realidad, más tierno, pero con una voluntad que ni aun el otro tú, es decir, yo, es capaz de quebrantar. Tengo la sensación de que tú te conservarás siempre joven y de nosotros dos sólo yo envejeceré. Me atrevería a jurar que puedo ver a través de ti como si fueras de cristal y, sin embargo, aún me falta mucho para conocerte a fondo. Te considero como un misterio y tal vez continúes siéndolo siempre para mí. ¿Puedes aclararme estas contradicciones?

—Podré aclararlas —conteste— cuando tú te conozcas a ti mismo, antes no. Acabas de elogiarme, pero esas alabanzas constituyen un reproche que nos alcanza a los dos.

—También son misteriosas tus palabras.

Cogiéndole ambas manos, le dije:

—Mírame frente a frente.

Obedeció mi indicación.

—¿Quién soy yo? —le pregunté.

—Mi amigo —contestó.

—No, porque soy más, mucho más. Lo preguntaré de otro modo: ¿qué soy yo?
¿Que soy yo para ti?

Reflexionó, pero infructuosamente, diciendo al fin:

—No lo sé. Muchas palabras acuden a mis labios, pero ninguna es la verdadera, ninguna dice bastante.

—Y, sin embargo, hay una. Una palabra muy corta, pero que es la verdadera y expresa totalmente esta idea.

—¿Cuál?

—No seré yo quien la diga, debes encontrarla por ti mismo. Si te la dijera yo ahora, tampoco la comprenderías, pero, encontrándola tú, me demostrarás que la has entendido.

—¿Crees que la encontraré?

—Estoy seguro. Yo te guiaré hasta ella.

—¿Cuándo?

—Pronto. Quizá hoy mismo, ahora, antes de que nos separemos. Te he hablado de la luz y el calor en la llama, haciendo la comparación de la mecha y tú me preguntaste por el aceite. Hablábamos del espíritu y del alma. Si tú eres el espíritu, según yo creo, no te será difícil encontrar la palabra a que antes hice alusión.

Ahora había precisado mi idea más que antes, pero no me pareció que ésta penetraba en su pensamiento, pues cogiendo uno de los libros del estante en que estaban sus obras, me lo alargó diciendo:

—Si mi genio y mi alma se han confundido alguna vez, ha sido entre estas hojas. De ellas se desprenden llamas, verdaderas llamas; juzga por ti mismo.

Abrí el libro. No estaba impreso, sino escrito a mano. Por título llevaba: «Mi calle de la amargura». Confieso que sufrí un grandísimo desengaño.

—¿Es tu biografía? —pregunté.

—Sí —me contestó.

—¿Quizá también tu defensa?

—Naturalmente. Ésa me la debía a mí mismo.

—¡Pobre de ti, *Ustad*, si te debes aún algo más!

—¡Qué severamente has dicho eso y qué gravedad hay en tu mirada! Me explicaré de otro modo, *Effendi*; eso se lo debía a mis enemigos y al mundo que me rechazaba.

Alzando la mano, exclamé:

—Si realmente eres un genio, un verdadero genio, comprenderás estas palabras y

te será posible asimilar la verdad que las anima y que debe y tiene que dar impulso a tu resurrección. Yo te digo en este instante: ¡Lázaro, levántate y anda!

Sus pupilas se dilataron más y más: llevó ambas manos a la frente, como si quisiera retener una idea en su pensamiento, y exclamó:

—¿Qué me sucede? ¿Qué es esto? No veo ni oigo nada y, sin embargo, veo, oigo y experimento una inefable sensación que me causa indecible felicidad. Siento que vuelvo a ser libre. ¿Es esto debido al espíritu o al alma?

Yo le contesté:

*—Dame tu corazón y lo llevaré al Cielo,
Te lo devolveré bendito por la mano de Dios.
Entonces latirá a impulso del Cielo
Para tu felicidad y la mía.*

»¡Ustad, guarda estas palabras en la memoria y cuida que no se borren de ella!

Cerró los ojos como si no quisiera que las imágenes exteriores estorbaran el curso de sus pensamientos y a pasos muy lentos, se acercó a la ventana, inclinándose hacia afuera. Yo conservaba el libro en la mano y hojeaba sus páginas sin que pueda decirse que las leía; me fijaba tan sólo en las frases que estaban subrayadas, bastándome estas últimas para juzgar el resto. En efecto, eran llamas, en aquellas páginas ardía una cólera tan devoradora como el fuego. La obra terminaba con la siguiente poesía:

*Vine hacia ti en el día del Hosanna
Y te vi pasar entre las palmas triunfales.
Todos los que te precedían
Detuvieron el paso para servirte de escolta.
Y en sus frías piedras apoyé mi ardiente frente.
Yo me volví hacia el Muro del Dolor,
Tu triunfo causaba mi amargura,
Pues junto a ti descubría yo al Judas.*

*Llegué a ti en el día del Eli, lamma,
Y vi inclinarse tu cabeza abatida por el dolor.
Pero cuando tus labios pronunciaron el Asabtem,*

*A mi mente acudió ya la idea de la Pascua.
Habías subido a esa escarpada montaña
Que debía ser el pedestal de tu transfiguración.
Y debías triunfar de la muerte y del sepulcro
Con tu fuerza de genio sobrehumano.*

*Llegué el día de la Resurrección
Y te dije: «Las piedras han desaparecido».
Tus discípulos vinieron a mirar en el sepulcro,
Y no han encontrado tu cadáver.
¿Habrá permanecido el genio en esa tumba?
Levántate, levántate, queda mucho por escribir,
Pero desde ahora sólo puede hacerlo la mano del genio.*

La leí otra vez y otras varias. ¡Singular poesía! No me refiero a su valor literario, no a la forma, sino al espíritu que se revelaba ante mí. Lo veía distintamente, con todas sus buenas y malas cualidades, con los que podía elogiar y las que eran acreedoras de reprobación.

El hombre que había escrito aquellas líneas forzosamente tenía que haber visitado Jerusalén. Lo veía yo entrando por la puerta de Jaffa y dirigiéndose por el camino escalonado que conduce a la Santa Reliquia, pero no quería llegar hasta ella, sino que torció a la izquierda, tomando por el angosto bazar que conduce a la puerta de Damasco. Una vez allí, subió por la calle de la Amargura hasta el mismo Gólgota, cuya división no pasa de ser producto de la fantasía, pues ya no se conocen los lugares.

En un profundo recodo está el Muro del Dolor. Allí se oyeron los desconsoladores acentos que imploraban la piedad del Salvador. En la actualidad, la plebe se destroza los dedos arrancando piedrecillas del muro para proporcionarse una mezquina reliquia.

Lo mismo que en la santa Jerusalén sucede en todas partes, el alma humana se reduce a mendigar cuando le falta el espíritu que pueda dirigirla hacia arriba, pero él, el espíritu superior, torció hacia el bazar de la vida, terrestre con todas sus materiales preocupaciones, buscando el alma que debía perder por haber dado cabida en su corazón a vanas pompas y vanidades.

Y, al no encontrarla, deja atrás las viejas murallas de Salems, pasa por ese desierto

valle al que la ciudad envía todos los restos de los animales muertos y sube al monte de los Olivos, donde, en el camino que conduce a Jericó, el pueblo había de degollar el cordero, y, una vez llegado al punto más alto de la montaña, desde la que domina la vieja ciudad, siente que un profundo desengaño se apodera de su ánimo.

Con severo ademán extiende las vacías manos hacia Salems y, con desalentado acento, exclama: «Vine hacia ti y ¿qué es lo que he hallado?». Y ahora estaba en la ventana, volviéndome la espalda. No se daba cuenta de mi presencia, porque estaba reconcentrado en sí mismo.

La última página de su «Calle de la Amargura» estaba sin escribir. Sobre la mesa había tinta y pluma. ¿Qué desconocida voz sonaba en mi interior? ¿Quién me mandaba que escribiese lo que dictaba? Así lo hice. Conservé, su mismo estilo, el mismo método e igual número de sílabas. Tres estrofas que empezaban con la misma frase «Vine hacia ti». Él no se enteró de que yo escribía. Terminada la poesía, cerré el libro y me alejé de la mesa.

Apenas lo hube hecho, el *Ustad* se apartó de la ventana, acercándose al mismo sitio donde yo había escrito, y allí permaneció de pie. Con tono profundo, me preguntó:

—¿Dónde, lo he leído? ¿O acaso no ha sido así? ¿Me lo ha contado alguien? ¿Lo he visto en sueños? No lo sé, pero lo siento dentro de mí. Me explicaré para que me entiendas.

Levantó la vista fijándola en mi rostro, una ráfaga de luz pasó sobre el suyo y exclamó:

—Tenía tus ojos, tus mismos ojos. Esos que ahora están en la sombra, pero que despiden tanta luz.

Me miró con fijeza durante unos momentos y prosiguió después:

—Fue en un día en que el Cielo estaba abierto y dijo el Señor: «Id y salvadlos». El mandato fue obedecido por miles y miles de espíritus celestes. El que me fue destinado se llamaba Dschanneh, el divino rayo de sol.

¡Qué palabra! ¡Dschanneh! Su espíritu empezaba a pensar con pureza y claridad. Oí y comprendí que había encontrado el buen camino. Siguió diciendo:

—Me buscó. ¡Qué difícil le fue encontrarme! Estaba en el más escondido rincón de la tierra, oculto bajo el destrozado manto de mi pálido antepasado: la privación. Tenía hambre y tiritaba de frío bajo los harapos que me cubrían. Una manecita se deslizó bajo el pobre cobertor alzándolo un poco, un brillante rayo de sol llegó hasta mí y allí donde terminan los nervios del oído, resonaron estas palabras cariñosas y alentadoras: «Por fin te he encontrado. Soy un saludo que te envía Dios desde el reino de los Cielos y me quedará siempre contigo, convertido en tu alma, pero tenme bien sujeta. Y ahora sal de este rincón y ven con nosotros a la luz del sol. Si no quieres perderme, dirige tu pensamiento hacia arriba y no hacia abajo. Yo traigo el hálito de Dios, pero debes preservarme del emponzoñoso aliento de la tierra». Arroqué entonces los andrajos que me envolvían y fui a calentarme a la luz del día. Entonces comprendí

por primera vez cuán infinita es la clemencia que el Señor derrama sobre la Humanidad. A manos llenas me aproveché de aquella abundancia, pensando en mi pálido antepasado. Pero también abusaban de ella los glotones que tan poco se cuidan de la miseria, que apenas le toleran los harapos con que se cubre. Manos redondeadas por la grasa y cubiertas de costosas joyas sujetaron los flacos brazos de la pobreza para arrancarle violentamente lo que con tanto trabajo había conseguido. Sobrevino la lucha. En sus breves intervalos veía yo unos ojos dulces y claros que cada vez se iban haciendo menos distintos y una suave voz murmuraba en mis oídos: «Ten cuidado con tu espíritu, no ha sabido ver claro, lo que consideraba andrajos eran alas». Pero el espíritu se alzó ante mí y, con altivez, defendió sus derechos. Lo obedecí y, en el diario combate, que parecía interminable, las quejas y ruegos del alma fueron sonando cada vez desde más lejos hasta que dejé de oírlas por completo. Tampoco volví a ver aquellos ojos, su triste mirada se desvaneció para mí.

Aquí hizo una pausa. Su rostro había tomado la melancólica expresión que seguramente lo habría acompañado en muchas horas de profunda meditación, pero volvió a animarse al proseguir:

—Entonces llegaste tú, enfermo, sin sentido, muy débil y, después, convaleciente. Te vi en estas diversas fases. Desde el primer instante me llamaron la atención tus ojos y, a medida, que progresaba tu restablecimiento, más conocida me era tu mirada. Yo discurría, discurría y, al fin, descubrí quién era. ¡Dschanneh, mi rayo de sol! ¿Puede tener un hombre ojos de alma? Pero no quiero preguntar más, ya lo he hecho antes, cuando no sabía quién eras tú. Mientras he estado mirando por la ventana, mi mente ha empezado a ver más claro, aún no se han disipado todas las sombras, pero se disiparán. *Effendi*, también me hallo hoy escondido en el último rincón de la tierra y tengo frío bajo los pliegues de mi manto. Siento que vuelve a acercarse mi pálida antepasada. ¿No vendrá nadie para ayudarme a salir de entre los andrajos de mi espíritu y devolverme mi rayo de sol, mi Dschanneh que perdí en los combates de la vida por no haber tenido cuidado con ella?

—Sí, alguien vendrá, mejor dicho, ya está aquí.

—¿Quién? —preguntó él.

—Yo, yo mismo. ¿Deseas de veras que te libre de las trabas que te sujetan?

—Sí —contestó con un ademán afirmativo y los ojos brillantes.

—¿Y cómo huiste entonces, arrojarás ahora los harapos y saldrás a la luz del día?

—¡Oh, sí, sí!

Lo separé un poco de la mesa y, asiendo el manuscrito, dije alzándolo:

—¡Aquí está! ¡Éste es! Tu calle de la Amargura, tu biografía, tu defensa, éstas son las viejas trabas que deben ser consumidas por el fuego, lo mismo que esos cajones repletos de libelos. Te ruego que también me lo regales.

—¡Mi manuscrito! ¿Mi manuscrito todo entero? —preguntó asombrado.

—Entero.

—Pero si no lo conoces, si no lo has leído. Lee, por lo menos, otra vez la poesía.

—*Ustad!* So pretexto de la poesía pretendes salvar el manuscrito. Veo que, en efecto, estás de nuevo en poder de tu antepasado. Bajo tus ropas se esconde la pobreza intelectual, la extremada debilidad del pensamiento y la completa impotencia. Y tú te abrigas amorosamente con ellas, porque las juzgas inapreciable tesoro, aun cuando no te atrevas a confesarlo. Dices que esta poesía es desconocida para mí, la conozco mejor que tú. Escucha y ya verás cómo vuelan los pingajos.

Volví la penúltima hoja del libre y empecé a leer, naturalmente en un tono muy distinto del que su autor empleó. El mío era irónico, mojigato y hasta sarcástico al llegar a los cuatro últimos versos. Cuando terminé, dirigí la vista hacia el poeta.

—*Effendi*, ¡me destrezas el corazón! —exclamó.

—No a ti, sino a tu antepasado. ¿Crees que la paternidad de semejante engendro intelectual puede inspirar orgullo a nadie? Yo sé lo que hago y no siento la menor compasión hacia los espíritus cobardes que arrancan a los soldados romanos los restos del manto del Salvador y se envuelven con él, pero sin tener valor ni fuerzas para hacer lo que exigen a los demás. Tú llevabas esos andrajos en tu día del Hosanna, Esto es ridículo; los llevabas en tu día de *Eli lamma*, esto era demasiado. ¿Y pretendes llevarlos también en el día de tu resurrección? ¡Eso sería imposible! La pretendida resurrección se convertiría en sacrilegio, Veo en tu manuscrito varios pasajes subrayados; en ellos hablas del Cielo y de la bienaventuranza. ¿Estás seguro de que tu Cielo podrá complacer a todos? ¿Ignoras la sensación de inefable felicidad que se apoderó de cuantos oyeron a Cristo el Sermón de la montaña? Pero te empeñaste en dar la felicidad a insensatos que, justamente hacen siempre lo contrario de lo que manda el Maestro. ¡Qué imponderablemente grande era aquel espíritu que después de dos mil años, reúne en torno suyo todos los espíritus nobles y elevados que han existido en la Tierra! ¿Dónde se esconde el tuyo? ¿A los pies de Cristo quizá? Allí te busco, pero no te encuentro. ¿Se halla entre las sombras del Salvador? Ten cuidado y apresúrate a salir a plena luz. Y, ahora, escucha lo último que quiero decirte. ¡Qué opinión tan exagerada tienes de la grandeza de tu espíritu! El que huyó lleno de espanto ante unos vanos fantasmas, ¿pretendes que resucite, que dejando el lugar en que se refugió, salga de su panteón y se presente para confundir y aterrorizar a los mismos que tan insensato pavor le causaron? Hablas de escribir con la mano del genio. Ya te diré yo lo que puedes esperar de esa mano. ¡Mira!

Y le alargué el libro, después de haberlo abierto por la última página. Al ver las líneas recién escritas, exclamó:

—¡Una poesía!

—La respuesta a la tuya —le dije por vía de explicación.

—¿Cuándo la has escrito?

—Cuando tú estabas en la ventana. Léela en alta voz.

Yo vine a ti con mi rayo de sol,

Pero tú no quisiste tomarme ni tomarlo.

*Y sentías gran orgullo por los dones de tu espíritu.
Creíste que llegaría a la eternidad
Lo que escribía un hombre para otros hombres.
Y tú mismo has sido un manuscrito
Que sin imprimir ha quedado en un cajón.*

*Yo vine a ti con mi rayo de sol,
Pero tú creíste que brillabas con luz propia.
Cierto es que relucía, pero no alumbraba,
Y la lámpara te resultó muy cara.
Quisiste inflamar al mundo entero
Con tus doctrinas de insensata felicidad,
Pero se te consumió la mecha*

*Y tú mismo quedaste en tinieblas.
Yo vengo a ti con todo el resplandor del sol.
Quiero acercarme a ti por última vez
En la plenitud de mi esplendor.
Si tampoco ahora eres capaz de comprender
Este milagro tan sencillo en el fondo.
Te consumirás como la mecha de la lámpara
Porque tu espíritu carece en absoluto de luz*

Había empezado a leer con el tono declamatorio que él creía adecuado a la poesía y con, cierto acento de reproche. Pero desde las primeras líneas su voz vaciló, las siguientes frases las dijo con menos lentitud, porque el entendimiento se esforzaba en comprenderlas y hasta hizo algunas breves pausas. El rostro del *Ustad* estaba cada vez más grave. Cuando terminó la lectura, Volvió a repetirla en voz baja.

CAPÍTULO 16

ALARMA NOCTURNA

Vivísimo era mi interés por saber cuál sería la resolución del *Ustad*. Éste no me miró ni dijo nada. Se volvió con lentitud, acercándose de nuevo a la ventana. Yo permanecí quieto, silencioso y lleno de ansiedad. También en mi interior reinaba el silencio. Ningún pensamiento ni sensación lo agitaba, sólo el corazón latía. ¿Habría alguien rezando dentro de mí?

Separóse el *Ustad* de la ventana. ¿Es posible que un rostro humano pueda en tan breve espacio de tiempo cambiar tan por completo de expresión? El suyo parecía iluminado, sus ojos resplandecían. Vino a colocarse frente a mí y, con sumo cuidado para no desgarrarla, cortó la última hoja del manuscrito, arrojando después el libro hacia atrás, que fue a caer en el cajón de los periódicos y, con alegre acento, exclamó:

—¡Ahí lo tienes todo, *Effendi*, todo! La calle de la Amargura, la biografía y, sobre todo, la defensa, que es superfinísima en absoluto. Quémalos en cuanto puedas, sin olvidar los libelos de los periódicos. Por fin lo he comprendido:

Cuando la Humanidad me arroje a la puerta

Y sea crucificado por los hombres,

Me veré liberado de mis culpas

Pero ellos tendrán que aguantar las tuyas.

De pronto irguió su elevada estatura, se oscureció su rostro y su frente se contrajo, comunicando a las demás facciones una expresión de inaudita severidad y, con voz profunda, exclamó:

—¿Debí recorrer mi calle de la Amargura o decir a mis enemigos que miraran las vigas que tenían en los ojos y no se ocuparan de las pajas que había en los míos? ¿De qué Dios o de qué soberano habían recibido el derecho de juzgarme? ¿Eran acaso espíritus superiores, colocados a inconmensurable altura sobre mí? ¡No! Si así fuera, no me habrían hecho caso. Eran mechas, como yo y nada más, ni siquiera tenían aceite propio, sino que se alimentaban del mío y esto es, justamente, lo que los caracterizaba. Si no encontraran a nadie en cuyas faltas pudieran empaparse, sus linternas permanecerían eternamente a oscuras. Pero si encuentran alguno en quien saciarse, no lo dejan durante años enteros, hasta que se los tragan como las siete vacas flacas a las siete gordas del suelo del Faraón. Si el genio anduviera escaso en el mundo, así, al menos, hubieran muerto de hambre para eterno bien de todas las naciones. ¿Debí dejar que, imprudentemente, me atropellaran? ¿Estaba obligado a

tolerar que, con pretexto de mis faltas, los pecados de los demás me expulsasen de un mundo al que tenía no menor derecho que ellos? ¿Qué leyes divinas o humanas pueden juzgarme entre millones de seres como al único que voluntariamente comete faltas, mientras que los demás se entierran en el cieno de las suyas, fingiendo ignorarlas hipócritamente? ¿No es caso una vergüenza para mí permanecer muerto y enterrado para ellas, gimiendo estérilmente en mi tumba, en vez de resistirme con energía y hacer saltar sus piedras hechas pedazos?

Dio unos cuantos paseos por la habitación y, deteniéndose delante de mí, prosiguió:

—Se dice que los sepulcros son la cuna de los fuegos fatuos, es decir, ni siquiera mecha, sino el gas de la descomposición. También brillan los fuegos fatuos en torno de mi tumba. *Effendi*, y yo quiero levantarme, quiero salir de ella. Me has preguntado antes si realmente estaba dispuesto a volver a presentarme a plena luz. Yo te di mi palabra y sabré sostenerla. Ahí están los andrajos que me has quitado de encima, esa defensa que a nadie debía. Antes de que la arrojes al fuego, habré yo recuperado mi puesto en la tierra. Siento que recobro las antiguas fuerzas. No he hecho más que perder tiempo, pero volveré a emprender mi obra en el mismo sitio que la dejé.

—¿De modo que sólo has perdido tiempo? —le contesté—. *Ustad*, no podías haber perdido nada más precioso, porque ése no vuelve jamás.

—Ten la seguridad de que recuperaré lo que sea recuperable.

—Para eso también necesitas tiempo. ¿Dónde quieres empezar? ¿En el sitio en que interrumpiste la tarea o en el lugar en donde antes habitabas?

—Las dos cosas al mismo tiempo. Debo hacerlo sin demora, o puedo alejar de mi mente la poesía con que has contestado a la mía. Todo lo demás lo doy por perdido, pero esa hoja de papel me acompañará siempre, la llevaré sobre el corazón. ¡Qué justos son tus reproches! ¿Es realmente Dios amor y sólo amor? ¿No es también justicia? Mientras creí ser querido, me pareció que en el Cielo no había más que amor, pero, después, cuando me retorcí bajo las garras del odio y fui atacado por la venenosa envidia, juzgué Que me había equivocado. ¿Tan pobre es el Cielo que paga en la misma moneda el odio que el amor? Si me pisotean millares de seres que pretenden estar en la verdadera senda de la bienaventuranza, ¿debo aceptar como verdad su error y dejar que me destrocen? ¡Cuántas veces la cólera puso estas preguntas en mis labios y no supe contestarlas aun cuando en lo más íntimo de mi ser resonaba una voz que decía: «Ama a tus enemigos!». Por fortuna tú viniste y tu poesía ha hecho caer la venda de mis ojos. Sí, es un mancamiento cristiano el que nos ordena amar a los enemigos y yo lo cumpliré mi mientras me dure la vida, pero ahora me doy cuenta de que no había comprendido el amor a nuestros enemigos, ni, en principio ningún amor.

»Cuando un enemigo se dirige contra mí para destruirme, yo debo proceder contra él con energía y severidad, mas sólo para salvarlo de cometer una iniquidad. Ése es el verdadero amor al enemigo y no la enfermiza sensiblería. La mano abierta

para toda mano abierta que se extienda, pero también el puño cerrado para todo el que se alce amenazador. Por consideración a mis enemigos, desaparecí del mundo dándome por muerto. ¿Qué he conseguido con esto, tanto para mí como para ellos? Nada. Por eso estoy resuelto a volver a encontrarlos y llevar a cabo ahora lo que antes dejé de hacer. Volveré a presentarme igual que era y, sin embargo, como otro ser distinto. Yo no dejaré...

—¿De enseñarles el puño? —lo interrumpí yo—. ¿No es cierto, *Ustad*?

—Sí —contestó con ademán afirmativo.

—¿Y tus dschamikum? ¿Qué será de ellos? —le pregunté mirándolo fijamente al rostro.

Inclinó la cabeza, permaneciendo así durante unos momentos, pasados los cuales Volvió a levantarla y, tendiéndome la mano, exclamó alegremente:

—¡Qué juvenil precipitación tan inverosímil en mis años! Perdóname tú en nombre de estos fieles amigos. ¿Cómo puedo yo abandonar a los que nunca me abandonarían? Ya ves cómo la cólera es capaz de ofuscar a los más reflexivos.

—No has sido tú quien ha hablado, sino tu antigua sombra. Ésta siempre da grandes proporciones a lo que en realidad no las tiene. Tú querías volver a un país en donde ya serás un extraño y de nuevo tomar tu obra donde la dejaste. Según parece, has renunciado a lo primero. ¿Y a lo segundo?

—Seré un extraño, dices, y tienes razón. Renuncio al viaje y... también al trabajo.

—Muy bien, la pluma ha descansado, pero no el espíritu, y lo verdadero no puede retroceder. Yo te demostraré lo que debes escribir. Ven conmigo afuera y escucha lo que voy a decirte.

Cogiéndolo de la mano lo conduje a la terraza. Tracé un semicírculo con el brazo que abarcaba todo el panorama y dije:

—Ahí está tu reino, el reino de los en apariencia incautos, al que te han arrojado los aparentemente sabios y, sin embargo, la vista de los primeros es de mayor alcance y más penetrante que la de los segundos. Éstos representan para ti el pasado, con el que has concluido. Déjalos que hagan con él lo que quieran, al fin y al cabo, no son más que las sombras, cada vez más borrosas, de una época que dejamos atrás todos los que estamos al sol, y ese sol está próximo. ¡Mira hacia Oriente! Aún están las ruinas envueltas en tinieblas, pero ya empieza a borrarse la niebla sobre el lago y todo indica que pronto se alzaré, que ya no quiere permanecer en el valle. Con esto quedan demostradas las aspiraciones de la tierra, sólo falta la luz de arriba, el rayo de ardiente amor que le da fuerzas para realizar su anhelo. Una suave brisa anuncia la mañana. ¿Crees que este heraldo nos engaña y que no amanecerá?

—¡Oh! Estoy seguro de que Dios no nos hará esperarla en vano.

—Y dime, ¿esa seguridad se limita solamente a la sucesión de días divididos en las mismas horas? ¿No podrá hacerse extensiva a otras mañanas que deban suceder a otras noches? ¿No se formarán otras nieblas como esas que vemos sobre el lago de los dschamikum? Tú trajiste a este país la aspiración de elevarse y he tenido ocasión

de apreciar su intensidad. Aquí era ya noche cerrada, pero sentí el suave hálito que anuncia el día. ¿Crees que pueden existir hombres bastante osados como para tratar de retener la noche oponiéndose a la luz del día? Aun suponiendo que fuera posible tamaña insensatez, el sol oreará sus frentes con su cálido aliento, haciendo salir de sus cerebros las compactas sombras de la ignorancia, y cuando estos millares de dementes se vean dotados de un sano y luminoso entendimiento, sucederá lo infalible; el camino de los insensatos también estará iluminado, así como todo lo que han dejado detrás y, cuando su niebla se levante, será de día y desaparecerán las sombras. Ésta es otra indestructible seguridad que nos da Dios. Los benditos rayos de su sol traspasarán todas las caretas y alzarán todas las cortinas tras las que se oculten los que tienen miedo a sus luces.

—¡Qué bien hablas! —aprobó él—. Ya sabemos que vendrán aquí todas las sombras que hoy se han anunciado y que en este lugar se decidirá el mayor combate que ha existido jamás entre la luz y las *Sombras*, y quién será el vencedor nos lo dicen las mismas leyes de la Naturaleza. Presumo que el enemigo se presentará a cara descubierta, pues la oscuridad es hermana del misterio y, si piensan vencernos, seguramente querrán aprovechar inmediatamente el triunfo. Por eso temo que no se contenten con llegar hasta el lago, sino que intentarán invadir toda la Comarca y mi deber es cuidar de que estemos prevenidos. Ya ves cómo no pienso en mi mundo anterior, al que con tanta rapidez quería regresar. Me quedo aquí, junto a mis buenos dschamikum, para terminar lo que ya he empezado. Para ellos construí la tienda de alabastro y debo sostenerla hasta que lleguen a ella. Las poesías que mi genio escribió deben quedar escritas y ser consideradas como meras poesías. Yo no era un ser aparte y no podía traspasar los límites que están vedados a los vivientes.

—¿Es decir que no has comprendido aún?

—¿El qué?

—La frase de mi última estrofa: «¿Tampoco eres ahora capaz de comprender ese milagro, en el fondo tan sencillo?». Tú te tienes por poeta porque haces versos y, sin embargo, no sabes lo que es poesía ni lo que significa. Por muy profundo que sea tu pensamiento y por muy bella sea la rima que lo expreses, eso no es poesía. El verdadero poeta también piensa. Y escribe, pero lo que escribe es siempre realidad, porque la vida no puede ser una ficción. Al primero le falta la vida propia del segundo, el uno tiene genio, pero el otro es genio y ése no se detiene ante los límites de que hablabas. Para él están abiertas las puertas del otro mundo; entra y sale cuantas veces le place y, a su regreso, quiere informarnos de lo que vio, tiene que hacerlo en el lenguaje de que nos servimos en este mundo material. La traducción es muy difícil y sólo se aprende a haberlo mediante mucho trabajo y abnegación. No conozco a nadie que merezca en esta cuestión el título de maestro; los más avisados no pasan de aprendices. También la traducción es ingrata y lo digo en el estricto sentido que se da en la Tierra a esta palabra. El que pretenda describir la vida de los espíritus no hallará forma de hacerla, comprensible para los mortales. No tiene más

remedio que contentarse con el lenguaje humano, que es completamente incapaz de expresarla, no puede decir con claridad qué quiere expresar ni pretende abiertamente enseñarnos lo que hemos de ver, y nosotros, a pesar de hallarnos en el pleno disfrute de nuestros sentidos corporales, permanecemos casi ciegos y sordos ante su ímproba tarea. Sin embargo, el pensador profundo, aquél a quien es dado sentir lo grande y lo puro, adivina pronto que se trata de lo indestructible y de lo sagrado, y redobra sus esfuerzos para afinar su oído y su vista. Este ejercicio eleva su propio espíritu y hace que, poco a poco, llegue a poder penetrar en el ajeno.

—Eso viene a ser lo que me ha sucedido a mí —observó el *Ustad*.

—Pero el que no tiene el corazón limpio —proseguí diciendo— y se figura tener poderosos motivos para odiar la pureza del espíritu, ése arremete contra las inofensivas palabras y la deficiente forma y se da él mayor trabajo posible para destruirlas. Si lo consigue, proclama en voz alta su triunfo sobre el espíritu y sus semejantes lo alzan sobre una especie de trono. Pero si fracasa, él mismo se echa sobre los hombros el manto de las burlas que no sólo ataca al espíritu, sino que también al hombre, destruyendo, en él cuanto le hace ser hombre. ¡Qué júbilo entonces para todos cuantos abrigan ruines pensamientos! ¡Con qué voracidad se precipitarán sobre el caído! ¡Pobre de él como intente ser otro de lo que quieren que sea aquellos que le pusieron en la picota! ¿Comprendes ahora, *Ustad*, lo ingrato y temerario que es el escribir con la mano del genio? La burla y el sarcasmo se apoderarán de ti en seguida; la mentira alterará tu obra y el frío raciocinio transformará la palabra espíritu en espectro. Se afirmará irónicamente que tú no hablas del reino de los espíritus, sino del reino de los fantasmas, en cuya existencia sólo puede creer la superstición. Aun cuando te expreses, no ya en el idioma de los hombres, sino en el de los ángeles, la ignorancia no podrá entenderte y la hostilidad no querrá comprenderte, atribuyéndote una porción de cualidades entre las que no habrá una sola buena.

—Pero los que raciocinan, *Effendi* —observó el *Ustad*.

—No podrán ayudarte, pues son impotentes ante el ejército de los otros. Sólo puedes confiar en ti mismo. Tienes que permanecer en la más absoluta soledad y mantenerte firme, inquebrantable y absolutamente indiferente contra el fango con el que te salpiquen y las vilezas e infamias de que te hagan objeto. Hasta aquellos que siempre simpatizan contigo en la mayoría de los casos no te comprenderán, pues el pensamiento necesitaría una eternidad para aprender a descifrar, a través de las palabras, el sentido, el espíritu y el alma. Así, pues, tampoco puedes contar con que éstos acudan a tu lado. Pero esta misma soledad, este abandono, es para ti la mejor, la única defensa y, si eres lo bastante fuerte para llevar a cabo esta renunciación, llegará a serte querida, muy querida. Ni alabanzas ni injurias llegarán a tus oídos y cuanto los enemigos tramen contra ti caerá por sí mismo hecho pedazos.

—Te comprendo, pero no del todo —confesó él—. Yo también renuncié, pero al menos he hallado a mis *dschamikum*; la soledad de que hablas es casi incomprensible

para mí.

—Pues escribe con la mano del genio, según desees, y lo comprenderás en seguida. Para que te entiendan tus lectores, procura traducir al lenguaje humano lo que es el espíritu y lo que es el alma, y las consecuencias caerán tan rápidamente sobre ti que no podrás menos de horrorizarte. Enséñales un completo y humano yo del que, a pesar de toda la psicología, no tienen el menor indicio. Desarrolla ante sus ojos una imagen distinta y que tú creas puede ser inmediatamente comprendida. ¿Qué sucederá entonces? Nadie verá lo que tú has descrito y pensarán que hablabas de cosas materiales. Esto excitará la hilaridad de los ciegos y hará derramar lágrimas a los videntes. Te llamarán embustero y embaucador; se hablará de alabanza propia y repugnante autorreclamo y, sin embargo, no hay soberbia que iguale a la de esos insensatos que intentan imponer su ciego capricho cual si fuera ley suprema para Dios, los hombres y la Naturaleza entera. ¿Qué harías tú si esos...?

No pude terminar la frase, pues abajo sonó un tiro, seguido muy de cerca de otro. En seguida oí la voz de Kara Ben Halef, quien, desde el terrado en que, según se recordará, tenía su lecho, preguntaba:

—¿Qué ha sido eso? ¿Quién ha disparado?

—¡Los prisioneros se escapan! —contestó una voz femenina,

—*Wallahi!* ¡No los dejes entrar en la casa! ¡Ya los arreglaré yo desde aquí arriba!

Y, poniendo por obra sus palabras, disparó desde el terrado que servía de techo a la sala.

—¡Ésa era la voz de mi vigilante Schakara! —exclamó el *Ustad*—. ¡Corre hacia ella, *Effendi!* Yo tocaré la campana en señal de alarma y te seguiré dentro de un momento. Coge tus armas, pero no olvides que están descargadas.

CAPÍTULO 17

EL PADAR ENCERRADO

A fin de que la lámpara pudiera quedar allí, encendí en su llama una vela de sebo, bajando con paso presuroso a la cámara de los trastos. Mientras la Humanidad no quiera conservar la paz es imposible que los pacíficos abandonen sus medios de defensa. Así lo comprendíamos ambos.

Delante de la puerta que daba acceso a la gran sala del consejo, encontré a Schakara. Había echado los cerrojos y tenía una pistola en la mano, en el suelo ardía una lámpara y, cerca de ella, estaban los vestidos del Vengador. En la oscuridad se oían muchas voces amenazadoras. Los disparos de Kara se sucedían unos a otros. Dejé la luz que me estorbaba para cargar las armas, y, mientras ejecutaba esta operación, lo más rápidamente posible, pregunté a la hermosa kurda:

—¿Cómo es que empuñas un arma y has descubierto la fuga de los prisioneros?

—Ya te lo diré después —contestó—. ¡Escucha! ¡Suenan las campanas! Pronto estarán despiertos nuestros guerreros y habrá pasado el peligro para la Casa Alta. Los enemigos emprenderán una rápida fuga. Que no lo hagan sin oír la voz de tu carabina.

Descorrió los cerrojos y abrió la puerta. Al dirigir una mirada a la oscura sala, vi que Hanneh entraba en ella exclamando en voz queda:

—¡Mi Halef! ¡Mi Halef! Si los tiros lo despiertan, sufrirá una impresión tremenda.

Y corrió presurosa a su lado. Yo pude convencerme, para mi tranquilidad, que ningún extraño penetró en la espaciosa estancia. Casi todos los enemigos habían salido ya por la puerta y yo les envié varios proyectiles, no con la intención de acertarles, sino de acelerar su fuga.

—¡Pasad pronto, pronto! —tronó la voz del Verdugo—. No os vayáis a dejar coger de nuevo. ¡Aprisa, fuera de aquí! Ya volveremos, y entonces caerá sobre ellos nuestra venganza.

La campana seguía sonando con tañidos aislados y continuos. En el huerto se oyeron algunos disparos. Era Tifli que, según supe después, estaba escondido detrás de las matas. Los demás habitantes de la aldea, pertenecientes al sexo fuerte, empezaron a salir de las casas y a dejar oír la voz de sus escopetas. Pero ¿dónde estaba el *Padar* y dónde los centinelas que debían guardar la puerta de la prisión? No los veía por ninguna parte.

Cesó el toque de alarma y, poco después el *Ustad* se reunió con nosotros. Venía acompañado por el mercader de Ispahan y su hijo. Dispuse que se encendieran antorchas y sobre todo que se volviera a cerrar inmediatamente la puerta. Hecho eso, mandé reunir la gente. Fui obedecido con tanta prisa como si se tratara de evitar lo

que ya era un hecho consumado. Todos, hasta el mismo *Ustad*, daban inequívocas muestras de agitación, Yo, en cambio, no había perdido la sangre fría, que no me abandonaba ni aun en las situaciones más críticas. La única sensación que experimentaba era la sorpresa por la ausencia del *Padar*. Al preguntar por él a Schakara, la curda contestó:

—Lo vi entrar en la prisión y no ha vuelto a salir.

—¿Dónde estabas tú cuando lo viste? —pregunté.

—Aquí, en esa puerta; para que Hanneh y Kara pudieran dormir, yo rogué que me dejaran al cuidado del Hachi Halef y así lo hicieron.

—Tú siempre tan buena y dispuesta al sacrificio —observé—. Pero ¿qué se proponía el *Padar* visitando a esos extranjeros en plena noche?

—No lo sé y nada me dijo, porque no me vio. Al observar que no volvía, empecé a preocuparme y me adelanté hasta la escalinata. Entonces fue cuando vi la puerta de la prisión abierta y los soldados saliendo por ella con el mayor sigilo. En el primer momento fue tal mi estupor que la voz se extinguió en mis labios, a pesar de lo urgente que era pedir socorro. Me precipité al interior del edificio, asiendo esta pistola del *Padar* que, según sabía, estaba cargada. Ante todo cerré la puerta para que ningún enemigo pudiera introducirse en la Casa Alta y, luego, disparé dos veces la pistola. Ya sabes lo que ha sucedido después, *Effendi*.

¿Por qué mi mano buscó la suya y la estrechó con fuerza, diciéndole al mismo tiempo?:

—Cuando el espíritu de la casa se entrega a ociosos ensueños o, en plena veía, comete alguna imprudencia, el alma debe vigilar con los ojos muy abiertos y, en este caso, tú has sido el alma para nosotros. Supongo que el *Padar* habrá quedado encerrado en el subterráneo substituyendo a aquéllos a quienes debía guardar. Busquémoslo.

—¿Estará quizá muerto? —preguntó muy preocupado el buen Tifli—. Tal vez lo hayan asesinado.

—¡Oh, no! Los que se proponen volver aquí el día de las carreras, como ese *Multasim* y los suyos, es posible que asesinen a traición, pero jamás abiertamente. El *Padar*, a causa de una imprudencia propia de su carácter, se habrá metido en la boca del lobo y, por el momento, no nos queda otro remedio que conservar la calma y cambiar de procedimiento en lo sucesivo. Y, ahora, vamos allá.

Precedidos de dos antorchas, cruzamos la terraza. Los fugitivos, a consecuencia del toque de alarma y de los tiros, ni aun habrían tenido tiempo de cruzar la puerta, que sólo estaba entornada. En el interior reinaba la más profunda oscuridad, que nuestras antorchas se encargaron de disipar. Pronto descubrimos al *Padar* y a los centinelas; uno y otros estaban tendidos en tierra fuertemente amarrados con las propias cuerdas de los prisioneros y reducidos al silencio mediante sendas mordazas. Todos cuantos me rodeaban lanzaron exclamaciones en las que se mezclaba el asombro, la indignación y el terror.

El *Ustad* cruzó las manos y, probablemente se disponía a dar principio a un interrogatorio, pero yo, sin darle tiempo, lo interrumpí con rápido ademán y dije:

—¡Qué nadie pronuncie ni una palabra! Se trata de algo distinto de lo que os figuráis. El *Padar* ha hecho lo que debía. No disminuyamos su mérito. Soltad a esos hombres para que puedan andar.

Mientras se cumplía esta orden, yo me incliné sobre el jeque para librarlo de las ligaduras destinadas a nuestros comunes enemigos y empecé por quitarle la mordaza. El agredido se levantó lentamente; al vemos, sonrió, quiso hablar, pero ningún sonido salió de su garganta y yo le dije:

—No te molestes, *Padar*; quien se deja robar la voz por sus enemigos, no necesita esforzarse ante sus amigos.

Y, encaminándome hacia la puerta, salí de allí, seguido por todos. Cuando volvíamos a cruzar la terraza, oímos llamar a la puerta del recinto; eran algunos dschamikum que habían capturado a unos cuantos soldados fugitivos; entre éstos no se contaba ningún oficial ni mucho menos el Vengador. En vista de la poca importancia de los prisioneros, mandé que los sacaran de la aldea y que los dejaran marchar libremente, pero que se redoblara la vigilancia de los caballos y demás bestias que pudieran tentar su codicia.

Se dio suelta a los pajarracos, advirtiéndoles que, si volvíamos a encontrarlos en las cercanías, les ensañaríamos a latigazos, que nada se les había perdido en nuestro territorio; dicho esto se alejaron y volvieron a ser corridos los cerrojos de la puerta grande. El *Ustad* me preguntó qué debíamos hacer.

—Lo primero y ante todo —contesté sonriendo— es dormir.

—¿Yo también?

—Seguramente, ningún extraño volverá a molestarnos.

—Es posible, pero aún tenemos mucho que hablar y que resolver.

—Amigo mío, ya hemos hablado bastante, demasiado, mucho más de lo necesario, y en cuanto a las resoluciones tiempo tendremos de tomarlas después de haber descansado. Las palabras tienen valor cuando se apoyan en los hechos. Nada tiene de particular que esta noche haya sido tan pródiga en palabras, porque el día anterior nos había surtido de materia abundante. Pero la noche ha pasado, la neblina empieza a levantarse, subamos a mi habitación para ver si se ha disipado ya o si aún es visible.

Subimos a mi estancia; sobre la mesa continuaba ardiendo la lámpara, que apagué. En el valle, y bajo los árboles del huerto, seguían reinando las tinieblas, pero allí, por la puerta que daba al interior, empezaba a entrar la claridad.

Al salir por aquélla, vimos las cumbres de las montañas teñidas por Oriente con suaves matices azulados y opalinos. Sobre nuestras cabezas empezaban a desvanecerse los sombríos velos de la noche disipados por la luz de la aurora. En lo más profundo del valle, las aguas del lago estaban inmóviles, como dormidas, pero su sueño era tranquilo y exento de sombras. ¿Dónde estaba la niebla que poco antes se

reflejaba en alias? ¿Desaparecida? ¿Dónde fue? ¿Quién puede saberlo?

—¿Y bien? —pregunté señalando al lago.

—Ya no está —contestó el *Ustad*.

—¿Y aquí? —Y con la mano indiqué la biblioteca.

—Sí, también aquí había niebla, vapores y algo más que no sé cómo nombrar.

—Ya lo has nombrado y por cierto que acertaste con su nombre al decir que tu sepulcro lanzaba fuegos fatuos. Los vapores, antes de desaparecer, suelen inflamarse. ¿Comprendes ahora lo que he querido decir al hablar de muchas, demasiadas palabras? También éstos han sido vapores inflamados. ¿Dónde? Sobre pestilentes pantanos. Pero no importa, eso purifica la atmósfera. Entonces caduca el reinado de los insectos nacidos en el fango y la luz del día engendra pensamientos nobles y bellos que disipan las rencillas y bajas pasiones. Me has dicho que estas habitaciones eran tu sepulcro y panteón. ¿Estás seguro de que realmente lo son?

Mi interlocutor dejó caer la cabeza y, después de meditar unos instantes, contestó.

—Ya sabes que es difícil desacostumbrarse a los nombres e imágenes que se han empleado durante largo tiempo.

—Lo sé. Pero ¿qué significa entonces la tienda de alabastro? ¿Acaso el mausoleo construido sobre tu querida fosa?

—*Effendi! Effendi!* ¿Qué acabas de decir? Lo que no has conseguido con tus largos párrafos de ayer y de esta noche, acabas de legarlo con una sola palabra. Quien se ha atrevido a construir su tienda en sitio tan alto, quizá sea considerado como muerto por la insensatez, pues para ella está muerto todo lo que raciocina y precisamente vivo porque ella me juzga muerto. *Effendi*, tienes razón. Hemos hablado y hablado, y nuestras palabras no han sido más que fuegos fatuos, convenientes tal vez desde el punto de vista de los gusanos e insectos, pero sólo ahora, a las primeras luces del alba, has encontrado la verdadera palabra que ha hecho brotar la luz en mi mente, haciéndome comprender, por fin, que sólo de mí depende que la insensatez tenga la satisfacción de que yo siga muerto.

—Mira hacia oriente. Cada vez se hace más intenso su tono purpúreo y leves rayos de sol empiezan a atravesarlo. Se acerca la mañana, pletórica de conocimientos y, si quieres, los compartirá contigo.

—Sí, yo le doy la bienvenida y deseo que sea mi maestra —exclamó él—. Pero es indispensable que tú descanses y duermas todo el día que empieza. Mucho he abusado de las fuerzas de tu convaleciente cuerpo. ¿Me permites que te despierte un poco antes de mi marcha?

—Cuento con ello. Es necesario que hable con Aghá Sibil y que escriba la carta para Bagdad.

—Pues acepta la expresión de mi gratitud y duerme seguro del entrañable cariño que nos une, como si sólo tuviéramos un alma para dos cuerpos.

Me atrajo hacia sí y, por espacio de unos segundos, me tuvo estrechamente abrazado, saliendo después del aposento.

Apenas me quedé solo, me dominó la debilidad, que hasta entonces había mantenido a raya. Experimenté un abrumador cansado que sólo me permitió arrojarme tal y como estaba sobre el lecho. La ventana había quedado abierta, hacia ella dirigí mi última mirada; en el cielo empezaban a brillar los primeros rayos de sol. De pronto me sentí como bañado por un mar de luz que repentinamente cayera sobre mí, cerré los ojos y me dormí sin que en mi interior reinara la oscuridad...

CAPÍTULO 18

EL PELIGROSO AMOR DE PEHALA

Si le fuera dado a un pintor trasladar al lienzo lo que el día anterior hablé con el *Ustad*, el título adecuado para su obra sería: «Amanecer en el interior de un hombre». La grave enfermedad sufrida, la convalecencia aún no terminada, la solemne fiesta en el templo, la inesperada aparición del Vengador, el intento de asesinato, todo esto, a pesar de mi calma y sangre fría, había levantado en mi ánimo cierta neblina que me hizo llegar con trabajo al término de nuestra prolongada conversación y aún fue ésta mucho más penosa para el *Ustad*.

Su concepto de la vida había echado sus raíces en Haine Mamre, en donde el ángel del terror se apareció a Abraham y tenía por base las palabras de Cristo: «Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que maldicen». A este Mandamiento ajustó la conducta de su vida. Pero llegaron los otros, los que también se llamaban cristianos y cayeron sobre él, con sus odios para destruirlo a él y a su amor. Hizo algunos débiles esfuerzos para defenderse de ellos, pero, al darse cuenta de las armas que empleaba, se retiró al tranquilo reino del silencio, pensando en la máxima cristiana: «Cuando te quiten la túnica entrega también el manto», no sin que en su interior se alzasen estas trascendentales preguntas: «¿Quién tiene razón? ¿De qué lado está la verdad divina y la voluntad de Dios? ¿Junto a Cristo que dice: «Quien de vosotros esté libre de pecado que tire la primera piedra»? ¿O junto a esos hipócritas que, sin perjuicio de estar unidos por lazos mercenarios con los que niegan a Dios, se proclaman los entusiastas defensores del amor al prójimo y borran de la lista de los creyentes a cuantos no soportan su tiranía sin replicar? En uno de los dos bandos tienen que estar la divinidad al querer imponernos lo que sobrepujaba a nuestras fuerzas, o esos señores alteran deliberadamente las doctrinas cristianas por no ser ellos capaces de cumplirlas.

Al hallar el *Ustad* una respuesta clara a estas preguntas y una solución al conflicto, indefectiblemente debía sufrir un profundo trastorno moral que hiciese vacilar todas sus convicciones más arraigadas. De ahí sus esfuerzos por hacerme entrar en el terreno que deseaba y de prolongar la conversación hasta obtener el convencimiento de quién daba acertada interpretación al cristianismo, él o los otros.

Desde el primer momento, yo sabía con certeza dónde estaba la verdad, pero no quería decírselo con palabras concretas, perché la luz debía brotar en su interior. Esto dio origen a mis reticencias y dilaciones, así como a nuestra mutua alegría cuando por fin bajó la respuesta desde la tienda de alabastro.

Durante mi sueño se hizo día claro. Sabía que no soñaba y, sin embargo, todo me parecía un sueño. ¿Quién era yo? ¿Dónde estaba? No respiraba y me sentía vivificado

por un hálito divino, no me movía y me parecía estar envuelto por incontables ondas de felicidad. Tenía los ojos cerrados y, sin embargo, veía esplendideces y magnificencias imposibles de describir ni de comprender.

De pronto me di cuenta que tenía alas y volé. ¿Adónde? A través de la eternidad. Volé hasta que me venció el cansancio y busqué un sitio donde poder entregarme al descanso y, en el reino de la eternidad, encontré mi lecho terrenal, me tendí sobre él y desperté.

A juzgar por la luz del sol, debía de estar mediada la mañana y en torno mío todo era luz y color. Hasta mi llegaron los ruidos familiares del día y yo me sentí tan repuesto y descansado como hacía ya mucho tiempo que no me encontraba.

Me levanté sin demora y salí a la terraza. En la de abajo vi que estaban ensillando los camellos del *Ustad*, pero éste no se hallaba presente. Nuestros caballos pacían en la pradera que por la izquierda confinaba con la mole de las ruinas. El lago estaba más azul que nunca y los habitantes del lugar corrían de un sitio a otro rivalizando en actividad para llevar a cabo los preparativos del viaje de su *Ustad*.

Desde mi terraza arrancaba una senda escalonada que conduce a las campanas y, después de pasar ante ellas, bajaba al nivel del jardín, junto a cuyo murmurador arroyo el señor de la Casa Alta había cercado un reducido espacio para bañarse.

Un baño a la sazón me pareció oportunísimo y, poniendo en obra mi deseo, bajé de la montaña y abrí la puerta que daba sobre el agua ¡Cómo vigoriza al cuerpo su frescura!

Cuando hube terminado, me encaminé hacia la pradera donde estaban nuestros caballos. ¡Qué alegría tuvieron los fieles animales al conocerme! Cuando quise alejarme, se empeñaron en seguirme y no me costó poco trabajo darles a entender que, por el momento, no deseaba su compañía.

Para pasar del jardín a la explanada, tuve que cruzar por delante de la cocina. La puerta estaba abierta; fui visto por la dama blanca, que se apresuró a salir para saludarme y, dando una palmada en señal de asombro, exclamó:

—*Maschallah!* ¿No quieres dormir más, *Effendi*? Todos en la casa andamos de puntillas para no despertarte. ¡Cuánto, te quiere nuestro buen *Ustad*!

—¿Dónde se encuentra ahora?

—En su habitación.

—¿Y Aghá Sibil?

—Está sentado con su hijo en la gran sala. Me he pasado la noche guisando y amasando las provisiones para el viaje a Ispahan, pero siempre tengo tiempo para charlar contigo. ¿Sabes, *Effendi*, lo que he rogado que me traiga el *Ustad* de la ciudad?

—¿Qué?

—Una kasawdika^[6].

Y al pronunciar esta palabra, en su rostro apareció tal expresión de felicidad, que me llamó la atención.

—¿Una kasawdika? —repetí—. ¿Dónde has visto tú esa prenda? Aquí nadie la lleva.

—Pude verla cuando era cocinera del *Sha*. La llevaban las damas rasas. Y yo quiero una. Encarnada y azul, verde y naranja. ¡Hace tan buen efecto a la luz de las antorchas...!

—¿A la luz de las antorchas? ¡Hum! Yo creí que vestías siempre de blanco.

—Sí, de blanco. Pero algunas veces también voy de color y me está, mejor, muchísimo mejor. Así lo dice también mi amado.

—¿Tienes un amado, Pehala?

Se ruborizó hasta quedar su rostro convertido en la más encendida de las amapolas. Bajó unos escalones para ponerse a mi lado y colocando su redonda manecita sobre mi brazo con ademán familiar, pero que nada tenía de irrespetuoso, exclamó confidencialmente:

—Te lo diré a ti, *Effendi*, pero a ti solo. Se trata de un secreto. A muchas personas se lo he querido confiar y siempre he temido que me delataran, pero tú unes la bondad a la discreción y sé que no irás a contar a unos y otros lo que te confíe. El corazón de una mujer noble necesita el corazón de un hombre noble, capaz de comprenderla y Tifli es un buen chico, modoso y obediente, pero que no puede comprenderme.

Y al decir esto me dirigió una mirada tan cargada de importancia y de nobleza, que me hubiera parecido eminentemente cómica si un vago instinto no me advirtiese que estaba próximo a hacer un importantísimo descubrimiento. Las personas de dudosa psicología deben ser tratadas con especial cuidado. Teniendo en cuenta esto, me limité a contestar en el mismo tono amistoso empleado hasta entonces:

—Dime, querida Pehala, qué ha de comprender el corazón de tu hombre noble.

—Tres cosas ante todo. La primera, que yo pueda confiar en él; la segunda, que ha de ser callado y la tercera, que yo no quiero ser eternamente cocinera. ¿Te parece esto claro, *Effendi*?

—Como el agua.

—Ya me lo figuraba. Tienes mucho más talento que los miles de hombres incapaces de comprender el corazón de una mujer noble. Por eso me he decidido a confiarte lo que a les demás callo.

—Esa discreción demuestra tu prudencia. Pero dime francamente, ¿quién te ha metido en la cabeza eso del corazón de una mujer noble?

—Mi amado. Yo estaba muy lejos de sospechar que formaba parte de la nobleza, pero él lo ha descubierto y me lo ha dicho.

—¿Y cómo ha averiguado él eso de los corazones?

—Por una inglesa que, en compañía de otras compatriotas suyas, encontró en Buschuru; cada día pedía un nuevo abanico de papel, afirmando que tenía un corazón de mujer y que no quería estropearse el cutis. En vista de eso, mi amado me trae un par de abanicos de papel cada vez que viene a verme.

—¿Dónde los compra? ¿Es un dschamikum?

—¿Qué te figuras, *Effendi*? A ningún dschamikum se le ha ocurrido suponer siquiera que yo tenga corazón. No, por cierto. Mi amado no es dé aquí, ni creas que se trata de ningún hombre ordinario; es nada menos que un principalísimo príncipe de la sangre, de Ispahan.

—¡Vaya una suerte! ¿Lo conoces hace tiempo?

—Desde hace varios años.

—¿Te visita con frecuencia?

—Nunca deja pasar más de cuatro semanas sin verme.

—¿Tiene un día fijo para venir?

—Sí; un personaje como él siempre es puntual. El día escogido suele ser un domingo. Entonces me quito mi blanco ropaje usual, me pongo las preciosas vestiduras de colores que él me regala y voy a encontrarlo en las ruinas, donde nos paseamos a la luz de la luna como si yo fuera la hija del soberano. Después entramos en las ruinas y él enciende una antorcha.

—¿Por qué os paseáis tan lejos, en lugar de hacerlo por aquí?

—Porque él sólo puede venir en secreto. Los corazones de los nobles no pueden entenderse en público. Para unirnos en Ispahan, tendremos que aguardar la muerte del actual *Sha* y hasta que suceda eso, he jurado guardar el más profundo secreto. Pero como estará tan bien guardado por ti como por mí, no falto a mi juramento revelándotelo.

—Pero ¿qué razón te ha impulsado a hacerme esa confidencia?

—Una razón muy poderosa. ¿No serás tú, mientras dure la ausencia de nuestro *Ustad*, el señor de la Casa Alta?

—Sí.

—Lo sabía porque nos lo ha dicho el *Ustad*, recomendándonos que obedezcamos en todo tus deseos. Y como desde ahora mandas en todos nosotros, tengo que dirigirte un ruego para salvar la vida de mi amado. Esto es lo que me ha obligado a descubrirte mi secreto, de lo contrario no te lo habría confiado, aun cuando me parece que eres tan noble como yo. Pero ahí viene el *Padar*. No me delates, *Effendi*. Nadie debe saberlo. Nadie sin excepción. Solamente tú y yo. Tal vez hoy mismo tenga ocasión de decirte más cosas, pero ahora tengo que volver a la cocina.

Y haciéndame una reverencia, todo lo profunda que se lo permitió la estructura de su cuerpo, desapareció en sus dominios.

El *Padar*, en efecto, se encaminaba hacia nosotros, pero sin duda una nueva idea lo hizo retroceder, con gran satisfacción por mi parte, pues confesaré que, a pesar de que sólo era una cocinera, la conversación de aquella mujer me dejó sin ganas de emprenderla de nuevo con otra persona y sobre distinto tema.

¡Qué oscuros pensamientos se habían agitado en mi mente hasta aquel momento! Y justamente se me presentaba la solución del enigma bajo la sonriente forma de un ser de intelectualidad absolutamente nula. No era posible dudar de tal nulidad, pero

detrás de ella se agitaba el espantoso misterio que amenazaba destruirnos a todos.

Era tal la magnitud del descubrimiento que acababa de hacer que me encaminé junto a los árboles del jardín para poder reflexionar a solas.

Por de pronto me pareció conveniente ocultar aquellas nuevas al *Ustad*. No debía acrecentar las dificultades de su viaje quitándole la calma con sobresaltos que quizá comprometerían el buen éxito de sus gestiones.

En cuanto a Pehala se me presentaba bajo un nuevo aspecto, es decir, entraba en una tercera fase. Cuando aún estaba apenas convaleciente de mi enfermedad, la tomé por un ser fundamentalmente bueno y aun insignificante; después se despertó en mi cierta desconfianza hacia ella, desconfianza que no le oculté al *Ustad*, pero ahora acababa de conocerla, llegando a la conclusión de que puede uno llegar a entenderse con una persona que posea entendimiento y voluntad, pero con Pehala, no.

Siendo buena en el fondo, era mucho más peligrosa que muchos malvados. Estos seres humanos dotados de la inconsciente ligereza de las mariposas debieran ser destruidos en larva. Es triste, pero es un acto de defensa propia.

¿Quién era aquel enamorado que con tan ridículo pretexto cubría su papel de espía? Seguramente un *Sill*, un secuaz de Ahriman Mirza. Iba por allí una vez al mes y siempre en domingo. El lunes era el día de pago y, por consiguiente, de junta. No cabe duda de que el pretendido adorador se enteraba de cuanto ocurría en el territorio para comunicárselo después a sus cómplices.

Ahora podía comprender lo bien enterados que estaban los miembros del *Sillan*. La obra en que el *Ustad* había consumido la mayor parte de su vida estaba a merced de la charlatanería de una inconsciente, de una insensata.

¿Quién era capaz de apreciar los perjuicios que ya habría causado? ¿Cometía ella sola aquel acto de traición o tenía otros confidentes? Mucho me inclinaba a creer que por lo menos Tifli no sería totalmente ajeno a aquel asunto. ¿Podía admitirse como verosímil que las *Sombras* celebraran periódicamente sus conciliábulos en las ruinas sin tener cómplices entre los dschamikum?

A mí me parecía imposible. Desde la víspera me había prometido a mí mismo descubrir el misterio en que se envolvían las *Sombras*, y la conversación sostenida con la cocinera sólo podía hacer más urgente la ejecución de mi propósito.

Me encaminé a la explanada, encontrando allí al mercader y a su nieto junto a los ya enjaezados camellos. En el acto reconocí al primero a causa de su excepcional bigote, el más poblado de cuantos viera en mi vida.

También a él le debieron describir mi persona, pues en cuanto me divisó vino hacia mí saludándome por mi nombre; me presentó a su nieto y me rogó que me sentara junto a él, a la sombra de los árboles para oír de mis labios lo que sólo fragmentariamente le habían referido. Me parece superfluo añadir que me presté muy gustoso a satisfacer su deseo.

Aún duraba mi relato cuando salieron de la sala el *Ustad* y el *Padar* viniendo ambos a sentarse a nuestro lado. El primero, que no había pegado los ojos, quiso

entrar a despertarme, pero supo por el segundo que yo estaba ya abajo.

El *Padar* se condujo respecto a mí como si nada hubiera pasado que pudiera reprochárselo, y yo seguí su ejemplo; pero el *Ustad* debía haber hablado muy en serio con él y, aun ahora mismo, evitaba cruzar la mirada con la suya.

El comerciante era hombre tan respetable, como honrado y simpático, que no hallaba frases bastante expresivas para demostrarme su dicha y gratitud por cuanto yo le decía. Por su gusto hubiera permanecido horas enteras escuchándome, pero tuvo que contener sus deseos, pues el *Ustad* se proponía llegar cuanto antes, al territorio de sus aliados los *kalhuran*, a fin de que éstos supieran pronto las satisfactorias noticias de su jeque. Pero aún disponíamos del tiempo necesario para ultimar lo más preciso.

El *Ustad* me cedía sus habitaciones con cuanto encerraban y yo le recordé, una vez más, la carta de Basora que debía hacer llegar a manos del Verdugo. Como yo le hiciera observar el peligro a que lo exponía la fuga de los soldados, me respondió que en la aldea se estaba formando una numerosa escolta de hombres bien armados que lo acompañarían hasta dejar atrás el peligro.

A la sazón se llamó a todos los vecinos del lugar a la Casa Alta para despedir a su dueño, justamente cuando Kara Ben Halef se disponía a echar pie a tierra de regreso de un paseo emprendido con intención de que su caballo estuviera entrenado en las próximas carreras. Tan pronto como supo lo que se preparaba, permaneció en la silla, juzgando como un deber y un honor acompañar al *Ustad* hasta los límites del territorio.

Por desgracia yo estaba imposibilitado para cumplir aquel acto de cortesía. Tenía que permanecer donde estaba y lo más que podía hacer era subir a la terraza superior y, desde allí, seguir primero con la vista y luego con el corazón a aquél con quien mi alma permanecía inseparablemente unida a pesar de la distancia material.

Me dejaba por amo de su casa y yo me proponía desempeñar el puesto todo lo mejor que fuera dado a mi condición humana. Teniendo en cuenta mi estado, hubiera tenido que retirarme a descansar, pero por inverosímil que parezca no experimentaba ni la más ligera fatiga.

En consecuencia, subí la escalinata para visitar a mi querido Halef, a quien no había visto desde la víspera. Hanneh estaba junto al enfermo. Éste tenía los ojos abiertos y, al ver que me acercaba a su lecho, una cariñosísima sonrisa animó su demacrado semblante.

—*Sidi*, dame la mano —murmuró—. Quiero besarla.

Comprendí que lo disgustaría oponiéndome a su deseo. Oprimió mi mano contra sus labios con todas las fuerzas de que podía disponer y, después, Volvió a cerrar los ojos.

—*Sidi*, ¿dónde has estado? —me preguntó con voz queda—. De tus manos se desprende fuerza, vida y salud. ¿Has visitado acaso en sueños...?

No pudo añadir más y se durmió de nuevo. Entonces volví al jardín, encaminándome a la pradera de los caballos.

CAPÍTULO 19

LEYENDAS

Un impulso más intenso que cuantos sintiera hasta entonces, me impulsaba hacia las cercanías de las ruinas. Adivinaba yo que en ellas estaba el principio del fin, cuyos hilos se habían reunido en mi mano, por desgracia tan débil todavía.

Andaba ya mucho más fácilmente que el día anterior; mi vigorosa naturaleza empezaba a recobrar las fuerzas. Dejando a un lado la pradera, dirigí mis pasos hacia la vieja muralla que confinaba con ella. Allí encontré una de las ciclópeas moles de piedra que, por alguna causa desconocida para mí, había sido levantada y puesta de canto, cayendo su sombra hacia el norte.

Quise sentarme en ella para contemplar despacio la muralla, pero encontré el sitio ocupado... allí estaba Schakara. La hierba había amortiguado el ruido de mis pasos y no se dio cuenta de mi presencia hasta que vio aparecer mi sombra junto a la de la piedra; Volvió la cabeza para ver quién se acercaba y al reconocermelo, quiso levantarse, pero yo le rogué que no se moviera y me senté a su lado.

No demostró la menor confusión, como hubiera hecho una muchacha europea sorprendida mientras desempeñaba aquella tarea. Aún no he dicho que la kurda tenía destrenzada su espléndida cabellera oscura y la alisaba con un peine.

—No te estorbe mi llegada, Schakara —le dije—. Aquí me siento kurdo y no europeo.

—¿Europeo? —repitió sin comprenderme al parecer—. ¿Acaso en tu patria es una vergüenza para las mujeres peinarse los cabellos delante de vosotros?

—No digo que sea una vergüenza, pero tampoco les gusta. Nuestras mujeres no enseñan sus cabellos más que arreglados con arte.

—¿Arreglados con arte? —preguntó riendo—. Así, pues, ¿prefieren el arte a la Naturaleza? Tal vez tengan razón, yo no sé nada.

¡Qué sencillez y despreocupación encerraban estas palabras! ¡Qué pura y luminosa la mirada que las acompañó! Con toda tranquilidad prosiguió su tocado.

Sin añadir por el momento ninguna palabra más, miré hacia las ruinas. No se sentía ni el más leve soplo de brisa. El silencio reinaba en absoluto y... ¿qué había sido? Mientras Schakara peinaba su mata de pelo, llegó a mis oídos ese ruido especial que se produce al desprenderse varias chispas eléctricas. Observó la joven mi rápido movimiento de cabeza y preguntó:

—¿Querías decir algo, *Effendi*?

—No era esa mi intención, pero ¿es tu pelo el que produce esos chasquidos?

—Sí y a veces aun son más fuertes.

—¿Desde cuándo?

—Desde que tengo uso de razón.

—¿Conoces alguna otra persona que tenga esa misma particularidad?

—Una sola y es Marah Durimeh. Siempre que he trenzado sus hermosos y largos cabellos blancos he oído repetidas veces esos mismos chasquidos y he experimentado la sensación de que mil chispas caían sobre mis manos. Según ella, esto sucede cuando nada se interpone entre el alma y el cuerpo. ¿No lo habías advertido nunca. *Effendi*?

—¿En muchas personas?

—No, en una sola, en mí. Por eso no tenía punto de comparación y no podía encontrar la causa.

—La causa es la vida, es el alma. Si ésta no conoce la debilidad, encuentra fuerzas para demostrar la riqueza de sus principios vitales.

—¿Qué modo de hablar es éste, Schakara?

—Pues ¿cómo quieres que hable? Así me ha enseñado Marah Durimeh, que ha sido mi maestra desde el principio de mi vida. A ella le gustaban mucho estos chasquidos y se preocupaba cuando disminuían. ¿No te ha contado Marah la leyenda del poeta extranjero que, habiendo perdido su poesía, al encontrarla, la reconoció por esos chasquidos? Érase el corcel fantástico, el noble bruto de las chispeantes crines que no aguantaba sobre sus lomos más que a su amo, el cual buscaba su lejana patria. Tan pronto como él se sentaba en la silla, el hombre y la bestia tenían la misma voluntad. Los cascos dejaban atrás el tiempo y el espacio, la negra cola borraba el pasado. El caballo galopaba siempre por una senda ascendente. Los duros peñascos cedieron el sitio a las nubes y a las nieblas y, a través del éter, seguía la desenfrenada carrera hacia el brillante reino de las estrellas.

»Las rutilantes crines flotaron entre hileras de cometas y cada cerda crujió por la fuerza que le comunicaba la proximidad de tantos soles. Así llegaron a la puerta del camino que conduce a la Tierra; allí corcel y jinete bebieron en el manantial que brota en lo profundo de cada vida y, alumbrados por las estrellas, emprendieron el regreso.

»El jinete cubría su cuerpo y su cabeza con el manto de plata que la luna le echó sobre los hombros, pero las brillantes crines del corcel flotaron libremente, más negras aun que el manto de la noche. Y la maravillosa fuerza adquirida en la proximidad de los soles se comunicó desde las flotantes crines del fantástico animal a la rizada cabellera del poeta, cuyos chasquidos se transformaron en brillantes estrilas de entusiástica poesía.

La joven había hablado despacio sin entonación teatral ni recursos declamatorios, como si aquel modo de expresarse fuera familiar en ella. Yo estaba sorprendido, menos por la brillantez del estilo que en Oriente es habitual, que por la profundidad y valor literario de los pensamientos expresados. ¡Qué sensibilidad tan exquisita! ¡Qué vida interior tan rica y original! ¡Qué inagotables tesoros debía encerrar en su corazón aquella mujer que tan exenta de pretensiones, tenía junto a mí, sentada en el suelo! Empezó a trenzar su cabellera sin mirarme, pero, sintiendo mi mirada fija sobre ella,

me dijo:

—Siento que me observas. *Effendi*. Pregúntame lo que quieras. Ya sabes el gusto con que te contesto.

Obedeciendo a aquella indicación, pregunté en seguida:

—Has dicho que Marah Durimeh ha sido tu maestra. ¿Qué te ha enseñado? ¿Cómo lo hace?

—Cual verdadera maestra que no enseña nada falso ni superfluo. Empezó por enseñarme a leer y escribir y, después, poco a poco, fue trayéndome todos los libros donde estaba lo que yo debía saber.

—¿Libros impresos?

—Al principio, no. Éstos vinieron más tarde, cuando, a su juicio, ya no podían extraviarme las ideas ajenas. Las lecciones que tenía que aprender en el primer tiempo las escribía ella y sólo para mí. Dijo que así había de hacerlo si yo deseaba ser tal como quería. En esos libros tuve que encontrar el verdadero modelo al que debería ajustar mi personalidad intelectual, ni una palabra más ni menos, y, como no es posible que existan dos seres humanos dotados de las mismas cualidades, ese molde hecho para mí no servía para nadie más. Por eso, excepto la escuela de la vida, las demás son demasiado estrechas para permitir que las pequeñas inteligencias lleguen a ser grandes mediante el desarrollo de cada una de sus facultades. Me miras con asombro, *Effendi*. ¿He dicho alguna tontería?

—No niego que estoy asombrado, pero por un motivo muy diferente del que supones. Puedo asegurarte, Schakara, que Marah Durimeh es una maestra maravillosa. Dime, ¿tenía otras discípulas, además de ti?

—¿Quién puede saberlo? Casi siempre debía estar oculta, pero dondequiera que iba era por todos venerada y cada uno tenía algo que aprender de ella, pero yo he estado casi siempre a su lado y con nadie se ha tomado tanto trabajo como conmigo. Ella ha dirigido mis actos y pensamientos y todo cuanto soy y valgo a ella se lo debo.

—¿Y sabe Marah que estás ahora aquí, con el *Ustad*?

—Sí, justamente es ella la que me ha enviado; pero el *Ustad*, por ahora, debe ignorarlo. Yo he venido para estudiar.

—¿Qué o a quién? ¿Puedo saberlo?

Fijó en mí sus claros y grandes ojos, diciendo:

—Una voz interior me dice que no puedo tener secretos para ti y que debo comunicarte mis ideas y sensaciones. Por eso no te ocultaré que yo estoy aquí para observar al *Ustad*. ¿Por qué o para qué? Eso sólo lo sabe Marah Durimeh. También tiene para, mí mucha importancia el lugar donde habita. Por estas cercanías hay mucho enterrado que resucitará. También él habla de su tumba, pero no está en lo cierto. Contempla estas elevadas murallas que se hallan entre nosotros como si quisieran esconder un misterio que jamás ha de ser visto por ojos humanos. ¿Quién las construyó? ¿Por qué no dejar libre el edificio? Sólo se cercan así las fortalezas en las que se quiere dominar por la violencia. ¿A qué esa morada digna de un tirano para

el padre amoroso que desciende al lado de sus hijos cuando éstos lo llaman por medio de la oración? Cuando me hago esta pregunta, pienso en la vieja leyenda de Chadeh el Emparedado. ¿La conoces, *Effendi*?

—No.

—Pues permíteme que te la relate.

Miró a las ruinas, hizo un ademán como respondiendo a su propio pensamiento y empezó así:

—Esto era en el tiempo en que el diablo tuvo la idea de meterse a arquitecto. Dibujó mijes de planos, pero ninguno le satisfizo y llegó a la conclusión de que toda carrera ha, de ser aprendida y el resultado fue que decidió mezclarse con los hombres y estudiar en sus escuelas.

»Como tenía que empezar por el principio, fue primeramente a un país que sólo sabían construir sobre rocas. Pasado algún tiempo, se dirigió a otro donde arrancaban grandes moles de piedra de las canteras y las amontonaban unas sobre otras, formando altísimas murallas. Un tercer pueblo le enseñó a cocer ladrillos y a sujetarlos con asfalto, construyendo con ellos edificios aparentemente de duración eterna. Una cuarta raza lo inició en el arte de construir pilares y columnas, capaces de aguantar sin romperse los más tremendos pesos. Sólo al llegar al quinto pueblo oyó hablar por primera vez de belleza. Las columnas tomaron una forma artística y los tejados, pianos hasta entonces, se levantaron en formas diversas.

»El sexto pueblo se encargó de instruirlo en la ornamentación y en la necesidad de que los aposentos tuvieran luz. El séptimo le hizo preocuparse de la forma exterior, exigiendo una distinta para cada edificio. Así llegó a comprender lo que es el estilo y todo cuanto se refiere al arte de la construcción. Y cuando llegó a pasar su examen de maestro, ¿en qué clase de edificios crees tú que se había ejercitado el diablo, *Effendi*?

—Permíteme que escuche sin adivinar —contesté.

—Pues en construir una serie de edificios piadosos, elevados para glorificar a Aquél a quien tanto odiaba el demonio. Ciertamente es que él había disimulado hipócritamente su condición para engañar a los otros, pero al enterarse de que sus obras estaban consagradas a la verdad, le acometió una furiosa rabia y decidió que su obra maestra fuese un conjunto de apariencias, pero sin ninguna verdad.

»Volvió a la tierra de los peñascos donde tomó sus primeras lecciones; allí Dios era un querido huésped divino que bajaba con frecuencia al mundo de los humanos, gustaba de sentarse en la montaña de alabastro, bañada por la luz del sol y todos los habitantes del pueblo, grandes y chicos, subían a recibir la bendición de propia mano. Todos lo adoraban y no les importaba que otros también disfrutaran de su presencia, siendo entre ellos desconocida la envidia. Junto a esta gente sencilla y pacífica se instaló el Malo para ejecutar su obra maestra.

»Con él trajo su escolta de obedientes secuaces y empezó por llamar en su ayuda a la infernal envidia. Cuando apareció el Señor entre las luces de la aurora para dar a

la tierra un nuevo día todos acudieron hacia Él pidiéndole que no apareciese por otras tierras, pues los demás hombres no lo merecían. Inclino el Señor la cabeza y se retiró entristecido, sin darles la bendición ni pronunciar una sola palabra. En cambio, habló el otro. “¿No sabéis la manera de obligar a Dios? ¿De qué sirven los ruegos si Él no demuestra que está dispuesto a complacerlos? Demostrad firmeza y os concederá lo que pedís. Yo os aseguraré a vuestro verdadero Dios, los demás pueblos que tengan otros dioses”. Encargó a la envidia que difundiera por todas partes sus palabras y al amanecer del siguiente día, tomó el réprobo la divina figura del Altísimo para llevar a cabo su obra de falsa devoción.

»Se sentó sobre la elevada montaña, riéndose con disimulo de los mismos a quienes iba a engañar. Cuando éstos repitieron su ruego con mayor energía, respondió con tono de paternal bondad: “Ayer no os respondí, porque quise probaros, pero hoy puedo deciros que habéis triunfado. El poder de vuestra devoción es más fuerte que el mío. Podéis llevarme adonde queráis como propiedad vuestra, quiero pertenecer a vosotros y a nadie más”. Y volaron los sillares, las columnas, las piedras y los ladrillos. Las peñas sirvieron de fundamento, las piedras se pegaron a ellas, alzándose progresivamente. El diablo siguió usurpando la divina figura y sus secuaces se apresuraron a emparedarlo, cumpliendo los deseos del pueblo. El edificio subía más y más; pronto le llegó al vientre... después al pecho... por fin a la garganta, la devoción seguía rezando, postradas en tierra ambas rodillas. La cabeza desapareció también, ya quedaba casi encerrada la montaña entera y por la última abertura salió volando un gigantesco murciélago que desapareció en las tinieblas. En el mismo instante se presentó el arquitecto delante de su obra, elogiándola y demostrando su plena satisfacción. ¿Qué clase de edificio fue aquél? Ningún nacido puede decirlo. ¿Dónde está esa montaña? No lo sé, pero desearía encontrarla y si no me equivoco, creo que tú también estás dispuesto a buscarla. ¿No es cierto, *Effendi*?

—No niego que vale la pena de intentarlo —contesté—. Todos los cuentos o leyendas tienen un fondo de verdad y tampoco le falta a esa conseja de Chadeh el Emparedado, pero la verdad en ella está dicha en términos simbólicos. Esa montaña de Dios, con su nicho de alabastro tapiado, no hay que buscarla, a mi juicio, en un lugar geográfico, sino en el terreno espiritual.

—No lo creo yo así.

—¿Cómo! —exclamé sorprendido—. ¿Crees que será una montaña real, como todas a las que yo pueda subir por mis propios pies?

Una indescriptible sonrisa animó aquellas hermosas facciones y, con voz que parecía venir del Paraíso, respondió;

—*Effendi, Effendi!* ¿Intentas hacerme creer que una muchacha kurda sabe más que un sabio de Occidente? ¿Qué quieres decir al hablar de una montaña real? ¿Acaso la realidad se limita a lo que vemos, oímos o tocamos? Y lo que tú llamas terreno espiritual ¿le conceptúas inaccesible para los sentidos humanos? ¿No son muy distintas las cualidades con que estamos dotados los mortales? El uno ve, huele, gusta

y toca, mientras que el otro carece de la necesaria sensibilidad en los nervios y, en cambio, este otro puede descubrir a veces cosas tan profundas que al primero le parezcan inverosímiles. Yo no soy como tú y tú no eres como yo, pero si tenemos confianza una en otro y nos completamos, podremos formar una doble personalidad capaz de alcanzar lo que no podríamos obtener aislados.

»Esto es muy fácil de comprender, pero falta que lo quieras practicar. Es el orgullo individual, *Effendi*. Por muy alto que estés, aún te falta mucho que subir y que aprender de los que quizá saben menos que tú; pero si no quieres tener nada que agradecer a un inferior, entonces te colocas tú más bajo que él. Yo quisiera, mejor dicho, necesito, enseñarte dónde está esa montaña, que para mí existe, aunque tú no la veas.

—Y yo también quiero enseñarte la mía —respondí vivamente.

—¿Dónde estás? —preguntó con no menor vivacidad.

—Allá arriba, en los límites, en absoluta soledad. Muy raramente llegan los hombres hasta ella para regresar al reino de las maravillas.

—¿En los límites? ¿Regresar al reino de las maravillas? *Effendi*, tus palabras me asombran. ¿Acaso estarás tú pensando lo mismo que yo? ¿En esa corona de peñascos, que tantas veces hemos visto iluminada por los últimos rayos del sol poniente? ¿En esa senda que conduce a la augusta soledad y donde cada flor y cada soplo de viento parece que reza? ¿En ese mismo arroyo en el que mi alma bebe tanto como mis sedientos labios? ¿Has estado en ese valle cubierto de estrellas de los Alpes en el que vagan las almas silenciosamente y sin dejar huella sobre el tupido césped? Yo he estado una vez con Marah Durimeh; oímos murmullos y cuchicheos tan suaves y apacibles cual si salieran de labios bienaventurados. Junto a la fuente había una violeta; la única en todo el valle, con las raíces cuidadosamente cubiertas de tierra húmeda, para que la flor no tuviera sed.

»Marah Durimeh se arrodilló junto a ella y, extendiendo su querida mano, exclamó: “Él ha estado aquí. Lo conozco a fondo y sé la inmensa veneración que significa este saludo por medio de su flor predilecta”. Yo no me atreví a preguntarle lo que quería decir. Pero ahora recuerdo que rodeé tu lecho con esas mismas flores que, según me dijiste, eran tus favoritas, para retener tu alma... Dime, pues, *Effendi*, ¿conoces mi montaña? ¿La has visitado ya? ¿Es tu alma la que saluda por medio de las violetas?

CAPÍTULO 20

LO QUE ESCUCHÓ KARA BEN HALEF

había estado escuchando con mucha atención las palabras de Schakara. Sin decir nada me levanté; junto a un grupo de olmos crecían varias violetas, las cogí y, por vía de respuesta, se las alargué a mi interlocutora.

También ella se había levantado, colocó las flores en sus cabellos, que de nuevo pendían en largas trenzas, y dijo:

—«Le conozco a fondo», afirmó Marah Durimeh. *Effendi*, si vuelves al valle de las almas y encuentras allí otra violeta, cuídala como yo cuidaré éstas. Desde hoy en adelante será también mi flor preferida. Y ahora dime: ¿por qué has venido hasta estas piedras? Cuando dos seres humanos emprenden la misma senda, suelen adivinarse mutuamente. ¿Son las ruinas las que te han traído hasta mí?

—Sí, Schakara. Quiero examinarlas en secreto hasta su más oscuro rincón. Nadie debe saber esto más que tú.

—¡También aquí nos encontramos en el mismo camino! También las he visitado yo durante la noche sin ser observada.

—¿Para qué?

—¿Para qué? Ya sabes lo que busco. La montaña de la gruta de alabastro, la obra maestra del infernal arquitecto que conservando las falsas apariencias, aleja a la verdad. Salió el último en forma de murciélago. ¿Qué puede contener la gruta? ¡Nada! Debe estar completamente vacía. De modo que ni Dios ni el diablo están emparedados. Y, sin embargo, aún no he dado con la clave y aún tengo que meditar más, mucho más, antes de que la encuentre. Donde Dios ha sido arrojado por el diablo, el resultado no puede reducirse a nada. No soy más que una mujer y, probablemente, mi lógica te hará sonreír, pero no se trata aquí de los cuerpos que se encuentran y se separan sin dejar nada detrás de sí, sino de resolver este enigma. ¿Qué sucede cuando el bien es arrojado por el mal y...?

Se detuvo, dejando sin terminar la frase. No es fácil para el humano entendimiento tratar lo divino y lo infernal.

—Schakara, te ruego que dejes tu lógica en paz —contesté—. Estás en lo cierto, pero tus pensamientos no pueden expresarse en palabras. Si el demonio ha amontonado falsedades sobre falsedades, no tengas duda de que, en el fondo, hay alguna verdad oculta. ¿Cuál? Eso no lo sabemos todavía, pero si consiguiéramos encontrar la montaña y abrir la gruta, ella misma se descubriría. ¿Presientes las existencias de algún lazo que una la invisible montaña y estas altas montañas en el territorio de los Dschamikum?

—No sólo lo presiento, sino que estoy segura de que existe.

—¿No has tenido miedo de venir aquí sola durante la noche?

—Temo a los hombres, pero a nada más.

—¿Has encontrado trazas de que ese lugar sea frecuentado por hombres?

—Sí, estas huellas, en principio, nada tienen de particular, pues no me parece imposible que algunos Dschamikum, impulsados por la curiosidad, hayan penetrado en las ruinas. Pero algo he visto que no puede augurar nada bueno.

—¿Qué es Schakara?

—Mejor será que te lo muestre sin rodeos, en vez de perder el tiempo con palabras ociosas. Aún estás demasiado débil para soportar tales fatigas, pero pronto te restablecerás y, entonces, bajaremos y te enseñaré lo que he descubierto. He oído decir que hoy debes dormir todo el día. Hazlo así, *Effendi*. Nos esperan jornadas muy duras y es preciso que recobres las fuerzas. Las que hoy desperdicias inútilmente te faltarán mañana. Hazme caso, no deseo más que tu bien.

Estas palabras fueron dichas con tan maternal acento que no pude menos que contestar:

—Seguiré tu consejo, pero no inmediatamente. Descansaré después de comer, cuando Pehala...

—¿Pehala? —me interrumpió con viveza—. ¿Quieres decir con eso que ella te servirá la comida? Pues te equivocas. Desde hoy en adelante seré yo sola quien se cuide de ti y no cederé este derecho a ninguna extraña.

Como yo me negara a este cambio, aduciendo mis razones para ello, abrió la joven un bolsillito que pendía de su cinturón y, sacando un pergamino, me lo alargó, diciendo:

—Al día siguiente de la noche en que os trajeron aquí a Halef y a ti, envié un propio a Marah Durimeh, pues me pareció conveniente que ella supiera vuestro estado. Desde entonces le he escrito repetidas veces obteniendo contestación. Lo último que me ha escrito son estas palabras:

Las leí y decían:

«Él es el espíritu, pero tú eres el alma: demuéstraselo y salúdale en mi nombre.

Marah Durimeh»

Le devolví el pergamino y, poniendo la mano sobre su cabeza, dije:

—Lo que dice mi amiga es siempre justo. Considérame como a un hermano y ya no me opongo a que cuides de mí. Ahora tengo que subir a mi cuarto para escribir la carta para Bagdad. En media hora estará lista. Después comeré contigo y con Hanneh en la sala grande y, puesto que te empeñas, procuraré dormir un rato.

Este programa se cumplió en todas sus partes. Los mensajeros para Bagdad esperaban ya dispuestos en la aldea y, tan pronto como se les entregó la carta, se pusieron en marcha, llevando un camello de silla para el obeso Kepek.

Cuando nos sentamos a la mesa Halef seguía durmiendo profundamente. Soy, por regla general, un comedor muy parco, pero aquel día comí el doble que de costumbre; me veía amenazado por dos lados distintos y había de estar dispuesto a todo.

Al subir a mis habitaciones, cogí las ropas del Vengador, que seguían colgadas en el mismo sitio, con intención de dejarlas en la cámara de los trastos. Una vez arriba salí a la terraza para calcular la hora por el sol. Debía ser la una y, dispuesto a descansar, me eché.

¡Lo cierto es que no estaba fatigado y en mi mente bullían pensamientos que pedían audiencia! Conseguí alejarlos y no negaré que di algunas cabezadas, pero me despabilé pronto. Echando mano de los medios artificiales, recité de memoria la poesía de Schiller «El Reloj» y algunas otras, pero todo fue en vano.

Por fin me levanté y volví a mirar el sol. Apenas había transcurrido una hora desde que acabamos de comer. ¿Cómo matar el tiempo? ¿Leyendo las obras del *Ustad*? ¿Quemando los periódicos? Sí, eso es. Pero entonces se me ocurrió que aún no había cumplido el deber de visitar al enfermo jeque de los Kalhuran y, decidido a hacerlo en el acto, bajé de nuevo la escalera.

En, la, sala estaban aún sentadas Hanneh y Schakara, pero la mesa en que comimos había sido transportada a otra estancia.

—Por hoy me es imposible dormir —dije al entrar—. Así es que, por desgracia, no puedo, cumplir mi palabra. Espero que, gracias a eso cogeré mejor el sueño esta noche.

Las dos mujeres cambiaron una mirada. Schakara permaneció seria, pero Hanneh, riendo francamente me preguntó:

—¿No puedes dormir, *Sidi*? ¿Pues qué has hecho durante todo este tiempo?

—¿Qué tiempo? —pregunté sorprendido—. A lo sumo habrá transcurrido una hora.

—¿Una hora? ¿No te has dado cuenta de que has dormido un día entero?

—*Maschallah!*, como dicen por aquí en Oriente.

No por eso desistí de mi visita al jeque de los Kalhuran: pero naturalmente la aplacé hasta después de haber vuelto a comer por dos hombres. Por lo visto, el nuevo señor de la Casa Alta empezaba a desempeñar sus funciones a conciencia.

Encontré al enfermo perfectamente asistido y muy aliviado, esperando poder levantarse dentro de poco tiempo. No pronunció más que una sola vez el nombre del Vengador, pero el tono en que lo hizo no permitía dudar de sus intenciones.

Después quise ver los caballos y no tuve que andar mucho, pues Barkh y Assil Ben Rih estaban en la explanada. Kara los estaba ensillando para salir con ellos. En cuanto a su caballo *Ghalib* ya había dado con él un buen paseo por la mañana.

—¡Oh *Sidi*! ¡Si pudieras sostenerte un poco en la silla! —me gritó el muchacho—. ¡Mira como te lo ruega Assil!

En efecto, el potro negro se expresaba con elocuencia; bailaba sobre las cuatro patas, arreglándose de modo que, estuviera yo donde quisiera, siempre tenía el estribo

al alcance de la mano. Esto tenía mucho de cómico y no poco de conmovedor.

Para complacer al noble bruto, aunque sólo fuera por pocos instantes, me apoyé en el estribo, sentándome en la silla. Mi intención se reducía a dar la vuelta a la explanada sin salir del paso, pero apenas me afirmé en la silla, me encontré ya en la puerta y, antes que acabara de arreglar las bridas, ya estábamos casi en el pueblo.

Declaro que no experimentaba ningún dolor ni molestia que me indujera a suspender la marcha. Hasta me sentía con fuerzas suficientes para dirigir mi montura por la presión de las piernas. Me mantenía lo bastante firme para no hacer mal papel. Kara me alcanzó con rapidez, satisfecho como un rey de la mala pasada que me había jugado el caballo.

—¡No tienes poca prisa, *Effendi*! —exclamó riendo de buena fe—. ¿Hasta dónde te propones llegar?

—Ya veremos —le respondí—. Pero acortemos el paso. Me siento muy bien, diríase que en esta silla quedó un repuesto de mis fuerzas que estoy absorbiendo ahora. ¡Qué cosa más singular!

A paso lento cruzamos la aldea. Los habitantes salían de sus chozas, tiendas y casitas, saludándonos afectuosamente, no poco sorprendidos de ver en tan breve plazo convertido en jinete al enfermo.

Después paseamos por las orillas del lago. Aguanté bien poco más de un cuarto de hora, pero después me sentí fatigado y propuse a Kara que nos apeáramos para descansar.

—Descansaremos allí —me respondió señalando a la parte oriental del lago—. Es el sitio que quería enseñarte el *Padar*.

—¿Cómo lo sabes tú?

—Me lo dijo ayer, cuando nos cruzamos aquí.

La noticia me interesó. ¿Es decir que aquél era el sitio en que acostumbraban a abreviar sus caballos los del *Sillan*? Dejamos que los nuestros fueran a beber y yo me tendí sobre el césped. Kara me preguntó:

—*Sidi*, ¿estás muy cansado? ¿No te molestaré sí te hablo de un asunto que me parece muy importante? Tanto que sólo a ti me atrevo a confiarlo y a nadie más.

—Habla.

—Tifli ha mentido.

Después de pronunciar estas dos palabras, guardó silencio.

—¿Qué dices?

Tampoco añadí yo nada a mi pregunta. Después de una pausa, prosiguió:

—Sí, ha mentido y ya sabes que yo odio la mentira y desprecio al embustero. Y me veo obligado a alternar con ese hombre porque soy su huésped.

—Quizá hayas comprendido mal —observé—. Hay mucha diferencia entre una deliberada mentira, dicha con aviesos fines, y una inexactitud divulgada de buena fe por creerla cierta.

—Ya lo sé. *Sidi*, pero éste es un caso probado. Tifli sabe muy bien que ha mentido

y no se trata de una indiscreción sobre cosas indiferentes, sino de un asunto muy serio y que puede tener gravísimas consecuencias para nosotros. Me refiere a Ahriman Mirza.

—¿Le ha mentido?

—No a él, sino a ti, a nosotros.

—¡Cómo!

Anteayer, con motivo del frustrado asesinato, le preguntaste cómo sabía el Verdugo el sitio que ocupaba tu lecho en la sala grande, y él contestó que nada había dicho cuando acompañó a los persas, pero que Ahriman Mirza entabló conversación con los demás Dschamikum para sonsacarles cuanto le interesaba saber y aun aparentó indignarse por la charlatanería de los últimos. ¿Recuerdas. *Effendi*?

—Sí, justamente conservo en la memoria sus propias palabras. ¿Se funda en ellas tu acusación?

—Sí, ha mentido con plena conciencia de que faltaba a la verdad. Ha mentido en tu propia cara. Durante todo el camino hasta la frontera, Ahriman Mirza no ha cambiado ni una sola palabra con los restantes Dschamikum. Ya conoces su altanería. Marchaba en primera línea con el Verdugo y Tifli. Éste iba en medio de los otros dos y los tres conversaban alegremente, casi como buenos amigos. Al despedirse, ambos extranjeros le tendieron la mano. Ya ves, pues, que sólo de su boca han obtenido los informes apetecidos.

—¿Y por quién sabes tú eso, Kara?

—Por el que puede estar mejor informado, por el mismo Tifli. Anoche, después de observar por última vez los caballos, no tenía sueño y seguí andando por la pradera que termina en las ruinas. Allí se alza la formidable muralla y a pocos pasos de ella está situad: un bosquecillo de olmos junto a cuyos troncos me senté. Seguramente no habrás estado allí y no puedes conocer el terreno.

—Lo conozco, he estado allí esta misma mañana y he cogido violetas al pie de los árboles que dices.

—En tal caso ya sabes lo próximos que están a la muralla y desde allí se oye cuanto se hable junto a las piedras. No hacía mucho que me hallaba allí cuando vi acercarse Pehala y Tiffi, Se sentaron en las piedras, sin sospechar mi presencia. No me di ningún trabajo para esconderme, pero tampoco tenía motivo para llamarle la atención sobre mi persona. Con poco que se hubieran fijado, me habrían visto sin duda, pero hay gente en quien la imprudencia forma una segunda naturaleza y no saben tomar ni las más elementales precauciones. La singular madre de ese hijo más singular aun, entabló una conversación por completo indiferente para mí, y ya me disponía a levantarme cuando, al oír tu nombre, me quedé inmóvil. Lo que al principio dijeron no eran más que tonterías. Pehala afirmaba que le habías ganado el corazón y Tifli decía que era necesario tratarte con todo género de miramientos, pues no se sabía hasta dónde podría llegar tu amistad con el *Ustad*. Lo que a él más le interesaba era tu habilidad como jinete y el muy imbécil confiaba en vencerte a ti

sobre Assil, con la yegua del *Ustad*.

—Tonterías.

—Ese hombre es un mozo de cuadra y no un jinete. Sabrá sostenerse y galopar con mayor o menor rapidez, pero no tiene ni una remota idea del arte de la equitación. Para esa gente, el caballo no es más que el caballo. Después habló del *Ustad*. Puedo asegurarte, *Effendi*, que sus palabras casi me hicieron daño. Ellos pretenden quererlo y tal vez lo quieran a su manera, posponiéndolo a la cocina o a los caballos. Respetan su inteligencia y su sabiduría, pero en cuanto a su persona, hablaron en términos que no me gustaron. ¡Vaya una charla! Luego recayó la conversación sobre un sujeto que se llama Aschyh y que no sé quién es. Ese individuo viene aquí cada cuatro semanas y se reúne con Pehala junto a las ruinas. El domingo último llegó una hora antes de mediar la noche. Hablaron de un próximo e importante levantamiento; alguien debía ser depuesto, pero no pude enterarme de quién se trataba. Entonces Pehala, conducida en un magnífico camello, haría su solemne entrada en una gran ciudad en la que Tifli sería también personaje de importancia. Al *Ustad* le estaba reservado un principalísimo papel, pero no dijeron cuál. Los dos odian al Mirza y al Verdugo, pero tienen que disimularlo, porque así lo desea el Aschyh. Y aquí llegamos a lo más importante: Tifli dijo que cuando acompañó a los persas hasta la frontera, el Mirza y el Verdugo lo cogieron en medio de ambos, haciéndole mil preguntas; él tuvo miedo de no contestar y les dio todos los informes que pidieron. Cuando tú lo llamaste a declarar, no se atrevió a decir la verdad y mintió a sabiendas, haciendo recaer la culpa sobre sus compañeros.

—¿Y Pehala aprobaba su parecer?

—Sí, es decir que mintieron ambos. Lo del levantamiento, la entrada triunfal, etc., no son más que simplezas, pero lo otro me deja perplejo. Pehala me ha hablado de Ispahan, de su padre, de Tifli y de sus frecuentes borracheras; del *Ustad*, que la acogió como un padre, y del sepulcro de este último. Al relatar todo eso, derramaba lágrimas de ternura; algunos párrafos eran realmente conmovedores y hasta me recitó versos. Al oírla no pude por menos que conmoverme y tenerla por una criatura piadosa y buena. Pero todo eso lo ha contado casi con las mismas palabras y lágrimas a mi madre, al haddedihn que nos ha acompañado y a todo el que se presta a escucharla. Sentimientos que tanto se prodigan no pueden ser sinceros. Por otra parte se pone en ridículo con su afán de aprovechar todas las ocasiones para repetir que es preciso educar a los hombres. Pero lo que más me indignó fue lo siguiente: apenas Pehala y Tifli hablan hecho justicia a las altas dotes del *Ustad*, cuando empezaron a criticarlo atribuyéndole una porción de sentimientos vulgares o, mejor dicho, bajos, que él no tiene, pero que ellos le transmitían, tomándolos de su propio interior. Gente de esta ralea siempre critica lo que no entienden y eso lo hacía ella con unas palabras tan familiares y desdeñosas como si fuera un ángel de quién el maestro debiese tomar ejemplo. Estas murmuraciones resultaban diabólicas, doblemente diabólicas al ser pronunciadas por una boca que tan afectuosamente sabe sonreír y tan ducha es en

pronunciar conmovedoras palabras. Esto que he oído lo habrán escuchado otros, lo puede oír cualquiera. Sólo aquél cuyos nobles sentimientos están por encima de toda mezquindad continúa confiando y no advierte el nido lleno de serpientes que se retuercen bajo sus pies. ¡Cuántos perjuicios pueden haber ocasionado! ¡Con cuánta bondad has tratado tú también a esa Pehala y a ese Tifli! En cuanto a mí, me parecen dos hipócritas que no merecen consideraciones.

»¿Quién es ese Aschyh? Seguramente no se trata de ningún Dschamikum. Lo ven a menudo y en secreto, según parece. No habrán dejado de describirle al *Ustad* con falsos colores; aquél habrá esparcido la inexacta descripción, y la consecuencia es que en todo el territorio se mofarán de las supuestas debilidades y faltas del *Ustad*, que sólo han existido en la ingrata cabeza de una cocinera gorda y de un escuálido mozo de cuadra.

»Los enemigos son demasiado listos para no saber a qué atenerse. En secreto se burlan de la turca y de su “Niño”, pero públicamente, fingen darles crédito y propalan las calumnias con todas sus fuerzas. De ahí las insolentes miradas que Ahriman ha prodigado al *Ustad*. ¿Se hubieran atrevido esos hombres a invadir el pueblo y a allanar el templo si la buena fama del *Ustad* no estuviera casi totalmente destruida? *Sidi*, te lo digo sin ambages, dos personas así en el interior de una casa son muchísimo más peligrosas que cien enemigos declarados que no finjan cariño.

»Es la primera vez que me atrevo a hablarte en estos términos, pero he tenido que hacerlo. ¿Sabes por qué? Por la voluntad de una persona que aparentemente sólo se ocupa de su sopa de perifollo, pero que, en realidad, es la que gobierna.

Dicho esto, se sentó. ¿Esperaba mi respuesta? Si era así, supo disimularlo. Miró hacia el lago, en donde la barca se alejaba de la orilla. Iba ocupada por dos hombres; uno de ellos remaba, el otro leía.

—Ése es el Dschamikum que enseña el canto a los demás —me dijo como dando nuestra conversación por terminada.

—Y tú eres el haddedihi que me has enseñado algo nuevo —contesté—. Hasta ahora tuve por norma fiarme tan sólo de mis propios ojos, pero de ahora en adelante, ¿puedo contar también con los tuyos?

CAPÍTULO 21

EL JEQUE DEL ISLAM

El rostro de Kara Ben Halef se iluminó de alegría al oír mis palabras. Se levantó de un salto, rápidamente se arrodilló junto a mí y, cogiéndome la mano, exclamó con voz alterada por la emoción:

—¡Gracias, *Sidi*! ¿Sabes lo que me regalas con esas palabras?

—Lo sé, Kara, tu propia personalidad. Hasta ahora has sido un niño, pero ya eres un hombre, un hombre hecho y derecho. Has tenido que obedecer y ahora te corresponde mandar. Dime ¿hay alguien aquí que también abrigue sospechas?

—Sí.

—¿Quién?

—¿Quieres oír suposiciones?

—No.

—Entonces dejante que me asegure antes de pronunciar nombres. Tengo fundadas sospechas, pero comunicártelas antes de haberlas comprobado sería obrar con poca conciencia y eso no lo hace Kara Ben Halef. Así, pues, me callaré los nombres. Pero puedo hablar de las cosas. Quiero enseñarte lo que he encontrado. No sé si son piedras preciosas o cristales tallados, pero relucen como diamantes.

Sacó del bolsillo interior una cajita de metal, alargándomela después de abrirla. Contenía un broche de turbante, cuya aguja, aflojada por el uso, se había abierto. La joya se componía de grandes facetas rodeando las sílabas *Sa* y *Lam* sobre la que se veía un signo de multiplicar. Las facetas eran de cristal, pero tan perfectamente tallado que, heridas por la luz artificial, sería fácil confundirlas con brillantes.

Semejantes broches adornaban antiguamente los turbantes de los principales magnates. Aun hoy día, en las grandes solemnidades, el soberano de Persia enriquece su gorro de astracán con alguna presea por el estilo, pero cuyas piedras, claro está, son legítimas.

La imitación que tenía en la mano carecía de valor intrínseco, era lo que entre nosotros se llama una joya de teatro, pero me sugirió una idea que me hizo lanzar una exclamación de alegría.

—¿Son piedras finas? —preguntó Kara.

—No, tan sólo de cristal, cristal sin valor alguno, pero a pesar de ello, no hay oro bastante con que pagar tu hallazgo. ¿Dónde has encontrado este broche, querido Kara?

—Fue en Dschebel Adawa^[7].

—Pero esa montaña no está aquí. Se halla en el territorio de los Takikurdos.

Taki quiere decir piadosos y se llaman así les kurdos de la mencionada tribu por el

rigor con que observan sus creencias y severidad con que tratan a cuantos no las comparten, estando convencidísimos de que sólo, ellos alcanzan el Cielo y que todos los que no piensen de igual manera merecerán ser tratados como réprobos y perseguidos sin piedad.

—Así es, pero yo he estado allí.

—¿Cuándo?

—Hoy.

—¿Has comunicado tu hallazgo a alguien?

—No, a nadie más que a ti.

—Pues continúa siendo discreto con los demás, pero a mí dime cuanto sepas.

—Ayer salí solo a caballo, dirigiéndome hacia el norte. Al principio me acompañaba Tifli, pero luego lo dejé atrás, pues no me gusta llevar al lado gente a quien no aprecio. Me encontré con una pequeña caravana de la muerte, compuesta por persas de la secta sehita que llevaban los camellos cargados de ataúdes.

—¿Una caravana de la muerte en estos lugares? Es muy singular. Aquí no hay ninguna, carretera que conduzca a las ciudades sagradas.

—Eso mismo pensé yo, y por eso, desde el primer momento, me inspiró desconfianza aquella gente. Cuando estuve más cerca, me insultaron llamándome perro sunita y amenazándome con disparar sus armas. Me detuve a cierta distancia para dejarles paso franco, pero mi caballo se impacientaba y avanzó cuando apenas había pasado el último camello por esta causa pasé tan cerca de éste que pude examinar su carga. Llevaba cuatro ataúdes, dos a cada lado. Uno de ellos se había roto y unas cuerdas sujetaban las tablas, pero dejando ver el contenido.

—Que, sin duda, no sería un cadáver.

—No. Ya me llamó la atención que ningún pestilente hedor precediera a la caravana. Entonces pude explicármelo, las escopetas no huelen.

—¿Cómo? ¿Escopetas? ¿Estás seguro?

—Sí, no podía equivocarme. Continué la marcha sin volver la cabeza, para no demostrar que había descubierto el secreto, pero cuando estuvo a bastante distancia me escondí detrás de un peñasco para observar al supuesto convoy de cadáveres.

»Una vez que desaparecieron en el horizonte, seguí sus huellas por espacio de dos horas hasta que llegamos a los límites del territorio. Cambiando entonces ya primitiva dirección, fueron a parar a Dschebel Adawa. Seguí la pista, cuidando de que no me descubrieran. Al pie de la montaña corre un arroyo, pero sin dejar beber a las bestias, las obligaron a trepar por la agreste altura. ¿A qué tanta prisa? Esto era un enigma para mí y determiné resolverlo, pero hube de renunciar por el momento; el día empezaba a declinar y no quería emprender nada sin consultarte antes. Volví tarde, estabas durmiendo. Me levanté temprano, pero tu sueño continuaba aún. Entonces decidí obrar por mi propia cuenta y, montando a Ghalib, volví al mismo sitio.

—¿Has encontrado a alguien?

—No, ni a un alma. Tampoco creo que nadie me haya visto. Cuando llegué a

encontrar las huellas de la caravana, me quedé estupefacto al ver que éstas eran dobles y seguían direcciones contrarias. Es decir, que los persas habían pasado la noche en la montaña, retrocediendo después por el mismo camino.

—¡Cuánto lamento no haber visto esas huellas!

—No te preocupes, *Sidi*, ya he aprendido de ti cómo deben descifrarse. Me fijé en que las segundas huellas eran menos profundas que las primeras, prueba infalible de que los animales habían dejado la carga y de que, por consiguiente, las armas quedaron en la montaña. Resolví llegar hasta ella, pero con muchas precauciones, porque lo más probable sería que los encargados de recibir las armas estuvieran todavía allí. Esta suposición se confirmó al ver un numeroso pelotón de jinetes que se dirigieron hacia el oeste, donde están situadas las praderas de los Takikurdos.

—¿Llevaban las armas?

—No. Permanecí oculto hasta que les perdí de vista, prosiguiendo luego la ascensión. No podía equivocar mi camino me lo enseñaban las huellas, pero al llegar arriba, éstas eran tan numerosas y confusas que parecía materialmente imposible formarse una idea de lo que allí había ocurrido.

—¿Hay árboles y malezas?

—Más de los necesarios y, por otra parte, hay allí unas ruinas que deben ser de tiempos remotos. En su interior habían encendido el fuego. Busqué despacio y con ahínco dónde podría estar el cargamento de armas, pero mis esfuerzos fueron vanos.

»Fatigado por tanto ir y venir, busqué un sitio sombreado para descansar unos momentos. No era difícil encontrarlo y tendiéndome sobre la hierba, silbé al caballo para que viniera a mi lado.

»Entonces, involuntariamente, fijé los ojos en un viejo sauce que crecía cerca de mí y no lejos de los restos de murallas.

»Estaba hueco y el agujero se hallaba a unos dos pies del suelo y en aquel momento recordé lo que tú repetiste a menudo, es decir, que la casualidad no existe. No era casual el impulso que yo sentía de registrar aquel agujero, sino la definida sensación de que allí había algo que a mí me importaba mucho. ¿Me comprendes?

—Sí. ¿Lo registraste y diste con este broche?

—Eso es. ¿Quién me advirtió la necesidad de hacer aquel registro?

—No preguntes y conténtate con el hallazgo, que, para nosotros, tiene muchísima importancia, más de la que tú te figuras. ¿Permaneciste largo tiempo en la montaña?

—No. En cuanto encontré esta cajita de metal y su contenido, emprendí el regreso. Llegué tarde para la comida y tuve que hacerlo solo. Al preguntar por ti, me dijeron que seguías durmiendo. Por eso me disponía a salir, esperando poder hablarte esta noche. Entonces te vi; no quería decírtelo en seguida, prefiriendo rogarte que vinieras conmigo, así no oiría nadie lo que tenía que decirte. Accediste a montar a Assil, éste salió a galope, yo te seguía al mismo paso de mi potro y por eso estamos conversando aquí.

—Como si todo hubiera estado preparado de antemano. Ahora debes marcharte

sin pérdida de tiempo.

—¿Adónde?

—A Dschebel Adawa. Si puedes, evita ser visto por el camino. Toma la cajita con el broche, ponía en el mismo sitio en que estaba y regresa en seguida.

—Pero ¿por qué he de hacer eso, *Sidi*?

—No tengo tiempo para explicártelo, ya te lo diré más tarde. El hombre a quien pertenece ese broche no debe saber que ha estado en otras manos. No puedo precisar si volverá hoy mismo a la montaña, pero estoy seguro de que lo hará antes o después. Márchate ahora mismo y a tu regreso ven a decirme si has podido cumplir tu cometido sin ser visto por nadie.

—¿Debo separarme de ti *Sidi*? ¿Podrás volver tu solo?

—Se aproxima la barca. El maestro de canto, según creo, quiere acercarse a nosotros: ya ves que no quedará sin compañía.

El muchacho se guardó la cajita y saltó sobre Barkh, alejándose precisamente cuando el bote atracaba en la orilla.

—¿Me permites *Effendi*, que te moleste durante unos momentos? —preguntó el maestro de canto, adelantándose mientras el remero permanecía en la barca.

—No me molestas —le contesté—; por contrario me alegro mucho de tener ocasión de verte. Siéntate a mi lado.

Así lo hizo y prosiguió:

—Me trae aquí un asunto muy grave que me obliga a buscarte, pues no quiero que nadie oiga nuestra conversación. Estaba pensando dónde podría encontrarte cuando te vi pasar a caballo y en seguida cogí la barca para abordarte a tu regreso.

—¿Se trata de un secreto que quieres confiarme?

—Pero no estamos solos.

—¿Id dices por mi acompañante? Es un leal Dschamikum que puede oírlo todo.

—¿Un leal Dschamikum? Eso quiere decir Que hay otros que no lo son.

—Donde habita el bien, no tarda el mal en construirse una casa. Pero vamos a lo que importa. Yo tengo un amigo que habita en Chorremabad, la capital de nuestra provincia. Es un buen Dschamikum de corazón y con frecuencia me ha avisado en secreto acerca de las medidas tomadas por el gobierno en asuntos que podrían interesarnos, noticias que yo transmití al *Ustad*. Hoy ha llegado un nuevo mensajero suyo para traerme una noticia que, de momento, me asustó, pero luego comprendí que aún hubiera sido muchísimo peor si el jeque del Islam nos hubiera sorprendido, como era su propósito.

—¿El jeque del Islam? ¿Nos quería sorprender? ¿Viniendo aquí?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Mañana llegará.

—Eso nada tiene de espantoso, al contrario, es un señalado honor.

Él mismo levantó un dedo para dar más fuerza a sus palabras y dijo:

—*Effendi*, no te precipites en tu juicio. Eres extranjero, has estado enfermo y desconoces el terreno que pisas. El jeque del Islam es un principalísimo personaje, de cuyo poder no puedes formarte idea. Es un peligroso enemigo hasta para el mismo *Ustad* y deberemos proceder con sumo cuidado. Por eso es muy de lamentar la ausencia de nuestro señor. Te ruego que no lles a mal que te haga estas advertencias. No tengo duda de que esta visita es un ardid tras el que se ocultan funestas intenciones contra nosotros. Por eso quisiera que el *Ustad* estuviese aquí.

—Yo también lo desearía, pero ya que está ausente, habremos de tomar las cosas como vengan. Este asunto, como todos, ha de mirarse desde distintos puntos de vista. Te lamentas de que el jeque del Islam tenga que ser recibida por un extranjero, y esa circunstancia precisamente nos ofrece ventajas muy de apreciar. La presencia de un extranjero, por lo pronto, lo obligará a dilatar la ejecución de sus propósitos. Mientras podría obligar al *Ustad* a tomar decisiones cuyo alcance no se puede prever, conmigo tendrá que contentarse con ser atentamente escuchado, sin que yo me comprometa a nada. De modo que ya ves si llegamos a romper las hostilidades, de los dos adversarios, yo soy el que lleva la coraza.

Meneó la cabeza mi interlocutor y, fijando sus ojos en mí, exclamó:

—¿Contentarse con ser escuchado con atención? Quien tal consiguiera, tendría que ser un hombre como no he visto ninguno.

—Pues tal vez lo encuentres.

—El jeque del Islam, por su alta dignidad, es intangible y su astucia no reconoce rival. Añade a esto que conoce nuestras leyes y costumbres como ninguno, mientras que tú hace muy poco tiempo que vives entre nosotros.

—Si no sé o no quiero, tampoco necesito ceder a sus conocimientos y astucia. Ante todo té, ruego que deseches preocupaciones y te abstengas de juicios prematuros en lo que a él o a mi corresponda. ¿Está aún aquí el mensajero de tu amigo?

—No, ya se ha marchado. La prudencia le aconsejó dejarse ver lo menos posible. A su regreso dará un rodeo para no tropezarse con el jeque del Islam.

—¿Vendrá con la numerosa escolta que acostumbran a llevar tales personajes?

—No lo sé y tampoco puedo decir lo que durará su estancia aquí. Pero éstas son cuestiones de importancia relativa. Lo principal es que sé el motivo de su visita; mi amigo ha logrado averiguarlo.

—¿Es posible? Pues ya ves que, por lo menos, hay uno que lo supera en astucia a pesar de que tú afirmabas lo contrario. Esto bastaría para tranquilizarme suponiendo que tus anteriores palabras me hubiesen alarmado. ¿Estás seguro de que las consecuencias de esa visita serán fatales para vosotros?

—No lo sé y justamente esta incertidumbre es la que juzgo peligrosa.

—Ahora dime: ¿ese poderoso dignatario viene sólo en calidad de jeque del Islam o como *Hekim i Schera*?^[8]

—¿Conoces la diferencia existente entre esos dos cargos? ¿Cómo lo has sabido?

—Tenemos muchos hombres ilustres nuestros en países occidentales que conocen

vuestras leyes y costumbres tal vez mejor que vosotros mismos. ¿Acaso ignoras que cuando queréis ilustraros sobre vuestra propia historia, tienen que venir sabios de Occidente para enseñárosla?

—Me guardaré muy bien de discutir acerca de eso. *Effendi*. Ignoro si nuestro ilustre huésped viene como dignatario o como juez. Lo que sé es que intenta hacer una preposición al *Ustad* muy halagüeña en apariencia, pero siempre que sin fundadas razones se hace un presente de tal magnitud, no puedo menos que temblar pensando en el exorbitante precio que exigirán después. En una palabra, se trata de que el *Ustad* lo sea también de los Takikurdos.

—¿Y nada más? —pregunté riendo.

—¿Nada más, dices? —me preguntó asombrado—. Te ruego que consideres lo que eso significa. ¡Qué aumento de poder!

—Di más bien qué disminución. Pero si has tenido alguna inquietud, ya puedes tranquilizarte. Con lo dicho me basta para juzgar a ese jeque del Islam. Ni por un momento pensará el *Ustad* en cambiar el entrañable cariño de sus Dschamikum por un pomposo título. Uno solo de sus fieles súbditos tiene para el *Ustad* más valor que todas las zalamerías de esos Takikurdos que sólo intentan ofuscarlo y convertirlo en inconsciente instrumento de su voluntad. Nunca se rebajará a ponerse al servicio de extraños. Es su propio dueño y seguirá siéndolo, sin dejarse seducir por interesados halagos.

El maestro de canto se incorporó y, demostrando cierta ansiedad, dijo:

—Pero entonces querrán vengarse y su venganza no reconocerá límites ni consideraciones. ¿Has pensado en ello?

—Claro está, la venganza es inevitable, forma parte de la naturaleza de esa gente. Venga, pues, la venganza. Siempre he visto que en ella misma se encierra el principio de su propia destrucción.

—¿Así, pues, estás resuelto a no dejarte seducir por las promesas del jeque del Islam?

—Sin la menor vacilación. Lo trataré con tanta amabilidad como él a mí y, aunque apele a los procedimientos más extraordinarios sólo conseguirá lo que a mí me plazca.

Mi interlocutor se levantó e irguiéndose en toda su estatura, respiró como si le quitaran un gran peso de encima, diciendo al mismo tiempo:

—Entonces ya puedo estar tranquilo. *Effendi*, cuando me acerqué a ti estaba preocupado, pero tú has devuelto la calma a mi corazón. Conozco el poder que mañana va a presentarse frente a ti; se atribuye la representación de Dios y del *Sha*. Además, cuenta con el apoyo de las leyes. Aparece revestido con deslumbrante túnica o vistiendo los harapos del mendigo, según le convenga excitar los sentidos o excitar la piedad. Desea todo lo bueno y perdona todo lo malo. Es paciente, cariñoso, altruista, el conjunto de todas las virtudes en forma humana. Repito que lo conozco; ¿y tú? ¿Lo conoces ahora, *Effendi*?

—Sí.

—Me basta. Mañana lo tendrás en tu presencia, te adulará, procurará aislarte...

—Y yo no me prestaré a ello —interrumpí—. Lo desafío a que lo intente. No estaré solo cuando reciba al jeque del Islam.

—¿Estará presente el *Padar* como jeque de la tribu?

—Sí, él y tú.

—¿Yo? —preguntó sin poder disimular su alegría—. ¿Qué falta hago yo?

—Es mi voluntad y eso basta.

Dio un paso hacia mí, diciendo:

—*Effendi*, con esa distinción no sólo me honras a mí, sino también a otros muchos. No sé si estás enterado de que además del canto, enseño gimnasia, equitación, manejo de las armas y todo cuanto puede contribuir a ilustrar el espíritu o fortalecer el cuerpo. El *Ustad* me escogió para fundar estas enseñanzas y he tenido que tomar ayudantes cuando así lo ha exigido el número de los discípulos.

»Trabajamos en silencio, sin ostentación; un buen maestro hace que la atención pública recaiga, sobre su obra, pero no sobre él. Por eso, hasta la fecha, has oído hablar poco de nosotros.

»Quien alardea de lo que enseña, indica claramente que no ha aprendido nada. Pero da a los *Dschamikum* ocasión de demostrar sus conocimientos y estoy seguro de que te dejarán satisfecho. Veo venir lo que forzosamente tiene que llegar y cree cumplir mi deber al decirte: no tememos a ningún enemigo y también puedes estar tranquilo respecto a las próximas carreras de caballos. Me estoy ocupando de los preparativos y te daré cuenta de lo que llevo hecho tan pronto como quieras oírme. El jeque del Islam es muy aficionado a las *Aesp dawani*^[9]. Su cuadra goza de justa fama y se envanece de poseer el mejor caballo de todo el Kurdistan. En cuanto oiga hablar de nuestras carreras, estoy seguro de que querrá tomar parte en ellas. No rechaces su pretensión, lastimarlas nuestro honor. Esto es cuanto quería decirte. ¿Tienes algo más que preguntarme?

—¿Estoy enterado de todo cuanto dijo el mensajero?

—Sí.

—En tal caso, más tarde trataremos de otros asuntos, incluso de las carreras. La que no me inspira mucha confianza es la yegua del *Ustad*. Ese *Tifli* me parece que la ha viciado.

—Cuando él la monta, sí, pero cuando lo hace otro, la yegua se muestra dócil.

—Y ¿quién es ese otro?

—¿Quién ha de ser más que el *Ustad*? —me preguntó sorprendido—. Ahora ya monta pocas veces, pero sobre los lomos de su *Salm* puede vencer a cualquier caballo, exceptuando quizá a tu *Assil*. Además, *Tifli* no tomará parte en las carreras.

—¿Por qué?

—Ya te lo diré cuando la cosa esté más madura. Presumo que ese charlatán dejará pronto de pertenecer a nuestra tribu. El *Ustad* lo acogió en ella por lástima y las

consideraciones que tiene con él y con Pehala son incomprensibles para muchos.

—¿Charlatán dices? —le pregunté.

—Sí, y un solo ejemplo bastará para convencerte. Cuando estuvieron aquí el Vengador y los suyos, Tifli fue el encargado de acompañarlos hasta el otro lado de la frontera y durante todo el camino fue entre el Mirza y el *Multasim*, dándoles de muy buena voluntad cuantos informes le pidieron.

—¿Por qué conducto has sabido eso?

—Me lo dijo ese hombre que está en la barca, pues también fue con ellos. Ningún Dschamikum les dirigió la palabra, sólo Tifli habló sin parar. Pero dejemos esto de momento, veo que te dispones a marchar.

—Sí —contesté—. Es tiempo de volver, pero desearía cruzar el lago. ¿Quieres montar en mi Assil y entregármelo en la orilla opuesta?

—¡Con mil amores! Ya hace tiempo que tenía ganas de habérmelas con este hermoso potro negro. ¿Me dejará montar?

—Si yo no me opongo, sí.

—Pues no quiero perder ni un instante.

Y con ligereza extraordinaria se plantó en la silla. Assil dejó oír un relincho de sorpresa, pero no opuso resistencia. Cuando el maestro de canto se alejó, haciéndolo galopar gallardamente, vi con satisfacción que las relaciones entre jinete y caballo eran bastante cordiales. Subí a la barca y el Dschamikum empuñó los remos.

CAPÍTULO 22

EL PERDÓN DE UN DELITO

Aun cuando la duración del inesperado paseo fue corta, no dejó de ser fecunda en importantes descubrimientos. Mis ideas estaban absorbidas por ellos que casi tuve que violentarme para fijar la atención en la incomparable belleza del paisaje mientras cruzábamos el lago.

Por primera vez veía frente a mí la parte occidental del valle con todas sus líneas que pugnaban por llegar hasta el cielo. Solamente el pie de la montaña no estaba en línea recta. No era tampoco por completo horizontal, sino ligeramente inclinada.

Aquella estructura especial me recordó el desfiladero del Antilíbano, en el camino de Muallaka a Damasco. Hago especial mención de esa especial configuración de los peñascos porque me condujo a un descubrimiento que de otro modo no hubiera podido hacer.

Al mirar desde el centro del lago a la tienda de alabastro, vi algo que no había observado desde el templo de las rosas. La tienda tenía la forma de una corona, cuya calada cúpula descansaba, gracias a ocho florones, sobre el círculo de su base. Desde donde yo me hallaba, pude ver que la tienda no estaba construida en la cima de la montaña.

Desde esta última bajaba un peñasco blanco, largo y estrecho, cuya forma recordaba la de un brazo extendido hasta el borde, del acantilado, donde terminaba en una especie de mano abierta en la que estaba construida la tienda. A ambos lados de esa línea de piedra no había más que peñascos sueltos y pedruscos movedizos.

No se necesitaba poseer una imaginación muy exaltada para imaginarse lo que sucedería cuando un temblor de tierra o cualquiera otro cataclismo hiciese rodar todos aquellos peñascos. Entonces el gigantesco brazo se vería libre y se extendería hasta depositar en el valle la blanca corona.

Esto no fue más que una idea fugaz y, apenas concebida, me hizo sacudir la cabeza sonriendo, pero cuántas veces lo que juzgamos pasajero se condensa y toma sólida forma, enseñándonos a no considerar las ideas como simples burbujas del pensamiento desaparecen sin dejar rastro.

Cuanto más nos acercábamos a la orilla, más me fijaba yo en la parte baja de la montaña. Su extraña estructura me preocupaba hasta el punto de absorber mi pensamiento. Involuntariamente seguí con la vista aquellas líneas de extraordinaria regularidad. Me intrigaba ver la igualdad con que todas, sin excepción, seguían la misma inclinación. ¿Sin excepción he dicho? Pues sí, la había. No tardé en encontrar un sitio diferente de los demás.

Allí donde la montaña avanzaba hacia el lago, se perdían aquellas líneas

descendientes, no para cambiar de dirección, sino que desaparecían por completo, en un lugar materialmente cubierto de maleza y plantas trepadoras que, ocultando la tierra, caían hasta dentro del agua.

En las inmediaciones no había jardines ni campos de labor y por eso no se le ocurrió a nadie ocuparse de aquellos matorrales ni de la tierra que ocultaban. En cambio, a mí me llamó la atención en seguida.

No me conceptué sabio, por más que haya aprendido algo de otros hombres, pero me dije que la brusca interrupción de aquellas líneas no podía ser obra de la Naturaleza, sino del arte, es decir, de la mano humana.

Otros muchos habrían pasado por allí sin fijarse en un detalle de tan escasa importancia al parecer, pero a mí no podía sucederme eso. Dejé que la barca se acercara todo lo posible a las plantas silvestres y, cogiendo un remo de los que manejaba el Dschamikum, separé un poco la hojarasca. Lo que había debajo no eran peñas, sino sillares de piedra. Unos colosales bloques exactamente iguales a los que forman la ciclópea muralla de la Casa Alta.

Empecé a comprender y proseguí mis investigaciones fingiendo no ser éstas más que un recurso para matar el tiempo, a fin de que el remero no adivinara mi intención. Mi trabajo se vio recompensado porque, al fin, encontré una abertura que, al parecer, conducía al interior de la montaña.

El agua era allí profunda, mucho. ¿Comunicaría el lago mediante aquella oculta abertura con las entrañas de la roca? La calidad de aquellas quebradas peñas daba visos de verosimilitud a mi conjetura.

Decidí dejar para más tarde la solución del problema y dije al Dschamikum que remara hacia algún punto de la orilla donde pudiera desembarcar. Me convencí de que el buen hombre nada sospechaba y no había concedido ninguna importancia a mi entretenimiento de remover las plantas trepadoras.

El maestro de canto me esperaba con el caballo, del que hizo calurosos elogios, calificándolo del mejor potro que había montado en toda su vida, y prometió venir a verme a la mañana siguiente, tan pronto como yo lo enviara a buscar.

Subí a paso lento la montaña y, pasando por la puerta, llegué a la explanada y una vez allí, el cuadro que se presentó a mis ojos me hizo olvidar la necesidad de apearme de mi caballo.

Halef había mandado que le sacaran el lecho a la terraza delante de las columnas y, desde allí, cómodamente incorporado sobre almohadones, esperaba con impaciencia el regreso de mi primer paseo a caballo.

Tan pronto como me divisó, me hizo señas con sus débiles manos y yo para no perder tiempo, subí lentamente la escalinata montado en Assil.

—*Sidi!* ¡Qué alegría! ¿Ya puedes montar a caballo? Pronto haré yo lo mismo.

Hanneh, sentada junto a su esposo, le arregló con solicitud los almohadones diciendo:

—Buen susto nos hemos llevado cuando vimos a Assil salir escapado, pero mi

hijo nos tranquilizó diciéndonos que se reuniría contigo para tener cuidado de ti. Poco después os vimos juntos paseando por las orillas del lago y esto nos devolvió la calma. Cuando despertó mi esposo le dije que estabas dando tu primer paseo a caballo y ya no tuvo tranquilidad. Fue preciso traerlo aquí para que te viera volver. Ya has llegado y puedes ver como se alegra mi amado al verte.

Después de echar pie a tierra, me senté junto a mi amigo. Assil bajó solo las gradas y entonces apareció Tifli, diciendo:

—*Effendi*, yo lo desensillaré. Pero otra vez que salgas, llévame contigo. Me lo prometiste ¿te acuerdas?

—Sí, y siempre cumplo lo que ofrezco. Pero si el día en que desee tu compañía tú no quieres venir conmigo, no tienes más que decirlo.

La frase tenía una intención que él no comprendió. Las acusaciones de Kara habían sido confirmadas por el músico. El cojo estaba sujeto a una vigilancia que él no sospechaba. Era un caso singular. Al alejarse con el caballo, fue visto por Halef, quien exclamó:

—¡Un espectro...! ¡Ya te he visto otras veces... cuando abrías los ojos! Estaba a mi lado y me observaba con mirada aviesa. *Sidi*, no permitas que se me acerque ese hombre... no lo quiero.

—Lo mismo me sucede a mí con esa Pehala —añadió Hanneh—. ¿Por qué ha de estar siempre uno de los dos pegado a nosotros, para ver qué hacemos y sorprender nuestras conversaciones? Me parece difícil atribuirlo a mera casualidad y, sin embargo, no creo que estemos en tierra de espías.

Me callé, sintiendo cierta vergüenza. ¿Por qué no había yo experimentado, a la vista de Tifli y Pehala, la misma impresión que Halef y su esposa? Probablemente porque, estos últimos vivían más en contacto con la Naturaleza y poseían ese Instinto que nosotros perdemos con la educación.

La siempre radiante dama blanca y su original «Niño» me habían parecido muy naturales, porque, acostumbrado a la Naturaleza artificial, no supe distinguir que la extremada naturalidad ya no es natural.

Al parecer, tenía que habérmelas con dos histriones y lo ingenuo de sus sencillas, ingenuas y plácidas caretas, los hacía muy peligrosos. En Persia hay una porción de sectas; una de ellas, la *Sehujuoh*, enseña que el cuerpo no sirve más que para engañarse los espíritus unos a otros. Para ellos la vida terrenal es un continuo baile de máscaras, pero no una diversión, y cuanto más sencilla, amable y simpática sea una careta, tanto más temible es el que la lleva.

Las caretas infantiles son, sin disputa, las peores. No soy persa ni pertenezco a ninguna secta, pero me convencí de que Pehala y Tifli engañaban a los *dschamikum*, y yo, llevado por el cariño que me inspiran los niños, estaba haciendo el juego a aquel par de bribones.

Mucho me satisfizo el estado de mi querido Halef. Desde el día anterior había dado un gran paso en su convalecencia y rogó que lo dejáramos tomar el fresco hasta

que anocheciera. En vista de esto, propuse que cenáramos en la terraza y todos accedieron con mucho gusto.

Al preguntarme Hanneh dónde se había quedado Kara, le respondí que volvería antes de cerrar la noche y luego me fui al jardín, donde me dijeron que estaba sentado en un banco sobre el que fui agredido por Tifli como ladrón, de ciruelas. Me senté a su lado.

—¿Conoces al jeque del Islam? —le pregunté.

—Sí —me contestó con súbito interés—, pero no personalmente.

—¿Hay motivo para temerlo?

—Tú, no, pero nosotros tal vez sí.

—Te equivocas. Actualmente soy dschamikum de los pies a la cabeza y si temo al peligro no es por mí, sino por vosotros. El jeque del Islam llegará aquí mañana.

—¿Estás seguro? ¿Quién te lo ha dicho?

—El maestro de canto.

—Entonces es cierto. El maestro de canto está siempre muy bien informado y sus razones tendrá para advertirnos. Mucha debe de ser la importancia del asunto que obligue a venir aquí al poderoso jeque del Islam. Es un príncipe que desempeña una de las más altas dignidades y no emprende semejantes viajes sin tener para ello poderosísimas razones. *Effendi*, nada bueno nos espera.

—¿Y por qué no ha de ser bueno? ¿Por qué ha de ser precisamente malo lo que nos traiga?

—Porque nada bueno podemos esperar de él. Ese hombre no es persa, sino Takikurdo, y un proverbio popular entre nosotros dice: «Cuando un Takikurdo levanta piadosamente la vista al Cielo, es que está pisando a un semejante». Y ese piadoso príncipe casi siempre está mirando al Cielo. ¿Quién podría enumerar los infelices que han perecido bajo sus suaves y silenciosas plantas? Disfrutaremos de su apacible y altruista mirada, pero también sentiremos la fanática presión de su pie. Donde él pisa no vuelve a nacer la hierba.

—Pues haremos que pise sobre espinas, esto le servirá de lección y nosotros sacaremos el provecho. Por desgracia, no he podido averiguar si viene solo o no.

—¿Solo? No lo esperes. Siempre se rodea del mayor fausto y ostentación, a fin de hacer más patente su humildad. Tendremos ilustres huéspedes y en número no encaso. Apenas nos bastará el tiempo para los preparativos.

—Alto. Debe ignorar que esperábamos su visita. Los huéspedes se contentarán con lo que tengamos. Nada se comprará ni se hará preparativo alguno. Que nada sepan en la cocina. Te encargo muy especialmente que Pehala y Tifli no tengan la menor sospecha.

Mi interlocutor miraba atentamente al suelo. Yo proseguí:

—Así, pues, tenemos doble motivo para abstenernos de preparativos. Pero ¿dónde meteremos tantos huéspedes?

—En el ala grande.

—¿Dónde está el Hachi Halef?

—Si lo permites, trasladaremos su lecho. Justamente hoy me ha preguntado su esposa si no podríamos ponerlo arriba, junto al suyo. Así podrías atenderlo mejor y más cómodamente y el enfermo estaría más tranquilo que en la sala, donde siempre hay gente.

—Podréis trasladar el lecho en cuanto hayamos cenado. Hanneh tiene razón y su deseo es muy justo. No le digas ni a él ni a nadie lo de la próxima visita del jeque del Islam. Ya se lo diré yo al que deba saberlo. Ese príncipe debe recibir la impresión de que realmente nos ha sorprendido y no pienso obsequiarlo con grandes festines. Es muy posible que ni él ni ninguno de los que le acompañen coman aquí ni un solo bocado.

—*Effendi*, retira esas palabras. Lo que dices es imposible.

—¿Por qué?

—No olvides los altos deberes que impone la hospitalidad.

—Los conozco tan bien como tú y pocos me aventajan en saber cumplir esos deberes. Pero falta saber si la conducta del jeque permitirá que yo lo admita como huésped.

El *Padar* me miró con espantados ojos, diciendo:

—Parece que no sientes el menor respeto hacia ese elevadísimo dignatario.

—Lo respeto como merece, ni más ni menos. Tenemos en abundancia tapices, almohadones, pipas, tabaco, café y refrescos. Si fuera necesario ofrecerles algo más, ya lo diré con tiempo para que se prepare. Nosotros dos y el maestro de canto nos encargaremos de recibirlo. Este último es el único con quien puedes tratar ese asunto. ¿Has oído hablar alguna vez del mejor caballo del Luristán?

—Muy menudo. Pertenece al jeque del Islam y tiene fama, de ser el potro más ligero y resistente de toda la raza Taki. Nunca ha sido vencido y su dueño ha ganado muchos premios gracias a él.

—¿Cómo ha adquirido ese caballo?

—Fue un regalo de la tribu para recompensar su austera, virtud y ejemplar devoción. No ha habido ningún Taki que haya logrado, colocarse a tan grande altura como ese hombre. Según dicen, el amor al caballo es el único amor terrenal que halla gracia ante sus ojos y, como se complace en hacer correr los buenos ejemplares que tiene en su cuadra, no es improbable que se anuncie como competidor en cuanto tenga noticia de nuestras próximas carreras.

—¿He de aceptarlo?

—Eso debes decidirlo tú, *Effendi*. Un caballo que nunca ha sido vencido es un peligroso adversario, pero también es mayor el triunfo si se logra la victoria. Lo que ante todo ha de saberse es el premio que se ha de disputar.

—¿Sabes si existe algún vínculo que una al jeque del Islam con Ahriman Mirza?

—No.

—¿O con Ghulam el *Multasim*?

—Sí, hay grande amistad entre ambos. No ha mucho que el jeque ha dado al Verdugo la plaza de uno de sus *kalis*^[10] y con frecuencia lo recibe en su casa, contándolo entre sus familiares.

—Ésa es una noticia importante, importantísima, pero vamos a otra cosa. Es un asunto del que hasta ahora no me había ocupado, pero que no puedo dejar en olvido, puesto que desempeño las funciones del *Ustad*. Me refiero al jeque de los Kalhuran. Lo he visitado, pudiendo ver con alegría que su estado hace rápidos progresos. Según me dijiste, él no tiene que presentarse ante nuestro tribunal, pero ella será castigada por haber derramado sangre.

—Así es. Tan pronto como él pueda abandonar el lecho, la juzgaremos a ella.

—Si tú te hubieras hallado en su lugar ¿no hubieses hecho lo mismo? ¿No es natural y disculpable que haya defendido a su esposo?

—Nada importa lo que yo hubiera podido hacer, tenemos nuestras leyes y han de cumplirse.

—¿Es decir que también entre vosotros se aplica la ley al pie de la letra, sin interpretar su espíritu?

—Te equivocas y la prueba es que aplicaremos un castigo leve.

—Pero no deja de ser castigo. ¿No hay modo de absolverla?

—No.

—¿A quién pertenece el derecho de indultar?

—Al *Ustad*. Ya sabes que en Persia cada wali tiene el derecho de vida y muerte y, por consiguiente, el de indultar dentro de su territorio, y el *Ustad* es el wali del maestre.

—¿A quién corresponde ese derecho durante su ausencia?

—Al que lo substituye, es decir, a ti.

—Siendo así, te ruego que vayas al aposento donde está el jeque de los kalhuran. Dile que yo, puesto en la situación de su esposa, también habría vertido sangre, añade que a mis ojos es inocente y no quiero que se la castigue. El que con su crueldad reduce a sus semejantes a la desesperación obligándoles a cometer algún acto punible debe ser castigado en vez de aplicar la ley a los que han obrado contra él. Ve y no pierdas tiempo.

—*Effendi*, me confías una grata misión y corro a desempeñarla. Con ella has ganado el corazón de todos los dschamikum y kalhuran.

CAPÍTULO 23

PREPARATIVOS PARA RECIBIR AL JEQUE DEL ISLAM

Entamente me encaminé a mi aposento para coger las llaves del cuarto del *Ustad*. Juzgué conveniente prepararme en cierto modo para la inminente y peligrosa visita, informándome lo mejor posible.

Encontré una cartera en la que estaban reunidos todos los documentos y escrituras concernientes a la cesión del territorio, a la administración del mismo y a los derechos y deberes de los dschamikum.

El *Ustad* había tenido cuidado de dejar las cosas de modo que pudiera orientarme fácilmente. Los documentos estaban provistos de pequeñas notas que explicaban su contenido y, gracias a esta previsión, pude encontrar sin fatiga el máspreciado de todos ellos, cuya nota decía lo siguiente:

«Todavía no se ha usado ni nadie lo ha visto; pero puede emplearse cuando sea necesario».

Lo extendí con curiosidad leyéndolo de la cruz a la fecha. Contenía un tratado concertado secretamente, y sin testigos, entre el *Sha* y el *Ustad*, en el que el soberano concedía a mi amigo una protección muy superior a la que suele otorgarse a ningún wali.

Lo que daba extraordinaria importancia al documento es que estaba firmado por la propia mano del soberano y avalado por la triple impresión de su sello personal. Adjunta se hallaba una especie de tarjeta de pergamino recargada de adornos en oro. En los cuatro ángulos tenía las armas de Persia pintadas a mano. El león echado delante del sol y, en el centro, constituyendo un admirable trabajo caligráfico, se leían las siguientes palabras, por supuesto escritas en persa, pero que yo traduzco para su comprensión.

»A quien se le enseñe este documento, no tiene más que obedecerme».

Debajo se repetía la firma auténtica del *Sha*, y su sello personal, cuya inscripción decía: «Cuando Nasr ed Din coge este sello, la voz de la justicia alcanza desde la luna a lo profundo de los mares». El soberano persa, que, como todos sabemos, es un consumado calígrafo, había dibujado y escrito por su propia mano aquel trozo de pergamino, convirtiéndolo en mágico talismán que obligaba a una incondicional obediencia.

Sólo con esto ya tenía yo mucho más de lo que necesitaba para el siguiente día, y a punto estaba de retirarme cuando se abrió la puerta y entró Pehala. Como de costumbre, su rostro resplandecía de afecto y beatitud y, con su tono más confidencial, me dijo:

—He visto puesta la llave en la cerradura, *Effendi*, y en seguida me figuré que

estarías aquí. Estoy ocupadísima, pero siempre tengo tiempo para hablar contigo y quería preguntarte si puedo hacerte una confidencia relativa a mi Aschyh.

—Veamos de qué se trata.

—Pero ¿no me descubrirás?

—¿Acaso es algún secreto? —respondí evasivamente.

—Claro está —contestó dándose importancia—. Tengo una porción de secretos que no ha de saber nadie. Pero a ti tal vez te descubra algunos. El más grave de todos vas a oírlo ahora mismo. Mi Aschyh viene a verme cada cuatro semanas; bueno, eso ya te lo he dicho, pero hace poco que vino sin esperar el plazo usual y eso no lo sabías. ¿Adivinas qué objeto tuvo su venida?

—No, y dímelo en las menos palabras posibles.

—¿A qué viene esa advertencia? Ya sabes que no soy charlatana. Mi Aschyh había resuelto hablar con el *Ustad* para comunicarle noticias gracias a las cuales podría salvar la vida.

—¿Qué vida la del Aschyh o la del *Ustad*?

—La del Aschyh o tal vez ambas, no lo sé con certeza. Yo estaba encargada de decir al *Ustad* que vendría el próximo domingo a la medianoche en punto, pero yo lo veré una hora antes.

—¿Y se lo has dicho al *Ustad*?

—No.

—¿Por qué?

—Porque me inspira... no sé... me inspira temor...

—¿Y yo no?

—Sí, también; pero el tiempo pasa, el domingo está muy próximo y si por asustarme de unos y otros, me callo, puedo perder a mi Aschyh. Me ha afirmado que no volverá jamás a verme si no le consigo una entrevista con el *Ustad*. Por eso me he armado de valor para exponerte mi ruego, ya que el *Ustad* no estará aún de vuelta para el domingo. ¿Qué me respondes?

Al decir esto se enjugó la húmeda frente y respiró como si se viera libre de un gran peso. Por lo visto le había costado no poco trabajo dirigirse a mí.

—¿Sabes si a tu Aschyh le es igual hablarme a mí o al *Ustad*? —pregunté yo.

—Me parece que sí. Tú ocupas su sitio y el asunto no admite demoras, así es que habrá de conformarse.

—¿Hay alguien que esté enterado de su próxima venida?

—No.

—¿Ni aun Tifli?

—¿Tifli? Asuntos tan graves no pueden confiarse a ese charlatán. No sabe ni una palabra.

Esto era mentira, pero fue dicho con el acento más sincero y candoroso, mientras que los negros ojillos me miraban con tanta alegría que a punto estuve de creer que me había equivocado.

—¿Te ha indicado tu Aschyh el sitio donde quiere encontrar al *Ustad*? —pregunté.

—No, eso debes decidirlo tú. ¿Quieres decirme dónde?

—Todavía no, pero ya te lo diré oportunamente. Y ahora escucha lo que voy a decirte: guarda silencio absoluto para todos, incluso paja Tifli. Si dices aun cuando no sea más a que una persona ere tu Aschyh vendrá el domingo, me negare a hablar con él y tú serás arrojada de la casa.

—*Effendi*! —exclamó, retrocediendo asustada—. ¡Con qué ojos tan severos me miras! ¡La expresión de tu rostro ha cambiado en un instante!

—Es la que toma cuando me propongo algo que estoy resuelto a conseguir. Todavía no sabes quién soy yo. Guárdate de la desobediencia. Si no te callas, el mismo domingo por la noche haré que te acompañen hasta más allá de la frontera, sin preocuparme en lo más mínimo por tu suerte. ¿Entiendes?

—Sí, sí, perfectamente —respondió sin poder dominar un estremecimiento de espanto—. *Effendi*, el *Ustad* es más bondadoso que tú. ¡Quién hubiera creído tal cosa!

—Cada cual emplea a su modo al severidad y la indulgencia. ¿Tienes algo más que decirme?

—No.

—Pues vete.

Su extremada turbación la obligó a hacer una torpe reverencia y se alejó mucho menos segura que vino. Cerré cuidadosamente la puerta de las habitaciones del *Ustad* y marché en busca de Schakara, con quien deseaba hablar.

¿Por qué, sin consultar a nadie, un impulso interior me llevó hacia donde ella estaba? Atravesé el jardín y pude divisarla en la pradera de los caballos y junto al arroyo. La yegua y *Ghalib* mordisqueaban la hierba, pero Assil se había echado y Schakara se entretenía haciendo trenzas con sus crines, entre las que mezclaba violetas.

El potro, de cuando en cuando, levantaba la cabeza y acariciaba con su limpio hocico el trazo de la doncella. Contemplé ese cuadro durante unos instantes y después me adelanté sentándome junto a ella.

Fácil es de prever lo que yo quería decir a Schakara. Mi intención no era otra que advertirla acerca de la visita que recibiríamos al día siguiente, pero al haberlo sentí la imperiosa necesidad de comunicarle cuanto encerraba mi corazón para que ella lo supiera, lo aprobase o lo desechara.

Mi joven amiga habló muy poco, casi puede decirse que se limitó a contestar mis preguntas, pero en todo lo que dijo había tanta sensatez y firmeza, junto a la más sincera modestia, que me convencí de que aquella niña poseía algo tan grande, claro y bello que no encontraba nombre para designarlo. Era lo que podríamos llamar una idea exacta del mundo y de la vida, pero al mismo tiempo era mucho más que eso.

Esta idea encerraba desconocidos tesoros muy distintos de los que suele

ofrecemos el llamado mundo y la presente vida. Mientras hablaba con ella se reprodujo en mi recuerdo el instante en que la vi por segunda vez junto a mi lecho de enfermo. Estaba sentada frente a la puerta y su blanca túnica destacaba vigorosamente entre las verdes plantas que la rodeaban. Se había echado atrás el velo, dejando al descubierto su espléndida cabellera oscura que en gruesas trenzas pendía hasta el suelo y sus ágiles dedos pulsaban las cuerdas de la *Sandurah*^[11].

¿Puede compararse a un ser humano con un poema? Hay quien dice que el hombre es el más espléndido poema de la Creación; mas el que yo tenía delante podía decirse que, si no el más espléndido, era uno de los más conmovedores y piadosos.

Lo que entonces oí fueron las notas de su arpa, que retuvieron el alma de Halef y la mía propia en sus respectivos cuerpos. Ahora escuchaba las palabras que sallan de sus labios, pero cada una de ellas era vibrante y melodiosa como una nota de arpa. Todo en ella era puro, limpio, claro y sin el menor vestigio de disonancia.

Yo seguía hablando, hablando tan sólo para escuchar las breves respuestas de aquellos labios que no podían dar paso a ninguna impureza ni palabra profana. Me parecía que yo debía transmitirle todos mis pensamientos y volverlos a recibir de ella, después de esclarecidos y purificados.

¿Previo esto Marah Durimeh al decir que yo debía ser el espíritu y ella el alma, mi hermana? La psicología debe estudiarse en la práctica y no en la teoría. No hay que perder tiempo en divagaciones a que nos obligan los hilos conductores de la ciencia, sino lanzarse de lleno, sin ninguna vacilación, en la vida del espíritu y del alma.

La conversación se prolongó mucho más de lo que yo había previsto, hasta que regresó Kara Ben Halef, caballero en su Barkih, y, después de echar pie a tierra, vino a decirme que había logrado cumplir mi encargo sin ser visto por nadie.

Registró minuciosamente el sitio indicado, adquiriendo la convicción de que entre una y otra de sus visitas ninguna planta extraña había pisado aquel terreno.

Como ya había llegado la hora de cenar, le invité a que nos siguiera para tomar parte en ella, pero el muchacho renunció porque deseaba cuidar a su caballo para que no se enfriara después de tan larga marcha. Esto demostraba una vez más la reflexión que guiaba todos los actos del joven beduino y que, seguramente, más bien era herencia de su prudente madre que del impetuoso Hachi, cuyo temperamento de fuego tan refractario era a la calma y a la reflexión.

Terminada la cena, me retiré a mis habitaciones para someter a un ligero examen previo todos los papeles que me proponía quemar. Esto me permitió echar una profunda mirada en la vida del *Ustad* y hacerme cargo de su inextinguible amor a la Humanidad.

Confieso que los periódicos me repugnaban. Había prometido no leerlos y cumplí mi promesa, pero al cogerlos no pude evitar que mis ojos se fijaran en algunas frases sueltas, que eran lo suficiente para que la hoja impresa volara lejos de mis manos.

Es increíble el número de palabras ociosas que desperdicia un hombre cuando

trata de convencer a sus semejantes de que tiene talento. Si el *Ustad* verdaderamente había tenido paciencia para leer todo aquel fárrago de palabras, creí como un milagro portentoso que siguiese dispensando su amor a la Humanidad. Es preciso que éste proceda del corazón y esté exento de toda hipocresía para poder subsistir aún después de ser atacado con las armas de los más bajos intereses, mientras que los agresores proclaman defender los fueros de la justicia y el derecho de la Humanidad.

Decidí destruir todos aquellos embustes. Reuniéndolos en el suelo, les prendí fuego y cuando las llamas estuvieron en su apogeo, arrojé en ellas la *Defensa* porque fue escrita sin que tuviese motivo para ello.

Después de ocuparme un rato de las obras del *Ustad*, me acosté y tan profundo fue mi sueño que no me desperté hasta que golpearon mi puerta por la parte exterior. Muy importante debía de ser el asunto cuando se atrevían a despertarme. Me levanté y abrí la puerta, que dio paso al *Padar*.

—Dispénsame, *Effendi*, si he interrumpido tu sueño —dijo al entrar—; pero antes de mucho tendremos aquí al jeque del Islam.

—¿Tan de mañana? ¿Cómo lo sabes? —pregunté yo.

—Anoche aún tuve ocasión de hablar con el maestro de canto. Según él, era conveniente saber a qué atenemos y muy temprano salió a caballo en dirección a la capital. Llegó hasta el aduar fronterizo de los dschamikum y allí supo que el jeque pasaba la noche en el campamento, con el propósito de ponerse en camino en cuanto amaneciera. Me ha encargado la mayor discreción y si está aquí es por obedecer tu deseo de que se halle presente. Hasta ahora nadie sabe nada. ¿Quieres bajar?

—No. Haz que me suban el desayuno. ¿Cuántos vienen?

—Llegan a quince, contando amos y criados, todos muy bien equipados, tanto de armas como de caballos. En el aduar les han hecho presente que ningún extraño debe entrar con armas en el territorio sin un permiso especial del *Ustad*, pero se han negado a dejarlas.

—¿Y qué? ¿No les han obligado a obedecer?

No se han atrevido a proceder con violencia, por tratarse del jeque del Islam. Naturalmente, aquí en las primeras casas del pueblo, volverán a ser detenidos y, si lo deseas, mandaré que los desarmen sin atender a más razones. Si se resisten, que se vuelvan a marchar y un pelotón de los nuestros los acompañará hasta que salgan del territorio.

—¡Bravo, *Padar*! Me gusta la idea. No tenemos motivos para temer a nadie y el miedo, en principio, es la mayor tontería que conozco. Pero cada cosa requiere su tiempo y lugar. Puño contra puño, pero la astucia debe ser rechazada con la propia astucia. Ya que tanto ensalzan el artificio del jeque del Islam, sería yo un majadero si, obrando como pudiera hacerlo un oso, lo recibiera a puñetazos. Para desarmar a quince hombres, necesitaríamos apostar a otros tantos dschamikum a la entrada del pueblo y su sola presencia daría la prueba de que esperábamos la visita. Eso es, precisamente, lo que debemos evitar. Así, pues, déjalos venir como quieran. Vosotros

dos, me refiero al maestro de canto y a ti, recibidlos con todas las señales de sorpresa que podáis, conducidlos a la sala grande y dadles conversación hasta que yo venga.

—¿He de enviar a buscarte?

—No, para dar más visos de verdad a la idea de que no sabíamos nada, diles que he salido a dar un paseo. Yo así lo haré, pero sin alejarme mucho. Ya cuidaré de saber cuándo llegan y nos encontraremos en la sala. Y ahora no te detengas y cuida de que me suban pronto el desayuno.

CAPÍTULO 24

EL PERSONAJE DISFRAZADO

Unos minutos después de haberse alejado el *Padar*, recibí el desayuno. Una vez lo hube terminado, cerré mi puerta y fui a las habitaciones del *Ustad* para guardarme la tarjeta dorada del *Sha* que muy probablemente no tardaría en hacerme falta.

Dejé también cerrada esta última habitación y bajé, no por la escalera, sino por el camino que pasando por detrás de las campañas conducía primero a los baños y luego a la pradera de los caballos.

No encontré a nadie que pudiera verme, y, como deseaba presenciar la llegada del jeque del Islam, busqué un sitio desde donde lo pudiera ver todo sin ser observado. A lo largo del jardín y de la pradera se extendía un tupido seto vivo y detrás se alzaba perpendicularmente la muralla.

Si lograba introducirme entre aquellas apretadas matas, podría disfrutar del apetecido punto de vista. Me encaminé a un sitio en el que había un hueco entre las hierbas y, con no poca sorpresa por mi parte, me condujo a una especie de cenador redondo y provisto a su alrededor de un banco para sentarse.

En torno de él, la maleza era tan espesa y exuberante que nadie podía mirar ni mucho menos pasar a través de ella sin romper ramas y separar arbustos, pero no lejos de allí había un grupo de tamarindos que, en caso de apuro, me dejarían paso franco sin estropearlos.

Pasando entre ellos vine a quedar detrás del pabellón y allí pude encontrar el lugar que buscaba. Había la suficiente hojarasca para cubrirme por completo, pero con tantos huecos entre las ramas, que me permitían observar no sólo todo el valle, sino también algunas curvas del camino.

Me instalé con toda la comodidad que permitían las circunstancias en previsión de una larga espera, pero en eso me equivoqué. Apenas había apoyado la cabeza sobre la palma de la mano vi llegar por la derecha un pelotón de jinetes que no podía ser otro que el del jeque del Islam.

Conté más de quince caballos, pero a este número había que añadir el de los *dschamikum* que acompañaban a los viajeros desde el aduar fronterizo. Cinco de los caballos venían ricamente enjaezados a la usanza persa; uno de ellos, sobre todo llamaba poderosamente la atención por su riqueza. El hombre que lo montaba cubría su cabeza con un turbante Taki de extraordinarias dimensiones; desde él, y sujeto por varias plumas de color, colgaba un velo blanco que no sólo envolvía como un manto al jinete, sino que cubría la parte trasera del corcel.

Aquella portentosa figura, ¿sería la del piadoso y venerable dignatario? ¿La del

hombre humilde, de las suaves y silenciosas plantas? En tanto que me hacía estas preguntas, fijé la vista en los acompañantes, que no llevaban joyas y que debían ser vulgares servidores. Uno de ellos se quedó un poco rezagado. Vestía la ropa corriente entre los Takikurdos, pero montaba un caballo que, desde el primer momento monopolizó mi atención.

La distancia era demasiado grande para poder fijarme en detalles, pero la nobleza del porte, la fogosidad de sus nerviosos movimientos y la graciosa seguridad del paso, me le dieron a conocer en seguida como el mejor y más valioso corcel de los quince. Era un alazán claro, calzado.

El pelotón torció por el camino que lleva a la Casa Alta, y como esto disminuyera la distancia, tuve ocasión de apreciar mejor las bellezas del caballo en cuestión y llegué a la conclusión de que su precio de venta en nuestra moneda, no bajaría de unos nueve mil marcos por lo menos.

Esto me indujo a pensar que el hombre que lo montaba no podía ser un vulgar mozo de cuadra. Es decir, que entre aquellos quince hombres había dos cuyo aspecto no estaba de acuerdo con el papel que se proponían representar.

El personaje del velo blanco y el jinete que cerraba la marcha me producían el efecto de que estaban disfrazados con el único fin de engañarnos. El uno se proponía aparentar más y el otro menos de lo que realmente eran.

La calidad del primero me era indiferente, pero no así la del segundo. Si entre aquella gente había uno que deseaba aparentar menos importancia de la que tente, esto me daba fundamento para sospechar que muy elevado debía de ser su rango. En una palabra, el jinete disfrazado era sin duda el jeque del Islam en persona.

Mientras tales pensamientos brotaban en mi mente vi a Tifli que se adelantaba por el camino, sin duda para hacer algún recado en el aduar. Nada sabía de la llegada de los recién venidos y se detuvo muy sorprendido al divisarlos. Cuando los alcanzó, les dirigió la palabra, y no dejó de interesarme observar cómo los personajes que marchaban a la cabeza le enviaron al último jinete.

Esta circunstancia convirtió casi en seguridad mis suposiciones. El rezagado hizo una seña a los demás para que prosiguieran la marcha, y él se detuvo junto a Tifli. Aquella seña le delató como jefe de la expedición y único que tenía derecho de dar órdenes en ella.

Hablaron algunos instantes y después el forastero dejó avanzar su hermoso alazán, y Tifli, dando la vuelta, siguió a su lado, hablando animadamente hasta que desaparecieron en una curva del camino ¡Qué bien obré al emprender aquella salida! Gracias a mi previsión pude enterarme a tiempo de la divertida comedia que el jeque se proponía representar a nuestra costa. Como no había ningún motivo para hacer creer a nuestros huéspedes que su visita nos colmaba de regocijo, no me apresuré a regresar. En vez de eso permanecí un buen rato sentado en el mismo sitio.

Momentos después comprendí la oportunidad de mi decisión al oír unos pasos que se acercaban al pabellón detrás del que yo me hallaba. Dos personas penetraron

en él.

—Nadie nos ha visto, así va bien —dijo una voz en la que reconocí la de Tifli—. Me ha preguntado por un sitio donde poder hablar contigo a solas, por eso me he apresurado a traerte aquí y ahora vendrá él.

Dichas estas palabras se marchó. ¿Quién era la persona que había quedado sola en el cenador? No tuve que esperar mucho para saberlo. De nuevo oí pasos, pero éstos, aunque apresurados, eran muy leves. Diríase que el dueño de aquellos pies más bien que andar se deslizaba como una sombra.

—¿Eres la infiel turca que se llama Pehala? —preguntó una voz desconocida para mí.

—Yo soy —contestó ella sin tener inconveniente en confirmar la falsedad de su religión—. ¿Y tú quién eres?

—No necesito decir mi nombre; soy el amigo de quien tú llamas Aschyh.

Juntó ella las manos dando una palmada y exclamó:

—¡El amigo de mi Aschyh! ¡Cuánto me alegro! ¡Quién hubiera pensado...!

—¡No hables tan alto! —la interrumpió él con acento acostumbrado al mando—. Nadie ha de saber que yo te conozco ni que hablo contigo, la más hermosa, la más lozana de las mujeres —añadió con un tono zalamero muy distinto del anterior—. Voy a probarte que lo conozco y estoy enterado de vuestro amor. Vendrá aquí el domingo una hora antes de medianoche y tú lo esperarás junto a una muralla de piedras muy alta. ¿Te convences de que soy su confidente y amigo y que también debo serlo tuyo?

—Sí, te concedo mi confianza —afirmó ella—. Debes tener un corazón tan noble como el suyo y, como él, sabrás apreciar lo que vale el corazón de una mujer noble.

Se oyó una especie de carraspeo, como si el desconocido tratara de dominar una intempestiva risa. Desde donde yo estaba, no podía verlos, pero en seguida comprendí que él era kurdo de otra región, no sólo por su acento gutural, sino por la extraña manera de pronunciar las erres, que parecía efecto de una dolencia laríngea.

—Hasta sé el motivo que lo trae ésta, vez —prosiguió él—; quiere hablar con el *Ustad* y como él está ausente y el motivo no admite demora, lo hará con el *Effendi* extranjero que ha quedado en su puesto. Nada sabemos de la existencia de este sustituto y es preciso averiguar si nos es favorable o no. Es preciso que sin falta tu Aschyh sea admitido como huésped en la casa del *Ustad*. Hubiéramos deseado que fuese instalado en el aposento que tu amo suele llamar su panteón. Por desgracia acabo de saber por ese Tifli que el *Effendi* extranjero ocupa dicha estancia.

»En cambio han quedado vacías las habitaciones del *Ustad* y nos contentaremos con que sea en ellas donde se instale a tu Aschyh. Tú eres la dueña de esta casa, Pehala; estoy seguro de ello, y al complacernos no perjudicas a nadie. Sin dificultad conseguirás que el *Effendi* acoja favorablemente a tu Aschyh. He oído decir que la sin par nobleza de tu alma tiene completamente dominado a ese extranjero. Y ahora dime con franqueza, ¿crees poder conseguir de él que el elegido de tu noble corazón sea

aposentado en las habitaciones del *Ustad*?

—¡Ya lo creo que me lo concederá, y en seguida! —exclamó ella con voz tan alta que él la interrumpió, diciendo con mal reprimida cólera:

—¡Silencio, imprudente cotorra! Tu falsa boca ha traicionado ya a muchos, pero lo que es a mí no...

Sin terminar la frase, cambió de tono añadiendo:

—Mi corazón comprende la magnitud de tu dicha al tener por huésped a tu adorador, ¡oh, tú, la dulce y hermosa flor que alegra su vida! Pero te suplico que encierres tu felicidad en ti misma hasta que llegue el momento en que ya no sea preciso ocultarla. Ya sabes que la vida de tu Aschyh depende de tu silencio y aun tal vez también la tuya.

—¿También la mía? ¿La mía propia? —preguntó muy asustada.

—Claro está, sus enemigos son los tuyos, y si lo matan a él no te dejarían con vida.

—Pero ¿quiénes son? Él no me los ha nombrado aún.

—Para que las preocupaciones no nublen los deslumbradores rayos de tus ojos, que son el imán de su alma, por eso callo yo también. Ante todo permanezca tu corazón limpio de inquietudes. Ya conozco al *Ustad*, pero no a ese *Effendi*. ¿Qué clase de hombre es? ¿Quién es el más inteligente de los dos?

—No hay ningún hombre que sea inteligente. Todos necesitan que los eduquemos nosotras. Yo tengo una porción de secretos y no se los confío a ninguno por temor a que me delaten, pero tú me inspiras confianza y te diré con franqueza que prefiero el *Ustad* al extranjero.

—¿Por qué razón?

—Porque el *Effendi* me ha dicho que quiere echarme de aquí.

—¿Bajo qué pretexto?

—Si le digo a alguien que mi Aschyh quiere hablar con él.

—¡Oh, Alá! ¡Qué inconcebible estupidez! ¿Y semejante mujer tiene la pretensión de educar a los hombres...?

De nuevo cortó la frase por no ofender a la dama. ¿Acaso no podía dominar su temperamento o no se daba el trabajo de intentarlo por estar convencido de que hablaba con un cerebro completamente hueco? Con acento amistoso y persuasivo, prosiguió:

—¿No comprendes que ese *Effendi* es más bien digno de alabanzas que de reproches al exigir la más absoluta reserva sobre la visita de tu Aschyh? Ya sé que posees un entendimiento superior y estoy seguro de que reconocerás la verdad de lo que te digo. A mi vez también te recomiendo el silencio; él podía amenazarte con arrojarte de la casa, pero yo te afirmo que perderás la vida si hablas. Los enemigos de tu Aschyh serán implacables, sobre todo para ti. Así, pues, cuidado y punto en boca. Mucho he oído hablar de ese *Effendi*, pero hoy será la primera vez que lo vean mis ojos. ¿Es de trato amable?

—Mucho.

—¿Suspica?

—¡Oh, no! Cree todo lo que se le quiere decir.

—¿Tiene nociones de la situación actual?

—Ninguna. Tifli está mil veces mejor enterado.

—¿A qué religión pertenece?

—A ninguna. En el tiempo que lleva aquí nadie lo ha visto rezar.

—¿Puede decirse que sea guapo?

Calló ella, probablemente para reflexionar antes de responder a la pregunta. El que la hacía demostraba no ser mal conocedor de los hombres y la cocinera no comprendía el alcance de éste al parecer tan superfluo uniforme. Después de una pausa, respondió:

—No es guapo ni feo, su rostro no tiene nada de particular y, si no fuese extranjero, me parece que nadie le haría caso.

—*Maschallah!* Eso no me gusta. Hubiera preferido que fuese indiscutiblemente guapo. Pero sigue contestándome. ¿Tiene algo de particular en el porte, en la voz o en la expresión?

—Absolutamente nada. Es un hombre como todos los demás. No necesitas tener el más leve temor. Ya quisiera parecerse a ti en lo distinguido.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo estoy viendo. Con otras ropas estarías hecho un bajá de cuerpo entero.

—¿Eso crees, mi querida Pehala?

La voz tenía un tono complacido que demostraba gustar de la adulación. Las siguientes palabras confirmaron en mí esta idea.

—Tengo que marcharme y, antes de separarnos, te manifestaré que estoy muy satisfecho de ti y así te lo probaré un regalo que te enviaré con tu Aschyh, Ya sé que te gustan las joyas y las ricas telas que ocultas en las ruinas hasta que llegue el día del triunfo. ¿Aceptarás mi obsequio?

—Con mucho gusto, pero ¿qué será?

—Lo que tú quieras.

—¿Eres rico o pobre?

—Pide sin temor y yo te diré si puedo dártelo o no.

La voz volvió a tomar un acento duro e imperioso, poco adecuado para dirigirse a la que un momento antes había llamado «ni querida Pehala». Decididamente, el desconocido despertaba cada vez más mi interés.

—Envíame una *Naddara*^[12] de oro.

—¿Una *Naddara*? ¿Para qué?

—¡Da un aspecto tan aristocrático e instruido! Veía yo con frecuencia en Ispahan a una señora rusa que llevaba dos cristales delante de los ojos. Cuando bajaba de la litera se la hubiera podido tomar por la Emperatriz de todas las Rusias. Por eso deseo

tener también una *Naddara*; pero ha de ser de oro; si no, no la quiero.

—Pero, mujer, ¡tú estás loca! En ti se encierra un espíritu maligno, al mismo tiempo que ridículo, del que sabré deshacerme tan pronto como...

Estas exclamaciones de cólera, mezcladas con el más profundo desprecio, fueron interrumpidas por la presencia, de Tifli, que se acercó diciendo:

—El jeque del Islam me envía a buscarte. Necesita de tu presencia. Yo te guiaré.

—Ya voy, —respondió el otro con duro acento. Y, en tono cada vez más severo, prosiguió—: Tendrás las gafas, Pehala, y tan buenos serán sus cristales que superarán a tu propia vista. El *Effendi* ha estado en lo justo al reclamar discreción por tu parte y yo te aconsejo lo mismo, pues la muerte es el único castigo para la traición. Y tenlo también muy presente, Tifli. Ahora condúceme a donde están los míos... digo, a donde me espera el jeque, pero sin que nadie note en dónde he estado hasta ahora.

Oí que se marchaba con Tifli, y Pehala también se marchó. Ya sabía yo quién era. Le había delatado su imprudente frase «condúceme adonde están los míos». Éste era el verdadero jeque del Islam, y el otro, el que lo había enviado a buscar, el encargado de representar ese papel.

CAPÍTULO 25

UN GENEROSO OFRECIMIENTO

Dejé pasar algunos momentos y después abandoné el puesto. Salí volviendo a deslizarme entre los tamarindos y, viendo que no había nadie, me encaminé al jardín y desde allí a la escalinata. Al pie de ella estaban los criados de los persas con los caballos y, arriba, apoyado contra una columna, estaba Tifli y a su lado el jinete del magnífico alazán claro calzado.

Ambos hablaban con animación y no me vieron llegar. Saludé amistosamente a los criados y me puse a contemplar los caballos, pero no queriendo pasar por conocedor a los ojos de los primeros me reservé mis observaciones.

Entonces me vio Tifli, llamando la atención de su interlocutor. Éste me miró de pies a cabeza con altiva mirada.

Su figura era elevada y de bellas proporciones. Su larga barba gris era muy rala, como si la Naturaleza no hubiera tenido ánimos para terminar lo que tan bien había empezado.

Observó el recién llegado que yo me detenía para admirar los caballos buenos y los malos y pasé con expresión de indiferencia por delante del alazán claro calzado, como si éste hubiera sido un vulgar jamelgo.

Hizo una observación a Tifli que, a juzgar por el desdeñoso ademán que la acompañó, me parece que no debió de ser ningún elogio a mi clarividencia. También Tifli se permitió reírse a mi costa, aunque no tan descaradamente que yo hubiera podido notarlo a no estar en antecedentes.

Esto era justamente lo que yo me proponía. Cuando menos desconfiaran ahora, tanto más tendrían que arrepentirse después.

Mientras subía lentamente las gradas de la escalinata, Kara Ben Halef me dio los buenos días desde la terraza que servía de tejado a la sala.

—Baja enseguida, Kara —le grité—. Acabo de saber que ha llegado el jeque del Islam y quiero que también lo saludes.

Prenuncié estas palabras para que fueran oídas desde la sala. Mi deseo era que saliese el *Padar* y lo conseguí. Aparecer entre las columnas y, bajando algunos escalones, vino a mi encuentro para notificarme la visita, como si yo no tuviera conocimiento de ello.

—¿Conoces tú al jeque personalmente? —le pregunté cuidando de no ser oído por Tifli ni por el kurdo.

—Es la primera vez que lo veo.

—¿Hay algún dschamikum que lo haya visto con anterioridad?

—No sé de ninguno. El jeque del Islam habitaba antes en Feroghan y no hace más

de un año que reside cerca de su tribu. Sólo lo conoce el *Ustad*. En cuanto a mí no me parece tan humilde como decían, pero no puede negarse que es cortés. En el aduar fronterizo se ha enterado de la ausencia de nuestro *Ustad*.

Y mientras me decía esto señalaba a la montaña que estaba detrás del templo, para que no sospecharan de lo que hablábamos.

—¿Quién es ese kurdo que está junto a Tifli? —pregunté.

—El *Katib*^[13] del jeque del Islam. Tiene derecho a sentarse junto a él, pero hasta ahora no ha ocupado su puesto.

—Está bien, vamos.

Salvamos los pocos escalones que nos separaban de la terraza. Al pasar por delante del *Katib*, éste cruzó los brazos y, con afable sonrisa, me saludó profundamente.

—Que la mañana te sea propicia —dije yo, correspondiendo al saludo.

—Y a ti el día entero —me contestó.

Aquella voz era la misma que oyera poco antes; la que había hablado con Pehala, es decir, la del jeque del Islam. Me siguió de cerca para encaminarse a su sitio.

Al aparecer yo en la entrada de la sala, se levantaron los persas y después de saludar muy cortésmente se quedaron en pie esperando a su vez mi saludo. Yo avancé hasta la distancia que prescribía la etiqueta persa, extendí los brazos y me incliné, los crucé sobre el pecho y volví a inclinarme, los extendí de nuevo repitiendo la inclinación y, por fin, los dejé caer, levantando en seguida el brazo derecho con ponderativo ademán, mientras decía:

—El hombre no sabe la dicha que le espera en el siguiente día. Ajeno estaba yo a la que me proporciona vuestra presencia, por la qué os doy las más expresivas gracias. Pará el jeque del Islam no existe ninguna puerta cerrada, pues Alá ha dispuesto que su representante en la tierra lleve la felicidad a todas partes. Sentaos y descansad aquí todo el tiempo que queráis.

Se inclinaron como hombres muy acostumbrados a estas ceremonias y el portador del gigantesco turbante me dijo:

—Yo soy el jeque del Islam, *Effendi*, y te ruego me permitas presentarte a mis compañeros.

Y así lo hizo, uno por uno, especificando sus nombres, títulos y grados. Presentó primero a los sacerdotes y luego a los militares. Entre los primeros se contaba un bienaventurado, un santón y un gran sacerdote. Las armas estaban representadas por un general de división, un general de brigada y, por último, fue presentado el secretario amanuense.

La comisión no podía ser más lucida. Me incliné ante cada individuo, que respondió a mi reverencia con otra no menos profunda, y después nos sentamos.

Tan distinguidos personajes lo hicieron todos en la misma línea; tan solo el secretario, que estaba junto al Jeque, se puso algo más atrás. Con frecuencia apuntaba, a su amo lo que tenía que decir, y aunque procuraba ocultar con su barba el

movimiento de los labios, ésta era tan escasa que no lo conseguía.

Yo estaba sentado justamente frente a él, a la derecha tenía al *Padar* y a la izquierda al maestro de canto y, un poco más atrás estaba Kara Ben Nemsi. Los dos primeros ya habían sido presentados a los huéspedes y pensaba aprovechar una oportunidad para dar a conocer a este último.

Había terminado mis deberes de amo de casa, y callé, pues la etiqueta persa exige que se deje hablar primero a los huéspedes. El pseudojeque no me hizo esperar.

—He venido para hablar con el jeque de los dschamikum —dijo— y me impulsan las mejores intenciones. Al llegar he sabido que el *Ustad* está de viaje y que lo substituye un *Effendi* de tierras occidentales. No te conozco ni sé los títulos que tienes ni la categoría que te corresponde y desearía enterarme de unos y otros para darte el tratamiento a que tienes derecho. Así pues, perdona si ante todo te hago algunas preguntas. ¿Qué cargo dignatario tienes en tu país?

—Ninguno —respondí.

—¿Qué grado militar es el tuyo?

—Ninguno.

—Dime pues, el puesto que desempeñas en el gobierno de tu país.

—No desempeño ninguno.

—Pues entonces, ¿qué tienes y qué eres?

—No soy más que yo y no tengo nada más que a mí mismo, fuera de eso, nada soy y nada poseo.

Evidente era el propósito que lo había llevado a hacer esta información. No era otro que el hacerme patente mi propia insignificancia frente a tanta grandeza. Un persa bien educado rehúye en lo posible faltar abiertamente a los preceptos de la cortesía; así es que, dejando caer sobre mí una mirada compasiva, prosiguió en tono afable:

—Hubieras podido callarte la poca importancia de tu persona presentándote de un modo más favorable sin incurrir en mentira, pero has preferido hablar con franqueza y sinceridad y eso te conquista desde luego la consideración que siempre dispensamos al que respeta la verdad. Nuestros honores y dignidades son inalienables, pero bajaremos con ellos hasta ti para honrarte con su contacto. Antes desearíamos saber hasta dónde alcanzan los poderes que te ha concedido el *Ustad*.

—Esos poderes son plenos, es decir, es completamente igual que si estuvieras hateando con él.

—¿Puedes resolver cuantos asuntos se presenten?

—Sí.

—¿Y serán sancionados por él?

—Con toda seguridad.

—Siendo así, puedo tener la satisfacción de comunicarte el espléndido regalo que os traigo. Hace tiempo, cuando aún habitaba yo en Feroghan, oí hablar de los dschamikum y tuve ocasión de conocer a vuestro *Ustad* en la corte del *Sha*. Después,

desde que he trasladado mi residencia a Chorremabad, os he observado constantemente. Hacéis grandes esfuerzos para alcanzar altos fines. Vosotros educáis al pueblo para elevarlo progresivamente y deseáis conservar la paz hasta con los que profesan otras creencias. Si cada tribu siguiera igual conducta, pronto se convertiría la Tierra en un segundo paraíso de Alá.

»En otros países se castigarían tales aspiraciones. Quien sigue un partido debe profesar también sus enemistades. Cada secta o religión condena a las otras y reprueba la paz entre distintas creencias, y estos odios entre los pueblos no son más que la consecuencia de la inexperiencia de sus gobernantes.

»Entre nosotros, en Persia, es muy distinto; sabemos que no existe más que un Cielo y, por medio de escuelas y mezquitas, queremos hacer llegar al pueblo el convencimiento de que los demás hombres, aun cuando profesen religiones distintas, también son hermanos. Es decir, nosotros no perseguimos más que la educación de nuestros compatriotas. No queremos odio, sino amor. ¿Qué te parece nuestro modo de pensar?

—Estoy completamente de acuerdo con él.

—Eso esperaba yo. Bien veo que eres digno de substituir al *Ustad*. Repito que, lejos de perseguir, protejo. Ya sé lo mucho que vuestro *Ustad* ha tenido que sufrir de sus colegas; han hecho cuanto han podido para perderlo, pero yo vengo aquí para colocarlo a mayor altura. Quiero demostrar a esos enemigos quién es el hombre rechazado por ellos. Quiero que tenga un campo de acción digno de él y mucho más amplio que este mezquino territorio de los dschamikum, rodeado de enemigos por todas partes.

»Quiero darle muchos miles de súbditos a quienes educar con sus doctrinas. Le traigo poder y honores, muchos más que cuantos pudo soñar en su vida. Su gloria y su felicidad están aquí, en mi mano. ¿Quedarán en ella sin que tú alargues la tuya para cogerlos?

Y, al decir eso, extendió la mano con un ademán amplio y teatral. Yo hice asomar a mis labios una sonrisa de gratitud al observar:

—¿Por qué habría de rechazar yo una mano tan leal y generosa? Pero aún no me has dicho cuál es el regalo que traes al *Ustad*.

—¿Así, pues, estás resuelto a recibirlo?

Bueno, te diré en lo que consiste. Ya sabrás que pertenezco a la tribu de los piadosos Takikurdos, que caminan sin vacilaciones por la senda trazada por Alá.

—Sí, ya lo sé.

—¿Y sabes también que a ellos pertenecen las más hermosas montañas y las más extensas praderas de la comarca? ¿Estás enterado de que su territorio es de inestimable valor por su importancia estratégica?

—También lo sabía.

—Pues esa valiosísima región, con cuanto encierra y vive en ella, pasará a las manos del *Ustad*.

—¿En qué forma?

—Siendo el *Ustad* de los Takikurdos, sin dejar de ser el de los Dschamikum.

Dejó caer estas palabras lentamente y con tono de extraordinaria solemnidad. Sus acompañantes profirieron exclamaciones de asombro y aun algunas leves protestas para valorar aún más la magnitud del regalo. El orador impuso silencio con una seña, prosiguiendo:

Aún falta más, mucho más. La tribu de los Takikurdos se fusionará con la de los Dschamikum, tomando ambas el nombre acertadísimo de Taki-Dschamikum. Y esa unión se llevará a cabo bajo la alta dirección del *Ustad*. Él será el amo y señor de ambos territorios y su influencia y poder no serán igualados por ninguno. ¿Qué te parece mi proposición, *Effendi*?

—Que no vacilo ni un solo instante en aceptarla —contesté.

Por lo visto él no esperaba una decisión tan rápida, pues nada dijo, limitándose a lanzarme una interrogadora mirada.

—Estoy dispuesto a aceptar tu proposición y sin demora —repetí.

—¿De veras? ¿De veras? —preguntó.

—Sí.

El falso jeque parecía muy propicio a dar crédito a mis palabras, pero el amanuense le dio con disimulo una orden que le hizo añadir:

—Ése era el objeto de mi viaje, pero ¿estás seguro de que el *Ustad* aprobará lo que has hecho?

—Sin duda alguna.

—¿Y que se colocará a la cabeza de ambos territorios unidos?

—Claro está. Te doy mi palabra, que vale tanto como un juramento.

—Pues levántate y dame la mano en su nombre.

Así lo hice y él también, estrechándonos ambos la mano. El supuesto jeque esperaba, al parecer, que yo me deshiciera en protestas de gratitud y, como yo no dijera nada, se volvió hacia sus acompañantes diciéndoles:

—Un convenio semejante ha de ser ratificado con el pan y la sal. Hasta ahora no hemos tomado nada. ¿Quieres tratarnos como a tus huéspedes, *Effendi*?

—De buena gana, si así lo deseas. Ya sabes lo que significan el pan y la sal. Quien después de tomarlo falta a lo convenido es un canalla. Piénsalo bien antes de que mande a buscarlos.

—Tráelo en seguida. Ya sé lo que hago. —Tomemos, pues, ahora el pan y la sal y, más tarde, me honraréis tomando conmigo el Ghada.

—Con mucho gusto y, mientras tanto, vayamos a vuestra mezquita, desde la que se debe disfrutar de una vista espléndida. Me han dicho que has estado enfermo. ¿Podrás acompañarnos?

Desde luego hubiera preferido prescindieran de mi presencia, pero yo contesté:

—Si vamos despacito, podré llegar allí, pero ni un paso más. Este joven mandará ensillar los caballos, es Kara Ben Halef, el hijo del jeque de los Haddedihnes, de la

tribu de Schammar.

Kara hizo una reverencia en general y se dispuso a salir de la habitación. Lo detuve en la puerta para decirle que montara él a *Ghalib* y mandara ensillar a Barkh para el maestro de canto.

CAPÍTULO 26

EN LAS RUINAS

Los huéspedes, aun cuando trataban de disimularlo, estaban encantados con el rápido triunfo de sus planes. En cambio, el rostro del *Padar* estaba más sombrío que de costumbre. Evidentemente no me comprendía y, para tranquilizarlo, le dije con disimulo:

—No te inquietes, todo va bien. No son ellos los que me han cogido, soy yo quien los tengo en mi poder. Pronto, el pan y la sal, después vendrás con nosotros.

—¿En qué caballo? El *Ustad* no gusta que se monte a Salm y, como jeque, no puedo montar un penco ordinario.

—Entonces quédate aquí y dispón lo necesario para el almuerzo.

Pocos momentos después entró Tifli llevando en una bandeja un montoncito de sal y varias rebanadas de esos panes pequeños que se usan en Persia. Cada uno de los presentes tomó un pedacito hundiéndolo en la sal. El hombre del turbante dijo:

—Este pan que comemos es para el cuerpo y la palabra dada es para el alma. Lo dicho, dicho está y no puede desdecirse.

Comimos el pan y se repitieron los apretones de manos. Quedaba sellado el pacto con carácter definitivo. Mementos después anunció Kara que los caballos estaban dispuestos. Todos montamos emprendiendo el camino hacia la montaña.

Desde el primer instante me di cuenta de que había ganado mucho en fuerzas, pero no me tomé ningún trabajo para que me tuvieran por buen jinete.

Aquellos poderosos señores creían haber logrado lo que se propusieran, por consiguiente no creyeron necesario llevar demasiado lejos las consideraciones hacia mí sujetándose al paso lento de mi caballo. Más dispuestos estaban a lucir la ligereza de sus corceles, así es que, al galope, cruzaron el aduar, subiendo la montaña sin aflojar el paso.

Era, justamente, lo que yo deseaba. Hice señas a Kara y al músico para que fueran con ellos y yo, al trote corto, seguí solo detrás de todos. Apenas había recorrido la mitad del camino, oí sonar detrás de mí los cascos de un caballo al galope. Al volver la cabeza vi que era Tifli montando a Salm en pelo. Pasó por mi lado como un torbellino, sin detenerse a solicitar mi venia para reunirse a los huéspedes.

Seguramente no se hubiera atrevido a tanto si alguien no le hubiera mandado ir sin falta y a escape hacia la mezquita. ¿Pasó tan de prisa por mi lado, temiendo que yo impidiera seguir? Esto hubiera sido lo más natural, y bien merecía esta lección a la vista de todos, pero convenía a mis designios no ser tenido por perspicaz ni enérgico y creí más prudente guardar silencio.

Cuando llegué arriba, Tifli y el secretario conversaban frente a las columnas del

frente del templo. El «Niño» parecía explicar a su interlocutor las características de aquel terreno y ninguno de los dos se fijó en mí. De momento no divisé a ninguno de los huéspedes, pero, viendo a Kara y al músico junto a los caballos, me reuní con ellos y pregunté dónde estaban los demás. El maestro de canto contestó:

—Los tres venerables se pasean entre los rosales y los dos bizarros militares me han preguntado si no había algún sitio desde donde se disfrutará de un horizonte más dilatado. Les indiqué la gran meseta del bosque y hacia allá se han ido.

Y me indicó el sitio en que había almorzado el día de la fiesta.

—¿Puede llegarse a este claro del bosque por otros caminos? —pregunté.

—Sí, pero dando un rodeo. El más corto no se ve desde aquí. Hay que cruzar toda esta explanada y torcer hacia aquel grupo de árboles y allí empieza el camino que, en línea recta, conduce al linde de la meseta.

—¿Puede recorrerse a caballo?

—Sí, tiene anchura suficiente. ¿Te propones acaso ir allá?

—Sí, pero que nadie, lo sepa. Tengo que ver por mis propios ojos qué hacen allá arriba los señores generales, pues ya empiezo a dudar que lo sean. Me parece que estos persas quieren darse más importancia de la que realmente tienen. Si preguntan dónde estoy, decid lo que mejor os parezca, siempre que no resulte inverosímil, pero guardaros de decir la verdad.

Crucé la plaza del templo en toda su anchura y me dirigí hacia las mencionadas hayas. Allí encontré el camino descrito y que no podía verse desde el templo. Puse a contribución la ligereza de mi Assil, que velozmente me llevó por entre los altos pinos y tardé muy poco en llegar al lado derecho de la meseta que formaba el claro del bosque.

Ésta era bastante elevada y de pendientes laderas. Ocultándome entre los árboles, pude distinguir a los militares. Estaban sentados en un desnivel y, al parecer, escribían o dibujaban. Como yo me hallaba bajo los pinos, quedaba oculto a sus ojos y lo mismo sucedía con la mayor parte de mi camino, así es que no había temor de ser descubierto.

Llegado que hube arriba, torcí a la derecha y, al hallarme a unos setenta pasos de los persas, eché pie a tierra y, poniendo la mano sobre el cuello de mi hermoso potro, pronuncié esta palabra: «*uskut*», que quiere decir silencio, y me separé muy seguro de que no se movería ni dejaría oír el más leve ruido.

Avancé con precaución, el blando suelo amortiguaba mis pisadas y logré colocarme a unos cinco metros detrás de los forasteros. Éstos, según pude ver y oír, dibujaban un plano del paisaje que tenían delante y que, desde el punto de vista topográfico, era espléndido.

Alternaban su trabajo con la conversación y, creyéndose solos, no cuidaban de bajar la voz, permitiéndome a mí no perder ni una palabra.

—Ese *Effendi* es el más imprudente de cuantos europeos puedan existir —dijo el supuesto general de división—. Se conduce como un verdadero imbécil.

—Eso ha facilitado los planes del *Kasi*^[14] —observó el brigadier—. Sus elogios han sido como liga en la que ha quedado cogido ese fatuo. Ese hombre debe de estar ciego para permitirnos venir aquí a dibujar con toda comodidad los desfiladeros y caminos y la situación exacta del aduar. No hubiera podido saber cómo rodearlo sin este reconocimiento. Ante todo, debemos alejar de aquí al *Ustad*, entregándoselo a los Taki. Hecho eso, dos días bastan para ocupar este territorio y someter al aduar, a ver si acabamos de una vez con esta especie de peligroso fanatismo que Alá condene.

—Sí, dos días son suficientes —confirmó el otro—. La unión de los Taki y de los Dschamikum servirá para estrangular a estos últimos. Mucho celebro que vayan a celebrarse aquí carreras de caballos. El jeque del Islam no dejará de tomar parte en ellas, teniendo así ocasión de hacer preparativos sobre el terreno que de otro modo hubieran sido imposibles. Así ahorraremos tiempo y podremos obrar con más prontitud.

—Hasta ahora todo marcha bien, pero ¿qué dirá el *Sha*? Sabido es que aprecia y protege al *Ustad*.

—Déjalo a cargo del jeque del Islam. Ayer habló de uno de sus confidentes que se alojará en las habitaciones del *Ustad* para registrar todos sus libros, escritos, etcétera. Este individuo es el mejor prestidigitador que tenemos en el país. Procede de Ispahan, en donde hace mucho tiempo conoció a un cocinero cuya hija dirige actualmente la cocina del *Ustad*. Numerosos robos de mayor o menor importancia le valieron varios años de presidio.

»Logró al fin fugarse, permaneciendo años enteros bajo estas ruinas, donde la cocinera le llevaba la comida. Cómo fue descubierto por los nuestros es cosa que ignoro, lo cierto es que el jeque del Islam supo su existencia y lo tomó a su servicio, prometiéndole el indulto a cambio de ciertas condiciones. Cuáles puedan ser éstas nada nos importa, aunque las supongo. Ya he terminado mi trabajo.

—También a mí me falta muy poco.

—Pues date prisa, no vayan a notar nuestra ausencia y sospechen algo.

Al oír esto, retrocedí apresuradamente. Assil estaba donde lo había dejado. Monté sobre él y bajamos por el mismo camino que utilizara para subir. Llegado a las hayas, tracé una curva hacia el exterior a fin de que me vieran llegar por otro lado y creyeran que venía de abajo y no de arriba.

Kara y el maestro de canto estaban aún en el mismo sitio, y los persas, reunidos, ocupaban el interior del templo. Tifli estaba entre ellos. Me apeé en la entrada y, encaminándome hacia los huéspedes, éstos salieron a mi encuentro y el que se hacía pasar por jeque me preguntó:

—¿Puedes decirme, *Effendi*, qué extraño edificio es ese que tenemos en frente?

Y, al decir eso, señalaba las ruinas.

—Eso mismo quería preguntarte —contesté—. Ya te he dicho que no soy sacerdote, militar ni funcionario. ¿Cómo quieres que yo, pobre europeo, pueda saber lo que ignoras tú, que eres el paladín de la fe, superior a todo conocimiento y

sabiduría?

Dirigió una mirada de inteligencia al amanuense y, sonriendo bondadosamente, dijo:

—Tienes razón. Para aquéllos a quienes Alá ilumina, todo está claro y abierto hasta las profundidades a las que no alcanzan las miradas de la ciencia. Ese edificio estuvo destinado al servicio de falsos dioses que, al principio, sólo se adoraron en una Imagen, pero después se admitieron ídolos que eran seres humanos. Esto que te digo alcanza a todas las religiones, con la sola excepción del Islam. ¿En qué consiste esto? En que el Islam es la única religión que cumple el mandato divino de no representar a Dios con ningún cuadro o estatua. ¿Has visto alguna vez que en una mezquita se adore a la forma humana?

—No —contesté con tono de sinceridad infantil—. Y tampoco os hace falta, pues vuestros bienaventurados y santones son tan venerados y sobresalen tanto de los demás hombres durante la vida que bien pueden prescindir de la adoración después muertos.

Y, al decir estas frases, me incliné profundamente ante ellos, que se dignaron contestar con una condescendiente inclinación de cabeza, pero el del turbante me dirigió una inquisitiva mirada, como si temiese que hubiera algo oculto bajo mi aparente sencillez. Pero, al parecer, nada sospechoso encontró en mi rostro y prosiguió:

—Hemos oído decir que el *Ustad* se propone destruir este viejísimo edificio para borrar las huellas de pasadas idolatrías. ¿A qué viene eso? ¿En qué puede emplear este gigantesco material, que tampoco le será fácil de quitar de en medio? No podemos familiarizarnos con tal designio. Hasta hoy hemos callado, pero una vez ratificada nuestra alianza, tenemos derecho a que se nos escuche.

»Estas construcciones quedarán tal como están. Constituyen un monumento del pasado que no debe ser destruido. Hasta la ilusión merece respeto cuando está consagrada por los siglos. Así, pues, te prevengo acerca de eso, *Effendi*, y, al mismo tiempo, prevengo al *Ustad*, pues, como jeque del Islam, tengo el deber de extender mi protección hasta a las falsedades, pues, gracias a ellas, hemos llegado a la verdad. De ahora en adelante, pertenecéis a los Takikurdos y lo que yo, como su jefe, disponga, debe ser obedecido por todos los Dschamikum.

¡Cómo! ¿Tan pronto se convertía en opresora zarpa la mano amiga? El cambio fue demasiado brusco y prematuro, pero como se comprende, no podían decirme el verdadero interés que tenían en la conservación de las ruinas.

Por fortuna la llegada de los generales me dispensó de dar respuesta y, una vez que estuvimos todos reunidos, se decidió emprender el regreso. No dejé de observar la risita de satisfacción con que ambos dibujantes dieron disimuladamente cuenta al secretario de haber desempeñado a conciencia su cometido.

La vuelta se llevó a cabo en la misma forma que la subida a la montaña, es decir, que me dejaron solo detrás de todos y a mí no se me ocurrió incomodarme por tal

desatención.

Cuando llegué, me di cuenta de que ni siquiera habían juzgado necesario esperarme para dar comienzo al almuerzo al que se dedicaban activamente. Sin dar la más leve señal de enfado, ocupé mi puesto, divirtiéndome al ver que los huéspedes se consideraban ya dueños de la casa.

El del turbante daba órdenes a derecha e izquierda y el *Padar* estaba tan violento que apenas si probaba bocado. No quiere decir esto que faltaran a los preceptos de la cortesía, eso no, muy al contrario, extremaban de tal forma la lisonja que ésta ya, resultaba casi ofensiva para nosotros.

El más afable de todos era el secretario. Hablaba poco, pero cada vez que lo hacía era para dar paso a una lisonjera frase que nos obligaba a la gratitud.

¡Qué modestia! ¡Qué sencillez y qué infinita magnanimidad la suya! Y tede esa sencillez, modestia y magnanimidad parecía recibirlas directamente de un ser superior al que alzaba sus ojos con frecuencia.

Sus maneras eran insinuantes y silenciosas. Los demás, como buenos orientales, sazaban la comida con su ruidosa conversación, siendo el amanuense el único que no seguía tal ejemplo. Lo que en los demás era ruido y estruendo, en él era suavidad y silencio, cual si todo su cuerpo estuviera formado de algodón en rama, pero cuando se creía inobservado, de sus ojos se desprendían miradas que lo delataban como mucho más peligroso que sus locuaces compañeros.

Después se habló sobre la cría caballar de los Taki y por primera vez, el secretario se entregó a una conversación animada y seguida conmigo. No adiviné que su interés por los caballos delataba o, mejor dicho, confirmaba su verdadera identidad. Dirigiéndose a mí directamente, me dijo:

—Hemos oído que vais a celebrar aquí unas importantes carreras de caballos. ¿Quién tomará parte en ellas, *Effendi*?

—Todo el que quiera.

—¿Cuáles son las condiciones de los premios?

—El que venza obtendrá el caballo vencido.

Brillaron los negros ojos de mi interlocutor que más vivamente de lo que él acostumbraba preguntó:

—¿También vuestros caballos de raza Haddedihi?

—Sí.

—¿Se puede escoger el adversario?

—No, cada uno presenta el caballo que quiere y no se admiten apuestas, pero puedes estar seguro de que no se ofrecerá a nadie un competidor inferior al que él presente.

—¿No se permite a cada caballo correr más que una vez?

—Muy al contrario, puede correr cuantas quiera.

—¡Magnífico! Pues tomaremos parte en vuestras carreras. ¿Lo permitirás?

—Con mucho gusto.

—¿Hemos de anunciar previamente el número y la raza de los caballos que presentaremos?

—No, podéis traer los que queráis.

—¿Y no será rechazado ninguno?

—No.

—¿Será preciso anunciar el nombre del jinete?

—Tampoco.

—Supongamos que quisiéramos hacer montar uno de nuestros caballos por un Dschamikum. ¿Lo impediríais?

—De ningún modo. Quien tenga tan poca conciencia que se preste, a ello, no merece que volvamos a mandarle ni a impedirle nada.

—Pero ¿estará garantizada su seguridad personal?

—Mientras se presente como competidor en las carreras, y no como enemigo declarado, sí.

—Eso es lo que deseaba saber y tus palabras me han dejado satisfecho. Queda, pues, anunciada nuestra visita y no faltaremos.

Miró el suelo por espacio de unos segundos y luego, fijando en mí una mirada no sólo benévola, sino incluso cariñosa, añadió:

—Me queda por hacerte otra pregunta relativa a tu religión. ¿Eres cristiano?

—Sí, y tú también.

Si di esta singular respuesta fue para evitar una larga y estéril disertación. Había pasado ya, para mí al menos, el periodo del disimulo. Sabía ya bastante y no había motivo que me obligara a ocultar mi opinión y creencias.

—¿Yo? ¿Yo, cristiano? ¡Alá me guarde! —exclamó echando la cabeza atrás con ademán de espanto—. ¿Quién ha podido decirte esa inmensa mentira?

—¿Mentira dices? ¿Miente acaso el Corán?

—No. Cada una de sus palabras es sagrada y nuestras adiciones no son menos sagradas. ¿Quieres dar a entender que has bebido en esas fuentes lo que afirmas?

—Sí.

—Demuéstramelo. Pero ¿qué puede saber un europeo, un cristiano, del Corán y de sus adiciones?

Cruzó las manos con ademán de conmiseración divina, alzó la mirada como implorando la misericordia divina y la dejó caer sobre mí al bajarla. Yo la sostuve con calma y le pregunté:

—¿Qué está más alto, el Cielo o la Tierra?

—El Cielo, sin duda alguna.

—¿Lo temporal o lo eterno?

—Lo eterno.

—¿Un príncipe y juez que rija millones de súbditos o un príncipe y juez que manda sobre todo lo que existe, ha existido y existirá?

—Este último.

—Comprendes a Mahoma, profesas su doctrina y regulas tu conducta por las palabras que os ha dejado. A él se deben las leyes del mahometismo, pero ¿qué será él dentro de su propio Cielo?

—El más grande y magnífico de cuantos profetas han existido.

—¿Has oído hablar de la magnitud de los Omniadas en Damasco?

—Sí, es la más espléndida célebre de todas, por lo que de ella dice el Nuevo Testamento. Desde una de sus torres bajará Isa Ben Marryam en el día del Juicio Final para juzgar a los vivos y a los muertos. ¿A qué vienen, pues, tantas preguntas que me parecen superfluas?

—¿Y tú puedes ignorarlo?, ¡oh, *Katib*! Tu amo, el sabio jeque del Islam que está a tu lado, sin duda tiene más entendimiento que tú y podrá decirte lo mismo que acabas de confesar, que eres cristiano.

—¿Yo? —exclamó sin poder disimular su cólera—. ¿Te permites decir que tiene más entendimiento que yo...?

Se detuvo el falso secretario, comprendiendo que la rabia podría perjudicarlo y hacerle olvidar el papel que estaba representando.

CAPÍTULO 27

TIFLI ES DESCUBIERTO

En la reunión que se celebraba, todos estaban pendientes de las palabras del fingido escribano. Éste alzó de nuevo los ojos en demanda de paciencia que tanta falta le hacía y, mediante un esfuerzo, prosiguió:

—No comprendo tus palabras, *Effendi*.

—Dices que Cristo es el señor de Cielos y Tierra, el concesor de la bienaventuranza y al que tienen que obedecer los condenados. No necesito preguntarte quién ocupa lugar preeminente en el Cielo, si Jesús o Mahoma. Me limitaré a recordar que has dicho: «Cristo nos juzgará a todos». Por consiguiente, también a los musulmanes. Por lo tanto es vuestro juez supremo y sois tan cristianos como nosotros.

Permaneció silencioso y todos los demás lo imitaron con la confusión pintada en el semblante.

—¿Quién de vosotros osará contradecir mis palabras? —pregunté—. ¿Quién de vosotros es capaz de demostrar un conocimiento del Corán y de sus adiciones superior al de este europeo y cristiano? Que me replique y lo convenceré con las mismas palabras del Corán y de sus comentarios.

El amanuense quiso apelar a una evasiva.

—Lo tomas desde demasiado alto, *Effendi*. Todas las cosas deben empezar por el principio y tú empiezas por el Juicio Final y por el Cielo.

—Los que no saben son los que tienen que empezar por abajo. Nosotros, los cristianos, estamos acostumbrados a hablar del Cielo porque es nuestra casa paterna y en él nos espera Isa Ben Marryam. No hay más que esta Religión, a la que vosotros mismos concedéis el derecho de juzgar a los vivos y a los muertos, de conceder la gloria o condenar al fuego eterno, es decir, que todos los hombres son cristianos. Rebelaos cuanto queráis, no por eso será menos verdad lo que digo. Dad a vuestra religión el nombre que más os guste, por encima de todos esos nombres quedará el de cristiano. ¿Deseas más informes acerca de mi fe? Estoy muy dispuesto a dártelos.

—Basta de religión y de doctrinas —contestó el supuesto jeque para sacar a su «secretario» del apuro en que se hallaba—. Aquí estamos entre los Dschamikum y aún no hemos entrado en el Cielo. Nos hallamos en la Tierra y te ruego, *Effendi*, que reconozcas lo que este país acepta, o sea la supremacía de Mahoma.

Creyó haber conseguido un triunfo, pero yo le repliqué:

—Sí; estamos entre los Dschamikum y hemos de atenemos a los usos del país, pero éstos no implican la superioridad de Mahoma.

—Sí —exclamó él—. Desde hoy sois Taki-Dschamikum y tenéis que seguir las

doctrinas del Profeta. Éste era el fin que perseguíamos. Lo hemos sellado con el pan y la sal y ya no podéis retroceder. En todo Oriente se dice: «Quien no sostiene el pacto confirmado con el pan y la sal, es un canalla». ¿Pretendes ser tú un canalla?

Al oír esto me levanté con lentitud y, poniendo deliberadamente las manos sobre el cinturón, dije:

—¿Qué es lo que se nos ha propuesto y qué es lo que hemos aceptado? Todo el territorio de los Takikurdos debía ser entregado a manos del *Ustad*, que desde ese momento, lo sería también de ellos. Tú mismo has dicho: «La unión de las dos tribus se llevará a cabo bajo la dirección del *Ustad*, él será el amo y señor de ambos territorios y su influencia y poder no serán igualados por ninguno». Esto es lo que hemos confirmado con el pan y la sal. Y ahora te pregunto yo: ¿quién está a punto de ser el canalla?

Todos callaron y yo proseguí:

—De tus propias palabras se deduce que para los Taki-Dschamikum no existe otra autoridad que la del *Ustad* y yo, como su representante, soy el amo aquí y en la vecina tribu de los Taki. ¿Quién tiene aquí derecho a imponernos otra religión? Que se levante como lo he hecho yo y se coloque frente a mí. Ganas tengo de ver la cara que pone semejante canalla.

Ninguno Se movió y todos tenían los ojos clavados en el suelo, menos el *Padar*, cuyo rostro resplandecía, y el maestro de música que sonreía con disimulo.

—¿Calláis? —seguí diciendo—. Espero que, al menos, contestaréis a estas preguntas. ¿En nombre de quién habéis venido a ofrecernos tan espléndido regalo? ¿Os envía el soberano de este territorio, el invicto *Sha*? ¿Venís en nombre de la tribu de los Takikurdos, que anhela verse regida por nuestro *Ustad*? ¿Ha celebrado junta su tribunal, decidiendo en ella aceptarlo por amo y señor? ¿Sois vosotros los embajadores que ha escogido para comunicarnos tan fausta nueva? ¿Dónde está la firma del *Sha*? ¿Dónde el sello de los ancianos de la tribu? ¿Nos habéis tomado por chiquillos, a los que se engaña con una quimera? ¿He de tomar como cosa cierta que lleváis vuestra insensatez hasta el punto de querer darnos órdenes respecto a la conservación de las ruinas? Me parece que todo esto no pasa de ser una broma pesada. ¡Qué locura pensar que nosotros, sin más garantía que unas vagas palabras, vamos a entregaros cuanto somos y valemos para ser tanto como nadie en la flamante tribu! Nada tenéis que entregarnos, pero aunque nos dierais todo el territorio, el mundo entero, no podríais salvar esas ruinas que tan queridas os son. Cuando llegue su tiempo, se derrumbarán hechas polvo y el tiempo no solicitará la licencia del jeque del Islam.

Como impulsado por un resorte, Se levantó impetuosamente el «secretario»; la expresión de sus ojos había cambiado por completo y en ellos brillaba el odio mortal. Mientras los restantes se levantaban también de sus respectivos asientos, él exclamó:

—¡Ése, ése es el verdadero *Effendi*, y no el débil convaleciente que tan hábilmente ha sabido fingir! ¡El *Effendi* que nada es en su patria y aquí se afana por

representar el señor y Bajá! Ya sé a qué atenerme respecto a ti, pero tú ignoras quién soy, así es que te diré...

—Que eres el poderoso jeque del Islam y que has venido aquí para engañarnos —dije yo completando la frase—. Mucho más sé de ti, pero baste lo dicho por el momento. Quien pretende ser el representante de Alá sobre la tierra y se considera como el fiel intérprete del Corán, debe obrar siempre con lealtad y no ocultarse con traidora humildad bajo el insignificante aspecto de un «secretario».

Cruzó el jeque los brazos sobre el pecho e, irguiéndose, me preguntó:

—¿Has terminado?

—¿Contigo? Sí.

—¡Pues yo contigo, no! ¡Piensa en las próximas carreras! ¡Allí tomaremos el desquite! Tened mucho cuidado, porque no dejaremos de acudir. Una sola cosa te diré, correrá un caballo mío que es el mejor del Luristán y vencerá a todos los vuestros. Y aún me queda algo por decir, que ya sabréis a vuestra costa.

Dicho esto, salió de la sala con porte altanero. Los demás lo siguieron, sin añadir una palabra, ni dignarse siquiera mirarnos. Pocos momentos después bajaban a galope la montaña, seguidos a distancia por algunos de los nuestros a quienes encargó el *Padar* no perderlos de vista hasta que atravesaran la frontera de la tribu Taki.

Después de verlos marchar, el *Padar* se volvió a mí, diciendo:

—Este golpe ha alcanzado a todas las cabezas, *Effendi*. ¿Quién lo hubiera imaginado, al ver la calma con que al principio lo soportabas todo? Ninguno ha sabido contestarte y, como verdaderos canallas que son, salen del paso apelando a una vergonzosa fuga. Esto se sabrá en todas partes, y cuantos aprecien su honor en algo, se apartarán de ellos, pero ¿y la venganza, *Effendi*? ¿No te asusta la idea?

—No —respondí—. Tendrá el mismo resultado que el presente ardid. Otro golpe en la cabeza, pero conviene no obrar tan precipitadamente como tú deseas, sino con mucha calma. Primero hemos de esperar hasta saber qué es lo que quieren y, una vez enterados, actuaremos como ahora; levantamos de pronto y sacudir un buen golpe que los obligue a cerrar la boca. Al hombre realmente listo no le importa ser tenido por tonto a causa de su silencio. Éste le sirve para observar al enemigo, pero, llegado el momento oportuno, no retrocede ante nadie, aun cuando sea el jeque del Islam, para demostrar quién es el tonto y el engañado.

Apenas dichas estas palabras, divisé a Tifli en el jardín. Iba caballero sobre Salan, esta vez con todos sus arreos y se encaminaba hacia la puerta.

—¿Dónde vas? —le pregunté cerrándole el paso y cogiendo las bridas.

—A dar una galopada —contestó—. Hay que entrenar la yegua para las carreras.

—No la has de montar tú, así es que no te preocupes de su entrenamiento. ¡Apéate!

—Nuestro *Ustad* me dejó el encargo —replicó permaneciendo quieto en la silla.

—Vuestro *Ustad* soy yo por ahora. ¡Abajo he dicho y no vuelvas a montar en ese caballo!

—¿Por qué?

El cojo me dirigió una mirada, como si intentara resistir a mis órdenes. Naturalmente no se me ocurrió poner en él las manos, sino que, volviéndome al grupo que formaban el *Padar* y el maestro de canto, y el joven beduino, dije a éste último:

—¡Kara! ¡Echa abajo a ese hombre!

Una sonrisa de satisfacción animó el semblante del muchacho; de un brinco se plantó a la grupa del traidor y, un instante después, daba éste con todo su cuerpo en el suelo.

—*Effendi!* ¿A qué viene esto? —preguntó, asombrado, el *Padar*—. Nuestro «Niño» tiene realmente licencia...

—¡Espera! —lo interrumpí. Y, dirigiéndome a Tifli, que muy avergonzado se levantaba del suelo, le pregunté—: ¿Por qué cuelgan las bolsas de la silla de Salm? ¿Por qué llevas el turbante en lugar del gorro? ¿Por qué has reemplazado las babuchas por zapatos y por qué llevas el jaique a la espalda? ¿Es necesario todo eso para dar un simple paseo?

No contestó ni una palabra, pero la expresión de su rostro pasó de la perplejidad a la estolidez.

—¿Adónde te proponías ir? —seguí preguntando—. ¿Crees que no te conozco y que ignoro tu propósito de robarnos a Salm? ¿Así pagas los beneficios recibidos, con el engaño y la traición, grandísimo ingrato? Tu idea era reunirte con los persas y marchar con ellos a la tribu de los Takikurdos, para tomar parte en las carreras contra nosotros y en beneficio del jeque del Islam. Mas no lo impediré, dignos sois el uno del otro. Desde este momento te arrojo de nuestra tribu y te dejo a merced de nuestros enemigos. Puedes venir sin miedo a las carreras, nada te pasará, pero aléjate en cuanto terminen. No toleramos traidores en nuestros dominios.

No hizo el menor esfuerzo por justificarse y el *Padar* exclamó:

—¿Es posible lo que escucho? ¿Tan mal pago das a lo que por ti hemos hecho? *Effendi!* ¡Es necesario azotar a este pillo!

—No. Hasta le facilitaré la huida, dándole uno de los caballos que cogimos a los soldados persas. No perdamos tiempo y que se marche en seguida.

—Yo mismo lo llevaré. Vamos andando. Y, asiéndole del jaique, lo arrastró hacia la puerta. El músico se despidió de mí y fue en pos de ambos. Yo detuve a Kara diciéndole:

—Ya ves que tus informes respecto a Tifli no han tardado en dar fruto. Para esta noche tengo un plan del que nadie debe tener conocimiento. Prepárate para acompañarme hasta el lago mientras todos duermen.

Con la más viva alegría pintada en el semblante exclamó el muchacho:

—¡Una aventura! ¡Un secreto! ¿Y me escoges para acompañarte? Aprecio en lo que vale tu confianza, *Effendi* y te doy las más expresivas gracias por ella.

Cogiendo mi mano la estrechó contra su corazón. Entonces me dirigí a las

habitaciones del *Ustad*, pues quería dejar en su sitio la tarjeta del *Sha*, que, hasta aquel momento, por lo menos, no había necesitado.

FIN

COLECCIÓN DE «POR TIERRAS DEL PROFETA II»

Por tierras del Profeta es el título genérico de las series de aventuras ambientadas en Oriente, escritas por Karl May. Están protagonizadas por Kara Ben Nemsí, el mismísimo Old Shatterhand (protagonista de la serie americana del mismo autor) ahora visitando un Imperio otomano en plena decadencia.

Los libros que forman esta serie fueron publicados en España siguiendo el criterio de la editorial, que incluyó en la serie Por tierras del Profeta II estos ocho libros, que en la versión original alemana conforman la serie En el reino de los leones plateados (*Im reiche des silbernen lowen*).

Por tierras del Profeta II

0. *En guerra con los comanches (Im Krieg mit den Komantschen)*. Este libro también es el número 1 de la siguiente serie del autor: En el reino de los leones plateados (*Im reiche des silbernen lowen*).
1. *Los bandoleros persas (Die persischen Banditen)*.
2. *Los contrabandistas de especias (Gewürzschmuggler)*.
3. *La cristiana de la torre (Die Christin des Turms)*.
4. *El valle de la paz (Das Tal des Friedens)*.
5. *El jefe de los Kalhuran (Der Scheich der Kalhuran.)*
6. *Traición en Oriente (Verrat im Orient)*.
7. *La aniquilación de las sombras (Die Vernichtung der Schatten)*.



KARL «FRIEDERICH» MAY. (25 de febrero, 1842 - 30 marzo, 1912) fue un escritor alemán muy popular durante el siglo xx. Es conocido principalmente por sus novelas de aventuras ambientadas en el Salvaje Oeste (con sus personajes Winnetou y Old Shatterhand) y en Oriente (con sus personajes Kara Ben Nemsí y Hachí Halef Omar).

Otros trabajos suyos están ambientados en Alemania, China y Sudamérica. También escribió poesía, una obra de teatro y compuso música (tocaba con gran nivel múltiples instrumentos). Muchos de sus trabajos fueron adaptados en series, películas, obras de teatro, audio dramas y cómics.

Escritor con gran imaginación, May nunca visitó los exóticos escenarios de sus novelas hasta el final de su vida, punto en el que la ficción y la realidad se mezclaron en sus novelas, dando lugar a un cambio completo en su obra (protagonista y autor se superponen, como en «La casa de la muerte»).

NOTAS

[1] Verdugo. <<

[2] Para la mejor comprensión de algunas de estas frases de Kara Ben Nemsí Effendi, es necesario dar algunas explicaciones acerca de la vida de Karl May, que utiliza este seudónimo de resonancia oriental. En el volumen titulado «El jefe de los Kalhuran», ya publicado por esta Editorial, se dan algunos detalles biográficos del autor que justifican su amargura y el desprecio que siente hacia los periódicos y hacia todos aquellos que lo atacan.

Karl May, que nació en una cuna paupérrima, pasó una infancia y una juventud miserables. Gracias a la ayuda de algunos hombres buenos y poderosos, logró estudiar y desempeñó una plaza de maestro. Pero en cierta ocasión cometió un error insignificante que lo llevó a la cárcel. Después de aquella lamentable aventura, Karl May viajó por todo el mundo, adquiriendo los conocimientos de que hace gala en sus obras y que tanto le sirvieron después en su carrera literaria. Y cuando ya había llegado al pináculo de la fama, gracias a sus creaciones literarias, la envidia y la calumnia se precipitaron contra él, recordando la condena que sufriera en su juventud y acusándolo de todos los vicios y pecados imaginables. La campaña de prensa contra él adquirió caracteres escandalosos y todo ello amargó la vida del escritor, como se refleja en sus obras póstumas, en las que se defiende de los atacantes, a los que perdona también generosamente, con verdadero espíritu cristiano.

Y las frases que se encuentran en este párrafo resultan ciertamente proféticas, ya que, poco a poco, los calumniadores fueron despreciados por todos, y las obras de Karl May, de este gran mago de la literatura amena y sugestiva, volvieron a adquirir el mayor prestigio en todo el mundo. <<

[3] 12 francos. <<

[4] Polonia. <<

[5] Tomillo. <<

[6] Abrigo con mangas. <<

[7] Montaña de la hostilidad. <<

[8] Juez de las leyes escritas. <<

[9] Carreras de caballos. <<

[10] Consejeros. <<

[11] Arpa. <<

[12] Gafas. <<

[13] Secretario. <<

[14] Juez. <<